





**Ensayos sobre  
Enrique Gil y Carrasco**

BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO  
Volumen IX

- © *Ensayos sobre Enrique Gil y Carrasco*, Paradiso\_Gutenberg, 2015.
- © *Nota del editor*, Valentín Carrera, 2015.
- © *El poeta de las memorias*, Ricardo Gullón, 1943, con autorización de Germán Gullón, 2015.
- © *Tuberculosis y misticismo en El Señor de Bembibre*, Russell P. Sebold, con autorización de University of Pennsylvania, Philadelphia, 2015.
- © *La visión literaria de los Caballeros Templarios en El Señor de Bembibre de E. Gil y Carrasco*, Monserrat Ribao Pereira, 2015.
- © La influencia de Walter Scott en *El Señor de Bembibre*, Áldida Ares Ares, 2015.
- © *Gil y Carrasco, personaje de dos Episodios Nacionales de Galdós*, José Luis Suárez Roca, 2015.
- © *El amigo villafranquino de Enrique Gil: Joaquín del Pino*, Héctor J. Silveiro Ares y Héctor M. Silveiro Fernández, 2015.
- © *El periodista Enrique Gil: heterodoxo y visionario*, Valentín Carrera, 2015.

Portada: Fragmento de *Torrente del Navia (Bajada del Sil en el valle de Quiroga)*, Jenaro Pérez Villamil, ¿1846?, óleo sobre lienzo, 67×81,5 cm., Col. particular, Barcelona.

Diseño portada y colección: Denís Fernández Cabrera, Sacauntos.

Láminas: cortesía de Luis Gómez Domingo.

Esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO es posible gracias a una generosa beca de la *Fundación Carmen Rosa Carracedo Álvarez* y al mecenazgo de lectores y amigos a través de la plataforma de *crowdfunding* Lánzanos.com. A todos, gracias.

Obra Completa: ISBN 978-84-941762-9-6

Volumen IX, *Ensayos sobre Enrique Gil y Carrasco*, ISBN 978-84-943682-7-1

Dep. Legal C 2260-2015

Esta obra no puede ser reproducida total ni parcialmente sin la autorización de los propietarios del copyright.

**Paradiso**\_Gutenberg



[www.bibliotecagilycarrasco.com](http://www.bibliotecagilycarrasco.com)

# SOBRE ENRIQUE GIL ENSAYOS LITERARIOS

BIBLIOTECA



GIL Y CARRASCO

Paradiso\_Gutenberg

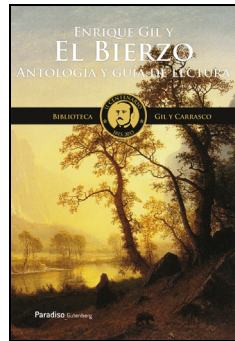
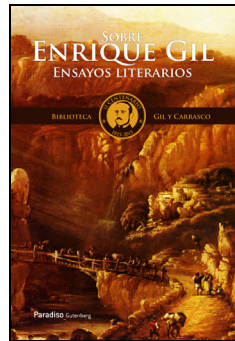
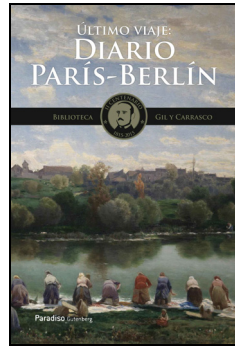
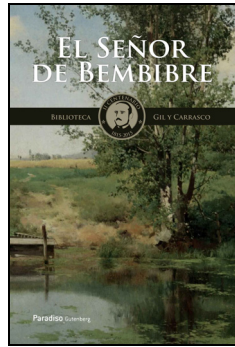
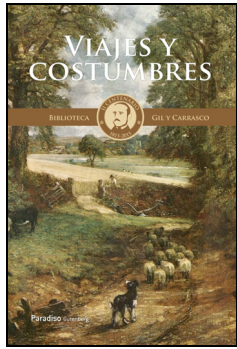
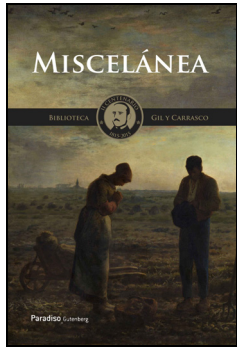
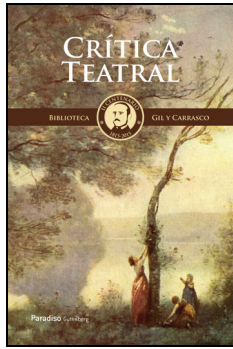
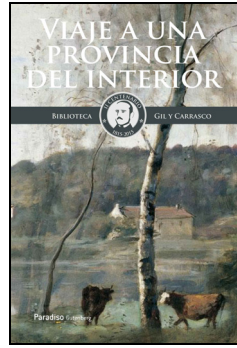
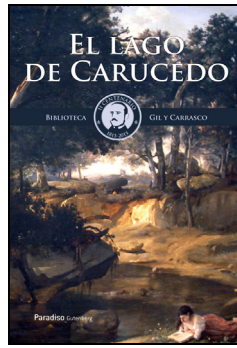
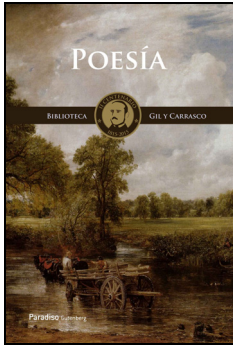


## FICHA BIBLIOGRÁFICA OBRAS COMPLETAS EDICIÓN II CENTENARIO

[Hay edición digital para Kindle publicada por eBooksBierzo.com en [Amazon](#)]

- GIL, ENRIQUE. (2014-I). *Poesía*. Edición, introducción y notas de Valentín Carrera. ISBN 978-84-941762-0-3.
- . (2014-II). *El Lago de Carucedo*. Edición, introducción y notas de Valentín Carrera. Prólogo de Francisco Macías. *Lecturas* de Paz Díez-Taboada, Michael Iarocci y Borja Rodríguez. ISBN 978-84-941762-1-0.
- . (2014-III). *Viaje a una provincia del interior*. Edición, introducción y notas de Valentín Carrera. *Lecturas* de José Antonio Carro Celada, Paz Díez-Taboada, Epícteto Díaz Navarro y Aniceto Núñez García. ISBN 978-84-941762-2-7.
- . (2014-IV). *Crítica teatral*. Edición y notas de Valentín Carrera. Estudio preliminar de Miguel A. Varela. ISBN 978-84-941762-3-4.
- . (2014-V). *Miscelánea*. Edición, introducción y notas de Valentín Carrera. *Lecturas* de César Gavela, Noemí Sabugal y J. L. Suárez Roca. ISBN 978-84-941762-6-5.
- . (2014-VI). *Viajes y costumbres*. Edición y notas de Valentín Carrera. Estudio introductorio de Álida Ares. ISBN 978-84-941762-5-8.
- . (2015-VII). *El Señor de Bembibre*. Edición, introducción y notas de Valentín Carrera. Prólogo de Ramón Carnicer (1071). Estudio de Juan Carlos Mestre y Miguel Á. Muñoz Sanjuán (2015). Láminas de Mestre. ISBN 978-84-941762-7-2.
- . (2015-VIII). *Último Viaje: Diario Madrid-París-Berlín*. Edición, introducción y notas de Valentín Carrera. *Lecturas* de César Gavela, José Luis Suárez Roca, Pamela Phillips, Paz Díez-Taboada y Manuel Cuenya. Reproduce los *Manuscritos de Enrique Gil*. ISBN 978-84-941762-8-9.
- VV. AA. (2015-IX). *Ensayos sobre Enrique Gil*. Edición, introducción y notas de Valentín Carrera. Ensayos de Ricardo Gullón, Russell P. Sebold, Monserrat Ribao, Valentín Carrera, Héctor Silveiro, José Luis Suárez Roca y Jovino Andina. ISBN 978-84-943682-5-7.
- GIL, Enrique. (2015-X). *Enrique Gil y El Bierzo. Antología*. Edición, introducción y notas de Valentín Carrera. ISBN 978-84-943682-6-4.

[www.bibliotecagilycarrasco.com](http://www.bibliotecagilycarrasco.com)



[www.bibliotecagilycarrasco.es](http://www.bibliotecagilycarrasco.es)





## Nota del editor

Cuando en 2013 comenzamos a planificar la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, ni siquiera existía la perspectiva de un congreso como el que se celebró en El Bierzo en julio de 2015, el Congreso Internacional «Enrique Gil y Carrasco y el Romanticismo», de modo que entonces nos pareció conveniente complementar los ocho tomos de las *Obras Completas* del poeta y novelista berciano con dos tomos extra: este volumen IX, *Ensayos*; y el volumen X, *Enrique Gil y El Bierzo. Antología*.

En aquel momento pensamos en una selección de ensayos de las últimas décadas, e incluso el profesor Rubio Cremades nos sugirió seguir el modelo de la colección «El escritor y la crítica». Pero la celebración del Congreso, y la publicación de sus *Actas*, en las que se recogen una treintena de artículos e investigaciones de los más prestigiosos profesores de más de veinte universidades de todo el mundo, ha superado todas las expectativas. Quien desee tomar el pulso al estado de la cuestión en materia de Romanticismo y Enrique Gil, hará bien en procurarse las seiscientas páginas de las *Actas*<sup>1</sup>.

Para no incurrir en repeticiones, y puesto que las actas del Congreso ponen el listón muy alto, recogemos aquí siete ensayos de gran interés que, por razones elementales, no tuvieron cabida en el Congreso: es el caso de los artículos de Ricardo Gullón, «El poeta de las memorias» (publicado por primera vez en la revista *Escorial* en 1943, que rescatamos con permiso de su hijo Claudio Gullón) y del hispanista americano Rusell P. Sebold, «Tuberculosis y misticismo en *El Señor de Bembibre*» (publicado en *Hispanic Revue*, 1996, que publicamos con permiso de University of Pennsylvania). Los dos son textos de lectura gozosa: dos gigantes a cuyos hombros subidos caminamos a la descubierta de Enrique Gil.

---

<sup>1</sup> Editorial Andavira, con la colaboración del Consejo Comarcal del Bierzo y la Universidad de León, febrero 2016.

Gullón, con su habitual agudeza crítica, es quizás el autor que mejor ha comprendido a Enrique Gil, y en texto tan temprano como este *poeta de las memorias* anticipa rasgos de su personalidad que van aflorando, a la luz de nuevos datos biográficos, “he aquí su mundo: a los veintidós años vive ya en el recuerdo”, y abre nuevas lecturas de su obra.

Con el artículo del profesor Sebold, rendimos modesto homenaje a todos los hispanistas que han mantenido encendida la llama de los estudios gilianos en universidades muy distantes, cuando Enrique era ignorado entre las suyas: Daniel George Samuels, Michael P. Iarocci (colaborador también de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO), M. O’Byrne Curtis, Derek Flitter, y tantos otros. Desde Toronto a California y desde Exeter a Pennsylvania, sin olvidarnos de la magna tesis del profesor Picoche.

La identificación clínica y espiritual que Sebold traza entre Gil y Beatriz es tan estrecha que afirma (y creemos que demuestra) que “*El Señor de Bembibre* es la autobiografía clínica de su autor”. Y del paralelismo que señala con Flaubert y Emma Bovary se derivan nuevas lecturas sin explorar. Un artículo imprescindible.

El de la profesora de la Universidad de Vigo, Monserrat Ribao, «La visión literaria de los Caballeros Templarios en *El Señor de Bembibre*», es complementario del anterior; descabalga algunos tópicos y ratifica casi veinte años después las tesis de Sebold sobre ese *alter ego* de la doliente Beatriz que sería el propio Enrique. No menos interesante y novedoso es el estudio de Árida Ares Ares, de la Universidad de Trento, sobre la influencia de Walter Scott, y en concreto de *Ivanhoe*, sobre la novela de Gil. En ambos casos, el hilo conductor templario interesará a muchos caballeros del Temple nuevos, dentro y fuera del Bierzo.

El profesor José Luis Suárez Roca, francotirador lúcido desde su almena literaria, nos descubre a un Enrique Gil protagonista de uno de los *Episodios Nacionales* de Galdós, *La estafeta romántica*, retratado en aquella década prodigiosa de la vida madrileña que Miguel A. Varela ha comparado con *la movida* de la Transición.

En quinto lugar, es un lujo incluir en este volumen el documentado, minucioso y novedoso estudio de Héctor M. Silveiro Fernández y su padre Héctor J. Silveiro Ares. «El amigo villafranquino de Enrique Gil: Joaquín del Pino» es un anticipo de un trabajo de investigación en

curso, más amplio, en el que los autores aportarán nuevos datos y correspondencia inédita de la Familia del Pino, que nos permitirán revisar a fondo la biografía de Gil, no solo en su relación con Villafranca, que los Silveiro defienden como afectuosa y duradera, sino con todo El Bierzo.

Para cerrar el volumen hemos querido incluir un ensayo inédito del que soy autor, leído en la conferencia de homenaje a Gil en la Embajada de España en Berlín, en mayo de 2015, y ese mismo mes en el Museo del Romanticismo de Madrid: «El periodista Enrique Gil: heterodoxo y visionario». Como periodista, me sorprendía que durante décadas se hubiera prestado poca atención al Enrique Gil escritor de periódicos, que fue durante años su principal profesión y modo de vida. Redactor, crítico de teatro, gacetillero de actos sociales en el Liceo, reportero en viajes y excursiones, Gil tiene alma de periodista, y aunque ejerce a la manera de la época, sus textos siguen siendo actuales.

Por último, reivindico en estas páginas el nombre o la firma «Enrique Gil» como la que debería usarse por quien de verdad quiera respetar la voluntad del poeta, pues como verán el lector y la lectora que quisieren, nuestro romántico nunca usó (ni siquiera sus amigos y familia después de muerto) la forma «Gil y Carrasco», que es una traición de la posteridad. Una más.

Y es así como hemos compuesto este volumen coral y polifónico, que algunos juzgaran deslavazado, pero contiene hilos interiores ocultos y nudos secretos que hilvanan anticipaciones de Gullón e intuiciones de Sebold, con el análisis emergente de Ribao, los nuevos datos biográficos descubiertos por la familia Silveiro, y ese también desconocido y atractivo Gil periodista, heterodoxo y visionario. Que ustedes lo disfruten.

VALENTÍN CARRERA  
DICIEMBRE 2015<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Como criterio editorial, seguido en los anteriores volúmenes, con licencia de los respectivos autores, citamos las obras de Enrique Gil por la reciente edición de las *Obras Completas*: BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volúmenes I-VIII, *Paradiso\_Gutenberg*, 2014-2015. En adelante, (BGC-I: pp), (BGC-II: pp), etc.



## El poeta de las memorias

RICARDO GULLÓN<sup>3</sup>



Enrique Gil es uno de los poetas románticos de voz más delicada y melancólica. Vivió poco, y durante su breve existencia soñó tan a menudo con la muerte que al verla llegar debió parecerle que se acercaba un paso familiar largo tiempo esperado.

Allá por el año cuarenta del pasado siglo tuvo Gil y Carrasco sus veinticinco. En esa época publica sus poesías más significativas, mantiene amistad con el tempestuoso Espronceda y más o menos se deja arrebatar por el torbellino romántico, entonces en plena fuerza. Había en su alma un fondo último de inigualada bondad que le permitió alcanzar en plena juventud una serenidad de juicio y de pensamiento que le sobrepuso un tanto a los embates de la hora. Frente a los hombres de nuestro «Sturm und Drang», Enrique Gil es hombre de

---

3 Publicado en revista *Escorial*, Año 10, núm. 29 (marzo 1943), pp. 415-431. Edición digital de la Biblioteca Virtual Cervantes: [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/el-poeta-de-las-memorias-0/html/00f18446-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_1.html#N\\_1\\_](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/el-poeta-de-las-memorias-0/html/00f18446-82b2-11df-acc7-002185ce6064_1.html#N_1_). Reproducido por cortesía de Germán Gullón.

reposo, apacible, más amigo de dar a cada uno lo suyo que de entregarse a rotundas afirmaciones y negaciones.

Pues Gil es hombre que no aventura una opinión discutible sin el contrapeso de alguna salvedad que implique reconocimiento de autoridad, cuyo criterio concede sea estimado decisivo sobre el suyo. Sus artículos de crítica si no geniales, son, al menos, denotadores de una certera visión de las obras que examina, y la sencillez con que se produce es, probablemente, la consecuencia de aquel hábito de sentir que no podía permitirle asomos de pedantería, petulancia ni doctrinarismo.

Quiere decirse que nuestro poeta fue un romántico en su poesía; pero solo hasta cierto punto en su vida. Esta resultó demasiado dura y ha sido vana pretensión la de inventarle una muerte romántica. No murió en duelo Enrique Gil, sino vencido por la enfermedad que años atrás venía quebrantándole. Su juventud había sido difícil: tras estudiar en Ponferrada, Astorga y Valladolid, llegó a la Corte en 1833, a los dieciocho años. Impecune, recibiendo de su casa escasos auxilios, aún vivo, años más tarde, cómo se agravaba la situación al fallecer, repentinamente, su padre, de quien le venían aquéllos. En 1839, por vez primera, le ronda la muerte, y antes que la sangre le anunciara el peligro, un presentimiento le había hecho escribir:

Vengo a buscar mi huesa solitaria  
para dormir tranquilo junto a ti.

La literatura es, pues, para Gil y Carrasco una necesidad. Su alma de poeta le empuja hacia la poesía; por otra parte, ha de vivir. “Gil escribió porque su espíritu y su cuerpo necesitaban alimentarse: el uno, con bellezas, y el otro, con pan” —dice su biógrafo José María Goy—. Pero siempre su pluma se mantiene limpia, su espíritu no cede y hasta a su mejor amigo, al admirado Espronceda, no duda en hacerle los reparos que en conciencia estima procedentes.

Vive Gil de la literatura, si ello es vivir, y en las revistas y periódicos de la época van quedando, desparramadas, las mejores producciones suyas, desde su primera poesía *La gota de rocío* hasta los postreros trabajos. No son muchos, y si a ellos hubo de limitarse para subsistir, y aun ayudar a su familia, malos años serían aquellos, por más que contara con la protección de González Bravo y la amistad de casi todos los ingenios de la época. La muerte de Espronceda, en 1842, resonó

duramente en su corazón de amigo, robusteciendo su dolor esa tristeza que con palabra sencilla y pureza de sentimiento ya tenía registrada en sus versos desde 1840:

Pasó mi infancia muy triste;  
más pasa mi juventud:  
que entonces tú me acogiste,  
y hoy mi ventura consiste  
en la paz del ataúd.

Versos donde suena el eco de aquellos otros que más arriba hemos copiado, y que volverán a aparecer a lo largo de la obra poética de Gil como un doloroso *leitmotiv* de su lírica. Así que su dolor es siempre sobremanera auténtico, expresión de su vida enferma, resignada y humilde, que no producto de la moda, fantástico y supuesto. Calaba su tristeza desde el trasfondo de su alma, y al brotar hacía lo resignadamente, al modo con que desde Séneca han sabido sufrir los españoles. No hay angustia en la tristeza de Enrique Gil, sino aceptación del destino. El suyo no es el dolor de otros románticos contemporáneos, de aquél, por ejemplo, que hacía gritar a Gabriel García Tassara.

[...] Este que llevo  
siempre en el corazón dolor sombrío,  
amargo cáliz que en mis noches bebo,  
nube que empaña el horizonte mío.

antes al contrario es sencillo, es el dolor de cada día, el sufrimiento que se va agolpando a lo largo de muchos meses, y que va adentrándose hasta que el hombre se identifica con él de tal manera que se confundan y hagan uno la vida y la pasión vivida. Quizá por eso la expresión es después más sencilla, sin las imprecaciones de un Espronceda o de un Miguel de los Santos –sin su vigor tampoco, es cierto–, desprovista de grandilocuencia, como desarrollo que es de un sufrimiento que se estima natural y que, por lo tanto, no obliga a estridentes declamaciones, a ese desenfrenado gesticular a que se entregan sus amigos.

Ni amargura ni sentimiento alguno sobrecogedor. La muerte es tan sencilla que no vale la pena de abultarla demasiado; es, también, ya lo anotamos, una imagen familiar. No se perciben en Gil y Carrasco elementos demoníacos, ni desesperación, ni desenfreno, apenas una

queja por la fugacidad de los goces, una ideal melancolía por la primavera que no veremos tornar. En esto, a quien más se parece es a Gustavo Adolfo Bécquer. Tiene, como él, una resignación angélica, un delicado contraluz de luna y sueño que en el siglo pasado solo por excepción se encuentra. Un difícil equilibrio conseguido a puro entregar la vida a una quimera de muerte anticipada, a saberse vivos y sentirse muertos, forjando el hábito de pensar el mundo sin su presencia, la belleza eterna y lo efímero de su estar en ella.

Se ha dicho que la vida es un camino. Harto lo sabe el poeta, y cuando canta en sus versos palpita el son de una tal vez olvidada melodía. Eso es lo importante: que en las palabras perdure el eco de la sabiduría antigua, de ese saber elemental que los poetas se transmiten misteriosamente y que hace que ellos sepan más que el común de los humanos sobre los temas fundamentales de la existencia: la muerte, el amor, los dos manantiales de toda poesía como de toda pasión.

Esta sabiduría engendra en el poeta angustia, un sentimiento de ser incompleto que naturalmente produce la melancolía, porque como escribió Kierkegaard: “Es la angustia el vértigo de la libertad”. Y aún más: “En este vértigo cae la libertad al suelo”. Y el hombre se halla encadenado a su destino de tal modo que frente a esta sujeción poco importan las restantes.

Para entender a Enrique Gil parece significativo que nos planteemos con él esta cuestión: “¿Sobrepasarán nunca en aroma y en dulzura, frutas maduras en el invernáculo del cerebro a las que sazona y perfuma el sol del corazón y el rocío del amor y de la caridad?”. Tal vez nuestra respuesta no fuera exactamente la del romántico; pero a ella habremos de remitirnos, pues nos parece cabal expresión de un temperamento, y porque, en el fondo, salvando distingos menores, nuestro corazón le da su conformidad. Responde Gil: “Para nosotros, cualesquiera que sean las modificaciones que sufran las ideas con las fluctuaciones o revueltas de los tiempos, siempre merecerán más respeto los sentimientos que los sistemas, y siempre tendremos en más los principios y los vuelos del corazón que los intereses y los cálculos fríos del entendimiento”. No sin distingos, subrayo, puede aceptarse esta tesis; pero es lógico que un corazón joven, en la primera mitad del siglo XIX, sintiera antes el peso de su propia sangre que «los intereses y los



cálculos fríos», que desdeñosamente rechaza. Pues este es un impulso de pura raigambre romántica: el de la primacía del sentimiento; y de ahí a condenar todo aprecio de la razón el trecho no es demasiado largo.

Atenta a los «vuelos del corazón» la poesía se nutre casi exclusivamente de los gérmenes que existen en el alma del creador, y tal sea esta, así serán sus versos. Quizá aportarán un eco triunfal, amenazante y ostentoso. Tal otra vez serán destellos de una pasión incandescente. En el poeta leonés, su aroma es dulce y no excesivo, como el de esa delicada y fugaz violeta que ha pasado a ser, para muchos, la representación ideal de su poesía, y aun de su personalidad. Nunca él blasonará con aquel estridente «ya ni en la haz de los sepulcros creo», porque creía en ella, y sus ideas sobre la muerte, aquella su dulzura, le hacía soñar con que después de morir alguien velaría orilla de su tumba. Pues si es cierto que como en un profético vislumbre de su descanso en tierra extranjera, escribía:

Yo no tengo una madre ni una esposa  
que vengan a llorar en mi ataúd,  
ni quien escriba en la extranjera losa  
las penas de mi amarga juventud.

poco después de esta lamentación cantaba con la esperanza última del poeta, que con tal de guardar esta se resolvería a perder todas las restantes:

Quizá al pasar la virgen de los valles,  
enamorada y rica en juventud,  
por las umbrosas y desiertas calles  
do yacerá escondido mi ataúd,  
irá a cortar la humilde violeta  
y la pondrá en su seno con dolor;  
y llorando dirá: «¡Pobre poeta  
ya está callada el arpa del amor!».

En la exclamación «¡pobre poeta!», que es un lamento por la vida perdida, se descubre la angustia del artista, su suavísima tristeza por lo irremediable, y el delicado sentimiento del que, pese a ello, espera el seguro florecer de su tumba y las manos piadosas que a ella se acerquen. Es poco frecuente que sea para arrancar una flor, pues suele pensarse que las manos que llegan a los sepulcros han de hacerlo para llevar a

ellos las flores; pero eso mismo le da mayor carácter y belleza a la expresión.

Tenemos, pues, la delicadeza como la primera y más firme prenda de los versos de Gil y Carrasco. También una desesperanza que nada tiene de desesperada, sino que está producida por la convicción de que ha de cantar «el encanto que se pierde», de que todo en el mundo es fugaz como «la felice primavera» y que por lo tanto vale más dejarla volar sin que la acompañe un suspiro, “sin que furtiva lágrima siquiera, la palidez de mi semblante bañe”.

Si Enrique Gil hubiera escrito sus *Confesiones* no sé si habríamos tenido las de un hijo del siglo; pero estoy seguro de que hubiera dejado una sincera muestra de cómo podía palpar en aquella hora un joven corazón incapaz de adobar y desfigurar sus impresiones. En el delicioso bosquejo que forma su *Diario de viaje* (y que, incomprensiblemente permanece semi-inédito, ignorado, entre las páginas del volumen de sus obras en prosa<sup>4</sup>), destaca la sencillez con que se cuentan las cosas. Gil va enfermo, cansado; pero contra lo que sería de esperar no hay retórica a propósito de la enfermedad. Una noche, que debió ser terrible, se despacha en dos líneas. Sin bambalinas ni tintes sombríos, ¡cuánto cargado dramatismo envuelto en la medida de aquellas palabras! Palabras de hombre que tiene el pudor de su enfermedad, que no gusta de exhibir lacras.

Y tras esto, uno se pregunta: ¿es así el romántico? La habitual sagacidad de Menéndez y Pelayo nos va a proporcionar la respuesta. Decía D. Marcelino que en el romanticismo español había que distinguir el subjetivo, que le parece personificado en Espronceda, de aquel otro romanticismo histórico que encabeza el duque de Rivas. En el primero incluiremos a los hombres que *son* románticos por natural predisposición, y en el segundo grupo deben ser filiados quienes lo son en cuanto pertenecen al momento de exaltación romántica, y que por lo tanto no han podido sustraerse a él, e incluso lo han determinado. Citaremos el caso de Víctor Hugo, que puede ser ejemplo en todo aspecto.

---

<sup>4</sup> Para esa edición completa del *Diario* que Gullón echa en falta con su acostumbrada anticipación, véase en BGC-VIII, *Último viaje: Diarios Madrid-París, Berlín*, 2015.

Seguramente Enrique Gil nada tiene que hacer al lado de los atormentados Manfredos y Caínes que iban precediéndole. Ya vamos viendo que sus imágenes carecen de aquella robustez y tono apocalíptico que tenían los primeros. La fuerza del ambiente pesa mucho: los antepasados de Byron le legaron a este sus excentricidades (aquel abuelo del que cuenta Baudelaire que se arruinó para que no le heredara su hijo, culpable de haberse casado sin su permiso, y que antes de arruinarse había matado a su cochero porque un día no condujo el carruaje a su gusto, después de dar muerte también a un amigo en duelo por una disputa iniciada entre criados), en tanto que los antepasados de Gil eran viejos castellanos de la serena meseta soriana, y él recibió una formación a la española en severos centros bercianos y en ese Seminario de Astorga, cuyos claustros recordaba con melancolía cuando, ya escritor, corría la provincia leonesa. No podía, pues, existir gran afinidad de sentimientos entre este muchacho de la clase media española, que es el reducto donde mejor se guardan las tradiciones, estudiante en Valladolid y en Madrid, hijo preocupado desde joven por ayudar a la madre viuda que sigue en su provincia, y hombres como lord Byron.

No es posible prescindir, al estudiar a Enrique Gil, de los antecedentes históricos y de las corrientes de pensamiento que agitaban por entonces a Europa y conmovían las almas de los poetas que por su propia sensibilidad se encontraban entre las más receptivas y aptas para el contagio de las ideas renovadoras. Pero tampoco se puede desdeñar el valor de la educación, de las influencias familiares, de esos factores que en todas partes pesan tanto, pero en España tal vez más que en otra alguna. Y en el caso de Gil nos parece evidente que predominaron sobre las demás, como se comprueba no ya en sus prosas, en sus comentarios transidos del respeto y la modestia, imbuidos en la infancia y juventud, sino en sus poesías mismas, en *El Cisne*, en *La niebla*, y en *El Cautivo*, que sueña, como es usual en el poeta, con la muerte y más allá, con la mar que le separa de la patria, confiando que:

sus olas vendrán mi sepultura  
de espumas y de limo a coronar.

con ese perenne pensamiento de tras-muerte que siempre se da de alta en los versos de Enrique Gil.

Y pese a todo esto, y a que de vez en cuando suena en los versos de Gil la palabra lúgubre, nada de tal tiene su poesía. Son la melancolía, el ensueño y la nostalgia cargados de gravedad las que dan riqueza y acento a su arte. Si el candor fuera una virtud lírica, un empuje eficiente al arrebató poético, no cabe duda que los versos de Gil hubieran ganado en nuestra estimación, mas no siendo así, tal característica no habrá de serle contada como valor al poeta.

Tenemos una curiosa página autobiográfica que va a esclarecernos algunos extremos del sentimiento y la vida del artista. Se trata de un apunte titulado *El anochecer en San Antonio de la Florida*, del que dicen los primeros editores de Gil que su interés lo alcanza principalmente porque «compendia con fidelidad una parte de la vida del autor». El poeta se retrata como un joven de veintidós años, “nacido a las orillas de un río que lleva arenas de oro y que llevó con ellas su niñez y los primeros años de su juventud”. Así se alude al Sil, río leonés de leyendas y de paisaje tierno y apacible. Después se describe físicamente: «Su vestido era sencillo, rubia su cabellera, azules sus apagados ojos, y en su despejada frente se notaba una ligera tinte de melancolía, al parecer habitual». *Melancolía habitual*, y un poco después, va a referirse a «sus amortiguados ojos». No tanto que no fueran capaces de lanzar «relámpagos» cuando la ocasión se ofrecía para ello. La tibieza del atardecer en la pradera, aquella brisa «que tal vez se había levantado entre las olorosas praderas de su país», dicese «que le traía las caricias de su madre, las puras alegrías del hogar doméstico, los primeros suspiros del amor, los paseos a la luz de la luna con su mejor amigo».

Se me antoja que en estas breves líneas tenemos el mejor apoyo para contrastar la impresión que los versos de Enrique Gil habían producido en nosotros. He aquí su mundo: a los veintidós años vive ya en el recuerdo, en la añoranza de los bienes perdidos, y ese atardecer estival no le encuentra presente sino *in corpore*, porque su espíritu se reparte en la nostalgia de los amores lejanos: el de la madre, el del fiel amigo, el de una novia, acaso más que real, imaginada. Gusta de tenderse en soledad y disparar su espíritu hacia el pasado, hacia el breve ayer.

Seguimos leyendo: “Aquel mancebo había nacido con un alma cándida y sencilla, con un corazón amante y crédulo, y la pacífica vida de sus primeros años junto con la ternura de su madre, habían desenvuelto

hasta el más subido punto estas disposiciones”. El recuerdo de esos primeros años, de sus verdes campos bercianos, nunca le abandonará, y cuando, pasado el tiempo, se encuentre viajando por Europa, por encima de los monumentos y de los paisajes que van deleitándole, su recuerdo se lanza siempre hasta los días de infancia, perenne el culto de sus purísimos amores. Vemos, pues, que el alma de Gil es, como él lo dice, «cándida y sencilla», con una especial tensión que le vuelve hacia el recuerdo; por eso su poesía habrá de ser saudosa temperamentalmente. Es lo que ahora alguien llamaría, con horrenda palabreja, un introvertido.

“La libertad, la religión, el amor, todo lo que los hombres sienten como desinteresado y sublime se anidaba en su alma, como pudiera en una flor solitaria y virgen nacida en los vergeles del paraíso”. Ternura hacia sí mismo, también altiva proclamación del hombre bueno que exhibe sus ideales. Y todo ello, no concreto y definido, sino envuelto en la bruma de la época, en la que le ponía a todas las cosas su corazón de soñador, más amigo de quimeras que de precisiones. Así: “Su amor, hasta entonces, era como el vapor de la mañana: una pasión errante y apacible que flotaba en los rayos de la luna, se embarcaba en las espumas de los ríos o se desvanecía entre los aromas de las flores silvestres”.

Es posible que Gil, como tantos otros, gozara del amor en abstracto, sin necesidad de fijarlo en mujer alguna, porque en su obra no se encuentran las huellas que forzosamente habría dejado una pasión en alma tan apegada a sus afectos, y que con tanta insistencia dejó muestras de los que desde niño le ganaron. Tal vez la enfermedad, obligándole desde muy joven a hacer una vida retraída, le apartó de las coyunturas en que hubiese podido germinar. Vagamente habla de «un ángel», de «una doncella de ojos negros», que es justamente la inspiradora de «los primeros suspiros de amor», a los que antes se refiriera, quizá de un idilio juvenil, puesto que sabemos que “sus corazones volaron al encuentro; se convirtieron en una sustancia aérea y luminosa, confundiendo sus recíprocos fulgores”. Es de creer que «el viento de la amargura», que de tan real manera se desencadenó sobre la familia de Gil, acabara en flor con este esperanzador idilio. El poeta era, por entonces, un niño de dieciséis años, y si del episodio quedó recuerdo, no fue este suficiente para llenar su corazón.

Esta niña de sus amores de adolescente no tardó en morir, como murieron el padre y el amigo, y así la vida de Gil pasa en la Corte «olvidada y solitaria, perdida entre los sucesos y los hombres». No es extraño, pues, que el joven Enrique se dedicara a recordar aquel pasado que tan bello aparecía en sus recuerdos, y que por tal senda diera en ser, como él mismo dice, «el poeta de las memorias».

En la breve y lírica autobiografía, el escritor rige y gobierna el estilo de su prosa, que tiene un gusto retórico y sabroso. La autocompasión de Gil se trasluce en el «¡pobre poeta!», que aquí también se le escapa involuntariamente cuando dice, copiando los versos de su despedida a la niña amada:

¡Pobre Ricardo!, el ángel de la vida.  
¿Por qué extendió sus alas sobre ti?  
¿Por qué tiñó tu juventud perdida  
con el suave color del alhelí?

y añade en prosa: «mi vida se ha pasado siempre sola, como un sepulcro en medio de los campos, y tu memoria era la única que la acompañaba».

Pero hay demasiada resignación y conformidad en el amor perdido para que pueda creerse en una pasión imborrable. Tenía Gil, al despedirse de su «ángel», según anotamos, dieciséis años, y al recordar sus amores –ya ella muerta– seis más habían transcurrido. Cierto es, y pensando en ello, cabe opinar que el afecto del poeta fue duradero, que las pasiones en Gil no revestían nunca sino ese carácter silencioso y evocador que ha quedado en sus versos. Pero aun teniendo en cuenta esto, quisiéramos encontrar en ellos más constantes alusiones a esa afición juvenil, al recuerdo de una muchacha como la que describe en su autobiografía, y que es sin duda una delicada flor, poco apta para la vida:

La virgen de tus sueños de pureza,  
flor solitaria de un abismo fue,  
que alzó a mirarte la gentil cabeza  
exhalando el aroma de su fe.

(...) La flor irá perdiendo sus perfumes  
y apagarán sus hojas su color.  
¡Miseró corazón! ¿Por qué consumes,  
sin porvenir, el fuego de tu amor?

Pues el «pobre poeta» de «miserio corazón», sabía con sabiduría antigua, anterior al conocimiento y a la vida, que su amor «frágil entre amarguras pasará», al modo como para él han de volar las horas felices, quedándose en soledad con su recuerdo, metiendo en su corazón la suave melancolía que va a hacer brotar esos versos suyos, donde la tristeza se trasluce sin encono ni desolación, amparados en una resignación y en una fe de la más pura y fiel religiosidad, la que no se razona ni acaso se entiende porque es como la sangre que se lleva en las venas y al tiempo que nos hace vivir lo es para nosotros todo, sin ser cuestión. Pues la fe de Enrique Gil, aprendida en la cuna, se sobrepone a sus ideas, a sus preferencias intelectuales y es el último secreto de su resignada bondad, de su palpitante capacidad de sufrimiento.

El avatar crítico de Enrique Gil es sobremanera interesante. En *El Correo Nacional*, en el *Semanario Pintoresco Español*, en *El Pensamiento* y en otros diversos periódicos de la época, colaboró con trabajos de varia lección. Nos parece curioso examinar con preferencia los que se refieren a la crítica literaria ejercida sobre sus contemporáneos. Tenemos juicios suyos acerca de los románticos máximos: Espronceda, Zorrilla y el Duque de Rivas; notas sobre el *Macbeth*, Tirso de Molina y los cuentos de Hoffman; un largo estudio sobre Luis Vives y algún otro artículo de menor interés.

Gil se acerca a las obras con aquella modestia que le es temperamental y que tan apto le hace para comprender aún lo que está lejos de sus preferencias. Su juicio suele ser seguro, como expresión real que es de su sentimiento y del criterio formado, por tanto, sincero; en ninguna ocasión se advierten consideraciones de tipo extraestético que le fuercen a disimular la opinión formada. Ni el prestigio del Duque de Rivas, en la cumbre de su buena fortuna, ni la amistad con Espronceda, son obstáculo suficiente para que Gil oponga sus reparos en el tono de sencillez y de bondad que le es propio. Aquí tampoco se podría tropezar con un pasaje dictado por la amargura, porque el espíritu de Gil desconoce el resentimiento, pasión tan frecuente en los literatos, y acata las jerarquías que su clarividencia le señala.

Le parece a nuestro buen poeta que, en su tiempo, «pintura y poesía se han remontado como de un salto a tal altura, que su repentino progreso tiene sus puntas de maravilloso». Y se pregunta con cierto

ingenuo asombro cuál sea la causa de que las artes hayan cobrado tan altivo vuelo, pues en el lento y mortecino vivir del país no halla motivos suficientes para tales adelantos. Se inclina a pensar que tal florecimiento se debe a «la marcha incontrastable de las ideas y la tendencia irresistible de la época»; en suma, al empuje romántico que es para él una respuesta al angustiado corazón humano, «que estaba necesitado de consuelos y de luz», tras el siglo anterior, siglo de la Enciclopedia y de la «razón orgullosa y fría».

Gil ve el movimiento romántico como un gran aliento liberador de los impulsos más puros y naturales —en el sentido de espontáneos— del hombre. Para los anhelos sentimentales, siempre difíciles de concretar, es en verdad poco probable que la inteligencia tenga una respuesta, ya que ésta, caso de existir, habrá de ser un vago aliento que solo en las tendencias irracionales, primitivas, del hombre podía encontrarse. «De aquí dimana el carácter vago, indeciso y hasta cierto punto contradictorio que han tomado las artes de la imaginación». Le parece hallar la característica del tiempo en «esta tinta melancólica y opaca en que está empapada la fantasía de la edad presente» y, no sé si mirando hacia adentro, afirma que la literatura como reflejo del instante ha de ser espejo de tristezas, dolores, angustias y esperanzas. Este modo de ver el mundo como una gran mansión de seres doloridos, que se sostienen tal vez por una irreal ilusión, es típico en el sentir de los románticos, y en Gil, expresión sincera de su vida. Pues ya hemos visto, y no parece necesario aducir nuevos datos, que su existencia fue agobiada por la desventura; pero es que, aun quienes no tenían en verdad este peso de dolor sobre ellos, trataban de simular su existencia y se engañaban a sí propios, fingiendo un aire desolado que se rubricaba en el aspecto exterior con la tez pálida, el largo cabello y el atavío negligente.

Tiene Gil el hábito de analizar una a una las composiciones de los libros que comenta, o al menos lo hace con las más interesantes. Esto le permite dar a sus opiniones precisión, virtud crítica muy estimable en su tiempo y que abona la lealtad y honestidad de su proceder. «Desaliñado y flojo» encuentra algún trozo de Espronceda, juicio que hoy cualquier lector hace suyo sin réplica, lo mismo que «la inspiración arrebatada y atrevido vuelo» que de cierto concurren en el astro romántico. Sus opiniones han sido corroboradas, a un siglo de distancia, por los lectores



actuales, que como él piensan que el mejor Espronceda, con sus discordancias, su légameo verbal y también sus maravillosas iluminaciones líricas, es el Espronceda de las canciones, el poeta que enciende en la lengua castellana las armonías más brillantes junto a las más desventuradas insistencias.

También resultó exacta su calificación de los romances del Duque de Rivas, trozos, algunos, «llenos de meditaciones vagas, dulces y descoloridas», y en el artículo a ellos dedicado, sin que existan vislumbres de grandeza crítica, de ese empuje creador capaz de construir vastas síntesis remontándose al origen y tendencias de la creación literaria, se da por lo menos esa finura de análisis que ya vemos es la cualidad distintiva como crítico de Enrique Gil. Y, no obstante la limitación de sus pretensiones críticas, nos place que antes de otra cosa haya sabido ver que los que habían esterilizado durante siglo y medio al ingenio español fueron esos «códigos del buen gusto clásico», que si útiles para regenerar las envejecidas musas castellanas, excedieron su misión llegando a alterar y «viciar el temperamento poético de nuestra nación». Pensaban los reformadores que las normas que trataban de implantar y en efecto implantaron, serían buenas para todos los tiempos y países, o, como dice Gil, que «los afectos del corazón y los vuelos de la fantasía se vaciaran en un molde idéntico en todas las épocas». Prescindir de la nacionalidad para dictar reglas artísticas era escollo que solo por aventura pudo sortearse; faltaban «espontaneidad y verdad» y, por tanto, las creaciones que iban naciendo carecían de fortaleza y de vigor.

Nos place ver que Enrique Gil sabe apartar del confuso círculo de los clásicos a lo Meléndez y a lo Moratín, y reputamos seguro indicio del tacto crítico de nuestro poeta el hecho de que interprete como un síntoma negativo y fatal la entrega a cerrados cotos de arte donde no llega nunca el viento fuerte del arte verdadero, que solo a la intemperie crece satisfactoriamente. No olvidemos para entender el sentido crítico de Gil, su gusto de buen catador, que por entonces —él lo señala— andaba de real orden, en manos de la juventud, el *Arte de hablar*, de Hermsilla, donde tan despectivamente se trataba al romance; el género restituido a su antiguo prestigio por el Duque de Rivas en el libro comentado por nuestro poeta.

Mesurada, correcta y sin excesivas ambiciones, la obra de Gil tiene todavía un interés que excede del puramente arqueológico. Es un ejemplo más que corrobora el perfil moral de la figura. Del mismo modo que también ayudan a completarlo sus artículos de costumbres y sus notas de viaje por España, donde destaca el amor por su tierra berciana y por los campos y paisajes que se la hacían recordar.

Enrique Gil es conocido muy parcialmente. Como poeta, tal vez *La violeta* sea la única de sus composiciones que le suene al «público» poético. Como prosista, su novela *El Señor de Bembibre* se eleva merecidamente del resto de sus trabajos. Pues es justo señalar que en ella alcanzó Gil el más alto nivel de su obra artística. Su novela es, en opinión general, patentizada por Menéndez y Pelayo, la mejor novela histórica española. Superior a *El doncel de Don Enrique el Doliente* y a las demás tentativas, muy inferiores, que se hicieron en España para conseguir con materiales propios la versión al suelo castellano del tipo romanesco cuya boga europea se debe a Walter Scott. *El Señor de Bembibre*, digámoslo sin reparo, es una buena novela.

He aquí una historia de construcción casi perfecta. Enrique Gil aportó un alma de poeta, una prosa que corre suavemente, como un blando río entre praderíos, y los recuerdos de aquel su único amor juvenil, fracasado Dios sabe por qué razones. Hay un gran amor contrariado, que constituye la anécdota del libro, una anécdota típicamente romántica, uno de esos temas que fueron explotados con hartos ardor por los novelistas del siglo pasado. Pero en *El Señor de Bembibre* el autor tenía su experiencia del caso y así, al novelarlo, podía poner en él un acento lírico arrancado de su personal visión, se dejaba arrastrar por la fuerza de la ilusión creadora, que, sin duda, embellecía su reducida aventura hasta el nivel de aquella arriscada trama llena de medievales peripecias que constituye el cogollo de su obra.

El mundo que se refleja en la novela de Gil es un orbe acabado y aparte. La existencia de un individuo determinado y su típica aventura va siendo estudiada, profundizando casi únicamente en dos direcciones: la puramente erótica y la de lealtad al amigo en desgracia, o sea en la coyuntura, a la orden del Temple, en trance de desmoronarse. Pues uno de los singulares aciertos del escritor ha sido el de situar la acción de su relato en los días del siglo XIV, que vieron el acabamiento y persecución

de los templarios, localizando lo más de su aventura en el rincón leonés que forma El Bierzo, con los entonces poderosos castillos que fueron de la Orden.

Seguramente la sensación de obra concluida sin esfuerzo que da el libro de Gil y que es la misma de tantos otros de su época, depende de lo que ya va apuntado: de la posibilidad para el escritor de considerar el mundo como un todo perfecto y, por consiguiente, de forjarse otro por modo parejo. Nada menos objetivo que un novelista romántico, porque nadie tan convencido de que tiene delante un teatro o escena vital que no existe, pues para él la realidad está constituida por la íntima idea que indeliberadamente y de un modo si se quiere automático, ha llegado a forjarse el artista suplantando lo que su dintorno le ofrece. De ahí que cada figura adquiera ese relieve literario de personaje, trazado según esquema mental previo, y que, por eso, por su propia ausencia de complejidad, se graba en la memoria, aunque para un lector de hoy resultan ser tipos excesivamente simplistas y convencionales. Pero no sin encanto tropezamos con estas figuras de rudimentaria psicología, la motivación de cuyas acciones resulta harto ruda, pero que compensan este defecto con el entusiasmo que produce en nosotros el torrente de vida que les anima y les hace desplegar una actividad extrema, despeñándose de peripecia en peripecia y arrastrando consigo al lector, que termina por olvidar sus prevenciones críticas en el vértigo de aventuras por donde danzan los protagonistas.

Hay, pues, en *El Señor de Bembibre* una intriga de amor y un episodio histórico, desarrollados en un paisaje que era muy amado y conocido del autor. Cada uno de los elementos que componen la obra fue, por lo tanto, tratado con cariño y compuesto al modo clásico de novelar. Al modo clásico que aquí, por paradoja no más que verbal, es el modo romántico. Cada pasión tiene su personaje, y no falta junto a la pareja encargada de entonar el dúo amoroso, el tipo cruel, el padre ambicioso, el anciano monje obstinado y corajudo, la doncella fiel y el escudero leal. Todo ello sin mezcla, y el bueno lo es hasta el final, mientras el malo se hunde en el averno de sus maldades.

Tenemos una imagen idealizada del mundo, una imagen que no se ajusta a la realidad. Lo que yo destacaría es la involuntariedad de esa deformación del panorama entrevisto o vivido por el escritor; su buena

fe literaria. Porque cuando Gil empieza su novela en nada piensa menos que en dar una impresión suya del mundo (entendiendo como ahora es sólito, exclusiva, por suya o personal). Piensa en el mundo tal como cree que es, y no sueña que su visión sea más valiosa o lúcida que la de los demás mortales; allí instala su conflicto y procura con la mejor buena fe que los personajes entren en él aportando sus respectivas tensiones de ánimo, sus pasiones, para que del choque se desprenda un accidente novelesco que tenga valor autónomo, independiente del que cobra en cada una de las criaturas interesadas.

De esto se desprende un inconveniente: entre los personajes se establece una gradación puramente artificial, de protagonista o comparsa, de modo que estos no alcanzan nunca idéntico plano novelístico. Y no me refiero al interés novelesco, en cuanto al cual es lógico que exista tal diferencia, sino a que la construcción de unas figuras no es igual que la de las otras en lo que atañe al procedimiento, desnivel que redundará en perjuicio de la obra.

Pensaba Gil, y sería pedante e injusto hacerle por ello un reproche, que solo en la distensión extrema de la personalidad humana existía posibilidad novelesca. Guerras, amores dramáticos, persecuciones injustas, constituyen su materia romancesca; pensar que pueda apreciar la posibilidad de novelar la vulgaridad, lo cotidiano y usadero, sería anacrónico, y bástenos el arte con que supo utilizar para el mejor logro de su novela, aquella circunstancia de la ruina de los últimos templarios. Porque lo que resulta de su libro, es que todo él se ha escrito en función de la historia de amor de Doña Beatriz y *El Señor de Bembibre*, siendo lo demás, aderezo del tema principal, anécdotas que vienen a robustecer el torso de la aventura radical de los dos desventurados amantes.

¿Y dónde mejor que en una historia de triste amor podía desarrollarse el genio de Gil, tal como le conocemos? Toda la ternura de su corazón halló empleo en el aderezo de las figuras sublimes de los amantes, en la descripción de los paisajes que había corrido en su infancia y juventud, en el desarrollo de una trama que daba espacio a la melancolía y al sentimiento.

Es un caso de coincidencia del escritor con el hombre, y por eso su novela ha cobrado la necesaria vida y nos aparece, con todas sus limitaciones, como un mundo real cuyos seres, no por idealizados, dejan

de parecernos humanos y cargados de vitalísima poesía. Son figuras, como antes dije, nada complejas, mantenidas en la incierta neblina de la poesía, cuya pasión tiene tal vigor, relieve de verdad, que los hace moverse con aire de seres ciertamente novelescos. Pues uno de los aciertos de Gil, al tratar de interesarnos en los amores de sus protagonistas, es que a estos se les enfrenta, merced a una bien tramada conjura, no la mera voluntad de los hombres, sino el Hado, el destino concretado en una suma de hechos adversos. Luchan así, sus héroes, al mejor todo de la tragedia antigua, con la fatalidad, con la invencible enemiga que socava la tierra bajo sus pasos y lentamente produce el hueco por donde ha de desmoronarse toda posibilidad de concordia entre ellos y la felicidad de sus cándidos sueños.

El estilo se va acomodando a la intención de cada pasaje; en su conjunto es de una real belleza y altura lírica. En pocas ocasiones, como en esta obra, destella con mayor continuidad el alma de poeta de Gil. Y hemos empleado estas palabras —el alma de poeta— porque cabalmente reflejan la impresión más cercana a nuestro pensamiento de lo que significa la personalidad de Enrique Gil. Pues más que un gran poeta — para serlo le faltaron dotes—, lo que fue en vida es un alma estremecida por impulsos y arrebatos líricos de un acento monocorde y purísimo, en el que alcanzó cumbres de dulzura y de melancolía; aun hoy nos atrae por la sugestión de su alma noble, de su corazón sencillo.

Y no sé, no sé, pero imagino que ha de crecer la estima por estos olvidados románticos: por Arolas, Tassara, Gil y Carrasco. Espero que es buen tiempo para que los jóvenes encuentren en Enrique Gil, en el *ruiseñor berciano*, como se le ha llamado, el poeta que habla su lenguaje, el hombre que siente y palpita a la par de ellos y en cuya poesía hallarán como un remotísimo eco de sus propios vagos anhelos, confusiones, esperanzas. Aun es tiempo para que hasta la lejana tumba del poeta, en las tierras del Norte, llegue de la patria distante la suave brisa nativa.





## Tuberculosis y misticismo en *El Señor de Bembibre*

RUSSELL P. SEBOLD  
UNIVERSITY OF PENNSYLVANIA<sup>5</sup>



Hace algunos años, yo planeaba una nueva asignatura universitaria dedicada enteramente a la novela romántica española, y la preparación de una clase sobre *El Señor de Bembibre*, de Enrique Gil y Carrasco, representaba para mí una auténtica crisis de conciencia. Pues, al leer esa novela varios decenios antes –fue la primera de las novelas románticas españolas que había leído–, la había encontrado interesante, mas no muy digna quizá de su perenne reputación de reina de su género. Algunos años más tarde había empezado a leer otras novelas románticas, y me parecían muy superiores *El doncel de don Enrique el Doliente*, de Larra, *Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar*, de Espronceda, *Sab y Dos mujeres*, de la Avellaneda, *Doha Blanca de Navarra*, de Navarro

---

<sup>5</sup> Publicado en *Hispanic Revue* vol. 64, no. 2 (Spring, 1996). Se reproduce con autorización de University of Pennsylvania, Philadelphia.

Villoslada, y aun *Los bandos de Castilla o el caballero del Cisne*, de López Soler.

Pero siempre era posible que los años y la memoria me hubiesen engañado. El lector podrá imaginarse mi desilusión –más aún, mi desesperación– al releer *El Señor de Bembibre* para la clase que me tocaba dictar y encontrar reconfirmada la valoración comparativa que ya le había asignado respecto de novelas como *Sancho Saldaña* o *El doncel*. ¡Qué haría con la obra de Gil y Carrasco en la clase? No podía honradamente presentarla como la obra cumbre del género novelístico romántico, porque opino que dista mucho de serlo. Sin embargo, el libro de Gil poseía innegables encantos, verbigracia, el lirismo de sus delicadas descripciones del paisaje del Bierzo. ¡Qué hacer? ¿Existía alguna forma de explicar el auténtico interés de *El Señor de Bembibre*, sin ser no obstante infiel a mi reacción personal?

Por fin, di con una interpretación que evita la comparación desfavorable de *El Señor de Bembibre* con obras como *Sancho Saldaña* y *El doncel* y que al mismo tiempo, según creo, ilumina su propio atractivo. He expuesto esta interpretación no solamente en mis clases, sino también en conferencias pronunciadas en varias universidades españolas y en un breve ensayo en el diario *ABC*, de Madrid. Consideremos antes, empero, dos de las razones que me llevan a negarle a *El Señor de Bembibre* su diadema de reina de las novelas románticas españolas, e incluso a negarle carta de ciudadanía en el género novelístico, por lo menos en el sentido en que se ha entendido dicho género en nuestro siglo. Los críticos Perey Lubbock y Ramón Fernández mantienen que en la novela auténtica el diálogo ha de predominar sobre la narración y la exposición terciopersonales. Porque así los personajes parecerán autodeterminarse desde dentro, como agonizantes de carne y hueso, en un mundo tan combativo como el nuestro. A la acción novelística motivada por el diálogo Lubbock la llama “dramática” (21: 119).

Mas hay otro tipo de acción que suele alternar con la “dramática”. Es la que Lubbock llama “pictórica” (21: 119); y Fernández, *récit*, o sea “relación” (55: 59-60). Esos pasajes en los que predomina el estilo terciopersonal sobre el dialogal son de técnica pictórica, y en ellos se reduce la inmediatez de la acción humana. Una obra narrativa en cuyo conjunto o principales episodios prevalezca la técnica “pictórica” con



ninguna o poca intervención de la primera persona de los personajes, no es una novela, sino un *récit*; y en mi concepto, por las razones expresadas *El Señor de Bembibre* es un *récit*. Mas, paradójicamente, descubriremos que la reducción de la inmediatez de lo humano es un elemento positivo en el subgénero de *récit* que se da en la obra de Enrique Gil.

Según opinión unánime de la crítica moderna, en la novela hanse de representar las contiendas y las angustias surgidas de las relaciones humanas, ya entre personas individuales, ya entre estas y los grupos sociales. Pero justamente aquí encuentra Gil otro medio de negarle inmediatez a lo humano; porque no solo reduce el diálogo a lo mínimo, como decíamos antes, sino que hace a la vez todo lo posible por obstruir las relaciones humanas, de las que suele nacer ese intercambio conversacional entre los personajes de una novela plenamente novelística. Sobre todo, los protagonistas, doña Beatriz Ossorio, hija del señor de Arganza, y don Álvaro Yáñez, señor de Bembibre, no encuentran más que obstáculos al intentar relacionarse como amantes, como novios, como esposos.

Los amantes son separados sucesivamente por la oposición del padre de Beatriz, por el casamiento de esta con otro hombre, el conde de Lemus, por el voto de castidad de Álvaro como caballero del Temple, y por la enfermedad fatal de Beatriz. Incluso la boda de Beatriz y Álvaro, con dispensa del Papa, al final de la obra, es un nuevo rechazo de lo humano, porque se casan cuando la heredera de Arganza está en su lecho de muerte y no podrá sobrevivir sino por días. “No es un amor terrenal” la fracasada voluntad de unión humana de los protagonistas gilianos, podríamos decir aplicándole un verso de Zorrilla (*Don Juan Tenorio*: 174); y si cupiera hablar aquí de novela en cualquier sentido, trataríase de una novela a lo divino más bien que a lo humano. En cuyo caso no dejaría de ser lógica la sofocación de lo humano.

Pero voy a proponer otra clasificación genérica con la que también se nos hará posible explicar el rechazo de las relaciones y aun de la existencia humanas en la obra de Gil, así como la atracción a veces enfermiza tanto de Álvaro como de Beatriz hacia la belleza del paisaje. Pero, ¿por qué tanto hablar del rechazamiento de lo humano? Pues, porque otro modo de rechazar lo humano es una enfermedad mortal, y

el libro titulado *El Señor de Bemibibre* es precisamente la historia patológica y clínica de dos enfermedades de la protagonista, una psicológica, la otra física: 1) la ansiedad de separación, que es un suplicio constante para Beatriz; y 2) la tuberculosis pulmonar, que la priva de la vida. De estas enfermedades, que eran también las de Enrique Gil, existen curiosos reflejos en otras obras del autor, singularmente el *Anochecer en San Antonio de la Florida* y *El Lago de Carucedo*, narraciones que son a la par interesantes antecedentes literarios de *El Señor de Bemibibre*, pero no cabe emprender su estudio aquí.

Aparte del enorme interés literario que tiene en sí tal historia clínica seminovelada, una de las notas más intrigantes de *El Señor de Bemibibre* es el hecho de que como compensación psicológica de la imposibilidad de relacionarse normalmente en este mundo, Beatriz y Álvaro acabarán visualizándose a sí mismos como poetas renacentistas. En la formación de esta visión o más bien huida del mundo, es decisivo el papel de la lírica naturaleza del Bierzo, cuyo valor poético posromántico y místico en toda la prosa y verso de Gil se estudia de modo sistemático y profundo en el admirable libro de Michael P. Iarocci. Pero basta de preámbulos.

Gil escribe *El Señor de Bemibibre* entre octubre de 1841 y enero de 1843, mientras sigue sufriendo acometimientos de la tisis que se había diagnosticado en él en 1839 y que apagaría su existencia en 1846. Se dice que Gustave Flaubert se había identificado tan profundamente con Emma Bovary, que la muerte de la ficticia burguesa y aspirante a heroína romántica fue en realidad la muerte espiritual de su creador. Pues bien: la identificación entre Gil y Beatriz es muchísimo más estrecha, tanto por lo que se refiere a sus aflicciones espirituales, como por lo que atañe a las corporales. *El Señor de Bemibibre* es, por tanto, la autobiografía clínica de su autor, a la vez que la historia patológica de un personaje ficticio. Y si hubiera que relacionar *El Señor de Bemibibre* con alguna forma de novela de la segunda mitad del siglo XIX —porque las novelas románticas contienen muchos indispensables antecedentes de la novela posterior—, cabría ver un paralelo entre la relación de Gil y la novela naturalista, que pretende explicar la suerte de los seres humanos por métodos científicos.

No cabe ilación más estrecha entre dos males que la que se da, en Beatriz, entre la ansiedad de separación y la tuberculosis. La medicina moderna reconoce que las enfermedades mentales, debilitando al afligido, le predisponen el cuerpo para las enfermedades físicas. Pero, ¿no será anacrónico suponer tal nexo causativo entre las dos aflicciones de Beatriz, o que Gil se guiara por tal teoría? En absoluto, porque en el libro de medicina de Buchan, *Medicina doméstica*, de 1786, entre las causas de la consunción, tisis o tuberculosis, se toman en cuenta las siguientes disposiciones de la psique: “Pasiones violentas, agitaciones o afectos de ánimo, como pesar, disgusto, fatiga, o la continua aplicación al estudio de las artes o ciencias abstractas” (170). Síntomas todos ellos que se reconocerán en Beatriz, incluso su dedicación a los ocios literarios. Mas, por de pronto, veamos en palabras del mismo Gil la aludida teoría sobre la conexión entre enfermedades psicológicas y enfermedades físicas, o sea los orígenes de la tuberculosis de Beatriz a partir de sus tormentos mentales: “Aquella dolencia, derivada sin duda del alma en un principio, existía ya de por sí y como cosa aparte” (*Bembibre*: 268).

Atenderemos primero a la dolencia psicológica de Beatriz. Es tal el temor que la heredera de Arganza tiene a la vida, que al alborear su existencia, parece haberse puesto ya el sol de su ventura. La puesta del sol es un símbolo de la separación de la vida, en el que desde luego la luz representa la vida. En la relación giliana, hay nueve –quizá más– puestas del sol, entre reales y figuradas. Miremos dos ejemplos hacia el principio y otros dos hacia el final. “Este fue el principio de aquellos amores cuya espléndida aurora debía muy en breve convertirse en un día de duelo y de tinieblas” (35). La suerte de los amantes está ya echada antes de la mitad del capítulo 2, donde se hallan las palabras citadas. Una página más adelante, en el mismo capítulo, se halla asimismo este ocaso real, que, sin embargo, siguiendo al primero, se dota de un evidente sentido reflejo: “Estaba poniéndose el sol detrás de las montañas que parten términos entre El Bierzo y Galicia” (36). Sobre la triste suerte de la heroína, se lee en el capítulo 29: “Por tan raros modos el soplo del infortunio había disipado en el cielo de sus pensamientos los postreros y tornasolados celajes que en él quedaban después de puesto el sol de su ventura” (252). La puesta del sol que anuncia la postrera hora de Beatriz es a la vez física y

figurada: “No parecía sino que aquella existencia, de tantos adorada, pendía en aquella ocasión de uno de los rayos luminosos del sol, porque declinaba hacia su ocaso al compás del astro del día” (341).

A la vista de tal símbolo, no causa sorpresa la siguiente declaración de Beatriz sobre uno de sus sueños, donde incluso se adelanta a la moderna terminología psicológica: “Era un sueño, como todos los míos, de separación y de muerte” (311). Beatriz es su propia psicóloga o alienista, como se decía entonces, de igual modo que Gil debió de ser el suyo propio. En este aspecto, sobre la hija del señor de Arganza, se comenta: “Tal vez nadie mejor que ella podía juzgar de su estado, pues solo a sus ojos era dado ver los estragos de su alma” (271). De estos estragos se encuentran asimismo otros numerosos indicios y síntomas. Al final del capítulo 2, hay una despedida de los amantes que casi parece definitiva ya: el señor de Bembibre “volvió la cabeza, y sus ojos se encontraron con los de doña Beatriz para trocar una larga y dolorosa mirada, que no parecía sino que había de ser la última” (39). Por este pasaje, así como por el próximo al que voy a referirme, se anticipa lo que quedará aun más claro cuando hayamos visto más textos, esto es, que en Álvaro va desarrollándose una de esas reacciones simpáticas por las cuales una persona sana íntimamente asociada con otra enferma empieza a manifestar los mismos síntomas. El alma de Álvaro encierra “un germen de melancolía” (44), es decir, una preocupación por la separación, experimentada como nostalgia: germen de melancolía cuya máxima importancia radica, sin embargo, en ser anuncio de otro más decisivo que acosa a Beatriz.

La idea del sacrificio personal se asocia a las de la separación y la melancolía, cuando el afligido o la afligida compensa su inadaptación a la sociedad humana imaginando el logro de alguna bienaventuranza más allá de este mundo. En el pasaje siguiente, he escrito en cursiva las voces que descubren el alcance de la idea de la separación en Beatriz:

Siempre había dormido en lo más recóndito de su alma *el germen de la melancolía* producido por aquel *deseo* innato de lo que no tiene fin; por aquel encendido amor a lo *desconocido* que lanza los corazones generosos *fuera de* la ruindad y estrechez del mundo *en busca de* una belleza pura, eterna, inexplicable, *memoria tal vez de otra patria mejor*; quizá *presentimiento* de más alto destino. A este

secreto y sobrehumano impulso había *sacrificado* doña Beatriz lo que más caro podía serle en el mundo. (328).

Mas ya doscientas páginas antes Gil había esbozado tal equivalencia entre *separación* y *sacrificio*: “El alma de doña Beatriz, naturalmente generosa y *desprendida*, era a fuer de tal tanto más inclinada al *sacrificio* cuanto más doloroso se le presentaba” (144; la cursiva es mía).

Deprimida por la idea de la separación, se refugia Beatriz en el seno de la naturaleza para curar su ansia y sus llagas espirituales.

Las tórtolas arrullaban entre los castaños, y el murmullo del Cúa tenía un no sé qué de vago y adormecido que inclinaba el alma a la meditación. Difícil era mirar sin enternecimiento aquella escena sosegada y melancólica, y el alma de doña Beatriz tan predispuesta de continuo a esta clase de emociones, se entregaba a ellas con toda el *ansia* que sienten los corazones llagados. (105).

Aludí al inicio de este trabajo a la atracción enfermiza de la protagonista hacia la hermosura de la naturaleza —su anhelado refugio—, y semejante atracción tiene importancia como un nuevo síntoma de su miedo a la separación. Nótese la presencia del sustantivo *ansia* en el ultimo trozo citado, así como en el siguiente, que representa el periodo de la crisis final de Beatriz: “En aquellos días fatales, su amor a la naturaleza subió de punto, y su *ansia* por contemplar las hermosas escenas de aquellos alrededores era extraordinaria” (325).

*Soledad* es otro sinónimo de *separación* en el léxico psicológico giliano. Beatriz acostumbra pasar temporadas con las monjas, y con ocasión de una de esas visitas ella formula la siguiente reflexión: “La soledad del claustro es lo único que podrá responder a la profunda soledad que rodea mi corazón, y la inmensidad del amor divino lo único que puede llenar el vacío inconmensurable de mi alma” (144). En una relación como *El Señor de Bembibre*, parece lógico que la habitual dialéctica romántica entre vacío interior y vacío exterior se convierta en dialéctica entre soledad interior y soledad exterior. Existe, empero, otro pasaje todavía más iluminativo para el parentesco entre *soledad* y *separación*. Marco las voces significativas: ¿qué consuelo podía buscarse en el mundo para doña Beatriz, que no tenía más compañía que la *soledad*...? ¡Tristes contradicciones y debilidades las del pobre corazón humano!... su salud, por otra parte, de día en día *se quebrantaba*; el

cielo y la tierra, de consuno, parecían *apartarla* de su primer amor, que según todas las apariencias no podía estar más *perdido para ella...* ¿Qué podía esperar? ¿Qué podían descubrir sus ojos en el *nebuloso* horizonte del porvenir, sino *soledad y pesares sin término y sin cuento?*” (194).

Gil siempre aclara el nexo existente entre los diversos símbolos y simbolismos que connotan el mismo concepto psicológico. Así, en el apunte siguiente, utiliza el símbolo *soledad* para introducir otro muy sugerente sistema de símbolos: “Nadie mejor que ella [Beatriz] sabía que las *fuentes* de la vida comenzaban a *cegar*se en su pecho con las *arenas* de la *soledad* y del *consuelo*” (148). Ahora bien: el nuevo grupo de símbolos de la separación que se anuncia aquí por las palabras que he escrito en bastardilla, se basa en el agua y la sed. Beatriz quiere pero teme beber el fuerte licor de las emociones humanas; quiere pero teme hacerse a la vela sobre las aguas de la vida. “¿Os parece que hemos *bebido* poco del *cáliz* de aflicción? –pregunta Beatriz a Álvaro–; que tan *hidrópica sed* os aqueja de nuevos pesares?” (157). Sin duda, el ejemplo más perturbador de la retórica acuática con que se caracteriza a nuestra enferma es el siguiente, en el que de nuevo he subrayado esas voces que se refieren directa o indirectamente a la separación y el símbolo de la sed:

Doña Beatriz se había visto *separada* de su amante por escaso *arroyo*; su matrimonio desgraciado lo había convertido en *río profundo y caudaloso*; ahora, la profesión de don Álvaro [como templario] acababa de trocarlo en *mar inmenso*, y la desventurada, sentada en la *orilla*, veía desaparecer a lo lejos el *bajel* desarbolado y roto en que para no volver se *partían* sus ilusiones más dulces. (194).

Esta noche –escribe Beatriz sobre otro sueño suyo, en su cartera verde– he tenido una hoguera voraz dentro del pecho; una *sed* mortal me devoraba, y en la ilusión de mi calentura me parecía que todos los *riachuelos* y *fuentes* de este país *corrían* con murmullo dulcísimo por detrás de mi cabecera. (320; la cursiva es mía).

Decía antes que en la historia de Beatriz, Enrique Gil hace la historia clínica de sus propios males. Voy a tomarme la libertad de señalar uno de los numerosos paralelos para ilustrar esa afirmación. Todo el mundo está de acuerdo en que el protagonista de *Anochecer en San Antonio de la Florida* (publicado en *El Correo Nacional*, en noviembre de 1838),

Ricardo T . . . , es una ficcionalización de su creador, Enrique Gil y Carrasco; y recordando esto, así como las palabras de Beatriz que acaban de citarse, consideremos la descripción de la última noche que Ricardo pasó con su novia, en la que como siempre es mía la cursiva:

La noche en que por *última* vez la vio hubo misterios *extraños*: sus ojos se abrieron a la *orilla* de una *sima sin fondo*, por la cual pasaba una *agua* invisible; pero cuyo *delicioso murmullo* llegaba hasta ellos. Los amantes, víctimas de un amargo delirio, tenían *sed*, una *sed* inmensa y *abrasadora*, y pasaban increíbles tormentos al borde de aquella *corriente*, que tan *dulcemente* sonaba, pero que *huía* de sus *labios*. (BGC-VIII: 27)

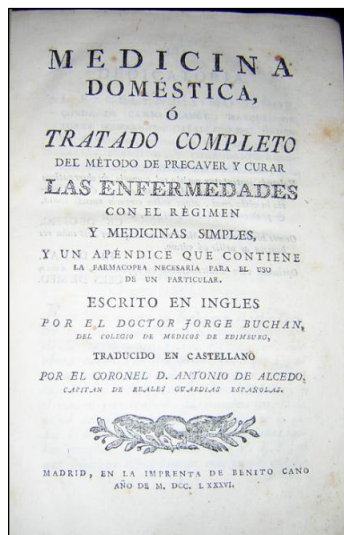
He aquí, en fin, los mismos símbolos, ya directos, ya indirectos, de la ansiedad de separación que en *El Señor de Bembibre*.

En relación con la sed psicológica de Beatriz, también podríamos decir que sufre del complejo de Tántalo, con alusión a esa figura mitológica que, por haber despedazado a su hijo Pélope, quedó condenado a pasar la eternidad de pie en un hermoso lago, cuyas aguas retrocedían cada vez que quería apagar su sed. La prueba de cuanto venimos diciendo es que Beatriz no dice *sí* a la vida, a don Álvaro, sino cuando ya *es tarde* –habitual frase romántica para señalar el momento álgido de una vida–, cuando nadie puede separarla ya de sus tristes meditaciones o de la melancólica muerte que ha venido a desear con cierto consuelo. Por una inversión de los términos no poco frecuente en los enfermos mentales, ha descubierto Beatriz que separarse de la vida es por lo menos *no separarse* del más allá, de la primitiva mansión de su alma no nacida aún.

Documentemos ahora la enfermedad física, la consunción, de Beatriz, a cuyo brote y progreso ha contribuido el notable desapego de la vida que hemos observado en ella. Tiene interés anticipar que uno de los síntomas de la tuberculosis es una “gran sed” (Buchan 172); pues esta sed física tiene su paralelo en la sed espiritual que acompaña a la ansiedad de separación en Beatriz, y por tal paralelo viene a reiterarse la idea de la relación de interdependencia entre la enfermedad psicológica de la protagonista y su dolencia física, entre su sed del espíritu y su sed del cuerpo. Ahora bien: ¿cuál es la sintomatología completa de la tuberculosis según la medicina de la época?

En la *Medicina doméstica*, de Jorge Buchan, se describen para la consunción los siguientes

SÍNTOMAS. Esta enfermedad generalmente empieza por una tos seca que por lo común dura algunos meses. Si esta excita una disposición a vomitar después de haber comido, es la más fuerte razón para temer una próxima consunción, y si el enfermo padece más que ordinario calor y opresión de pecho, particularmente cuando se mueve; si el esputo tiene un gusto salado y suele salir mezclado de sangre; si está triste, tiene poco apetito y gran sed; si el pulso es vivo, blando y pequeño, aunque algunas veces lleno y duro, son síntomas de un principio de consunción... la pérdida total de fuerzas, la sumidez de ojos, la dificultad de tragar y la frialdad de los extremos manifiestan una próxima muerte, que a pesar de todo rara vez cree el enfermo tan inmediata (Buchan: 171-72);



los cuales son prácticamente los mismos síntomas que se enumeran en los más recientes libros de medicina.

El diagnóstico más completo de las aflicciones de Beatriz publicado hasta la fecha es el siguiente, para el que el profesor Picoche está parcialmente endeudado con el médico parisiense Dr. Wargon:

Ha parecido útil establecer un diagnóstico, sobre todo en el caso de doña Beatriz... La protagonista de *El Señor de Bembibre* padece dos afecciones, que se agravan recíprocamente. En primer lugar, un desequilibrio nervioso que le provoca grandes crisis, y, además, un estado febril cuya causa es la tuberculosis pulmonar. El autor describe todos los síntomas de la enfermedad, a excepción de la expectoración, probablemente por ser antiestético (Picoche: 1978: 75).

Cito estas líneas, porque 1) lo incompleto del análisis demuestra, por contraste, el alcance de lo que ya hemos hecho aquí; 2) en el diagnóstico Picoche-Wargon existe un error que urge corregir; y 3) la rectificación de estas deficiencias nos ofrece la ocasión de ilustrar cuán profundos eran los



conocimientos que tenía Gil de la fatal enfermedad que le estaba matando.

El síntoma que Gil no describe en su heroína no es la expectoración, hemoptisis o expulsión de esputo ensangrentado, sino la tos seca habitual, que sí habría sido antiestética, pero que, en efecto, no es un síntoma en todos los casos de la tuberculosis. En *The Encyclopedia of Commun Diseases* (1976), se lee, en el artículo sobre la tuberculosis: “En algunos casos la enfermedad aparece sin ningún indicio previo [es decir, sin tos]. En el diez por ciento de los casos, el afligido escupe sangre de un modo repentino, cuando aparentemente goza de una salud perfecta” (1213). El hecho de que Beatriz sea una tísica sin tos seca revela la extensión de los conocimientos médicos de Gil; no se basaba únicamente en su propio caso, pues él sí sufrió de tos seca. Mas tal vez se guardara Beatriz de toser por darle asco el remedio que se usaba entonces:

Las cucarachas son muy recomendadas en la curación de la tos convulsiva. Los que usen estos insectos podrán poner en infusión dos onzas de ellos hechos pedacitos en un cuartillo de vino blanco toda una noche, y después que se haya colado el licor por un pañito, tomarán una cucharada de él tres o cuatro veces al día. (Buchan: 280).

Reunamos ahora los diversos síntomas de la tuberculosis que se manifiestan en Beatriz. Al inicio del capítulo 11, se toma nota de que la difícil situación en que se hallaba en ese momento la protagonista le producía una “agitación nerviosa y calenturienta” (Gil: 103), en donde es significativo el segundo calificativo por indicar que no es solo cuestión de nerviosismo o angustia. En una de las visitas de Beatriz al convento, “las monjas... se pasmaron de ver su extenuación, sus miradas a un tiempo lánguidas y penetrantes, la flacura de su cuerpo, y al escuchar sobre todo el metal de su voz” (206). Como en confirmación de lo anterior, unas cincuenta páginas más adelante, el autor describe a su protagonista, tomando en cuenta la impresión del venerable abad de Carracedo, quien la observa: “El semblante de doña Beatriz, la flacura de su cuerpo, la brillantez de su mirada, el metal de su voz habían llenado su imaginación de zozobra y de recelo” (257). La pobre era incapaz de disfrutar de los mas pequeños placeres; era como si en plena juventud se viera afligida con las cataratas de la ancianidad: “Su enfermedad teñía habitualmente de un color opaco aun los mas brillantes objetos” (268). Gil resume así la horrible situación

patológica de Beatriz:

Los gérmenes de una enfermedad larga y temible habían comenzado, según dejamos dicho, a desenvolverse fuerte y rápidamente en aquel cuerpo, que, si bien hermoso y robusto, mal podía sufrir los continuos embates de las pasiones que, como otras tantas ráfagas tempestuosas en el mar, sin cesar azotaban aquel espíritu a quien servía de morada. (251).

Nótese aquí la alusión a las “pasiones violentas” que Buchan incluye entre las causas de la tisis. Nótese a la vez que Gil dice sencillamente “una enfermedad larga y temible.” Nunca nombra la tuberculosis. Estaba tan *de moda* en la época romántica la consunción –fuera del suicidio, la única muerte artística se lograba gracias a esa enfermedad–, que no era menester pronunciar su nombre, especialmente habiendo pasado revista a sus síntomas.

Se encuentran asimismo otras alusiones a “las pocas fuerzas que quedaban en aquella lastimada señora” a la “debilidad de su cuerpo... la exaltación de su espíritu” así como a “las huellas que la enfermedad y las pasiones habían dejado en aquel cuerpo” (253, *loc. cit.*, 255). Y se reitera una vez mas la teoría sobre las “pasiones violentas” como causa de la consunción: “En la postración de su cuerpo –escribe Gil sobre Beatriz– toda clase de emociones venían a ser por igual dañosas” (268). Sobre la ya aludida calentura de la tuberculosa, se observa algún detalle nuevo: “En su frente pura y bien delineada se notaba una cierta contracción, indicio de su padecimiento, y la calentura había esmaltado sus mejillas con una especie de mancha encendida” (309). Dice Picoche que no se describe la expectoración de sangre entre las manifestaciones de la tuberculosis en Beatriz, mas no solamente se describe, sino que hay tres descripciones de ella: una directa y dos que podemos llamar poéticas o metafóricas. Veámoslas.

He aquí la descripción directa de la hemoptisis en la doliente doncella: “una de las venas de su pecho, tan débil ya y atormentado, se rompió, y un arroyo de sangre ardiente y espumosa vino a teñir sus labios descoloridos y su vestido blanco” (330). La primera de las descripciones de la hemoptisis en estilo metafórico se pone en boca de la misma Beatriz: “Mi pobre corazón ha recibido tantas heridas, que la esperanza se ha derramado de él como de una vasija quebrantada. Yo me

las figuraba ya cicatrizadas, pero no estaban sino cerradas en falso, y con este golpe han vuelto a brotar sangre” (311). La última descripción de la expectoración de sangre se introduce cuando se trata del viaje de Álvaro a Roma para obtener la dispensa papal necesaria para que se casen los malhadados amantes: “Cuál fue el término de tan presuroso viaje ya lo vimos, pues la sangre del corazón de doña Beatriz fue las rosas que alfombraron su camino, y el estertor de su agonía los festejos por su llegada” (336). El fondo blanco del vestido de Beatriz sobre el cual resalta el color carmesí de su sangre se completa con la extrema palidez de la víctima, y parece significativo que con este último síntoma de su enfermedad física se combine un nuevo ejemplo de uno de los principales símbolos de su ansiedad de separación: “Las bellas y delicadas tintas de la salud... se trocaron poco a poco en la palidez de la cera, bien como vemos las nubes del ocaso perder sus vivos matices a medida que baja el sol” (325).

Alguna vez el estilo de Enrique Gil parece apuntar a la presencia en su mesa de los libros de medicina que debía de estar consultando regularmente durante la composición de la triste historia de doña Beatriz. Pienso en un ejemplo que aparece donde se habla de los paseos de la enferma: “Don Álvaro y el venerable abad no dejaban de acompañarla ni un solo instante en aquellos melancólicos paseos, *observando con espanto el progreso rápido del mal y el decaimiento cada día mayor de la desdichada*” (326; la cursiva es mía). No de otra forma hablaba cualquier facultativo de la época, pues en la *Medicina doméstica* de 1786, el doctor Buchan (172) se expresa así, hablando precisamente de la consunción: “este es el ordinario progreso de una enfermedad tan fatal”. Beatriz da alguno de sus paseos por el delicioso lago de Carucedo en falúa, o sea una pequeña embarcación de lujo, provista de carroza (véase, por ejemplo, el capítulo 37); cuya navegación puede verse como reminiscencia en el autor de la consulta del libro de medicina de un facultativo clásico a quien los médicos todavía tomaban en cuenta. En el tercero de sus ocho libros *De medicina*, Aulo Cornelio Celso, médico del tiempo del emperador Tiberio, escribe:

Quodsi mali plus est, et vera phthisis est, inter initia protinus  
occurrere necessarium est; neque enim facile is morbus, cum  
inveteraverit, evincitur. Opus est, si vires patiuntur, longa

navigacione, caeli mutatione. (111-12).

¿Cómo se explica el inquebrantable apego de Álvaro a Beatriz? Mientras más obstáculos se le ponen delante, más abnegado y constante se hace el amor de Álvaro. En esto ha influido –no cabe duda– el concepto ideal del amor característico del libro de caballerías, pues la literatura caballeresca fue uno de los modelos de todas las novelas históricas del romanticismo. También han influido en ello otras tradiciones literarias cuya huella es menos frecuente en la novela romántica y que ya consideraremos. Pero esperemos un momento, pues sin salir todavía del terreno de la medicina, la atracción de Álvaro hacia Beatriz puede explicarse en parte como una de esas irracionales reacciones psicológicas que se llaman de simpatía, por las que una persona sana íntimamente asociada con otra enferma, empieza a manifestar los mismos síntomas físicos. Nos referimos a esto más arriba, pero quedan algunos ejemplos que ayudarán a aclarar la estrechísima identificación que se da entre los amantes.

Se dan convulsiones en ambos personajes. En el capítulo 2, “doña Beatriz rodeó la cámara con unos ojos vagarosos y terribles, como si padeciese una violenta *convulsión*” (39); y en el capítulo 16, aparece lo siguiente: “Entonces fue cuando los miembros de doña Beatriz comenzaron a temblar con una *convulsión* dolorosa que, por último, la privó del sentido” (141). En Álvaro se produce la inclinación a la convulsión o extremo nerviosismo, cuando la moribunda Beatriz le regala como último recuerdo la cartera verde en la que ha realizado sus ejercicios literarios, y él reconoce en el mismo momento toda la irreversible gravedad de la enfermedad de su amada. “Don Álvaro, trastornado por aquella escena terrible que acababa de levantar el velo de la realidad, guardaba también silencio, apretando *convulsivamente* entre sus manos y contra su corazón la cartera verde” (318). Para la comodidad del lector he escrito la palabra clave en cursiva en cada pasaje. Otro día se unen el dolorido galán y la marchita dama por una reacción simpática de tipo diferente pero no menos interesante: “Don Álvaro, clavados casi siempre sus ojos en los suyos, parecía respirar con la misma congoja y ahogo que si su pecho estuviese atacado de la misma enfermedad” (326).

Tal simpatía patológica se producirá más fácilmente entre personas

frágiles que se encuentren en situación vulnerable, y así se describe a ambos protagonistas desde el inicio de su crónica. “Por una rara coincidencia a la manera que el apellido Ossorio pendía de la frágil existencia de una mujer, el de Yáñez estaba vinculado en la de un solo hombre no menos frágil y deleznable en aquellos tiempos de desdicha y turbulencias” (34), esto es, en los primeros años del siglo XIV. Sobre Álvaro se apunta en otra página: “Su índole natural era dulce y templada” (112). Afrontando un momento de crisis, Beatriz resume así su situación: “Mi prueba ha sido muy dura, y yo me he quebrado en ella como frágil vasija de barro” (258). Tal unión por la fragilidad —o llamémosla sensibilidad, porque estamos en plena época romántica— no solo es un motivo de la reacción simpática de Álvaro, sino que lo es también de ese aun más fundamental afecto que enlaza sus dos almas para siempre.

No he dudado en usar la voz *sensibilidad*, pues también “por una rara coincidencia” Beatriz y Álvaro nacieron poetas, y su desesperada suerte los lleva a acrisolar su talento común; con lo cual acceden a otro mundo no solo más halagüeño sino en cierto sentido para ellos más real. Gil describe la actividad literaria de Beatriz: “A veces tomaba la pluma y de ella fluía un raudal de poesía apasionada y dolorida, pero benéfica y suave como su carácter, ora en versos llenos de candor y de gracia, ora en trozos de prosa armoniosa también y delicada. Todos estos destellos de su fantasía, todos estos ayes de su corazón, los recogía en una especie de libro de memoria, forrado de seda verde” (253). En cambio, la condición de poeta de Álvaro se nos revela ya por sus propios parlamentos, ya por los de Beatriz, o ya por la exposición terciopersonal del narrador. Por ejemplo, ¿hay cualquier lector que no reconozca en seguida la procedencia de los giros estilísticos aprovechados en el pasaje siguiente?:

Tal era el estado de las cosas, cuando don Álvaro, con el corazón traspasado y partido, salió para no volver de Arganza y de aquellos sitios, *dulces y halagüeños cuando Dios quería, tristes* ya y poblados de *amargos recuerdos*. (187).

He escrito en letra bastarda las palabras que el lector ya habrá identificado como inspiradas en el primer cuarteto y el segundo terceto del famoso soneto X de Garcilaso:

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,  
*dulces y alegres cuando Dios quería.*  
. . . .porque deseastes  
verme morir entre *memorias tristes.*

(Garcilaso: ed. Morros: 25)

También descubre Gil símbolos útiles para la caracterización de Álvaro, poeta a la par que caballero, en el soneto V de Garcilaso, concretamente, en sus tres primeros versos: “Escrito está en mi alma vuestro gesto / y cuanto yo escribir de vos deseo: / vos sola lo escribistes; yo lo leo” (17). Es Beatriz esta vez quien pronuncia las palabras, pero el referente es lo que está o debe estar en el alma de Álvaro como efecto del constante coloquio entre sus espíritus, fuera de que ya por el ejemplo anterior se estableció el estilo garcilasiano como emblema literario del caballero de Bembibre. Pensando en su pronta partida de este mundo, Beatriz le dirige a Álvaro la triste reflexión que sigue: “Pensad que mis palabras llegan a vos del país de las sombras y que no soy yo la que tenéis delante, sino *mi imagen pintada en vuestra memoria* (312; la cursiva es mía). En otro momento, Beatriz increpa ligeramente a su adorador, diciéndole: “¡Vos no habéis leído en mi alma!” (317). Momentos antes de fallecer, la cabeza apoyada en el hombro de su caballero, Beatriz le dice: “Leyendo estoy en ese corazón hidalgo como en un libro abierto” (338). En la primera mitad del siglo XIX (entre 1804 y 1830), se publicaron ocho ediciones nuevas de la poesía de Garcilaso (Gallego Morell: 672). Acaso manejava Gil la que tengo delante al escribir esto, la cual es de los sucesores del célebre impresor ilustrado D. Antonio de Sancha: *Obras de Garcilaso de la Vega*. Madrid: Librería de Sancha, 1821. 213 páginas, en dozavo, encuadernación del editor, a la holandesa, con dorados muy finos, que figuran una lira entre flores.

Don Álvaro Yánez es Garcilaso de la Vega redivivo, y doña Beatriz es asimismo poeta de tipo renacentista, ya veremos de qué escuela. Se entiende así que se haya producido entre ellos una comunicación sin palabras, entre alma y alma, a lo Petrarca, Boscán y Garcilaso. Por la debilidad de la tísica, su anciano médico le recetó que hablara lo menos posible. “De esta suerte, reducidos los amantes al lenguaje de los ojos, las almas, que parecían salirse por ellos, volaban una al encuentro de otra como si quisieran confundirse en el mismo rayo de luz que para comunicarse les servía” (326). (Más abajo veremos que otro rayo de luz sirve para la comunicación de Beatriz con otra esfera más alta.) Nadie mejor que Álvaro expresa la unidad que enlaza las almas de héroe y heroína, porque es como si no existiera entre ellos sino una sola alma

compartida: “Unos han sido nuestros sentimientos –dice–, una nuestra vida; pluguiese al cielo que la muerte nos igualase del mismo modo” (338). La ardiente y romántica voluntad que Álvaro expresa al final de este trozo, su deseo de compartirlo todo con su amada, incluso el momento de la muerte, recuerda a la vez su reacción simpática ante las enfermedades de Beatriz.

Desde el comienzo se manifiesta en Beatriz una marcada inclinación al misticismo, que se atiza por la debilidad física, el desapego del mundo y el delirio que son habituales en los tuberculosos. Es más: un amor como el de Álvaro y Beatriz conduce al mismo efecto: “Un amor inocente y puro acrisola el alma que le recibe, y por su abnegación insensiblemente llega a eslabonarse con aquellos sublimes sentimientos religiosos que en su esencia no son sino amor limpio del polvo y fragilidades de la tierra” (67).

Tampoco se extrañará el lector de que en sus apasionadas plegarias Beatriz confunda la persona de Álvaro con la del Señor, ni de que se unan para ella en la belleza natural símbolo religioso y refugio poético. Se afirma la tendencia mística de Beatriz ya en el capítulo 8. Se acerca su enlace matrimonial con el conde de Lemus, y su padre la tiene encerrada en el convento para apartarla de Álvaro. La cuitada doncella busca el consuelo paseándose por los terrenos de esa santa casa:

(...) su corazón llagado se entregaba con inefable placer a aquellos indefinibles goces del espíritu que ofrece el espectáculo de una naturaleza frondosa y apacible. Su alma se fortificaba... ahondando raíces a manera de un *árbol místico* en el campo del *destierro*, y levantando sus ramas marchitas en busca del rocío bienhechor de los cielos. (76).

Las palabras señaladas con bastardilla, junto con las imágenes presentes en este pasaje, muestran la completa asociación, en la protagonista, entre devoción religiosa, cosmovisión poética, ansiedad de separación y escapismo de amante contrariada. *Destierro*, por ejemplo, es el desabrimento y acedia del místico que no logra unirse con la divinidad, es la sensación característica del mal psicológico que padece Beatriz, y es la situación física en que ella se encuentra en ese momento.



Delirante en una de sus primeras enfermedades, Beatriz empieza a soñar con unas bodas no terrenales, al parecer de monja, y se apostrofa a sí misma en estos términos: “¡Alma cristiana, prepara tu ropa de boda y ve a encontrar tu celestial esposo!” (121). Beatriz tiene, en fin, las apariencias de estar escogida para esposa de Jesucristo: “Su hermosura misma, aunque ajada por la mano del dolor, parecía desprenderse de sus atractivos terrenos para adornarse con galas puramente místicas y espirituales” (142). Esto se apunta en la misma página donde consta la primera convulsión de la heredera de Arganza, sugiriéndose así de nuevo el enlace entre sus dos dolencias. Como suele suceder, la ascética – apartamiento de lo mundano– se asocia a la mística, y en el caso de Beatriz también parece consecuencia de su ansiedad de separación. Habiéndose convalidado de uno de los acometimientos de su tisis, tuvo la siguiente experiencia iluminadora, que a la larga tendría que llevar a un *contemptus mundi* ascético: “No parecía sino que en el borde de la eternidad, al cual estuvo asomada [Beatriz], su alma se había iniciado en los misterios de la nada, que forma las entrañas de las cosas terrenas” (139).

Beatriz no vivía en este odioso mundo de la nada sino en un sentido puramente físico: “¿Qué podían importarles vanas atenciones, ni respetos, cuando sus pensamientos pertenecían a otro mundo y solo para descansar alguna vez de su incesante vuelo se posaban por instantes en la tierra?” (207). Es hora ya de mirar la hoja más importante de la cartera verde de doña Beatriz. En ella se aúnan el vuelo de sus pensamientos hacia otro mundo y sus momentáneos descansos en la tierra; pues el tema es Álvaro y su vuelta de Roma, con la dispensa del Papa, pero el estilo pertenece a otro mundo que el lector reconocerá en seguida:

Al cabo volverá, sí, volverá, no hay que dudarlo; ¿para qué se había de ataviar tan pomposamente la naturaleza con todas las galas de la primavera, sino para recibir a mi *esposo*? ¡*Bellas son estas arboledas* mecidas por el viento, bellas estas montañas vestidas de verdura, puras y olorosas sus *flores silvestres*, y músico y cadencioso el rumor de sus manantiales y arroyuelos, pero, al cabo, son galas del mundo, y yo tengo un cielo dentro de mi corazón! Yo *saldré a buscarle con mi laúd en la mano*, con mi

cabeza *cubierta del rocío de la noche* y como la esposa de los Cantares, preguntaré a todos los caminantes: “*¿En dónde esta mi bien amado?*”. ¡Ah, yo estoy loca!, tanta alegría debiera matarme, y sin embargo, la vida vuelve a mi corazón a torrentes, y me parece que la planta del *cervatillo* de las montañas sería menos veloz que la mía! Él me ponderaba de hermosa... ¿qué será ahora cuando vea en mis ojos un rayo *de sol de la ventura*, y en mi talle la gallardía de una *azucena*, vivificada por una lluvia bienhechora? ¡Oh, Dios mío, Dios mío!, ¡para tamaña felicidad, escaso pago son tantas horas de soledad y de lágrimas! Si un paraíso había de ser el lugar de mi descanso, pocos eran los abrojos de que habéis sembrado mi camino! (320-321).

Aun cuando la delirante no declarase la fuente de su inspiración, el lector la reconocería en seguida por el estilo. No hace falta un análisis textual comparativo cuando la fuente es tan conocida, pero he marcado los detalles más directamente tomados del Cantar de los Cantares. Para quien quiera hacer tal confrontación de textos por su cuenta, la versión castellana del Cantar de Cantares más idónea para ello es la hermosa de fray Luis de León. El personaje Beatriz como escritora se sitúa, por tanto, en la tradición literaria de san Juan de la Cruz y sor Gregoria Francisca de Santa Teresa, imitadores españoles anteriores del Cantar de los Cantares, el primero en su *Cántico espiritual*, y la segunda en su *Coloquio espiritual*.

Pero también entra en la confección del polivalente simbolismo de Beatriz el Nuevo Testamento. Un día, cerca del desenlace de su mortal dolencia, Beatriz sorprende a Álvaro y el abad don Alonso por el tono festivo con que pide su vestido blanco para salir de paseo; y la visión de la naturaleza que se le brinda a Beatriz durante ese paseo está influida por dos pasajes del Santo Evangelio según san Juan: “El lago, iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisaje tan vago y melancólico, más que otra cosa parecía un camino anchuroso, encantado, místico y resplandeciente que en derechura guiaba a aquel cielo que tan claro se veía allá en su término” (327). Jesucristo habla en los dos pasajes bíblicos que le sirvieron a Beatriz de modelos: “Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no andará en tinieblas, mas tendrá, la lumbre de la vida” (San Juan 8.12); “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida: nadie viene al Padre, sino por mí” (San Juan 14.6).

Ahora queda claro todo el sentido del ya citado pasaje sobre “el germen de melancolía producido por aquel deseo innato de lo que no tiene fin”. Por un lado, se trata de una manifestación más de esa muy romántica sed de lo infinito –una forma de misticismo literario–; mas, por otro lado, tales líneas se prestan a la vez a una interpretación cristiana y mística en la acepción habitual de la palabra: es una sed de Dios, tal como la puede sentir una malparada doncella romántica, dotada de un talento para la poesía. En el momento representado por el pasaje que hemos vuelto a citar, Beatriz logra un éxtasis que es al mismo tiempo literario y religioso.

“Si vuestros ojos estuviesen alumbrados como los míos por un rayo de la divina luz –le dice más abajo a Álvaro la moribunda Beatriz–, seguro es que las lágrimas se secarían en ellos o que las que corriesen serían de agradecimiento” (338). Estar iluminada Beatriz por un rayo de la luz divina, esto es lo mismo que decir que se halla en plena vía iluminativa. Antes, gracias a las numerosas tribulaciones y pruebas que quedan documentadas en el presente trabajo, la heredera de Arganza pasó por la vía purgativa. En su cosmos romántico ficticio, con el correspondiente simulacro del Dios cristiano, parece que la protagonista de Gil ha llegado asimismo a la vía unitiva. Mas, en cualquier caso, no debería olvidarse que Beatriz ha sido llevada a tal iluminación, lo mismo que al descubrimiento de símbolos místicos en la naturaleza, por sus graves enfermedades y por la imposibilidad del amor humano en la malaventurada existencia que le deparó el destino. Beatriz es poeta porque es una romántica enferma (recordemos a Cabanyes, Gil, Sainz-Pardo y Pagés), y es poeta porque es mística (recuérdense los ejemplos de santa Teresa y san Juan). En las motivaciones de su expresión poética quedan resumidos los determinantes de su malograda vida y lo fugaz de sus vislumbres de la felicidad en la tierra.

En fin: en este libro tenemos las reflexiones ya petrarquistas, ya místicas, de Garcilaso de la Vega y una doliente esposa de Jesucristo sobre una posible pero rechazada situación de novela romántica. Desde el punto de vista del autor, del crítico y del lector, *El Señor de Bembibre* es una historia clínica literarizada. Desde el punto de vista de Beatriz y Álvaro, son confesiones o exteriorizaciones de penas suyas vertidas en formas poéticas clásicas. Beatriz hace sus versos y su prosa poética; y por

una serie de alusiones contenidas en el texto, especialmente en la *Conclusión* (345-351), parece que el conjunto de tan poética crónica puede haberse sacado de unas memorias que redactó el adolorido Álvaro. No deja de ser sugerente en este aspecto el excelente artículo de Ríos-Font, donde se estudia la escritura en los personajes de Gil, así como el juego de los diversos manuscritos y códigos ficticios en la novela. Mas, para concluir, quisiera llamar la atención sobre un detalle irónico -broma amarga- de los documentos en *El Señor de Bembibre*, en el que nadie se ha fijado, pero en el que se cifra el dejo agrídulce único de esta narración. En la historia de nuestros desgraciados amantes, hay dos carteras verdes: una en la que Beatriz escribe su poesía, y otra en la que el Papa manda su dispensa para que se casen el antiguo templario y la tísica desahuciada. La cartera verde del padre espiritual dice *sí* a la carne; la cartera verde de la mujer de carne y hueso, en cambio, dice *no* a la carne. Son dos “luces verdes” sin efecto.

### Obras citadas

*Biblia, La Santa*. Antiguo y Nuevo Testamento. Antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602), etc. Nueva York: Sociedad Bíblica Americana, s. f.

Buchan, Jorge. *Medicina doméstica, o tratado completo del método de precaver y curar las enfermedades con el régimen y medicinas simples, y un apéndice que contiene la farmacopea necesaria para el uso de un particular. Escrito en inglés por el doctor. Traducido en castellano por el coronel D. Antonio de Alcedo*. Madrid: Imprenta de Benito Cano, 1786.

Celsus, Aulus Cornelius. *De medicina libri octo*. Ex recensione Leonardi Targae. Edimburgo: Abernathy & Walker, 1815.

*Encyclopedia of Common Diseases, The*. Emmaus, PA: Rodale, 1976.

Fernández, Ramón. “La méthode de Balzac, le récit et l'esthétique du roman.” En *Messages*. Paris: Bernard Grasset, 1981. 54-69.

- Gallego Morell, Antonio. *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas. Obras completas del poeta, acompañadas de los textos íntegros de los comentarios de El Brocense, Fernando de Herrera, Tamayo de Vargas y Azara*. Granada: Facultad de Letras, 1966.
- Garcilaso de la Vega. *Obras*. Madrid: Librería de Sancha, 1821.
- Garcilaso de la Vega. *Obra poética y textos en prosa*. Ed. Bienvenido Morros. Estud. pról. Rafael Lapesa. Barcelona: Critica, 1995.
- Gil y Carrasco, Enrique. *Obras completas*. Ed. Jorge Campos. Madrid: Atlas, 1954.
- . *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*. Ed. Paz Díez-Taboada. León: Diputación Provincial, 1985.
- . *El Señor de Bembibre*. Ed. Enrique Rubio. Madrid: Cátedra, 1986.
- .(2014-2015) BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, *Obras Completas*, vol. I-VIII. Edición, introducción y notas de Valentín Carrera. A Coruña. Paradiso\_Gutenberg.
- Gullón, Ricardo. *Cisne sin lago*. 2ª ed. León: Diputación Provincial, 1989.
- Iarocci, Michael P. “*Flor de un ignorado valle*”: *Sobre los orígenes de la poesía moderna (Enrique Gil y Carrasco)*. Madrid: Compañía Literaria, en prensa.
- Lubbock, Percy. *The Craft of Fiction*. New York: Peter Smith, 1947.
- Picoche, Jean-Louis. *Un romántico. Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*. Madrid: Gredos, 1978.
- Ríos-Font, Wadda C. “Encontrados afectos: *El Señor de Bembibre* as a self-conscious novel.” *Hispanic Review* 61 (1993): 469-82.
- Samuels, Daniel George. *Enrique Gil y Carrasco: A Study in Spanish Romanticism*. Nueva York: Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1939.
- Sebold, Russell P. “Gil y Carrasco y Beatriz: Patología y poesía.” *ABC*, 9-10 de abril de 1993: 45.
- Zorrilla, José. *Don Juan Tenorio*. Ed. David T. Gies. Madrid: Castalia, 1994.



## La reescritura literaria del Temple en *El Señor de Bembibre*, novela histórica romántica de E. Gil y Carrasco

MONTSERRAT RIBAO PEREIRA  
UNIVERSIDAD DE VIGO<sup>6</sup>



La presencia de lo templario en la narrativa actual, asociada al misterio, a la cábala, a sociedades secretas y a tramas policíacas en mayor o menor grado relacionadas con el pasado que intenta reconstruirse, poco tiene que ver con el sentido que el romanticismo confiere a la reconstrucción de la Edad Media y, en el seno de la misma, a la evocación de episodios concretos y recurrentes, como las guerras en Tierra Santa, la Reconquista hispana, las diferentes crisis monárquicas que se suceden siglo tras siglo o los conflictos protagonizados por órdenes militares.

---

<sup>6</sup> Este trabajo se inscribe en el Proyecto de Investigación FFI2015-64107-P del Ministerio de Economía y Competitividad y en el ámbito de trabajo del Grupo de Investigación e-LITE de la Universidad de Vigo.

El Temple en la novela histórica (y concretamente en la novela histórica romántica española, a la que me voy a referir) no se recrea por su exotismo ni por el atractivo que supone, para un lector alejado cronológica y referencialmente de sus símbolos, el imaginario que ha ido gestándose en torno a su naturaleza, devenir y desaparición formal en el siglo XIV, sino por su valor metafórico, por su rentabilidad a la hora de conectar el pasado de la historia narrada con el presente extraliterario y –en el caso concreto de *El Señor de Bembibre*– por su relación con el ayer personal e íntimo del escritor, que reivindica en los templarios de El Bierzo la gloria de unos ideales pasados que perviven sublimados en la belleza natural de un entorno que Gil y Carrasco conoce muy bien<sup>7</sup>.

El autor, que llega a Madrid en 1836, se da a conocer literariamente con versos inspirados por el paisaje de su tierra natal<sup>8</sup>. Algunas de sus obras, relacionadas estrechamente con el título que nos ocupa, confieren una extraordinaria pertinencia a la naturaleza berciana y anticipan el protagonismo templario de la novela. Entre ellas cabría destacar el relato *El Lago de Carucedo. Tradición popular* (*Semanario Pintoresco Español*, 1840), el *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior* (*El Sol*, 1843) o los poemas *El Sil* y *Un recuerdo de los Templarios* que evocan la caída en desgracia de los caballeros de la Orden<sup>9</sup>.

*El Señor de Bembibre* se publica en Madrid en 1844, en edición ilustrada de Mellado. De acuerdo con López Criado, ha de leerse en función de los tres mundos imaginarios en que se organiza: el del conflicto personal o amoroso de la pareja, el socio-político del Temple y el universal o físico de la naturaleza (López Criado 1995: 44) o, lo que es lo mismo, en torno al desgraciado destino de Álvaro, señor de Bembibre, y Beatriz de Ossorio, en el marco de las disputas entre

---

<sup>7</sup> Véase el panorama general que ofrece, en este sentido, O'Byrne Curtis (1990) y Younghahl (2005).

<sup>8</sup> Para las cuestiones relacionadas con la visión de la naturaleza y el paisaje en el autor, especialmente en *El Señor de Bembibre*, *vid.* Rubio Cremades (2011: 89-100). Para las referencias al texto de Enrique Gil, cito por la edición de Carrera (2015).

<sup>9</sup> Se han ocupado de estudiar la presencia de la temática templaria en la obra de Gil y Carrasco, entre otros: Picoche (1978), Samuels (1939), Lomba y Pedraja (1915), Bergquist (1997), López Criado (1995).

Fernando IV y el infante Juan por el trono de Castilla, con la disolución de la Orden Templaria como telón de fondo, y en El Bierzo.

Como ocurre con las novelas románticas, las circunstancias históricas que aparecen como telón de fondo para la acción personal de los protagonistas no buscan reproducir la verdad, sino presentar verosímil y justificadamente unos hechos que, en mayor o menor medida, determinan el desarrollo de la trama sentimental paralela, al tiempo que subrayan la dolorosa lucha del individuo con la sociedad, trasunto todo ello, a su vez, del choque entre la realidad y el deseo en que viven inmersos sus autores. El *universo voluntario*, en terminología de Ferreras (2010: 290-291), en que el escritor busca representar esta ruptura del romántico con la realidad circundante es, en el caso de *El Señor de Bembibre*, El Bierzo del segundo lustro del siglo XIV<sup>10</sup>, descrito y sentido, no obstante, desde una anacrónica perspectiva decimonónica. El paisaje en que se mueven los nobles, el pueblo y los templarios de la novela es el que conoció el novelista; la naturaleza, que acompaña en su devenir temporal al estado anímico de quienes la habitan, es la del propio Gil y Carrasco, *alter ego* de la doliente Beatriz<sup>11</sup>.

Si bien, como señalaba Azorín en *El paisaje de España visto por los Españoles*, la obra carecía de trabazón lógica y sus personajes no se distinguían por la coherencia de sus caracteres (1964: 16-17), acaso pueda pensarse que estos aspectos son, precisamente, los que demanda un lector de la época<sup>12</sup>, de ahí que, aun con matices<sup>13</sup>, la novela de Gil y

---

<sup>10</sup> Reflexiona Beatriz al final de la novela, próxima ya su muerte, sobre el triste derrotero que ha tomado su vida en un solo año. La obra, que empieza y termina en primavera, ocupa, sin embargo, varios años, desde antes de la batalla de Tordehumos, a finales de 1307, hasta después del Concilio de Salamanca, en octubre de 1310.

<sup>11</sup> Explica Gullón (1989: 88) que en 1839 comienza a manifestar E. Gil los primeros síntomas de la tuberculosis pulmonar que ocasionaría su muerte pocos años después. Sobre la novela como autobiografía clínica de su autor, cfr. Sebold (1996; reproducido en este volumen: 31-53). A propósito de los espacios de la novela en relación con las vivencias de Gil y Carrasco *vid.* Vega Sánchez (1991) y Díaz Navarro (2007).

<sup>12</sup> En palabras de Rubio Cremades (2011: 92), “Aventuras y desventuras amorosas de los protagonistas, ambientación medieval, interpretación de la historia de España como si de una aventura se tratara, personajes misteriosos y con un alto concepto del honor serían aspectos que atraían a un determinado lector que prefería, precisamente, estos relatos a los folletines o productos subliterarios de Eugenio Sue”.



Carrasco figure en el canon de la narrativa romántica como buen ejemplo de novela histórica. El cervantino recurso de los diferentes manuscritos y fuentes como orígenes de lo narrado<sup>14</sup>, la huida hacia la Edad Media en busca de paralelismos con el presente extraliterario, la recreación de referentes históricos verosímiles, la división maniquea de



los personajes (la lucha del bien contra el mal), las anagnórisis y las apariciones misteriosas, así como determinadas técnicas heredadas de la influencia de W. Scott, como el empleo de objetos de carácter simbólico (la trenza, la cinta, las dos libretas verdes), la presencia de curanderos astrólogos, generalmente de una “raza enemiga”<sup>15</sup> (el médico judío de Juan de Lara), la reaparición del que se creía muerto (el propio Álvaro) o el uso de los disfraces para la huida<sup>16</sup> (los criados del protagonista en las

Médulas)..., son algunas de las vertientes de este título que han merecido la atención de la crítica.

En las próximas páginas daré cuenta, además, de otro de los aspectos que justifica el interés de esta novela. Me refiero a la cuestión templaria como elemento estructurante de la acción<sup>17</sup>.

---

<sup>13</sup>Sebold (1996: 237-238). A propósito de su lectura crítica de la novela para preparar una de sus clases sobre novela romántica española, señala: “No podía honradamente presentarla como la obra cumbre del género novelístico romántico, porque opino que dista mucho de serlo. Sin embargo, el libro de Gil poseía innegables encantos, verbigracia, el lirismo de sus delicadas descripciones del paisaje del Bierzo” (*idem*).

<sup>14</sup> Explica este aspecto Ríos-Font (1993). A propósito de la influencia de Cervantes en el discurso histórico romántico, *vid.* Mata (1995).

<sup>15</sup> Recojo las palabras de Zellers (1931).

<sup>16</sup> Sintetiza estos aspectos J. E. García González (2005). Sin embargo, no hay unanimidad crítica respecto a la influencia scottiana perceptible en la novela histórica romántica.

<sup>17</sup> El juicio de Menéndez Pelayo (*Los Lunes de El Imparcial*, 10 de marzo, 1907) es muy claro en este sentido: “Así, en *El Señor de Bembibre*, novela dignísima de ser citada en primera línea entre las nuestras, el gran drama de la caída de los templarios y la visión imponente del castillo de Cornatel se sobreponen en mucho al interés que sin duda despiertan las cuitas amorosas de don Álvaro y doña Beatriz, tan delicadamente interpretadas por el alma ardiente y soñadora del poeta”.

### La dialéctica sobre la cuestión templaria: narrador y personajes

La temática templaria está de plena actualidad en el siglo XIX. La no siempre exacta *Historia y tragedia de los Templarios* (1813), de Santiago López, o la traducción que José Rangel (a juicio de Moratín en sus *Orígenes del teatro español*) lleva a cabo de la tragedia *Les templiers* (1805) de Raynouard, que se estrena en 1807 en Madrid con Isidoro Máiquez en el papel de Jacobo de Molay, habrían sido leídas por Gil y Carrasco, quien probablemente conocía también la *Historia de los Templarios* de Vicente Joaquín Bastús (1834)<sup>18</sup>. Además, en noviembre y diciembre de 1844 Patricio de la Escosura escribe para *El Laberinto* un artículo en dos partes titulado “Apuntes sobre la supresión de la orden del Temple en la Corona de Aragón” y unos meses antes, en agosto y septiembre, el *Semanario Pintoresco Español* publica un estudio histórico sobre los templarios, trabajos que demuestran el interés por el tema en el mismo año en que ve la luz la edición de *El Señor de Bembibre*.

La defensa del Temple en esta novela ha sido estudiada en relación con la encrucijada histórica en que se encuentra España en el primer tercio del siglo XIX<sup>19</sup>. En este sentido, la disolución de la orden en la Península sería el trasunto de las leyes desamortizadoras que, tal y como ha explicado López Criado (1995: 44-45), supondrían la traición del espíritu idealista, próximo a la ilustración, de las Cortes de Cádiz. Y es que de acuerdo con la hipótesis de Torres Bitter, el Temple sería el refugio último del hombre natural, y su destrucción sería “la causa necesaria para la decisiva rehabilitación de la libertad del hombre a través de la promoción – mediante el dolor y la muerte que genera– de la única experiencia liberadora: el sentimiento romántico hacia la naturaleza” (2002: 28).

En efecto, en julio de 1837 entra en vigor la Ley de Desamortización Eclesiástica, responsabilidad del ministro Mendizábal, en virtud de la cual los bienes, rentas y derechos de las comunidades religiosas se nacionalizaban y eran expuestos a subasta pública. Ese mismo año se recrudece el conflicto carlista, que durante seis años (desde la muerte de Fernando VII en 1833 hasta el Convenio de Vergara en 1839) asola el

---

<sup>18</sup> A propósito de las fuentes de la novela, véase, además de la monografía de Picoche (1986), la documentada edición de Rubio Cremades (1986).

<sup>19</sup> Síntesis de todo ello en Rubio Cremades (2008: 39-52).

territorio español. No es extraño, por tanto, que los enfrentamientos entre diferentes facciones y la pugna por los poderes político y económico vertebren argumentalmente la novela *de la exclaustación* que Gil y Carrasco redacta desde, al menos, 1841 (Picoche 1978: 113).

El contexto histórico en que se gesta la desaparición de la Orden es la tensión dinástica en Castilla posterior a la muerte del Rey Sabio. El rey Sancho IV había nombrado a su esposa, María de Molina, regente durante la minoría de edad del hijo de ambos, Fernando IV conocido como *El Emplazado*. Los nobles Juan Núñez y Nuño González de Lara se enemistan con la reina y con Fernando y apoyan las pretensiones del infante Juan, quien reclama el reino de León apoyado por la corona de Aragón y por Portugal. Enemigo también de doña María es el infante Enrique, que anhela asumir la regencia. Se conforman de este modo dos bandos enfrentados entre sí y con la corona: Juan y los Lara, por un lado, Enrique y los Haro por otro<sup>20</sup>. En medio de estas disputas sobreviene la persecución templaria. El Concilio de Salamanca, en octubre de 1310, absuelve unánimemente a los Caballeros de Castilla y León de los cargos de que se les acusa, al igual que el de 1312, en Tarragona, a propósito de los aragoneses, pero se deja la resolución final del conflicto en manos del papa. Clemente V decreta, finalmente, la disolución de la Orden en el Concilio de Viena, también en 1312.

El componente histórico de la trama se sustenta, pues, sobre dos ejes que se entrecruzan para generar el conflicto novelesco y determinar su desenlace. El primero de ellos (las disputas intestinas entre partidarios y detractores de Fernando IV, así como las querellas entre los Lara y los Haro) se confunde con la cuestión templaria en las personas de don Juan y Lemus, por una banda, Álvaro y Saldaña por otra. A la novela llegan también, en definitiva, los ecos de la persecución de que son objeto los Caballeros en Francia y en otros puntos de Europa y de la Península. La

---

<sup>20</sup> Esta temática, en la que los escritores románticos descubren concomitancias con la situación política que afronta España durante la regencia de María Cristina, la minoría de edad de Isabel II y la guerra carlista, resulta de gran rentabilidad propagandística en el teatro. Dos títulos son buen ejemplo de ello: *Doña María de Molina*, de Roca de Togores, y *Don Fernando el Emplazado*, de Bretón de los Herreros, se estrenan con éxito en 1837 y se reponen periódicamente hasta mediados de siglo. Me he ocupado de esta cuestión en Ribao Pereira (2002).

perspectiva desde la que se expone este marco referencial es la del narrador omnisciente, que juzga y valora con respeto al Temple, y la de los propios personajes. Entre ellos, son los criados quienes vuelcan en el texto la disidencia del pueblo con respecto a los Caballeros.

En efecto, las opiniones primeras sobre la Orden se ponen en boca de Millán, quien se hace eco de los rumores que ha escuchado en la feria de Cacabelos. Los lugareños temen a los templarios, saben de la excomunión papal en Francia y la justifican:

Dicen que adoran un gato y le rinden culto como a Dios, que reniegan de Cristo, que cometen mil torpezas, y que, por pacto que tienen con el diablo hacen oro, con lo cual están muy ricos (p. 41).

Bien avanzada ya la acción, el maestre y Álvaro se presentan de incógnito en Arganza, ante Beatriz. Mendo, que avisa de su llegada, se refiere a ellos como

[...] dos caballeros, el uno de esos nigrománticos de templarios y el otro no. [...] Ambos traen baja la visera, y el que no es templario viene con armas negras, que parece el mismo enemigo malo (p. 153).

Y más adelante, el mismo caballero: “¡Cuidado con fiarse de los templarios que son unos brujos declarados y serán capaces de convertirla [a Beatriz] en rata!” (p. 153).

Martina, la criada de Beatriz, conoce la “superstición común” que genera la animadversión hacia el Temple, si bien su lógica la lleva a pensar que acaso cuanto se cuenta de los Caballeros no sea del todo cierto:

—¿Sabes lo que digo, Millán? —repuso la muchacha—. Es que debe haber mucha mentira en eso de los templarios, porque cuando se ha entrado en la Orden un señor tan cristiano y principal como tu amo, se me hace muy cuesta arriba creer esas cosas de magia y de herejía que dicen (p. 199).

El narrador deja claro, en este sentido, que la opinión popular procede de la manipulación interesada de quienes sustentan su poder en el miedo y la ignorancia de aquellos a los que mandan. Lemus es un buen ejemplo de cómo se puede utilizar a un colectivo para el engrandecimiento personal. De él afirma el narrador:

Su astucia, además, había sabido aprovecharse de la crédula superstición de los montañeses, pintando a los templarios con los más negros colores y atizando más y más aquel horror secreto con que miraban las artes diabólicas y maravillosas y los ritos impíos a que suponían entregados a los caballeros de la Orden (p. 210).

Los ejércitos templarios, en su conjunto, son contemplados desde el prisma de lo maravilloso por el pueblo. Su destreza militar genera, en este sentido, suspicacias:

Los hombres de armas del Temple, superiores en número, harto mejor armados que sus enemigos y montados además en arrogantes caballos, se mostraron a los ojos de aquellas gentes tan de súbito, que no se les figuró sino que por una de las diabólicas artes que ejercían los caballeros, la tierra los había vomitado y una legión de espíritus malignos venía detrás de ellos en su ayuda (p. 164).

Y tanto su denuedo como su poder y “los misterios mismos de su asociación los escudaban de todo desmán y menosprecio” (p. 180).

Acaso la aparición más efectistas de las huestes de los Pobres Caballeros sea la que se verifica en el episodio de primer asalto a Cornatel, en el capítulo XXVI. Tras las constantes asociaciones de los templarios con lo diabólico a las que se refieren los personajes y que recoge el narrador, este describe la disposición de las tropas en los muros de la fortaleza como si de una imagen del trasmundo se tratase. La superstición del pueblo se alía con los guerreros y les brinda, a los ojos de los atacantes, un aspecto terrorífico que el lector sabe falso. Mientras la campana del castillo toca a rebato como si doblase por los muertos en el asalto,

[...] los muros y la plataforma se coronaron de caballeros que, cubiertos de acero de pies a cabeza y con el manto blanco a las espaldas y la cruz encarnada al lado, se mostraron como otras tantas visiones del otro mundo a los ojos de aquella espantada muchedumbre. Unos cuantos esclavos negros que desde la plataforma derramaban y esparcían aquel fuego voraz asomaron entonces sus aplastados semblantes de azabache animados por una diabólica sonrisa, y aquellas acobardadas gentes, creyendo que el infierno todo peleaba en su daño, comenzaron a arrojar sus armas, consternados y tomando la huida (p. 224).

También Lemus identifica a la Orden, personificada en Saldaña, con lo infernal, si bien llevado por la ira y el rencor, no por la ignorancia. Por el contrario, el conde sabe muy bien que sus enemigos son mortales aun cuando le interese alimentar en sus huestes el halo de hechicería que les rodea<sup>21</sup>. De ahí que su reacción al enfrentarse al comendador, más propia –ella sí– de un endemoniado que de un caballero de honor, le descalifique y dignifique, por comparación, a los templarios<sup>22</sup>.

Las críticas racionales y argumentadas contra la Orden proceden, por el contrario, de la propia órbita templaria. El primero en expresarlas es Rodrigo Yáñez, maestre castellano-leonés y señor de la fortaleza de Ponferrada. Si bien su actitud personal coincide con los preceptos originales de la hermandad, reconoce que la mayoría de sus hermanos ha abandonado los valores fundacionales de la misma. Así, al pensar en el abad de Carracedo como posible mediador en los asuntos amorosos de los protagonistas, el maestre señala:

Su Orden y la mía nacieron en el seno de san Bernardo, y de la santidad de su corazón recibieron sus primeros preceptos. Dichosos tiempos en que seguíamos la bandera del capitán invisible en demanda de un reino que no era de este mundo (pp. 43-44).

Con rotundidad denuncia, asimismo, el orgullo y la soberbia que había conducido a los templarios a perder Jerusalén, a dejar Palestina y a peregrinar por Europa: “Rodeados de rivales poderosos que codician nuestros bienes, corrompidas nuestras humildes y modestas costumbres primitivas, el mundo todo se va concitando en daño nuestro” (p. 44). El maestre, que ha conocido la derrota y el exilio tras la salida de San Juan de Acre, encarna el pensamiento lógico y es muy consciente de que se

---

<sup>21</sup> Incluso intenta convencer con este tipo de argumentos a Cosme Andrade. Significativas son las palabras con las que el gallego muestra la disidencia con su señor: “En eso habéis de perdonar [...], porque si el diablo los asiste, no se ayudan ellos menos con sus brazos, que a fe que no son de pluma. Y sobre todo, mágicos o no, en sus manos me tuvieron con una porción de los míos, y pudiendo colgarnos al sol para que nos comieran los cuervos, nos dejaron ir en paz y nos regalaron sobre esto” (p. 234).

<sup>22</sup> Al ver a Saldaña que le provoca, en medio de la masacre que están sufriendo sus hombres, el conde se encara con él ferozmente: “—Allá voy, hechicero infernal, ligado con Satanás –le respondió él con la boca llena de espuma y rechinando los dientes; y dando un furioso empellón, se fue para el templario determinado y ciego” (p. 225).

acerca el final del Temple. Frente a él, Álvaro, el héroe romántico, confía en el triunfo de la justicia y en la absolución de los hermanos perseguidos. Este binomio racionalidad/idealismo que encarnan ambos caballeros se mantendrá inalterado a lo largo de la novela<sup>23</sup>.

Una segunda opinión es la que expone en el capítulo IV el abad de Carracedo, al que antes me he referido. En términos generales, ratifica los juicios emitidos por el maestre Rodrigo a propósito de la vanidad, la ambición y la soberbia que habían apartado a los Caballeros de su ideario original<sup>24</sup>. Además, se desmarca abiertamente del poder que en la zona ejerce el Temple y pone como condición para mediar con don Alonso en los amores de su hija y Álvaro que este se aleje de la Orden y deje sin efecto la alianza que con ellos mantiene. Las razones que esgrime son religiosas, en efecto (“Nunca estuvo la honra [...] en contribuir a la obra de tinieblas ni en hacer causa común con los inicuos”, p. 53), pero sobre todo prácticas: los Caballeros han caído en desgracia, pronto su poder desaparecerá y no cabe sino alejarse de su inminente ruina “sin volver la vista atrás, como el profeta que salía huyendo de Gomorra” (p. 55).

La reacción de Álvaro ante este planteamiento es, nuevamente, la discrepancia. Para argumentar su juicio el abad no echa mano de la oratoria, como el maestre, sino que apela a la sensibilidad del joven y le conduce a una ventana desde la que ambos contemplan las ruinas del *Bergidum* latino. La mirada consciente y reflexiva sobre los capiteles rotos, las columnas caídas, los muros cubiertos de yedra, los restos de las murallas ocultos por las zarzas... permiten al religioso glosar en clave romántica los tópicos de inanidad que relacionan la caduca gloria imperial de Roma con

---

<sup>23</sup> Frente al idealismo del protagonista, que entrará en la orden en el momento en que se plantea su disolución, las palabras del maestre en el capítulo III plantean una realidad en la que la lucha por el honor se entiende desde la perspectiva del combate final: “Hágase la voluntad de Dios, pero cualquiera que sea el destino reservado a los templarios, morirán como han vivido, fieles al valor y ajenos a toda indigna flaqueza” (p. 45).

<sup>24</sup> Obsérvese el paralelismo de las intervenciones de ambos religiosos. El tono del abad es, como el de Rodrigo, de profundo dolor: “¡Oh vanidad de las grandezas humanas! ¿Por qué han seguido los caminos de la perdición y de la soberbia, desviándose de la senda humilde y segura que les señaló nuestro padre común? Por su desenfreno acabamos de perder Tierra Santa [...]” (p. 54).

la no menos precedera del Temple. El pasado –parece deducirse de las palabras del religioso– anticipa el futuro de quienes desoyen las enseñanzas que el paso del tiempo estampa en el paisaje:

—Miradlo bien –le dijo el monje–, mirad bien uno de los grandes y muchos sepulcros que encierran los esqueletos de aquel pueblo de gigantes. También su orgullo e injusticia se volvieron contra Dios como vuestros templarios. Id, pues, id como yo he ido en medio del silencio de la noche, y preguntad a aquellas ruinas por la grandeza de sus señores; id, que no dejarán de daros respuesta los silbidos del viento y el aullido del lobo (p. 54).

Esta apelación directa a la sensibilidad del protagonista, lejos de producir el efecto esperado por el abad provoca la reacción airada de Álvaro. El héroe, de nuevo, lo es en mayor medida por la soledad en la que se sitúa vitalmente. Cuestionada su posición y sus alianzas por el pueblo, por el padre de la mujer a la que ama, por el maestro su tío y por el abad en quien confía, su respuesta es la huida hacia adelante. El “Llamé al cielo, y no me oyó” del acto IV del *Don Juan Tenorio* zorrillesco retumba como eco en su despedida del religioso:

—[...] Pero, en suma, padre mío, vos que veis la hidalguía de mis intenciones, ¿no haréis algo por el bien de mi alma y por doña Beatriz, a quien tanto amáis?

—Nada –contestó el monje–. Yo no contribuiré a consolidar el alcázar de la maldad y del orgullo.

[...] —Vos sois testigo de que me cerráis todos los caminos de paz. ¡Quiera Dios que no os lo echéis en cara alguna vez! (p. 55).

Incluso durante su reclusión en Tordehumos como prisionero, Juan de Lara reiterará, en dos ocasiones, la misma demanda del abad. Romper la confederación con la Orden, “objeto del odio universal” y volver al apoyo de amigos y aliados naturales (p. 133) se convertiría en el único modo de recuperar la libertad primero y la vida más tarde, cuando se hace pasar a Álvaro por muerto. Una vez más, el protagonista rehúsa el ofrecimiento y, en consecuencias, la amistad de Lara.

Álvaro solo encontrará apoyo efectivo, de obra, en el comendador Gutierre Saldaña, que encarna la otra cara del templario en la novela. Saldaña es el envés maniqueo del maestro, el contrapunto necesario para mostrar, sin que medie juicio de valor por parte del narrador, la



inconveniencia en el comportamiento del protagonista. Se le presenta, efectivamente, como un caballero ambicioso, obsesionado por el poder de la orden, vigilante siempre, en perfecta fusión con el paisaje desde su atalaya, como un águila, como “las nubes tormentosas que coronan las montañas, que unas veces se disipan azotadas del viento y otras veces descargan sobre la atemorizada llanura” (p. 94). Su alma, “sombría y tremenda” (p. 95) es la de un visionario que sueña con una Europa entera “convertida en una monarquía regida por el gran maestro [...], animada de una sola voluntad en demanda del Santo Sepulcro” (*ídem*)<sup>25</sup>. Es esta auténtica obsesión templaria la que le lleva a considerar la problemática amorosa de Álvaro en términos políticos. Cuando el joven le muestra, por toda respuesta a la pregunta sobre el porqué de su visita, la carta en que Beatriz le pide ayuda, Saldaña vislumbra el peligro que para la Orden supondría una alianza matrimonial entre los Ossorio y la casa de Lemus y se rebela por el acorralamiento que ello supone antes que por el dolor que esta circunstancia origina en el protagonista. De ahí lo desmesurado de su reacción: no solo se aviene a esconder en Cornatel a la muchacha, sino que alimenta los exaltados ideales en torno a la Orden que Álvaro alberga y que habían intentado serenar tanto Rodrigo Yáñez como el abad de Carracedo. Conmovido hasta el extremo, el señor de Bembibre sella con un apretón de manos una alianza sin contrapartidas con el Temple que condicionará, como he mencionado ya, el desenlace de los hechos<sup>26</sup>.

El narrador, por su parte, jalona las intervenciones de los diferentes personajes con comentarios valorativos que ensalzan las virtudes de los caballeros fieles a las enseñanzas primitivas de Hugo de Paganis: austeridad, severidad, humildad, modestia, las mismas que encarna Rodrigo; juzga el comportamiento de Felipe de Francia, de Enrique de Castilla o de don Dinís de Portugal, al que reputa de sabio y discreto por no perseguir al Temple como los anteriores monarcas; interpreta el

---

<sup>25</sup> Este universalismo de la misión templaria forma parte de la tradición literaria asociada a la Orden y puede rastrearse ya en libros de viajes medievales como los ligados a la figura del Preste Juan. Para todo ello, *vid.* Chimeno del Campo (2009).

<sup>26</sup> “Don Álvaro, que tan fácilmente se dejaba subyugar por todas las emociones generosas, apretó fuertemente la mano del anciano y le dijo conmovido: —Dichoso el que pudiera contribuir a la santa obra. No será mi brazo el que os falte” (p. 99).

sentido de los lemas latinos que se leen en los muros del castillo de Ponferrada y la pureza de espíritu que ellos revelan<sup>27</sup>. Además, tras la exposición de los hechos por parte de algún protagonista de los mismos, toma la palabra en extensos excursos que glosan, para el lector, las vicisitudes históricas a las que se ha aludido previamente en los diálogos.

Así, buena parte del capítulo IV se dedica a informar sobre el nacimiento de la Orden y su periplo hasta el siglo XIV, tanto en la Península como en el resto de Europa, a partir de las doloridas sentencias del maestre Rodrigo en el anterior. El narrador, cervantino en su constante alusión al paciente lector, enjuicia y valora la decadencia templaria desde su propia perspectiva histórica decimonónica, argumentando de modo verosímil y pretendidamente objetivo las causas de la animadversión hacia ella. De este modo, aunque afirma la mayor pureza de costumbres de los Caballeros hispanos en comparación con sus hermanos franceses, también constata la ineludible influencia negativa de estos en Castilla y el auge de otras órdenes propias (Calatrava, Alcántara y Santiago) que habrían mermado el brillo del Temple.

En paralelo, el capítulo XII recoge el excurso en torno a la cuestión política castellana en el tiempo de la historia. El narrador plantea los antecedentes necesarios para comprender el conflicto de Tordehumos, las tensiones entre el infante Juan, la reina María de Molina y su hijo Fernando IV, el papel de Lemus en la querrela y su ambición personal de reducir el poder templario para aumentar el suyo propio, empeño en el que se encuadra su alianza matrimonial con los Ossorio. En medio de este complicado juego de pactos públicos y tácitos, el narrador destaca como solo hecho indiscutible uno que atañe al Temple: “[...] tanto el monarca como los señores del partido de Lara estaban acordes en un punto: el odio a los templarios, y sobre todo el deseo de repartirse sus despojos” (p. 118). Además, como ocurre en todas las intervenciones

---

<sup>27</sup> Son dos los que se citan: el del escudo de la puerta (*Nissi dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*, “Si el Señor no custodia la ciudad en vano vigila quien la custodia”) y el de la plaza de armas (*Dominus mihi custos, et ego disperdam inimicos meos*, “El señor es mi guardián y yo destruiré a mis enemigos”), ambos procedentes del *Salmo CXXVI*. Afirma Picoche (1978: 138) que ambas son posteriores al Temple, posiblemente del siglo XV.

digresivas del narrador, los datos que en ellas se ofrecen son planteados de forma motivada y verosímil. La finalidad de este recorrido histórico concreto es colocar al protagonista como último eslabón de una cadena de circunstancias que le llevan, en soledad, al encuentro con su propio destino. Es en este momento cuando Álvaro de Bembibre conecta en su persona las diferentes acciones, políticas y personales, que se han planteado hasta entonces. En la raíz de todo ello está el conflicto templario, tal y como expone el narrador:

[...] si las casas de Yáñez y Ossorio llegaban a enlazarse, sus numerosos vasallos montañeses de las fuentes del Boeza y del Burbia cerrarían gran porción de entradas y desfiladeros y harían casi inexpugnable la posición de la orden en aquella comarca. Harto claro veían esto el infante y los suyos, y de ahí nacían las persecuciones del conde [...] (p. 119).

A medida que avanza la acción, las opiniones sobre el Temple emitidas por los personajes (excepto el conde, claro está) confluyen con las que desde el inicio manifiesta el narrador. Así, el señor de Arganza se verá obligado a seguir al de Lemus por los lazos familiares que les unen, pero no por los impulsos de su corazón. Los tres templarios (Rodrigo, Saldaña y Álvaro) impondrán su inocencia por la fuerza de sus actos. También volverá a la amistad con la Orden el abad de Carracedo, que identificará la injusticia histórica de los Caballeros con la personal que sufre el protagonista (p. 256). Incluso los adversarios, como el capitán Cosme Andrade, al servicio de Lemus y del rey, reconocerán la caballeridad y honor de los guerreros:

No, pues ahora excusa el conde de venir con que son mágicos o no lo son, porque por estrecho pacto que tengan con el diablo, ni el diablo ni él les quitarán de ser caballeros de toda ley. ¡Así quiera Dios darme ocasión de hacer algo por ellos! (p. 227).

En efecto, todos (Alonso, el maestro, el comendador y el capitán) intercederán por don Álvaro en el desenlace para conseguir su exculpación como templario y la nulidad de sus votos.



## Geografía templaria

El protagonismo de don Álvaro templario se asienta espacialmente en las diferentes fortalezas en que discurre la novela. El narrador, desde su presente, da cuenta del estado de las mismas en su tiempo y desde él vuelve la mirada hacia el de la historia para corroborar la grandeza de que las ruinas decimonónicas son indicio. En este sentido, la descripción del castillo de Ponferrada (capítulo III) se hace desde una perspectiva romántica: su belleza procede de su falta de armonía, el conjunto es atrevido y pintoresco, domina con majestad el paisaje desde su altozano, decora sus interiores con exotismo arábigo, esculpe en sus muros signos misteriosos, infunde terror a los infieles y habla, en su estado actual, del poder y la ambición de sus dueños en un tiempo ya pasado.

La fortaleza de Cornatel (capítulo X) no solo domina el paisaje, sino que se confunde con él. La garganta natural por la que se accede a sus muros, su recortado perfil, los pasadizos disimulados entre peñascos, los empinados senderos, imposibles para otros caballos que los árabes, bien amaestrados de los templarios..., constituyen un modo de expresión natural de ese “misterio temeroso y profundo que cercaba todas las cosas de aquella Orden” (p. 94), todavía perceptible, desde el presente del narrador, en sus ruinas.

Cornatel y Ponferrada son los dos espacios de la derrota templaria. En torno al asedio y ataques al primero de ellos gira la narración en los capítulos XXV a XXVIII. Las tropas del conde y las de los Caballeros se organizan en torno a dos núcleos simbólicos: en las Médulas acampan los de Lemus y en los riscos sobre los que se erige la fortaleza los templarios preparan su defensa. El paisaje horadado, que representa el triunfo del tiempo sobre la ambición y sobre los imperios, “cuadro en que la magnificencia de la naturaleza y el poder de los siglos campean sobre las ruinas de la codicia” (p. 213), contrasta en su bullicio con el silencio y las tinieblas que envuelven el castillo y en las que se fragua el astuto plan que permite vencer al enemigo pese a la inferioridad numérica. El ardid de Saldaña para sorprender al Conde y vencerle por la retaguardia tiene que ver con su experiencia templaria en Tierra Santa: “Yo he peleado con los árabes y mamelucos, ¿y queréis que no se alcance algo de estratagemas y de ardidés?” (p. 218).

Por otra parte, el valor de los criados de Álvaro, infiltrados en el campamento enemigo, será fundamental para desbaratar los planes de Lemus. En la narración del combate final la niebla, la sorpresa, la imponente presencia del de Bembibre como un águila en su risco “acechando la llegada de los enemigos” (p. 241), la ferocidad de Saldaña y la muerte del conde, que es arrojado al precipicio por el anciano, confieren carácter casi titánico a los esfuerzos del Temple por huir de su destino. En Lemus venga la Orden la injusticia de que es objeto por parte del rey, de ahí que sea Saldaña, y no don Álvaro, el responsable del ajusticiamiento.

Esta victoria no impide, sin embargo, el desmantelamiento templario. La impresionante mole de la fortaleza de Ponferrada, descrita al principio de la novela a propósito de la llegada a ella de Álvaro, es el punto de encuentro de los Caballeros en el desenlace de la misma. Desde ella salen, para no volver nunca más, camino de Salamanca. El narrador subraya, nuevamente, la dignidad de los guerreros:

Todos iban llegando silenciosos y sombríos, montados en sus soberbios caballos de guerra y seguidos de sus pajes y esclavos africanos, que traían otros palafrenes del diestro. El espectáculo de aquellos guerreros indomables y jurados enemigos de los infieles, que entonces se rendían sin pelear y por sola la fuerza de las circunstancias, era tan doloroso que el abad de Carracedo y don Alonso, que lo presenciaban, apenas podían disimular las lágrimas (p. 264).

### Don Álvaro, el templario

La primera mención a la orden aparecía en el capítulo I, verosíblemente expuesta en la conversación entre los criados de don Alonso y Álvaro a su vuelta de la feria de Cacabelos, a la que antes me he referido. En la presentación verbal que se hace de los personajes, los atributos que Millán destaca de su señor son la nobleza, el patrimonio y su alianza con el Temple, de cuyo maestro es sobrino. Sin embargo, tal y como señala el fiel criado del protagonista, más que importar la afinidad de su señor con la orden resulta relevante la bondad de su corazón, demostrada a través de sus



actos. De este modo, la alusión inicial a los templarios sirve para presentar al de Bembibre en una encrucijada vital que se verá confirmada, en todos los ámbitos, a lo largo de la novela: don Álvaro es noble y rico, pero no tanto como el de Lemus para aspirar a la mano de Beatriz; pertenece a la órbita templaria pero no percibe sus beneficios, porque está fuera de la orden, y sí las inquinas populares de las que los Pobres Caballeros de Cristo son objetivo; será un héroe solitario en su lucha contra el propio destino, hijo de sus obras, en definitiva, como buen romántico. Es más: en la batalla política que se dirime en el asedio a Tordehumos, las tropas de Álvaro avanzan por la causa de Fernando IV sin el apoyo de las templarias con las que –él sí– se ha comprometido. La prudente abstención de la Orden en las luchas dinásticas de Castilla es, pues, una muestra más, bien significativa, de la absoluta individualidad del protagonista, que culmina en el enfrentamiento con el rey en el cerco a Cornatel. Su fidelidad al Temple le convierte, pues, en un vasallo rebelde.

La identificación de la suerte del héroe con la suerte templaria, que se sugiere ya en el capítulo primero, se confirma en el segundo. Los lazos que unen al protagonista con la orden no son solo de sangre, sino de destino: tanto don Álvaro como su tío, el maestre Rodrigo, son los últimos representantes de dos castas, de dos modos de vida que llegan a su ocaso en el siglo XIII del tiempo de la historia y en el XIX del referente extraliterario de la novela:

Don Álvaro Yáñez y su tío don Rodrigo, Maestre del Temple en Castilla, eran los dos únicos miembros que quedaban de aquella raza ilustre y numerosa; rama seca y estéril el uno, por su edad y sus votos, y vástago el otro, lleno de savia y lozanía, que prometía larga vida y sazonados frutos (p. 34).

La fusión de lo ficticio con lo empírico se visualiza en el paralelismo que se establece, en el relato, entre el protagonista (que no remite a ningún personaje real concreto) y el maestre, cuyo nombre y casa responden, en efecto, a la del último de la Orden en Castilla y León. Al emparentarles, Gil y Carrasco identifica la suerte del vástago final del señorío de Bembibre con la de la cabeza visible de una sociedad a punto de ser disuelta en un tiempo similar política y socialmente al del propio novelista. Al igual que Fernando IV, Isabel II ha tenido que ser

defendida en su trono por una regencia a la que acosan una guerra civil, disturbios sociales y reformas, como la Desamortización, que anuncian el fin de toda una época. Del mismo modo, el enfrentamiento entre Álvaro y los templarios con Lemus representa la oposición entre los grandes ideales y la nobleza de espíritu con el sentido materialista de la sociedad preindustrial emergente<sup>28</sup>.

Además de todo ello, Álvaro siente hacia el Temple una atracción irracional fruto de su naturaleza impetuosa y de su juventud:

El Temple tenía un imán irresistible para todas las imaginaciones ardientes por su misteriosa organización y por el espíritu vigoroso y compacto que vigorizaba a un tiempo el cuerpo y los miembros de por sí. Tras de aquella hermandad tan poderosa y unida, difícil era, y sobre todo a la inexperiencia de la juventud, divisar más que robustez y fortaleza indestructible, porque en semejante edad nada se cree negado al valor y a la energía de la voluntad (p. 45).

La sangre, pues, pero también el instinto, orientan los pasos del protagonista hacia su destino templario en un momento, además, en que el poder de la Orden se tambalea ya de forma inexorable.

La Orden desencadena, en última instancia, una serie de reacciones que originarán el conflicto novelesco. Así, don Alonso, muy crítico con los abusos de poder cometidos por los templarios, entabla amistad personal con don Rodrigo Yáñez en la prehistoria inmediata a la acción y olvida temporalmente sus reticencias, lo que propicia que el maestre exponga la idea de unir la casa de Arganza y la de Bembibre en las personas de sus herederos. Y aunque Ossorio se muestra favorable, teme también que la alianza con el Temple perjudique sus relaciones con la corona, abiertamente hostil a la Orden. Asimismo, la precaria situación de los monjes-guerreros franceses sirve de acicate al conde de Lemus

---

<sup>28</sup> Literariamente se acude, para representar esta oposición, al enfrentamiento entre el sol y las tinieblas. El sol es uno de los principales símbolos templarios y aparece representado (también en las fortalezas de El Bierzo) por una doble esvástica de forma octogonal a la que alude el autor (tanto en la novela como en el *Bosquejo de un viaje* al que antes me he referido) al describir los símbolos que, todavía en su tiempo, podían verse en la puerta del castillo de Ponferrada. Así lo atestigua Luengo (1980). A propósito del sentido cabalístico de los símbolos templarios en la novela de E. Gil, *vid.* López Criado (1995) y Roca Moro (2008).

para afianzar su posición al lado del infante don Juan, aspirante al trono, y le anima no solo a pedir la mano de Beatriz, cuyas posesiones anhela, sino a desbaratar el matrimonio con Álvaro y el refuerzo del poder templario que tal enlace supondría, en detrimento de sus intereses personales. Así, pues, la historia de los caballeros (tanto la real como la novelesca) se confunde con la personal e íntima de los personajes de la narración, la determina, la condiciona y la resuelve:

Al poco tiempo comenzó a formarse en Francia aquella tempestad, en medio de la cual desapareció, por último, la famosa caballería del Temple. Iguales nubarrones asomaron en el horizonte de España, y entonces los temores del señor de Arganza se despertaron con increíble ansiedad, pues hartó conocía que don Álvaro era incapaz de abandonar en la desgracia a los que habían sido sus amigos en la fortuna [...] (p. 35)<sup>29</sup>.

La histórica batalla de Tordehumos, a finales de 1307, marca en la novela un punto de inflexión en la deriva personal de Álvaro. La caída como prisionero del protagonista coincide en el tiempo con la bula papal que ordena el arresto y enjuiciamiento de todos los templarios europeos (cap. XV)<sup>30</sup>. Millán informa de su muerte a los Ossorio y al abad de Carracedo, al maestre y al comendador el mismo día en que llegan de Francia las terribles noticias sobre el suplicio a que son sometidos los hermanos en ese país, “tras de las cuales veía venir irremediamente la ruina de su gloriosa Orden” (cap. XVI, p. 142). El rey Fernando manda prender a todos los Caballeros de Castilla simultáneamente a la entrevista de los dos protagonistas, en la que Álvaro manifiesta a Beatriz su decisión de ingresar como templario al día siguiente:

No nos volveremos a ver, pero detrás de las murallas del Temple

---

<sup>29</sup> Del mismo modo que el conflicto de don Álvaro viene determinado por su cercanía con los templarios, su conversión en caballero de la Orden originará la resolución dramática de la trama. Desde este punto de vista, no parece desacertado el título (*Templario. El Señor de Bemibre*) que se ha escogido para la adaptación cinematográfica de la novela, en proyecto, dirigida por Valentín Carrera.

<sup>30</sup> En efecto, la bula se decreta en noviembre de 1307. Para esta y otras cuestiones históricas de la época, *vid.* el panorama general que ofrece González Mínguez (2010: 39-62).



me acordaré de vos... [...] Dicen que amenaza a esta milicia inminente destrucción. No lo creo; pero si así fuese, ¿cómo podréis extrañar que yo sepulte las ruinas de mi esperanza bajo estas grandes y soberbias ruinas? (p. 167).

El relato de la profesión de Álvaro en el capítulo XXII, minucioso y demorado, da cuenta de una ceremonia iniciática cuya solemnidad no se resiente de la suspensión declarada por el rey Fernando. Del rito destaca el narrador su nocturnidad y secretismo, las fórmulas y los gestos simbólicos, el estatismo de los asistentes, “que envueltos en sus mantos blancos parecían otros tantos fantasmas lúgubres y silenciosos” (p. 191), el no siempre bien entendido sacrilegio de la cruz, la alternancia de la oscuridad y la luz, los salmos que se entonan, los versículos que se salmodian, los juramentos y los compromisos del neófito.

El evidente empleo de los hechos históricos al servicio del desarrollo argumental de la trama se manifiesta de forma muy clara, precisamente, en las circunstancias que rodean la entrada de Álvaro en la Orden. A la pregunta de Picoche, “¿Por qué ingresa el protagonista en una orden decadente y moribunda?” (1978: 104), que el crítico francés responde aduciendo el carácter quijotesco de don Álvaro y su romántica adopción de una causa perdida, Bergquist ha replicado considerando la influencia que sobre Gil y Carrasco haya podido ejercer la imagen del Temple como una especie de Legión Extranjera medieval en la que venían a parar quienes querían olvidar desengaños y frustraciones: “El Temple, en otras palabras, era la elección obligada de los amantes infelices” (1997: 117). A todo ello cabría añadir una circunstancia más: que la profesión se lleve a cabo cuando el rey ha decretado la suspensión de la Orden, a la espera del juicio en Salamanca, permite un resquicio verosímil para la esperanza, si bien, como suele ser habitual en el romanticismo, esta ilusión de felicidad –que finalmente resultará fallida– no es sino una forma más de suplicio<sup>31</sup>.

Solo en otras dos ocasiones la Historia parece aliarse con el protagonista para ofrecerle un mínimo horizonte de felicidad. En el

---

<sup>31</sup> “Mal pudo don Álvaro, de consiguiente, renunciar a su libertad, y su profesión no dudo que será dada por nula”, explica el abad de Carracedo a Beatriz, que también concibe esperanzas de que amanecerá “un día de claridad y de consuelo” (p. 256).

capítulo XXVII, de haberse acelerado el desenlace de los hechos se habría permitido el reencuentro de los amantes antes del deterioro definitivo en la salud de Beatriz. Y es que, tal y como informa el narrador durante el asedio a Cornatel, los templarios aragoneses y portugueses piensan en capitular y el rey Fernando IV insta al de Lemus a buscar una vía que permita la rendición honrosa de los Caballeros castellanos. Sin embargo, el conde, “que en el fondo no desconocía la justicia y prudencia de semejantes reclamaciones” (p. 233), antepone sus ansias personales de venganza a su deber de vasallo y decide no solo desobedecer al rey, sino también desoír las llamadas a la prudencia del señor de Arganza e incluso de Cosme Andrade. La respuesta no es la paz, sino la orden de disponer el definitivo asalto a la fortaleza.

La segunda oportunidad histórica para la esperanza tiene lugar tras la derrota de la Orden. El juicio a que los templarios son sometidos en el Concilio de Salamanca, del que la novela da cuenta en el capítulo XXXII, declara a los Caballeros inocentes de los cargos que se les imputan, a la espera de la ratificación papal que llegará dos años más tarde, en el Concilio de Viena. Ya Feijoo en la carta XXVIII del tomo I sus *Cartas eruditas y curiosas* (1742) se detenía en analizar uno de los aspectos de mayor interés para los escritores ilustrados que abordaban la temática templaria: “si padecieron inocentes o culpados; si la sentencia, que contra ellos se dio, fue justa o injusta” (p. 218). A propósito de la Orden afirma que “apenas hay cosa de algún peso contra la inocencia de aquellos Caballeros, y ocurren razones muy eficaces a favor de ella” (210-211), pero “muchas veces los Papas, a instancias de los Príncipes, hacen cosas, que no hicieran, si no hubiera tales instancias” (p. 228)<sup>32</sup>.

De la misma opinión parece el narrador de *El Señor de Bembibre*, que desde el capítulo XXXII va cerrando la acción protagonizada por los templarios: recalca que son sus obras, por encima de la maledicencia popular o las conspiraciones interesadas, las que les salvan del suplicio que sí sufren los hermanos franceses (p. 276); se muestra satisfecho de

---

<sup>32</sup> La conclusión a que llega Feijoo en esta *Carta* es clara: “Ya se deja entender, que es la justificación que hemos hecho de los templarios aplicable al común de la religión. Entre los particulares, posible es, que hubiese algunos muy malos; y también es creíble, que la malicia de los enemigos de aquella Religión confundiese la iniquidad de algunos con la corrupción de todos” (1742: 228).

que quienes les han acusado en falso encuentren “el premio que suelen encontrar los sentimientos bastardos: la aversión y el desprecio” (p. 284); y afirma que, pese a perder todos sus bienes y su poder, los templarios salvaron lo más importante, el honor (*idem*). Esta absolución permite que don Álvaro continúe su lucha personal por Beatriz. Sin embargo, el poder de su casa, firmemente enraizada con el Temple, sigue siendo peligroso para el rey y la resolución de su caso se demora. Se consigue, por fin, la exención de sus votos de pobreza y obediencia. Don Alonso parte a Francia para pedir al papa la nulidad del de castidad. Pero la resolución favorable llegará demasiado tarde. Las desoladas palabras de Beatriz sintetizan la crueldad de un destino que coloca al alcance de los hombres la felicidad para que su pérdida definitiva resulte todavía más desgarradora:

—¡Misericordia divina! —prorrumpió ella con un clamor tan desacompasado que se oyó en las orillas más apartadas y aterró a los circunstantes—. ¡Misericordia divina! —repitió torciéndose las manos—. ¡La esperanza y la ventura ahora que voy a morir! (p. 330).

Con el Temple desaparecen las estirpes de los Ossorio y los Yáñez, la casa de Arganza y la de Bembibre. Don Álvaro, el templario, muere con su Orden. Queda el ser humano, tan solo frente a su destino como a lo largo de la novela, pero además sin nombre, sin identidad, anónimo en su vida retirada de anacoreta. La Edad Media mítica que, como afirmaba Stock (1974: 527-547), los románticos reviven literaria y artísticamente para escapar de sí mismos, apenas deja tras de sí, en las ruinas de sus fortalezas, los ecos de unos tiempos de caballerosidad y heroísmo que añora la convulsa sociedad decimonónica. De los Pobres Caballeros de Cristo queda, en el presente de Gil y Carrasco, la nostalgia y su paisaje, atemporal y eterno, en el que sí encuentran la paz —algo quizá de paz, al menos— los románticos<sup>33</sup>.

---

<sup>33</sup> La primera versión de este trabajo se publicó en *Revista de Literatura* (“La visión literaria de los Caballeros Templarios en *El Señor de Bembibre*, de E. Gil y Carrasco”, LXXVI-151, pp. 151-170), cuya autorización para esta revisión agradezco.



## Bibliografía citada

- AZORÍN (1964). *El paisaje de España visto por los españoles*. Madrid: Espasa-Calpe. (1ª ed. 1941).
- BERGQUIST, I. L. (1997). «Imágenes de los templarios del Siglo de Oro al Romanticismo», *Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*. 7, pp. 151-186.
- CARRERA, V. (ed.) (2015). *El Señor de Bembibre*. BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO. Paradiso\_Gutenberg, vol. VII.
- CHIMENO DEL CAMPO, A. B. (2009). *El Preste Juan. Mito y leyenda en la Literatura Infantil y Juvenil Contemporánea*. Frankfurt am Main: Peter Lang.
- DÍAZ NAVARRO, E. (2007). «La mirada romántica: el viaje interior de Enrique Gil y Carrasco», *Enlaces*. II, 7.
- FEIJOO, B. J. (1742). *Cartas eruditas y curiosas*. Madrid: Imprenta Real de la Gazeta, a costa de la Real Compañía de Impresores y Libreros, vol. I.
- FERRERAS, J. I. (2010). *La novela en España. Historia, estudios y ensayos. Tomo III. Siglo XIX. Primera parte (1800-1868)*. Madrid: Laberinto.
- GARCÍA GONZÁLEZ, J. E. (2005). «Consideraciones sobre la influencia de Walter Scott en la novela histórica española del siglo XIX», *Cauce*. 28, pp. 109-119.
- GIL Y CARRASCO, E. (2015), *Obras Completas*, edición del II Centenario. Valentín Carrera, ed. BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO. Paradiso\_Gutenberg, vols. I-VIII.
- GONZÁLEZ MÍNGUEZ, C. (2010). «La Corona de Castilla en la época de la disolución de la Orden del Temple», en VV. AA., *El mundo de los castillos. Ponferrada: templarios, peregrinos y señores*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Fundación Siglo para las Artes de Castilla y León, pp. 39-62.
- GULLÓN, R. (1989). *Cisne sin lago*. León: Diputación de León.
- LAMA, M. A. (2009). «Escritura, lectura y soledad en *El Señor de Bembibre* de Enrique Gil y Carrasco», en S. Crespo Matellán *et al.* (eds.), *Teoría y análisis de los discursos literarios. Estudios en homenaje al profesor Ricardo Senabre Sempere*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 219-226.
- LOMBA Y PEDRAJA, J. R. (1915). «Enrique Gil y Carrasco: su vida y su obra literaria», *Revista de Filología Española*. 2, pp. 137-179.
- LÓPEZ CRIADO, F (1995). «La poética imaginaria en *El Señor de Bembibre*», *España Contemporánea*. 8, 1, pp. 43-68.
- LUENGO, J. M. (1890). *El castillo de Ponferrada y los Templarios*. León: Nebrija.
- MATA, C. (1995). «Estructuras y técnicas narrativas de la novela romántica española (1830-1870)», en K. Spang, I. Arellano y C. Mata (eds.), *La novela histórica: teoría y comentarios*. Navarra: Universidad de Navarra, pp. 145-298.
- N. M. (1844). «Estudios históricos. Los Templarios», *Seminario Pintoresco Español*. 54, 25 agosto, p. 276, y 55, 1 septiembre, pp. 266-268.
- O'BYRNE CURTIS, M. (1990). «La doncella de Arganza: la configuración de la mujer en *El Señor de Bembibre*», *Castilla: Estudios de Literatura*. 15, pp. 149-159.
- PICOCHÉ, J. L. (1978). *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*. Madrid: Gredos.

- , (ed.) (1986). *El Señor de Bembibre*. Madrid: Castalia.
- RIBAO PEREIRA, M. (2002). «La teorización política en el drama romántico español: *Doña María de Molina*, de M. Roca de Togores», en P. Menarini (ed.), *Los románticos teorizan sobre sí mismos. Romanticismo 8*. Bologna: Centro Internacional de Estudios sobre Romanticismo Hispánico-II Capitello del Sole, pp. 179-192.
- RÍOS-FONT, W. C. (1993), «Encontrados afectos: *El Señor de Bembibre* as a Self-Conscious Novel», *Hispanic Review*. 4, pp. 469-482.
- ROCA MORO, A. C. (2008). «Espiritualidad y creencia en *El Señor de Bembibre*», en M. Castro López *et al.* (eds.), *Estudios Literarios: Haz de luz*. A Coruña: Universidade de A Coruña, pp. 45-51.
- RUBIO CREMADES, E. (ed.) (1986). *El Señor de Bembibre*. Madrid: Cátedra.
- , (2008). «La paz y la guerra en *El Señor de Bembibre*, de E. Gil y Carrasco», *España Contemporánea*. XXI, 2, pp. 39-52.
- , (2011). «El estudio del paisaje y su incorporación a la novela histórica: *El Señor de Bembibre*, de Enrique Gil y Carrasco», en D. Thion Soriano-Mollá (ed.), *La naturaleza en la Literatura Española*. Vigo: Editorial Academia del Hispánico, pp. 89-100.
- SAMUELS, D. G. (1939). *Enrique Gil y Carrasco: A Study in Spanish Romanticism*. Nueva York: Instituto de las Españas.
- SEBOLD, R. P. (1996). «Tuberculosis y misticismo en *El Señor de Bembibre*», *Hispanic Review*. 1, pp. 237-257. En este volumen, pp. 31-53.
- STOCK, B. (1974). «The Middle Age as Subject and Object: Romantic Attitudes and Academic Medievalism», *New Literary History: A Journal of Theory and Interpretation*, pp. 527-547.
- TORRES BITTER, B. (2002). «*El Señor de Bembibre*. Una novela original en el romanticismo español», *Analecta Malacitana*. XXV, 1, pp. 23-40.
- VEGA SÁNCHEZ, I. (1991). «El paisaje del Bierzo en *El Señor de Bembibre*», *Estudios Bercianos*. 14, pp. 108-117.
- VV. AA. (2010). *El mundo de los castillos. Ponferrada: templarios, peregrinos y señores*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Fundación Siglo para las Artes de Castilla y León.
- YOUNGHAHL, S. D. (2005). «El paisaje y la naturaleza en *El Señor de Bembibre*», *Ojancaro*. 27, pp. 93-101.
- ZELLERS, G. (1931). «Influencia de Walter Scott en España», *Revista de Filología Española*. 18, pp. 149-162.



# La influencia de las novelas de Walter Scott en *El Señor de Bembibre*

MARÍA ÁLIDA ARES ARES  
UNIVERSIDAD DE TRENTO



## 1. Introducción

Antes de iniciar nuestro estudio, conviene hacer una breve síntesis de la situación social y literaria que se vivía en España en el primer tercio del XIX y que propició el desarrollo y el auge de la novela histórica en nuestro país. En 1813, al terminar la Guerra de la Independencia y ser expulsado José Bonaparte, Fernando VII regresa a España y deroga la Constitución de 1812, imponiendo un gobierno absolutista que reprime las ideas liberales. A consecuencia de ello se producirán diversas rebeliones militares que serán reprimidas hasta el triunfo de la del general Riego en 1830, que obligó al rey a nombrar un gobierno liberal. Fernando VII al verse cada día más impotente para expulsar del poder a los elementos liberales, llama en su auxilio a los monarcas absolutistas de Europa, consiguiendo restablecer en España un régimen absolutista y

reanudando la represión de los liberales. Este régimen que duró desde 1823 hasta 1833, era acatado por una parte de población, pero los que defendían las nuevas ideas derivadas de la revolución francesa se vieron forzados a exiliarse.

En 1830 Fernando VII contrajo matrimonio con María Cristina de Nápoles, su cuarta esposa, de la que tuvo dos hijas, la mayor de las cuales, Isabel, fue nombrada heredera. Para asegurarle el trono, el rey promulgó la Pragmática Sanción, mediante la cual invalidaba la ley Sálica que impedía acceder al trono a las mujeres y restablecía el sistema de sucesión de las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio, según el cual las mujeres podían reinar si no tenían hermanos varones. Este iba a ser el embrión de nuevas guerras.

Al morir Fernando VII en 1833, siendo Isabel menor de edad, quedó como regente la reina María Cristina. Pero el príncipe D. Carlos, hermano de Fernando, invocando la ley Sálica y apoyándose en los absolutistas, reclamó su derecho al trono. Como consecuencia, el país se vio envuelto en una guerra, la llamada Primera Guerra Carlista, que duró seis años. Terminó con un concordato entre los generales de ambos ejércitos reconociendo como reina a Isabel II.

En 1840 la Regenta María Cristina tuvo que renunciar a su cargo, sustituyéndola el general Espartero, quien, debido a dificultades políticas, dimitió en 1841. Hasta la declaración de Isabel II mayor de edad en 1843, le sucedieron varios gobernantes, entre ellos, González Bravo (1843-1844), amigo de Gil y Carrasco que lo nombró secretario de legación en Prusia. El cargo consistía en recorrer todos los *Länder* y realizar diversos informes sobre la industria alemana; si bien su principal cometido consistía en restablecer relaciones diplomáticas con Prusia, rotas desde 1836 y repuestas en 1848, poco tiempo después de la muerte de Gil (1846), en parte gracias a las simpatías que supo atraerse.

## **2. El desarrollo de la novela histórica en España**

Por lo que se refiere al panorama literario, como subraya Montesinos (1953: 499-514), después del auge de la novela picaresca a inicios del S. XVII en España hubo un largo periodo caracterizado por la



improductividad novelesca que duró hasta la tercera década del s. XIX (1650-1833). La causa para Montesinos fue el descrédito del género, la desvalorización crítica que sufrió por efecto de la novela de Cervantes, *El Quijote*. En su opinión un periodo tan largo sin novelas no se podría comprender solo por la censura o la falta de talento, sino que se ha de buscar una razón más profunda, que se encuentra en la crítica que se desató después de la publicación de *El Quijote* en el s. XVII contra la ficción y el género novelesco.

Tampoco para los neoclásicos del XVIII la novela merecía consideración alguna. *El Quijote* habría hecho tabla rasa de todas las novelas. En consideración a ello los eruditos y todo escritor de talento del periodo neoclásico despreciaban el género, que consideraban sin interés y del gusto del vulgo o pasatiempo de las mujeres. Gracias en parte a ello la novela continuó siendo la lectura popular por excelencia, pero para satisfacer la demanda se reeditaban obras antiguas o se traducían novelas extranjeras, no se creaban nuevas, el autor de ficciones estaba desacreditado. Hay que decir, sin embargo, que todavía no ha sido suficientemente estudiada y convendría indagar más en una tradición de la escritura femenina que tiene gran auge en el siglo XVIII, cuando las damas de la alta sociedad combatían el ocio escribiendo novelas de carácter epistolar y leyendo narraciones, mientras que los escritores tenían la exclusividad en la publicación de las obras.

Hay otros críticos, como Barrero Pérez (1990: 27-38) que opinan que la causa de la falta de novelas se debía a “la asfixiante carga moral (de claro carácter contrarreformista) del que se impregnaban los textos del barroco final” y al mismo tiempo al “anquilosamiento en lo costumbrista” que condujo a la parálisis de la forma novelesca.

En *Introducción a una historia de la novela en España* (1955) Montesinos repasa las traducciones en España a inicios del s. XIX. Entre los autores traducidos destacan los franceses Jean-François Marmontel y Mme. De Genlis, y a partir de 1829 el escocés Walter Scott con *Ivanhoe*, *El Talismán* y *Kenilworth*. Hacia 1833 se lee también al estadounidense James Fenimore Cooper, y a partir de 1840 empiezan a circular las obras de Balzac, George Sand, Alexandre Dumas y Eugène Sue. En cuanto a las reediciones, además de *El Quijote* y *Gil Blas*, se reeditan: *La Galatea*, *El Buscón*, y algunas novelas de caballerías, como

el *Amadís*, *Oliveros de Castilla*, *Partinoples* e *Historia del Emperador Carlomagno* y de los doce pares de Francia. Pero, como advierte Picoche (1972: 1010), no fueron esas novelas de caballerías el antecedente de las novelas históricas, ya que aquellas eran enteramente fruto de la invención, contaban la vida de un personaje imaginario, no se interesaban por la geografía ni por la historia real, lo contrario de lo que sucedía en las novelas históricas. Tampoco había en ellas un planteamiento novelesco de conjunto, sino que narraban al modo de las crónicas antiguas la vida de un personaje como una sucesión de capítulos independientes que comprendían desde el nacimiento hasta la muerte. En ese sentido, advierte Picoche, las novelas históricas, salvando las diferencias, estarían más cerca del *Romancero* que de las novelas de caballerías, ya que los romances sí se basaban a menudo en hechos históricos reales.

Para comprender cuándo los críticos comienzan a reivindicar la importancia y el interés del género novelesco en el s. XIX, es muy interesante el prólogo de la traducción de *Ivanhoe* llevada a cabo por José Joaquín de Mora en Londres en 1825<sup>34</sup> durante su exilio. El auge de la traducción de novelas históricas francesas e inglesas al español se halla vinculado al exilio español de los escritores liberales durante el periodo absolutista en el primer tercio del XIX, después de la abolición de la Constitución de Cádiz de 1812. La censura y el encarcelamiento de los intelectuales españoles de ideología liberal obligó a estos a emigrar, y la existencia de una fecunda industria editorial en Francia e Inglaterra les permitió dedicarse a la traducción, gracias, sobre todo, al interés de las editoriales en conquistar el mercado latinoamericano. El Duque de Rivas, Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa y Eugenio de Ochoa desarrollaron en Francia una rica labor traductológica. En Londres Blanco White y Joaquín de Mora trabajaron como traductores para la editorial Ackermann. La traducción de *Ivanhoe* de Mora en 1822 marca un hito para el auge del género en España. La obra incluye un

---

<sup>34</sup> Citamos por la Edición Traductológica Digital de [Walter Scott] *Ivanhoe*. [Traducción de José Joaquín de Mora]. [Rudolph Ackermann, Londres, 1825]. Marcos Rodríguez Espinosa Universidad de Málaga (UMA). Proyecto de Investigación I+D, HUM-2004-00721FILO (Ministerio de Educación y Ciencia)

prefacio del mismo Mora titulado «Diálogo en vez de Prólogo» donde el traductor expone sus ideas sobre la novela y defiende la conveniencia de traducir *Ivanhoe* al español en diálogo simulado con un amigo ficticio representante de los críticos neoclásicos que despreciaban la novela como género, por considerarla vulgar.

El ficticio amigo de Mora le reprochaba que “un catedrático de universidad”, en vez de elaborar obras de calado intelectual, tradujera “una novela”, propiciando con ello la propagación de “bagatelas y trivialidades” y prestando un mal servicio a la sociedad (*Prólogo*, p. v):

Esto es: y que se propague el gusto de las bagatelas y de las trivialidades *de estrangis*, y que se abandonen los buenos estudios, y que se conviertan las cátedras en estrados, y las sabatinas en tertulias, y que los jóvenes bailen el vals, o pierdan la cabeza con amoríos novelescos, en vez de ejercitar los pulmones en agitar cuestiones de Metafísica y de Teología escolástica. Bravo, amigo mío; pues no hay duda que habrán ustedes conseguido un gran triunfo cuando toda la literatura se haya reducido a folletos y a libritos forrados de tafilete, y cuando no haya más que novelas en las bibliotecas.

Mora le replica distinguiendo entre malas novelas, vertidas por «traductores famélicos», que él también condena, y buenas novelas como la que él se propone traducir, que es una novela que ofrece recreo para alimentar el entendimiento y al mismo tiempo una gran dosis de instrucción:

(...) instrucción, que ha sido el fruto de los mas laboriosos estudios, y de las investigaciones más exquisitas; instrucción, fundada en el más sólido conocimiento del corazón humano; instrucción, en fin, que ilustra una de las épocas más interesantes de la historia de uno de los primeros pueblos del mundo (*Idem*, pp. vi-vii).

El amigo le objeta que los autores extranjeros tienen “el diablo en el cuerpo” y el traductor replica que, a diferencia de lo que ocurre en el país en el que se escribieron *Don Quijote* y *Gil Blas*, Scott tiene la suerte de vivir en una nación “en que la instrucción pública se acata, se protege, y se fomenta como uno de los elementos más esenciales de las buenas costumbres y de la ventura general” (*Ídem*, pág. xi).

Mora defiende la traducción de las novelas históricas como medio para cambiar los gustos del público e instruirlo, para contribuir a crear en España una escuela de novelistas capaz de rivalizar con la que existía ya en otros países como Francia o Inglaterra (*Prólogo*, p. IX):

Esta [*Ivanhoe*] y la mayor parte de las que han salido de la misma pluma han abierto una nueva era en la literatura moderna y han introducido un nuevo género, que, cultivado por manos expertas y aplicado a otras naciones puede llegar a ser una de las partes más nobles y más perfectas de la ilustración.

Por lo que respecta a la corriente romántica que llega a España a través de los escritores exiliados en Francia, es ilustrativo el prólogo de Alcalá Galiano a la obra del Duque de Rivas *El Moro Expósito* (1834) tal como subraya Navas Ruiz (1970). En opinión de Galiano, en Francia los románticos son peores que sus clásicos, están llenos de defectos de estilo y tienen tanta afectación como éstos; en Italia destaca a Manzoni, “trágico y novelista insigne”, con su obra *I promessi sposi* (1840-41). Elogia también a los ingleses: “Caballeroso, Scott; metafísico y descriptivo, Byron; patético y a la par limado, Campbell; tierno y erudito, Southey; sencillo y afectuoso, Wordsworth...”. En cuanto a España le recrimina que continúe siendo el único país que está todavía bajo los dictados del clasicismo francés, lo que considera incomprensible. Exalta las aportaciones de la escuela romántica que han contribuido a revolucionar los cánones de la literatura de la época y a desarrollar nuevos géneros poéticos.

Navas Ruiz pone de relieve este prólogo, que se podría considerar un manifiesto, y cuya importancia fue muy grande porque “se definía el género no ya solo por sus aspectos históricos, sino por su ideal de naturalidad o verdad y de originalidad y se alejaba con su crítica de los clasicistas”, a los que considera faltos de creatividad, porque se limitan a repetir obedientes a los preceptistas y teóricos dogmáticos:

Ha roto la cadena de tradiciones respetables y dado un golpe mortal a ciertas autoridades tenidas hasta el presente por infalibles (...) en una palabra, vuelve por estos medios la poesía a ser lo que fue en Grecia en sus primeros tiempos, una expresión vehemente y sincera, y no remedo de lo encontrado en los autores que le han precedido ni tarea hecha en obediencia a lo dictado por críticos dogmatizadores.

En la parte contraria, tal como señala Flitter (1995: 77), algunos periódicos como *El literato rancio*, en dos artículos publicados en 1832, bajo el título “Sobre clásicos y románticos”, denigraba la nueva escuela utilizando los argumentos del formalismo neoclásico. Según el autor siempre había habido innovadores de diferentes grados de talento que habían intentado derribar los sanos principios y que habían logrado por poco tiempo la aceptación del público; sin embargo, los clasicistas habían reafirmado siempre su dominio sobre los delirantes desvaríos de sus antagonistas.

El romanticismo, afirma Hervás Fernández en *La sociedad española en su literatura* (2010), significó una respuesta artística ante la crisis del Antiguo Régimen que reflejaba las contradicciones del cambio sociohistórico, resultado de la transformación de la industria y los modos de producción que provocan el auge de la burguesía como clase dominante. Pero, como ya había hecho notar Américo Castro (1927), previamente a su arraigo en España el Romanticismo se había convertido ya en toda Europa en una metafísica sentimental: una concepción panteísta del universo animaba a toda la sociedad europea desde inicios del s. XIX, cuyo centro era el “yo”: la melancolía, la pasión, la añoranza del pasado... y esa metafísica se había extendido al arte, a la música, al teatro, la poesía y la narrativa<sup>35</sup>.

Entre las causas sociales que propiciaron la buena acogida de la novela histórica scottiana entre los autores españoles, Margarita Almela (2006: 113) subraya la importancia que adquirió la contextualización de acción de la trama novelesca en la época medieval, marcada a menudo por las luchas civiles o las peleas fratricidas entre nobles y la posibilidad de establecer analogías a los ojos del lector entre esas guerras y la situación que se vivía en la España enfrentada del XIX con las guerras carlistas.

Pero hay que señalar también en el desarrollo del género en la Península el papel que jugaron algunos editores como Repullés en Madrid, que dirigió la *Colección de novelas históricas españolas originales* (1833-1834), sin duda la más importante para la difusión y el desarrollo del género. En ella aparecieron *El doncel de Don Enrique el doliente*

---

<sup>35</sup> Sebold, Rusell P. (1996:76), reproducida en este volumen.

(1834) de Larra; *Sancho Saldaña* (1834) de Espronceda; *Ni rey ni roque* (1835) de Escosura; *El golpe en vago* (1859) de García Villalta. Asimismo hay que destacar la labor editorial de Mellado que editaba libros de lujo como *El teatro social del siglo XIX* (1846) de Modesto Lafuente, y otros más asequibles como los aparecidos en la Biblioteca Popular Económica (1844-1863), en la que vieron la luz obras señeras del romanticismo como: *El judío errante*, de Sue; *Los mártires*, de Chateaubriand; *Nuestra Señora de París*, de Hugo; y *El Señor de Bembibre*.

Por lo que concierne a la labor de los críticos que difundieron el romanticismo dentro de la Península, Borao (1945) en su estudio “El romanticismo” (1854) destacaba la labor de Martínez de la Rosa y el Duque de Rivas como introductores del género, y la de la propagación de la dramaturgia a la lírica llevada a cabo por un “ejército literario” de autores entre los que figuraban Gutiérrez, Hartzenbusch, Espronceda, Zorrilla y Larra, este bajo el doble aspecto de crítico y dramático.

### **3. La influencia de Walter Scott en la novela histórica española**

La influencia de Walter Scott en la narrativa histórica española decimonónica ha sido objeto de numerosos estudios (Peers 1922 y 1926; Zellers 1931; Mata 1955; Lugo 1968; Ferreras 1976; Llorens 1989; García González 2005; Huerta Morales 2012) de los que trazaremos aquí solo las líneas generales. Tal como señala García González (2005), *Ivanhoe* fue desde su publicación en 1819 uno de los mayores éxitos editoriales y seguramente la novela más leída en Occidente. En 1832, a la muerte del autor, se habían vendido en torno a seis millones de ejemplares, entre ediciones inglesas y traducciones. Este éxito hizo que su influencia se extendiera no solo en la narrativa, sino también al arte dramático, musical y pictórico de la época en toda Europa y también en España (Alborg, 1980: 661). García González señala dos posiciones críticas en la época de cara a esta influencia: los que se decantaron positivamente ante este tributo de los literatos españoles a Scott, porque lo consideraban una aportación positiva e innovadora al panorama literario, entre los que se encuentran los

críticos que colaboraban en publicaciones como *El Vapor*<sup>36</sup> o *La Estrella*, que consideran que “en España el genio del novelista escocés, no solo ha hecho salir de tierra tantos imitadores como sapitos los aguaceros de verano, sino que se puede decir que nos ha vuelto el don de inventar”<sup>37</sup>), y los detractores, que criticaban las exageraciones que cometían los novelistas españoles que siguieron el patrón del escritor, entre los que se encuentran Alberto Lista y Mesonero Romanos que opinaba:

Vemos (...) a la novela histórica de Walter Scott ridículamente ataviada por sus imitadores con un falso colorido, desfigurando la historia con mentidas tradiciones; prohiendo la afectada exageración de los libros caballerescos (*Semanario Pintoresco Español*, 1839, n. I, p. 254).

Respecto al grado de influencia en los novelistas españoles no existe tampoco una opinión unánime de la crítica. Por una parte, críticos como Gómez de Baquero (1924:33) consideran que la influencia abarca toda la producción novelística del Romanticismo español. También Peers (1926: 3) es de la opinión de que la mayoría de los novelistas españoles de la época estaban influidos por la obra de Scott: “Most, if not all, of the principal Spanish novelists, were directly or indirectly influenced by the Waverley Novéis”, y en especial por *Ivanhoe*. Peers (1922: 12-91) establecía tres grupos de imitadores: al primer grupo pertenecían aquellos escritores cuyas novelas imitaban de cerca el modelo creado por Scott, llegando incluso a tomar pasajes enteros de la obra, como es el caso de López Soler (*Los bandos de Castilla* o *El caballero del Cisne*, 1830) y Espronceda (*Sancho Saldaña* o *El castellano de Cuéllar*, 1834). En un segundo grupo Peers colocaba a los “discípulos y admiradores”, autores que escribían inspirados por su técnica y estilo, pero sin copiar directamente, como Trueba y Cossío (*Gómez Arias* or *The Moors of the Alpujarras*, 1828), que fue la primera obra de este género publicada en el periodo romántico mientras el autor se encontraba en Londres como refugiado político, huyendo de la persecución de Fernando VII. En este grupo colocaba también a García de Villalta (*El golpe en vago*, 1835) y Escosura (*El Conde de Candespina*,

---

<sup>36</sup> *El Vapor*, 9 de noviembre de 1833.

<sup>37</sup> *La Estrella*, 1833, n. 25.

1832; *Ni rey ni Roque*, 1835; *La conjuración de Méjico* o *Los hijos de Hernán Cortés*, 1850). Por último, en un tercer grupo incluía a novelistas que cuando el movimiento romántico español estaba ya en decadencia y Scott había perdido popularidad, manifestaban todavía admiración por él e incorporaron a sus obras algunos elementos de su estética. En esta categoría colocaba a Navarro Villoslada (*Doña Blanca de Navarra*, 1847; *Doña Urraca de Castilla*, 1849) y Amós de Escalante (*Ave Maris Stella*, 1877). Algunos críticos como Llorens (1989: 308 y ss.) no están de acuerdo con la clasificación de Peers y descartan la influencia de Scott en Escosura, Villalta y Gil y Carrasco.

Sobre la influencia en Gil, Peer caía en contradicciones, porque si bien en un primer momento lo colocaba con *El Señor de Bembibre* como uno de los imitadores directos de *The Bride of Lammermoor*, más adelante afirmaba que no había una semejanza tan obvia como para considerarla imitación, ya que en su mayor parte los parecidos eran fortuitos: “The resemblances of plot are probably fortuitous: if these are to be set in one scale, the objections which may be put in the other quite out weight them” (*op. cit.* p. 86).

Cabe destacar también el trabajo de Zellers (1931)<sup>38</sup>, centrado en algunas de las técnicas literarias utilizadas por Scott, y especialmente en *Ivanhoe*, que fueron adoptadas en muchas novelas históricas españolas. Estas técnicas se pueden resumir en las siguientes: 1) el mantenimiento de la intriga por medio de la identificación tardía de los personajes; 2) el empleo de ciertas prendas y objetos simbólicos (relicario, sortija, guante, cinta y otros) que permiten identificar a los personajes o son testigos del juramento de la fe; 3) la introducción de astrólogos, videntes o curanderos, “en su mayor parte pertenecientes a una raza enemiga que proporciona pócimas o bebedizos a los héroes para curar sus heridas; 4) el recurso a *los muertos vivos*, es decir, la reaparición de personajes a los que se creía muertos; 5) también el uso de disfraces para escapar del peligro o para entrar en lugares prohibidos; 6) el empleo del fuego y las llamas como base de incidentes dramáticos; 7) las figuras del bandido o

---

<sup>38</sup> *Opus cit.* en Huertas Morales, Antonio (2012): *La Edad Media contemporánea. Estudio de la novela española de tema medieval (1990-2012)*. Tesis Doctoral Dirigida por Dra. Marta Haro Cortes, Valencia, Universidad de Valencia.



proscrito y sus secuaces; 9) el uso de la crónica o manuscrito para crear rigor histórico.

Rubio Cremades (1993: 55 y ss.) en su estudio preliminar a su edición de *El Señor de Bembibre*, tratando de los recursos narrativos utilizados por Walter Scott, advierte que el de *las muertes aparentes* no es más que “un juego de autor” para provocar en el lector un estado de expectación creando suspense. Los duelos entre los nobles que rivalizan por el amor de la protagonista son otro lugar común en todas las novelas históricas. Señala asimismo Rubio Cremades (1993: 61) como característico de las novelas históricas la división entre personajes que encarnan los valores positivos de nobleza, generosidad, valor, con alto sentido del deber y del honor y los personajes antagónicos que encarnan maldad, vicios, ambición, perversidad.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que muchos de estos recursos no son originales de Scott. El recurso al manuscrito, por ejemplo, como señalan muchos críticos (Mata 1995: 159) es un tópico habitual en las novelas de caballerías y ya constituye objeto de parodia para Cervantes en *El Quijote* a través de los papeles del historiador arábigo Cide Hamete Benengeli. Mata también añadía otros elementos narrativos que son también característicos del género:

La descripción detallada de armas y vestidos; la descripción de agüeros y supersticiones; la posibilidad para la heroína de ingresar en un convento para rehuir un matrimonio no deseado (el de Rowena con Athelstane; también Rebeca, al final, huye a una especie de retiro al no poder obtener el amor de Ivanhoe); el enfrentamiento de razas dispares (sajones, normandos y judíos); juramentos y votos (el de Cedric de no dar más de tres pasos más allá de su trono para recibir a personas que no tengan sangre real sajona; su palabra empeñada a Ricardo para concederle el favor que quiera pedirle); etc.

Para Mata, la influencia que ha ejercido Scott no radica en la mayor o menor similitud de detalles en obras concretas, sino en que su obra repercute en el desarrollo de nuestra novela en general, y su mayor mérito ha sido “haber dignificado el género hasta entonces denostado moral y literariamente” (Mata, 1995:15). También Huertas Morales (2012), considera que algunas de las coincidencias pueden muy bien

haber sido casuales, como las descripciones típicas de un templario, un torneo o el asalto a un castillo. El mismo Zellers, de hecho, era consciente de que no era posible probar que todas las afinidades se debieran por entero a la influencia de Walter Scott (p. 149), pero él considera que teniendo en cuenta la enorme popularidad de la que gozó este escritor en la época es muy probable que “el hecho de hallarlos en novelas del período romántico español se deba a directa e inmediata influencia del gran novelista inglés” (p. 160).

De hecho, tal como advierte Lugo (1968), *Ivanhoe* y *El Talismán* se publicaron en Madrid en 1830, y en 1833, a pesar de la censura, las obras de Scott eran ya conocidas por todos los escritores, siendo para ellos el autor que había contribuido más a elevar el género narrativo, siguiéndole Cooper, cuyas novelas de aventuras habían sido introducidas en España ya a partir de 1822. En el prólogo a la traducción de *La dama del lago* (1830), Mariano de Rementería declaraba que las escenas representadas por Scott en su obra representaban las cualidades desgraciadamente perdidas en la sociedad de la época: la fe religiosa, la lealtad y la caballeridad, que el progreso más reciente había ahogado (vid. Flitter, 1995:76).

Hay que considerar también la opinión de Ferreras (1976) que se muestra reticente con respecto al criterio de imitación o influencia de los autores extranjeros como parámetro adecuado para estudiar la evolución del género novelístico en nuestro país. Ferreras reconoce que nuestras primeras novelas históricas decimonónicas son del “estilo Scott”, pero considera que a partir de 1833-1834 el género adquirió un carácter “nacional”, ya que, aunque recoge temas tratados anteriormente, luego lo hará desde una nueva perspectiva que refleja las inquietudes sociopolíticas de la época, el cambio en el panorama intelectual que supuso el fin de la “década ominosa” de Fernando VII (1823-1833). Por otra parte, el género de la novela histórica continuó cultivándose en España a lo largo de la centuria siguiendo sus propios derroteros, y en este sentido, se fue alejando cada vez más del modelo popularizado por Scott.



#### 4. La integración de Gil y Carrasco en el panorama literario madrileño y su formación humanística

Gil y Carrasco llega a Madrid con veintiún años en septiembre de 1836 y permanece allí hasta 1844, ocho años durante los cuales en Madrid surge una gran efervescencia literaria. Es el momento en que se forma la escuela del movimiento romántico y en el que la prensa alcanza la más alta categoría. En esos años Gil logra abrirse camino gracias a la amistad con Espronceda que lo introduce en las reuniones de El Parnasillo y el Liceo, donde se dan a conocer sus primeros poemas, conoce a Zorrilla, el Duque de Rivas, Larra, Pastor Díaz, Ferrer del Río, Antonio Flores, Fernando de la Vera y José María de Ulloa entre otros escritores, ingresa como miembro del Ateneo y comienza a colaborar con los mejores periódicos de la época, como *El Español*, *No me olvides*, *El Correo Nacional*, *El Liceo Artístico y Literario* y *El Semanario Pintoresco Español*. En los últimos meses de 1838 inicia también su labor como crítico teatral de *El Correo Nacional* y publica en *La Legalidad* de González Bravo, en *El Entreacto* y en *El Piloto*. En este periodo su labor literaria y periodística le granjea prestigio y reconocimiento sea como lírico que como prosista y crítico.

En cuanto a su formación, Picoche rastrea en sus obras la influencia de sus maestros. Además de la de sus contemporáneos, Zorrilla, Duque de Rivas, Hartzzenbusch y Espronceda, que sin duda debieron influirle, Gil muestra admiración por poetas clásicos como Homero, Dante y Petrarca, y si bien no sean estas las obras de mayor influencia en *El Señor de Bembibre*, hay que señalar que la heroína se llama Beatriz y que la idealización de la mujer amada responde al canon stil-novístico, que a su vez hunde sus raíces en la lírica provenzal. Por otra parte, Gil conocía y admiraba también a los escritores del Siglo de Oro español como fray Luis de León, Luis Vives, Quevedo, Lope, Calderón y Tirso de Molina y a escritores neoclásicos como Moratín o Quintana.

En lo que se refiere a la influencia extranjera, muestra estar muy bien documentado en las literaturas francesa (Victor Hugo, Lamartine, Chateaubriand) e inglesa (Byron, Moore, Mylevolle), autores que influyen en su obra en general. Entre estas lecturas destacan las de lord Byron (en particular las *Peregrinaciones de Childe Harold*, (1812-1818),

con quien comparte el amor por la poesía, el gusto por la historia antigua, por las experiencias y relatos de viaje e incluso su interés por España (objeto del canto I del *Childe Harold*). Además en su obra encontramos referencias a otros poetas románticos como Schiller y Southey, y a Shakespeare, Ossian, Erasmo y Hoffmann<sup>39</sup>.

Por lo que atañe a la producción novelesca se advierte además la influencia de Saint Pierre, Rousseau, Goethe, Manzoni y Scott, entre los extranjeros, y Martínez de la Rosa, López Soler, Larra, Patricio de la Escosura y Espronceda, entre los españoles.

En *El Señor de Bembibre* Quintana Prieto (1946)<sup>40</sup> señalaba también diversas citas de la Biblia, del salmo 136, de las lamentaciones de Jeremías I y de Éxodo XV puestas en boca de Saldaña en el cap. II. Y Russell P. Sebold (2002: 210) advierte un pasaje en el cap. 36 inspirado en el *Cantar de los Cantares*.

Por último, ya sea sus artículos costumbristas de viajes y de monumentos que sus novelas revelan una amplia documentación del autor en fuentes bibliográficas relacionadas con la geografía, la historia, el folclore, la arquitectura y el arte en general concernientes a los temas que toca en sus escritos.

En los siguientes apartados revisaremos las fuentes historiográficas y literarias europeas y españolas que sirvieron o influyeron en la elaboración de la novela *El Señor de Bembibre*, para pasar luego a centrarnos en la influencia de Scott en la obra en general y por último en los episodios del asalto al castillo de Cornatel donde creemos que se advierte el mayor número de coincidencias con *Ivanhoe*.



---

<sup>39</sup> Sobre las influencias de otros escritores en la obra de Gil y Carrasco, remitimos al estudio de Julio Peñate Rivero (2011), “La biblioteca de viaje por Europa en dos autores españoles del s. XX: Ramón de Mesonero Romanos y Enrique Gil y Carrasco”.

<sup>40</sup> Quintana Prieto, Augusto (1945), art. “Gil y Carrasco y la Biblia”, en el periódico *Promesa* el 29 de septiembre de 1946.

## 5. Las fuentes historiográficas de *El Señor de Bembibre*

La acción de *El Señor de Bembibre* se ubica en el s. XIV, durante el reinado de Carlos IV de Castilla, y por lo que se refiere a la trama histórica se centra en el tema de la extinción de la Orden de los Caballeros Templarios. El autor trata de reconstruir la época en que sitúa la acción, reflejando asimismo la terminología propia del lenguaje feudal.

Como señala Picoche, la novela bebe de fuentes historiográficas, dramáticas y novelescas. Por lo que concierne a la orden del Temple y su abolición, Gil se ha documentado en Mariana, *Historia general de España* (1601); Campomanes en las *Disertaciones históricas de la orden de caballería de los Templarios* (1747); Villanueva, *Viaje literario a las iglesias de España* (1765-1824); en Michelet, *Histoire de France* (1833-1844); *Crónica de D. Fernando IV* (códice ms. de la Biblioteca Nacional); Salazar y Castro, *Historia genealógica de la Casa de Lara* (1697); Garibay y Zamalloa, *Los cuarenta libros del compendio historial* (1628); y en novelistas o dramaturgos como Pérez de Montalbán, *Los templarios* (1639); y Raynouard, la tragedia *Les Templiers-Monuments historiques* (1813) que fue representada con éxito en España en 1815, y donde el autor defiende, como en *El Señor de Bembibre*, la inocencia de esta orden frente a las acusaciones (Picoche, 1972: 238-41). Gil consultó también obras más especializadas como Salazar de Mendoza, *Origen de las dignidades seglares de Castilla y León* (1618); fray Prudencio de Sandoval, *Crónica del Inclito Emperador de España don Alonso VII* (1600); Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres* (1807) y, en particular, *Guzmán el Bueno*. Asimismo, para documentarse sobre monumentos e historia del Bierzo, acudió a las obras del padre Enrique Flórez, *España sagrada*, T. XVI (1762), Prudencio de Sandoval, *Las fundaciones de los monasterios del Glorioso Padre San Benito* (1601), y Antonio de Yepes, *Crónica general de la Orden de San Benito* (1615).

Pasando luego a enumerar las influencias literarias en lo que respecta al tema de los templarios, Picoche (1972: 242 y ss.) señala *El rapto de Dña. Almodis* (1836) de Joan Cortada, que podría haber influido en la composición, y *El Templario y la villana* (1840) del mismo autor, obra que algunos críticos como Samuels (1939: 174-175) consideran una fuente segura de la obra de Gil.

En la primera, *El rapto de Dña. Almodis* (1836), encontramos algunas semejanzas de composición de la trama, ya que en ella se narran los amores de Dña. Almodis, hija del Conde de Barcelona, y un caballero de modesta extracción social, Poncio de Cervera, que cuenta con la ayuda de un amigo templario, Eustaquio de Requesens, quien espera obtener de esa unión el poder para convertirse en Maestre de su Orden. Esto precisamente, la ambición del personaje, como afirma Picoche (1972: 242), es lo que la aleja de la obra de Gil, ya que se deduce que Cortada considera que la ambición de los Templarios es más fuerte que la amistad personal, y es lo que provoca que los amores acaben trágicamente. En la obra de Gil, el comendador Saldaña se presta también a ayudar a D. Álvaro en el rapto de Dña. Beatriz del convento de Villabuena, pero su actitud, aunque no sería irreprochable, no es egoísta, no recaba ventaja para sí mismo, aunque sí beneficiaría a su Orden, ya que el Conde de Lemos pretende la mano de Dña. Beatriz para afianzar su poderío en el Bierzo y hacerse con las fortalezas de los templarios, y Saldaña es del parecer que los Templarios, no solo en España, sino en toda Europa, han de defenderse de las acusaciones que pesan sobre ellos incluso con la fuerza.

En *El Templario y la villana* (1840), salvo en que trata de la extinción de la Orden, tampoco se hallan similitudes, dado que en su obra Cortada tampoco hace una valoración positiva de ellos: el protagonista ingresa en la Orden sin saber lo que se va a encontrar, se da a entender que los templarios influían en los jóvenes para atraerlos a su Orden sin advertirles de las consecuencias de su decisión. Gil, en cambio, mantiene una posición neutral, que se distancia de la de Cortada en *El Templario y la villana*, y se aproxima más a la de *El rapto de Dña. Almodis*, pero no es ambigua ni incoherente como la de Cortada, sino clara y precisa. Esta se perfila a través de los juicios contrapuestos de distintos personajes, como el abad de Carracedo o el Conde de Lemos y Rodrigo de Lara, detractores de la orden, y los del comendador Saldaña o el maestre Rodrigo Yáñez, defensores de la misma, aunque este último reconoce también los errores que se le achacan a su orden, y el mismo autor subraya en el cap. IV:

Como quiera, el tiempo que todo lo mina, la riqueza que ensoberbece aun a los humildes, la fragilidad de la naturaleza

humana que al cabo se cansa de los esfuerzos sobrenaturales y sobre todo la exasperación causada en los templarios por los desastres de la Tierra Santa, y las rencillas y desavenencias con los hospitalarios de San Juan, llegaron a manchar las páginas de la historia del Temple, limpias y resplandecientes al principio.

Sin embargo defiende los principios de las órdenes de caballería como una posibilidad de regenerar la sociedad mediante el renacimiento de los ideales caballerescos. Así también en el artículo “San Marcos de León”, donde ensalza los ideales de los Caballeros de la Orden de Calatrava<sup>41</sup>.

También Scott y Gil difieren en lo que concierne a su consideración de los Templarios, que aparecen en Scott sea en *Ivanhoe* que en *El talismán* en la época de su apogeo y en la plenitud de su decadencia moral. El templario De Bois-Guilbert uno de los principales personajes de *Ivanhoe* es ambicioso, libertino y sin escrúpulos; mientras que la acción de la obra de Gil se centra en la época de su decadencia y abolición y los templarios aparecen como caballeros falsamente acusados. Frente a De Bois-Guilbert en la obra de Gil el comendador Saldaña y el maestro de la Orden son personajes generosos y de conducta intachable.

## 6. Las fuentes literarias de *El Señor de Bembibre*

Acerca de la influencia de autores extranjeros en *El Señor de Bembibre*, Picoche (1972: 754 y ss.) señalaba cierta afinidad que se puede hallar con diversas obras muy difundidas y apreciadas en su época. Entre ellas con *Pablo y Virginia* (1787) de Saint Pierre, aunque la afinidad se limita a que en ambas se expresa el deseo de huir de un mundo corrupto y regresar a la inocencia primitiva y al protagonismo que adquiere el paisaje. También con *La nueva Eloisa* (1761) de Rousseau o el *Werther* (1774) de Goethe en cuanto al hecho de que poseen un argumento similar: un padre autoritario que desea imponer a su hija un matrimonio de interés sin considerar que está enamorada de otro; la separación de los jóvenes amantes; la melancolía enfermiza de la

---

<sup>41</sup> Gil, *Obras Completas*, BGC (2014-IV), *Viajes y costumbres*, p. 147 y ss.

protagonista; y el desenlace trágico con la muerte prematura de esta. Pero se trata de un lugar común, en verdad no se puede considerar influencia, ya que por lo demás son novelas completamente diferentes.

Se ha puesto en relación la obra de Gil con *I promessi sposi* (1827) de Manzoni. Respecto a ello Rubio Cremades en “La presencia de Italia en las letras románticas españolas” (2008) opina que si bien cabría señalar algunas concomitancias existentes entre ambas, la influencia de Manzoni se reduciría solo a una serie de elementos narrativos que constituyen más bien tópicos comunes a muchas novelas históricas de la época: la función histórica del Temple y la semejanza de ciertos aspectos religiosos; la presencia del lago de Como en la de Manzoni y la del lago de Carucedo en la de Gil; el que en ambas se disuada al protagonista de raptar a la amada; el ingreso de la heroína en un convento; y, por último, el voto de castidad y la posterior dispensa papal. No se pueden considerar relevantes hasta el punto de determinar una dependencia, si consideramos las grandes diferencias entre ambas.

Para Picoche, sin embargo, excepto en la trama, que sería una fusión de los argumentos de dos novelas españolas, *Los amantes de Teruel* (1837) de Hartzenbusch y *Los bandos de Castilla* (1830) de López Soler, sería Chateaubriand la fuente principal de inspiración, sea en cuanto al estilo, que por el pensamiento, religioso y liberal a la vez, y por los temas de interés. Incluso por la manera de proceder antes de escribir su novela: primero recoge imágenes para construir su decorado, luego escribe un cuaderno de viaje y, por último, busca los personajes históricos y ficticios para colocarlos en la novela. La novela para el crítico francés tiene más de *Le Martyrs* (1809) de Chateaubriand que de *Ivanhoe* de Scott. En sus poesías, en el *Bosquejo a una provincia del interior* y en el mismo *Señor de Bembibre* Picoche encuentra también referencias a *El genio del cristianismo*, como los toques de las campanas y las fiestas religiosas, entre otros particulares. Según Picoche el estilo y el pensamiento de Chateaubriand habrían penetrado en el espíritu de Gil que los habría asimilado de tal modo que se ha de considerar la obra del autor que en mayor medida ha influido en la suya (Picoche, 1972: 706-717).

La crítica, no obstante la opinión de Picoche, ha insistido en señalar la influencia de Walter Scott, estableciendo numerosas afinidades entre



*The Bride of Lammermoor*, *El Talismán* e *Ivanhoe* con *El Señor de Bembibre*. Es por ello que se hace necesario precisar y delimitar la influencia real que ha ejercido su obra en el autor español.

Gil sin duda había leído y admiraba a Scott, como el resto de los autores de novelas históricas españolas. En sus juicios sobre *El moro expósito* del Duque de Rivas, advertía la influencia del autor escocés, cuyas obras elogiaba: “Si algún modelo tuvo el autor delante, tal vez fue a buscarlo entre las preciosas obras que Walter Scott llama ‘novelas poéticas’; pues en la literatura patria ninguno de los asuntos tratados en los romances presenta el conjunto y la intención que luego se echan de ver en *El moro expósito*”. También allí muestra conocer a Manzoni, precisando que encuentra más semejanzas entre Walter Scott y Manzoni respecto a Cervantes que entre éste y cualquier escritor francés.

Con referencia a la obra que más le habría influido, algunos críticos como Pitollet (1927) y García Díaz (2006), consideran *The Bride of Lammermoor* (1819) como modelo directo de la novela de Gil. Este, en efecto, mostró su gran admiración por la ópera de Donizetti basada en esa obra, y con motivo de su estreno en Madrid en 1840 hizo una reseña elogiosa en *El Corresponsal*<sup>42</sup>, por otra parte son observables algunas semejanzas entre las dos obras. Además del argumento de los amores contrariados, existen otros particulares que parecen acercar las dos obras: en *El Señor de Bembibre*, cap. IX, se describe el efecto de la luz en un castillo por la noche, visto desde el exterior, como en el cap. VII de la obra de Scott; en las dos novelas el amor entre los jóvenes protagonistas era bien visto al principio por sus padres, que luego cambian de parecer; y en ambas se intercambian prendas de amor, en la de Scott los anillos y en la de Gil Beatriz le da a D. Álvaro un mechón de cabello y un anillo. Las dos protagonistas prometen no ceder ni casarse con ningún otro. En ambas los pretendientes no deseados van a visitar a sus damas al convento donde se hayan recluidas. Por último, ambos protagonistas cuando regresan después de un periodo de ausencia

---

<sup>42</sup> En la crítica a la ópera *Lucía de Lammermoor*, aparecida en *El Corresponsal*, n. 300, en 1840, Gil escribe: “ (...) a cualquier idioma que se traduzcan los caracteres que aquel célebre escritor ha trazado con su pluma creadora y sublime, es necesario un talento privilegiado para dejarlos sin menoscabo y en toda su original belleza”.

se presentan ante sus damas, si bien en Scott sucede antes del matrimonio con el rival y en Gil después del matrimonio (Picoche, 1970: 758-60). La obra, pues, ha tenido influencia en la de Gil y no ha sido solo a través de la versión operística de Donizetti, ya que muchos de los motivos argumentales pertenecen a la novela escrita y Gil ha debido leerlos en ella.

*El Talismán* (1825) traducida en 1826 por Mora, es una novela de Scott que como *Ivanhoe* está históricamente ambientada en el s. XII durante la tercera Cruzada, y la acción se sitúa en el campamento de los cruzados en Palestina donde el Rey Ricardo Corazón de León yace herido. El joven noble Kenneth logra salvar la situación resolviendo algunas intrigas internas y manteniendo alejados a los enemigos. En opinión de García Díaz (2006) *El talismán*, tiene en la obra de Gil una escena similar: cuando D. Álvaro cae herido, es puesto por D. Juan de Lara bajo los cuidados del rabino Ben Simuel, quien le administra una serie de brebajes para que pueda descansar y recuperarse. Esta escena recuerda a la de *El Talismán* en la que el rey Ricardo, aquejado por la fiebre producida por el sol del desierto de Siria, yace en la cama atendido por el médico personal del sultán Saladino, Hakim. Este le da a beber también ciertos filtros producidos por la joya que da título a la novela.

Picoche (1972: 1042 y ss.), sin embargo, después de haber rastreado las similitudes estructurales entre las obras del autor escocés y la de Gil, concluye que no obstante esas coincidencias, prácticamente se pueden considerar completamente diversas. En las novelas de Scott, tanto en *Ivanhoe*, como en *El Talismán*, el lector se interesa sobre todo por los hechos y los grandes personajes históricos como Luis XI y Ricardo Corazón de León, y la trama amorosa, que generalmente concluye con un final feliz, está supeditada a los hechos históricos y no es más que un pretexto para la evocación histórica; mientras que en *El Señor de Bembibre*, por el contrario, los hechos históricos sirven solo para poner de relieve la historia de los amores de los protagonistas, D. Álvaro y Dña. Beatriz, personajes inventados, y la novela se cierra con la muerte de los protagonistas. Por otra parte, en las novelas de Scott predomina la acción y juegan un papel secundario los sentimientos y la psicología de los personajes, muy al contrario de lo que sucede en *El Señor de*

*Bembibre*, que, afirma Picoche, “más que histórica, podría considerarse una novela psicológica”. La influencia de W. Scott, en opinión de este estudioso (Picoche 1972: 765)<sup>43</sup>, le habría llegado solo indirectamente, a través de la obra de López Soler *Los bandos de Castilla o El Caballero del Cisne* (1830), que viene a ser un extraño ensamblaje de tres novelas de Scott, que se sitúan en épocas muy diferentes, *Ivanhoe*, *Waverley* y *Quentin Durward*, y un poema de Byron, *Oscar de Alva*. La obra de López Soler, como afirma Flitter (1995: 75-76) fue la primera de una larga serie e “iniciaría una corriente dentro de la narrativa interesada por los periodos turbulentos de la historia de España”.

### 6.1. Similitudes y diferencias entre *Ivanhoe* y *El Señor de Bembibre*

Ya sea por influencia directa o a través de la novela de López Soler, lo cierto es que se encuentran afinidades y algunas concordancias entre las obras de ambos autores, aun teniendo en cuenta que *Ivanhoe* y *El Señor de Bembibre* tienen un planteamiento diverso, es decir, parten de posiciones diferentes en cuanto a los temas que tratan, y poseen estilos diferentes.

Por una parte, y en ello Gil no hace más que seguir los patrones del género, como sus connacionales, encontramos en la obra de Gil casi todas las técnicas narrativas que según Zellers (1931) Mata (1955) y Rubio (1986) son características provenientes de las novelas de Scott, aunque no exclusivas, y que enumeramos en el §3. Entre estas técnicas estarían: el empleo de ciertas prendas y objetos simbólicos que permiten identificar a los personajes o que son testigos del juramento de la fe (el mechón del cabello y el anillo que Dña. Beatriz entrega a D. Álvaro); la introducción de un curandero perteneciente a una raza enemiga (el

---

<sup>43</sup> Acerca de la influencia de las novelas de Scott hay que señalar que se da también en obras muy recientes. *El último templario* (1983) de Ernesto Méndez Luengo presenta numerosas concomitancias con *Ivanhoe* (especialmente, los episodios del encuentro del Caballero Negro y el clérigo de Copmanhurst, o las acusaciones a la judía Rebeca y el posterior duelo de campeones, que Luengo transforma en el encuentro entre el Jabalí de Priaranza y el glotón y desafortunado ermitaño de San Genadio, así como en el proceso a Beatriz, sobrina de Ofren Roldán, respectivamente). Mientras que otra novela, *La ciudad del rey leproso* (2009) de César Vidal recrea la aversión hacia la Orden del Temple que ofrece Scott en *The Talisman*.

médico judío que suministra el bebedizo mágico a D. Álvaro en Tordehumos); la reaparición de un personaje (D. Álvaro) al que se creía muerto; el uso de disfraz para entrar en un lugar prohibido (D. Álvaro se disfraza para ir al convento de Villabuena sin ser reconocido; Millán se disfraza de montero para no ser reconocido cuando va al campamento enemigo para enterarse de los planes del Conde de Lemos); el ingreso de Dña. Beatriz en el convento para evitar el casamiento; el detallismo en la descripción de los vestidos (así el de los cabreireses y aldeanos que acompañan al Conde de Lemos en el ataque a Cornatel); el uso de la crónica o manuscrito para sugerir rigor histórico.

Estos y otros detalles argumentales que hemos señalado son comunes, pues, a las dos obras, pero como características del género se encuentran también con frecuencia en numerosas novelas de la época españolas y extranjeras. Por ello hemos querido observar algunos particulares sobresalientes de la novela de Gil, como el planteamiento de la situación, el carácter de algunos de los protagonistas principales, y en particular de Dña. Beatriz, y la importancia de la geografía y el paisaje en la obra para cotejarlos con los correspondientes en *Ivanhoe* y ver en qué medida ha podido influir en Gil.

### **6.1.1. Planteamiento de la situación y presentación de los personajes**

La acción de *Ivanhoe* se desarrolla en Inglaterra, a finales del siglo XII. El país se encuentra en grandes dificultades. El rey normando Ricardo Corazón de León (1157-1199) de regreso de la tercera Cruzada (1189-1192) había sido apresado en Austria, gracias en parte a las maquinaciones de su ambicioso hermano Juan Sin Tierra (1166-1216) contra el cual combate Locksley, el famoso Robin Hood de la leyenda. Juan desempeña el cargo de Regente pero confía en obtener el trono favoreciendo a la facción normanda y vejando a la sajona. El joven Ivanhoe, hijo de Cedric di Rotherwood, es un sajón, pero su padre lo ha desheredado por ser fiel al rey normando Ricardo al que ha seguido a la Cruzada, y porque está enamorado de la noble sajona Rowena, que Cedric desea casar con Athelstane, descendiente del último rey sajón, para reavivar la dinastía y contrastar la hegemonía normanda sobre Inglaterra.

La acción de *El Señor de Bembibre* se desarrolla en El Bierzo (León) a principios del s. XIV. D. Álvaro Yáñez, Señor de Bembibre y sobrino del maestro de la Orden del Temple, D. Rodrigo Yáñez, está enamorado y prometido a Dña. Beatriz, hija de D. Alonso Ossorio, Señor de Arganza. Este, si bien al principio es favorable al matrimonio de su hija con D. Álvaro, cambia de parecer cuando el poderoso Conde de Lemos, señor de Galicia, solicita la mano de su hija. El conde mediante ese matrimonio desea ampliar las fronteras de sus posesiones hacia el reino de León y apoderarse de las fortalezas templarias, aprovechando su descrédito en Europa y la persecución desatada contra la Orden por el rey de Francia Felipe el Hermoso que los ha declarado herejes (1307).

Si bien los planteamientos de los hechos narrados son completamente distintos, observándolos más detalladamente podemos hallar analogías en la estructura y en aspectos particulares de la trama novelesca. Ambas están ambientadas en la Edad Media y ambas entretienen dos historias, una real y otra sentimental, si bien en la de Scott destacan los hechos históricos, y en la de Gil la relación amorosa.

En cuanto a la estructura narrativa, se puede advertir ya desde el primer capítulo una semejanza en el recurso que utilizan ambos autores para presentar el contexto de situación y los personajes. Gil inicia la obra con la conversación entre tres criados que regresan a caballo de la feria de Cacabelos y se dirigen a Arganza. Estos tres personajes, a través del diálogo, ofrecen al lector el cuadro de la situación y describen el carácter de los protagonistas principales. Scott había recurrido a la misma técnica en *Ivanhoe*, donde los dos personajes que nos informan de los hechos son dos caballeros, el prior Aymer y el caballero templario Bryan de Bois-Guilbert, que se dirigen con su escolta al torneo de Ashby y están buscando la casa de Cedric el Sajón para alojarse en ella.

Pero el diálogo de *El Señor de Bembibre*, distinto al de *Ivanhoe*, es vivaz y logra en muy poco espacio plantear la situación y presentar a los personajes de la obra; el de Scott resulta excesivamente largo porque se detiene en la descripción detallada de los personajes secundarios que forman el séquito de los dos nobles, e intercala pasajes explicativos acerca de la situación histórica.

Es significativo también en este capítulo el uso que hace Gil de la etopeya junto con la prosoprografía en la presentación de los personajes

para darnos un retrato completo, físico y del carácter y habilidades de los personajes:

(...) Frisaba el segundo en los treinta y seis años, y era el reverso de la medalla, pues a una fisonomía abultada y de poquísima expresión, reunía un cuerpo macizo y pesado, cuyos contornos de suyo poco airoso, comenzaba a borrar la obesidad. El aire de presunción con que manejaba un soberbio potro andaluz en que iba caballero, y la precisión con que le obligaba a todo género de movimientos, le daban a conocer como picador o palafrenero (...)

Gil también acierta en el uso de la etopeya cuando hace que sean los propios criados los que describan las cualidades morales y rasgos de carácter de sus amos, D. Alonso, Señor de Arganza, Dña. Beatriz y D. Álvaro, ya que ellos los conocen muy bien:

(...) ella [Dña. Beatriz] es humilde como la tierra, y cariñosa como un ángel, la cuitada.

—Muy descaminado vas en tus juicios —respondió el montero—, yo la conozco mejor que tú porque la he visto nacer; y aunque por bien dará la vida, si la violentan y tratan mal, solo Dios puede con ella. (...)

Y en cuanto al perfil moral de D. Álvaro, refuerza la etopeya sirviéndose de una anécdota contada por su paje Millán que lo revaloriza ante los ojos de los criados de D. Alonso y, al mismo tiempo, lo ensalza en relación con su rival, el Conde de Lemos.

Scott presenta a sus personajes ofreciendo también un retrato físico y moral de los mismos, pero lo hace sobre todo interviniendo como narrador omnisciente, ya que los dos personajes de la comitiva que dialogan poseen solo un conocimiento parcial de los protagonistas, y además son adversarios de ellos. Su función principal es la de plantear desde el inicio la situación de fondo de la novela: el enfrentamiento entre las dos facciones, la normanda y la sajona. Por otra parte, como narrador omnisciente, se detiene más en la descripción exterior, sobre todo de los atavíos y objetos que adornan a los personajes, con una técnica descriptiva de gusto orientalizante, que también se halla en muchos de sus seguidores:

(...) el traje de los escuderos era espléndido; los negros llevaban collares de plata, y brazaletes y argollas del mismo metal alrededor de los brazos y de las piernas; aquellos iban desnudos

hasta el codo, y estas, desde la mitad de la pantorrilla hasta el tobillo. Sus ropajes de seda bordada indicaban la riqueza del dueño a quien servían, contrastando con la marcial sencillez que se notaba en la persona de este. Sus armas eran unos sables corvos, con guarnición y vaina engastadas en oro y puñales turcos, todavía más ricos y costosos [...] Los caballos de estos dos negros eran o parecían extranjeros como lis jinetes que los montaban. En efecto eran sarracenos de origen y, por consiguiente, de raza árabe [...] colocados al lado de los troteros orientales, parecían estos la sombra que aquellos despedían” (*Ivanhoe*, Ackermann, 1825, cap. I, p. 27)

Se puede observar que aun conservando ciertas analogías, el estilo de ambos autores es diferente. Algunos críticos como Manuel Garrido (2015) son incluso de la opinión que el arranque de *El Señor de Bembibre* está construido siguiendo el modelo de los diálogos de *El Quijote*, por el que Gil sentía gran admiración. Si bien, a nuestro parecer, sería más oportuno establecer una analogía con el teatro del Siglo de Oro, donde también los criados suelen presentar la situación y los personajes.

### 6.1.2 Personajes

Varios de los protagonistas de la novela de Gil recuerdan a los de *Ivanhoe*, si bien la caracterización y los roles en ambas novelas sean también distintos. Así, el templario Saldaña, teniente del castillo de Cornatel, evoca al caballero templario normando Brian de Bois-Guilbert que defiende Torquilstone, pero difieren en que el talante de Saldaña es noble y el de Brian es perverso y corrupto. El maestre de la Orden del Temple de Ponferrada, D. Rodrigo Yáñez, tendría en la obra de Scott un personaje paralelo, al maestre Lucas Beaumanoir, pero también poseen un carácter completamente diverso. El montero de la Cabrera, Cosme Andrade, de *El Señor de Bembibre*, cap. 25 y ss., en su destreza con el arco recuerda al arquero Locksley (Robin Hood) de la novela inglesa que se bate a favor del rey Ricardo, sin embargo en *El Señor de Bembibre* desempeña un papel secundario y lucha a las órdenes del Conde de Lemos, si bien posean ambos nobleza y valor.

Por lo que se refiere a los protagonistas, estos tienen en ambas obras algunos rasgos de carácter similares y sufren por un amor contrariado, pero en la obra de Gil el personaje femenino de Dña. Beatriz está mucho más desarrollado. Lama (2009) destaca la modernidad de Gil al construir el personaje, ya que como afirman algunos de los más cualificados estudiosos de la obra, Ríos-Font (1993), Russell P. Sebold (1996) y Michael P. Iarocci (1999), se podría establecer un paralelismo entre la vida de Gil y la ficción novelesca, en lo que se refiere a las circunstancias que rodean el personaje de Dña. Beatriz. Para Russell P. Sebold se trata de “una historia clínica literaturizada”, para Iarocci (1999:147) estamos ante “una plasmación artística del drama de la vida y muerte inminente del autor”, que tiene su *alter ego* idealizado en el personaje de Dña. Beatriz. Tal como afirma Lama “solo desde la experiencia personal puede relatarse así el proceso de una enfermedad” (2009: 220), se trata pues de un procedimiento especular absolutamente novedoso. Este personaje no tiene parecido alguno con la fría Rowena. En todo caso, se acercaría más a Rebeca en los sentimientos que la judía profesa por Ivanhoe, pero la protagonista de Gil tiene un carácter más acabado, que la acerca a las heroínas de la novela psicológica.

Tampoco se puede comparar a D. Álvaro con Ivanhoe a no ser por las cualidades propias del caballero que poseen ambos: nobleza, valor, idealismo, sentimiento amoroso. Pero para Ivanhoe es ante todo la defensa del honor lo que mueve sus acciones: conquistar con su valor la honra y la estima de su padre que lo había desterrado, crecer ante sus ojos y defender a su rey, y ese honor incluso está por encima de los sentimientos por Lady Rowena, puesto que también se enamora de Rebeca. Mientras que D. Álvaro, actúa en la novela impulsado sobre todo por sus sentimientos hacia Dña. Beatriz y por el afecto que profesa a su tío, aunque defiende también los principios caballerescos de los templarios.

Junto con el diferente planteamiento de las dos novelas en cuanto a la subordinación del relato sentimental al histórico en *Ivanhoe* y la preponderancia del primero en *El Señor de Bembibre*, son precisamente los caracteres de los protagonistas lo que distancia más a las dos novelas. El trazado de las pasiones en la obra de Gil, la fusión de los sentimientos reales del autor con los de los personajes ficticios, la personificación de



la naturaleza y el lenguaje poético utilizado que evoca la poesía de fray Luis, es lo que lleva a críticos como Juan Carlos Mestre y Miguel Ángel Muñoz Sanjuán (2004: 71 y 106) a considerarla “la única novedad perdurable y definitiva de la novelística romántica española”.

### 6.1.3 La historia y la ubicación geográfica

Para Scott, lo que más cuenta en sus novelas es la historia que se narra, por tanto una de sus características es la representación de un acontecimiento histórico importante. La acción de *Ivanhoe* se desarrolla en la Inglaterra central, de la que se citan algunos lugares. Al principio de la historia *Ivanhoe*, disfrazado de peregrino conduce a salvo al hebreo Isaac de York hasta la ciudad de Sheffield, e Isaac para agradecerse lo envía a Leicester, a casa de un compatriota suyo para que le dé una armadura y un caballo que le permitan participar en el torneo de Ashby-de-la-Zouche. Otros lugares de la novela (la mansión de Cedric, el castillo de Torquilstone y la precettoria di Templestowe) no tienen una colocación reconocible.

Como señala Lugo (1968), todos los autores de la novela histórica romántica localizan en una región periférica sus historias, región que los autores conocen particularmente bien, como es el caso de *El Bierzo* para Gil y Carrasco. Ello les permite describir con todo lujo de particulares los accidentes geográficos, poblaciones, monumentos, historia, personajes, tradiciones y costumbres, sin falsear la realidad.

Lugo (1968) refiriéndose al cuidado de Gil en la presentación de la realidad histórica de la novela, afirma que es tal que “una persona no versada en la historia del siglo XIV en España le concedería auténtico crédito a toda la novela, por encontrarse respaldada con datos ciertos, como, por ejemplo, la descripción de los escudos y de los versículos sagrados grabados en los muros de las fortalezas templarias”. Lugo no está de acuerdo con Torrente Ballester (1956) cuando afirma que la novela estaba sobrecargada de información histórica y arqueológica. El conocimiento de la historia y de la geografía bercianas, así como la pericia en hilvanar los datos históricos acerca de los templarios y de la nobleza del Bierzo con la ficción en el relato de la historia sentimental constituyen un valor muy apreciado en la novela de Gil y hacen

también resaltar esa novela de entre las de sus contemporáneos, que a menudo no cuidan demasiado los detalles, llegando alguno de ellos incluso a trasladar el paisaje de otras novelas a la suya<sup>44</sup>.

#### 6.1.4. La naturaleza

Por lo que concierne a la naturaleza se asemejan ambos autores en la gran importancia que adquiere en su obra. Sin embargo, la técnica empleada también es diferente. Walter Scott ve la naturaleza de forma objetiva, mientras que Gil la subjetiviza, para él hay una compenetración entre los sentimientos de los personajes y la Naturaleza:

A la manera que el agua de los ríos se tiñe de los diversos colores del cielo, así el espectáculo del mundo exterior recibe las tintas que el alma le comunica en su alegría o dolor. (*El Señor de Bembibre*, BGC, 2015: 288).

El romanticismo transformó el concepto de belleza. Durante muchos siglos se consideró que la belleza era una propiedad de las cosas. Las montañas, la espesura de los bosques, no eran considerados «bellos» en cuanto no se correspondían con los cánones estéticos dominantes y no eran tomados en consideración. Este pensamiento cambia con la filosofía empirista-sensista que traslada el concepto de belleza de las características de los objetos a las sensaciones que suscitan en el sujeto. En *The Standar of Taste* (1757) Hume escribe: “La belleza no es una cualidad de las cosas mismas: esta reside solamente en la mente que la contempla y cada mente percibe una belleza diversa”. Esta filosofía produce una transformación en el ámbito de la estética. Y hacia esa nueva estética difundida por autores como Rousseau con *La Nouvelle Héloïse* (1761) miraron los románticos.

La originalidad de *El Señor de Bembibre*, como subraya Lugo radica, precisamente, en la identificación del autor con el lugar que describe, su conocimiento profundo de él. Para documentarse sobre El Bierzo Gil recurrió a los tratados de Enrique Flórez, Prudencio de Sandoval y Antonio de Yepes, tal como decíamos en el § 5; pero, además, realizó

---

<sup>44</sup> Patricio de la Escosura en su novela *Ni rey ni roque* transpone a Portugal un paisaje lacustre inspirado enteramente de *La nouvelle Héloïse*, de Rousseau (*Op. cit* en Picoche, 1978, p. 175).

viajes para conocer y “sentir” los lugares en los que luego ambientaría la obra durante los cuales tomaba apuntes que luego publicó en el diario *El Sol* con el título *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior* en 1843.

Gil conoce y ama los paisajes del Bierzo y en especial de la montaña y se identifica espiritualmente con ellos, por eso pudo describirlos como lo hizo. Ese amor lo prueba también el hecho de que contempla otras tierras en sus viajes comparándolas con El Bierzo y que reiteradamente fija su atención en detalles que le traen el recuerdo de El Bierzo, como se puede comprobar en los artículos enviados desde Francia y en su diario de viaje por Europa<sup>45</sup>. Entre los diferentes escenarios que describe predominan las cumbres (Walsh, 1990), las vistas panorámica desde lo alto en las que se describe la geografía del territorio (Las Médulas, el castillo de Cornatel, el valle del Sil, el valle de Bembibre) y los parajes recónditos (las tierras de Arganza, el entorno del lago de Carucedo, El monasterio de Carracedo en el valle del Cúa, el convento de Villabuena) que enmarcan los amores de los protagonistas en un paisaje romántico que muda siguiendo el ciclo de las estaciones y la evolución de los sentimientos. Un pasaje ilustrador, que se inspira en el *Cantar de los Cantares* (vid. Russell P. Sebold 2002: 210) en el que Dña. Beatriz repone sus esperanzas de volver a ver a D. Álvaro en la belleza de la naturaleza engalanada por la primavera:

Al cabo volverá, sí, volverá, no hay que dudarlo; ¿para qué se había de ataviar tan pomposamente la naturaleza en todas sus galas de la primavera sino para recibir a mi esposo? ¡Bellas son estas arboledas mecidas por el viento, bellas estas montañas vestidas de verdura, puras y olorosas sus flores silvestres, y músico y cadencioso el rumor de sus manantiales y arroyuelos, pero al cabo son galas del mundo, y yo tengo un cielo dentro de mi corazón! Yo saldré a buscarle con mi laúd en la mano, con mi cabeza cubierta de rocío de la noche y como la esposa de los Cantares, preguntaré a todos los caminantes: “¿En dónde está mi bien amado?”.

Otra particularidad de la obra de Gil es que su paisaje no está deshabitado, sino que aparecen en él los aldeanos, que participan

---

<sup>45</sup> BGC–VIII (2015), *Último viaje. Diario París-Berlín*.

también de los sentimientos de los protagonistas. No se trata, como en *Ivanhoe* y en general en la novela histórica, de gente que forma parte de las tropas o del público que asiste a un torneo, sin tener papel alguno en la trama argumental ya que cumplen solo la función de comparsas. En la de Gil los aldeanos de Arganza van a despedir a Dña. Beatriz cuando se va al convento de Villabuena y comparten su tristeza. También son sus cómplices. Es un aldeano el que le lleva a D. Álvaro el mensaje de Dña. Beatriz ocultamente. Y de este modo los protagonistas no parecen aislados en un escenario teatral, sino que como personajes reales están integrados en un paisaje que comprende la geografía, los pueblos y sus gentes.

## 6. 2. Influencia de *Ivanhoe* en el episodio del asalto al castillo de Cornatel

Hemos dejado para el final el cotejo del episodio del asalto al castillo de Cornatel en el Señor de Bembibre (caps. 26-28) con el ataque al castillo de Torquilstone de *Ivanhoe* (II, caps. 6 y 8) por ser los que guardan más similitudes entre las dos obras. En *El Señor de Bembibre* el episodio como unidad narrativa comprende varios capítulos: en el cap. XXIV se describen los preparativos de los nobles capitaneados por el Conde de Lemos, para el asalto a la fortaleza templaria; en el XXV se refiere cómo transcurre la víspera del asalto; en el XXVI se narra el asalto del Conde de Lemos a la barbacana y la emboscada de D. Álvaro; en el XXVII el retiro de las tropas y los preparativos para el ataque definitivo; y, por último, en el XXVIII el ataque final y el duelo entre Saldaña y el Conde de Lemos que termina con la muerte de este y el acuerdo con el Señor de Arganza para la capitulación de los templarios.

De estos, los capítulos 26 a 28 son los que guardan más semejanza con los caps. 6 y 8 de *Ivanhoe* y resultan de los más significativos desde el punto de vista de la tensión narrativa, ya que en ellos tienen lugar los dos asaltos a ambos castillos, y, por otra parte, pueden considerarse modélicos para ilustrar la fusión en la obra de Gil entre historia y ficción. El asedio a Cornatel, fortaleza templaria en tierras del Bierzo, aún sin ser un episodio real posee verosimilitud histórica, ya que desde el punto de vista político y estratégico para los condes de Lemos, personajes históricos, señores de Galicia, el Bierzo constituía un paso

fronterizo hacia Castilla y a lo largo de la historia ha habido luchas y enfrentamientos entre los nobles por la posesión de esos territorios. Por otra parte, por lo que concierne a la peripecia narrativa sirve para resaltar el valor de D. Álvaro Yáñez y su entrega a la causa de los templarios, posibilitando, al mismo tiempo, la eliminación de su rival, el ambicioso Conde de Lemos, lo que permite que D. Álvaro se despose con Dña. Beatriz.

En *Ivanhoe* (II, caps. 6-8) el asalto tiene lugar después de que Maurice de Bracy, mercenario del rey Juan sin Tierra, junto al templario Brian de Bois-Guilbert tiendan una emboscada y rapten a *Ivanhoe*, Rowena y Rebeca, las dos mujeres que ambos pretenden, haciendo también prisioneros a Cedric, el padre de *Ivanhoe*, al judío Isaac, padre de Rebeca, y a Athelstane, un noble sajón al que Cedric tiene destinada a Lady Rowena. Los prisioneros son conducidos al castillo de Torquilstone de Front-de Boeuf. Los siervos de Cedric, Gurth y el juglar Wamba, que se habían librado de la emboscada, se reúnen con Locksley (Robin Hood) y su banda de ladrones para intentar liberarlos. A ellos se suman el monje Fra Tuck y el misterioso Caballero Negro, que es el rey Ricardo Corazón de León que ha vuelto clandestinamente después de haber sido liberado de su prisión.

El asalto tiene también dos momentos que corresponden al asalto de la barbacana (cap. 6) y el asalto a la fortaleza (cap. 8). El rey Ricardo con la ayuda de Locksley y sus hombres asedian y conquistan el castillo de Torquilstone, liberando a Cedric y a Rowena, pero en el combate muere Athelstane, al que mata Bois-Guilbert que huye llevándose consigo a Rebeca. Esta muerte, como sucederá en la obra de Gil con la del Conde de Lemos, es lo que permite que puedan casarse los protagonistas.

### 6.2.1. Estudio de las concordancias entre los capítulos del asalto

A continuación cotejaremos los dos textos por lo que concierne al primer asalto, que corresponde, como hemos dicho al cap. 26 de *El Señor de Bembibre* y al cap. II. 6 de *Ivanhoe*<sup>46</sup>.

---

<sup>46</sup> Citamos por la edición de *El Señor de Bembibre* de Valentín Carrera, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, 2015. Y por la Edición Traductológica Digital de [Walter Scott], *Ivanhoe* [Traducción de José Joaquín de Mora]. (Rudolph Ackermann, Londres, 1825) de Marcos Rodríguez Espinosa, Universidad de Málaga, 2004.

La secuencia del episodio 26 de *El Señor de Bembibre* es la siguiente: D. Álvaro desciende con sus caballeros por una galería secreta del Castillo de Cornatel y se esconde entre los matorrales para tenderle una emboscada al Conde de Lemos. El conde ataca la barbacana, pero los templarios, a las órdenes de Saldaña esperan que se acerquen y, cuando intentan pasar por el puente levadizo, se defienden arrojándoles flechas, plomo fundido, aceite hirviendo y piedras, obligando al de Lemos y los suyos a replegarse. Es en ese momento cuando el Señor de Bembibre con sus hombres los ataca por la retaguardia, sembrando el pánico entre los de Lemos y obligándoles a huir. Un hidalgo de La Cabrera, Cosme Andrade, muy hábil con la ballesta, es rodeado por los templarios, que reconociéndole su valor lo dejan en libertad.

En el cap. 27 el conde recibe los refuerzos de gentes del señor de Arganza, D. Alonso, y del abad de Carracedo. D. Alonso, dada la superioridad de sus tropas frente a los hombres de los templarios, preferiría evitar el enfrentamiento y tratar con los asediados su rendición, pero el conde se opone.

En el cap. 28 tiene lugar el asalto final. La vía de acceso que secretamente han elegido los hombres del de Lemos para sorprender a los templarios es una torreta situada sobre una peña rocosa, inaccesible salvo para los montañeses de la Cabrera acostumbrados a escalar. El peligro es grande para los Templarios, que creyendo en la imposibilidad del acceso, dejaban sin vigilancia esa parte; pero Millán, el criado de D. Álvaro, había descubierto su plan y D. Álvaro que se coloca en la torreta para esperar al de Lemos. Cuando los asaltantes llegan a la torreta se encuentran con los defensores que los estaban esperando. D. Álvaro y el Conde de Lemos combaten en lo alto de la torreta. Saldaña, al verlos, hace detener a D. Álvaro y ocupa su lugar en el duelo con el Conde de Lemos, desarma al conde y lo lanza al fondo del precipicio que bordea el castillo. Al morir el de Lemos, D. Alonso toma el mando de las tropas y decide poner fin al asalto y pactar con los templarios su capitulación.

Tal como hemos señalado más arriba, aun siendo el carácter de los personajes diferente, hay varios de los protagonistas de este episodio de la novela de Gil que recuerdan a los correspondientes del asalto al castillo de Torquilstone de *Ivanhoe*: el templario Saldaña, el defensor del castillo de Cornatel, evoca al caballero templario normando Brian de

Bois Guilbert que defiende Torquilstone y el montero Cosme Andrade en su destreza con el arco a Locksley (Robin Hood) de la novela inglesa. Pero el resto de los personajes del episodio poseen un carácter antagónico, estando invertidos los papeles de asaltantes y defensores en el episodio de las dos novelas.

Sin embargo, los movimientos en las fases del asalto son similares, por lo que procedemos a establecer las correspondencias entre las dos obras, citando la inglesa por la trad. de Mora [destacamos en cursiva las partes del texto más semejantes]:

### Primer asalto a la fortaleza

1) En primer lugar los sitiadores dan la orden de asalto haciendo sonar las trompetas y le responden los instrumentos de los defensores (clarines, tambores, añafiles, gaitas):

En *Ivanhoe*, (II, 6: 116):

“Los que vienen delante traen enormes broqueles y unas defensas de tablazón. *Los que vienen detrás están preparando arcos... ya los alzan y apuntan.... ¡Dios de Moisés, perdona a tus criaturas!*”. La descripción de la judía fue interrumpida por *la señal* de ataque que dio el sonido de una *aguda trompeta*, al que respondieron desde las almenas *los atambores y clarines* de los normandos. Siguieron los gritos de los partidos opuestos (...)

En *El Señor de Bembibre* (cap. 26: 222):

Por fin *las trompetas* de los sitiadores dieron la última señal, a la cual los *añafiles y clarines* de los templarios respondieron con *agudas* resonantes notas como de reto, y los cuerpos destinados al asalto se pusieron en movimiento rápidamente, *precedidos de un cordón de ballesteros que despedían una nube de saetas*, y sostenidos por otros muchos que desde las quiebras y malezas los ayudaban poderosamente.

La similitud entre ambos pasajes es grande, señalamos solo la sustitución de *atambores* en *Ivanhoe* con añafiles en *El Señor de Bembibre*. Pero poco antes, en el mismo capítulo, p. 221, aparecían también los tambores:

Poco tardaron en colorearse débilmente los húmedos celajes del oriente, y los *clarines, gaitas y tamboriles* de los sitiadores despertaron a los que todavía dormían al amor de la lumbre (...)

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que los movimientos de ataque a las fortificaciones en la Edad Media, por motivos arquitectónicos y defensivos siguen un procedimiento siempre similar que recogen los tratados de arte militar, por lo que no podía haber muchas diferencias en las descripciones de este tipo de asaltos. Acerca de los instrumentos que usaban los templarios para las batallas es muy posible que la fuente de documentación de Gil haya sido *Historia de las cruzadas* (1832) de Michaud, vol. 11, pp. 103-104, donde se proporciona una lista de los instrumentos que se usaban en la guerra y ejemplos ilustrativos, como el siguiente:

Leemos en Alberto de Aix que después de una expedición en las orillas del mar (...) resonaron repetidamente en señal de victoria, las *cornetas, clarines y tambores...*

2) A continuación tiene lugar el ataque de los ballesteros para conquistar la barbacana y la respuesta de los defensores desde las almenas de las fortalezas:

En *Ivanhoe* (II, 6, pp. 116-119):

(...) Los monteros, acostumbrados en sus pasatiempos y ejercicios al manejo del arco, en el que eran sobresalientes, hicieron una descarga cerrada de la que no escapó ninguno de los que tenían alguna parte de su cuerpo fuera de las almenas (...) Los partidarios de Front-de-Boeuf, y sus aliados, fiados en fuertes armaduras, y en los parapetos de la fortificación, respondieron obstinadamente con otra descarga de ballestas, arcos y hondas, haciendo considerable estrago en los enemigos, que casi se presentaban a cuerpo descubierto.

En *El Señor de Bembibre* (26, p. 222-228):

Encamináronse, como era natural, contra la barbacana del castillo, solo dividida de este por el foso y enlazada con él por el puente levadizo, asestando sus tiros contra los caballeros que la defendían y que por su parte recibieron a los sitiadores con descargas en que maltrataron e hirieron a muchos.



### 3) Los atacantes derriban la puerta de la barbacana a *hachazos*

*Ivanhoe* (II, 6, pp. 119):

(...) Están echando abajo las estacas y las empalizadas *con hachas...*

*El Señor de Bembibre* (26, p. 222):

(...) su defensa fue menos tenaz de lo que el conde aguardaba, así es que dieron lugar a los mas atrevidos a acercarse a la puerta, sobre la cual empezaron a descargar al punto redoblados *hachazos*.

Una vez los asaltantes logran entrar en la barbacana, tiene lugar el enfrentamiento cuerpo a cuerpo con los defensores. En *Ivanhoe* (II, 6, p. 119-120) se enfrentan el “gigante” Front-de Boeuf y el Caballero Negro:

[El caballero Negro] está otra vez en pie, y peleando como si tuviera la fuerza de veinte hombres en su brazo. Se le rompió la espada, pero ha tomado *el hacha* de un montero. ¡Dios mío, cuántos golpes descarga a su enemigo! El gigante vacila como la encina a los hachazos del leñador... *ya cayó... al suelo*”.

En *El Señor de Bembibre* no se sigue el mismo orden, el encuentro tiene lugar algo más adelante (cap. 26, p. 225), cuando han levantado el puente levadizo y los asaltantes han echado sobre el foso un puente hecho de madera para superarlo. En ese puente se enfrentan Saldaña y el Conde de Lemos y hay algunos particulares semejantes a los de la escena de *Ivanhoe*.<sup>47</sup>

*El Señor de Bembibre*, 26. p. 225:

Llegó a él y con el mayor coraje le tiró una soberbia estocada que el comendador supo esquivar; y *alzando el hacha* con ambas manos iba a descargarla sobre él cuando uno de sus deudos se interpuso. Bajó el arma como un rayo, y dividiendo el escudo cual si fuera de cera y hendiendo el capacete, se entró en el cráneo de aquel malhadado mozo que *cayó al suelo* con un profundísimo gemido.

---

<sup>47</sup> Para describir la fiereza del Conde de Lemos dice que echaba espuma por la boca y rechinaba los dientes (cap. 26, p. 225: “Con la boca llena de espuma y rechinando los dientes”). Este particular aparece en la primera parte de *Ivanhoe* (cap. 2, pp. 54 y 55: “exclamó rechinado los dientes”).

5) Llegados a este punto, la acción de ambas novelas difiere. En *Ivanhoe* entre el primero y el segundo asalto pasan solo unas horas: en el primero los asaltantes se apoderan de la barbacana y los sitiadores permanecen en las inmediaciones organizando el segundo asalto que se narra en el cap. 8. En *El Señor de Bembibre* los asaltantes no logran su objetivo y han de retirarse al campamento de la Médulas para pedir refuerzos<sup>48</sup>.

### Segundo asalto a la fortaleza

En el segundo asalto a la fortaleza, *Ivanhoe* (Parte II. cap. 8), el Caballero Negro toma la dirección del ataque. Quiere evitar el enfrentamiento físico, ya que los templarios son más disciplinados y diestros en las armas que sus ballesteros, que no están preparados para las guerras (II, cap. 8, pág. 147):

El Caballero [Negro] ... sabía que los hombres que mandaba, alistados con precipitación, imperfectamente armados y poco acostumbrados a obedecer, debían pelear con gran desventaja con *soldados veteranos* de los Normandos que estaban bien provistos de armas defensivas, y que para contrarrestar el celo y la intrepidez de los sitiadores contaban con la superioridad que dan los hábitos militares y el diestro manejo de la espada y el broquel.

También en *El Señor de Bembibre* el narrador señala la falta de disciplina y de experiencia en la guerra de las tropas del Conde de Lemos con respecto a los templarios que defienden Cornatel (cap. 24, p. 212):

A los dos o tres días los puestos de soldados de la guarnición, que llegaban hasta Las Médulas, se fueron retirando sucesivamente y dejaron al conde dueño del campo con sus banderas, *no muy veteranas ni disciplinadas*, pero en cambio pintorescas y vistosas en sumo grado.

A partir de este momento, como se puede observar en el cap. 8, el Caballero Negro con Cedric se mueven por el escenario del segundo asalto a Torquilstone de modo similar a como lo han hecho el Conde de

---

<sup>48</sup> En ambas obras hay un capítulo entre el primer asalto y el segundo que sirve para describir la situación en la que han quedado los personajes que han sido heridos o los ausentes y para preparar el asalto definitivo que no analizamos ya que no guardan semejanza.

Lemos con un deudo suyo en el asalto de Cornatel (cap. 26)<sup>49</sup>. Una observación atenta de este momento central del asalto en que los asaltantes intentan derribar la puerta, en las novelas de Gil y Scott, nos permite cerciorarnos de que Gil no ha tomado de *Los bandos de Castilla* de Soler este episodio, como sostiene la crítica, sino que se ha inspirado directamente en *Ivanhoe*. En efecto, siguiendo los movimientos paralelos de los protagonistas observamos que hay particularidades léxicas que distancian el episodio de Gil del de Soler e incluso de la traducción de Mora y que prueban la influencia directa de *Ivanhoe*. Observamos a continuación las fases del asalto cotejando, como hasta ahora, la obra de Gil con la traducción de *Ivanhoe* de Mora:

1) El Caballero Negro y Cédric avanzan por un puente de madera improvisado y se dirigen hacia el portón, que intentan abrir a hachazos.

*Ivanhoe* II, cap. 8, pp. 148-150:

(...) el Caballero Negro, seguido de Cédric, pasó el puente y llegó al lado opuesto, empezando a dar *terribles golpazos con el hacha* en la puerta del castillo (...)

En *El Señor de Bembibre* (cap. 26, pp. 224):

El conde (...) llegó hasta la puerta con un cercano deudo suyo muy bien armado. Asieron allí *las hachas* de manos de dos muertos y comenzaron a descargar tan *recios golpes* que de arriba abajo se estremecía el portón a pesar de sus chapas de hierro.

2) En este punto de la narración, para impedir que el Conde de Lemos y su deudo fueren la puerta del castillo, los defensores arrojan por uno de los *matacaspas* (término que usa Gil, y que es sinónimo de *matacanes*)

---

<sup>49</sup> Scott en este cap. hace la descripción de la divisa templaria del caballero Brian de Bois-Guilbert, particular que se halla también en *El Señor de Bembibre* en un capítulo precedente, sin relación con el asalto: *Ivanhoe* (cap. 8, p. 158): “Llevaba la divisa común de Brian, que representaba *dos jinetes montados a caballo, emblema de la primitiva humildad y pobreza* de los Templarios”. En *El Señor de Bembibre* (cap. 3, p. 42): “(...) aquella *primitiva severidad y pobreza* en cuyos brazos habían dejado a la Orden Hugo de Paganis y sus compañeros y de que eran elocuente *emblema los dos caballeros montados en un mismo caballo*”.

una enorme bola de granito que le rompe el cráneo al deudo del conde. El pasaje es este (cap. 26, p. 224):

Entonces una enorme bola de granito, bajando por uno de los *matacaspas*, cayó a plomo sobre la cabeza de su pariente que al punto vino al suelo muerto, con el cuello y el cráneo rotos, viendo lo cual otros hidalgos de su casa, que se habían quedado a la puerta de la barbacana, atravesaron el puente desalados, y a viva fuerza arrancaron de allí a su jefe.

También en el capítulo VIII de la novela de Scott los sitiados, para impedir que el Caballero Negro y Cedric, que son los protagonistas, fueren el portón, tratan de arrancar una enorme piedra del parapeto del baluarte para dejarla caer sobre las cabezas de los asaltantes, y están a punto de lograrlo cuando los gritos de alarma por el fuego del castillo los detiene.

Ese detalle de la piedra, que representa el peligro que se cierne sobre los protagonistas en la novela de Scott, consigue elevar al máximo la tensión narrativa del relato, creando un clímax de suspense muy efectivo, que creemos inspiró a Gil para el capítulo correspondiente de su libro. Pero ni en ese cap. de *Ivanhoe* ni en *Los bandos de Castilla*, que muchos críticos, entre ellos Picoche, afirman que es la fuente directa de la de Gil, aparece el término *matacaspas*, ya que Soler se limita a hacer una traducción del texto de *Ivanhoe*.

Hay términos, referidos a la defensa militar, *barbacana*, *puente*, *portón* y los que atañen a armas defensivas (*flechas*, *piedras*), que aparecen de manera recurrente en las dos obras de Scott y Gil; pero la mayor parte de los vocablos específicos utilizados en el asalto a Cornatel por Gil no se corresponden con los de *Los bandos de Castilla* ni con la traducción de *Ivanhoe* de José Joaquín de Mora de 1825, que podría haber manejado Gil, aunque también podría haber consultado la ed. francesa de Defaucompret (París 1820), ya que conocía bien esa lengua. Vamos a analizar más de cerca este pasaje en los tres autores y en la traducción de Mora para observar las concordancias en el léxico empleado.

Transcribimos a continuación el pasaje de *Ivanhoe* en la ed. inglesa (Parker's Edition 1831: 95) seguidos de la traducción al español de Mora:

«Shame on ye all!» cried De Bracy to the soldiers around him; «do ye call yourselves cross-bowmen, and let these two dogs keep their station under the walls of the castle? –Heave over the coping stones from the battlement, and better may not be –Get pick-axe and levers, *and down with that huge pinnacle*» pointing to a *heavy piece of stone-carved work that projected from the parapet* [...].

The faithful Gurth indeed sprung forward on the planked bridge to warn Cedric of his impending fate, or to share it with him. But his warning would have come too late; *the massive pinnacle already tottered*, and De Bracy, Who still heaved at his task, would have accomplished it, had not the voice of the Templar sounded close in his hears: «-All is lost, De Bracy, the castle burns».

Y el texto español de Mora (Dryadust 1825:153):

«¿No os caéis muertos de vergüenza?», decía Bracy a los soldados que estaban sobre la puerta. «Os llamáis ballesteros, y permitís que esos dos bellacos se burlen de vosotros? Vengan aquí manos, y picas y palancas, y descarguémosles encima *esa parte de la corniza*». Dijo esto señalando a *un grandísimo canto que sobresalía del muro, sirviendo de corniza entre este y las troneras* [...].

El fiel Gurth se aventuró a pasar el puente para retirar a su amo de aquel inminente riesgo, o para morir a su lado. *Pero ya resbalaba la piedra*, y el celo de aquel excelente servidor hubiera sido infructuoso, y Bracy hubiera llevado a cabo su propósito si no hubiera oído en aquel instante la voz del Templario.

«Todo se ha perdido, Bracy, gritó Brian. El castillo arde».

La traducción es imprecisa, Mora traduce *huge pinnacle* por “esa parte de la cornisa” y afirma que “ya resbalaba la piedra”, mientras que el texto inglés solo dice *the massive pinnacle already tottered*, es decir, ‘se tambaleaba’. La versión española de Mora no solo es imprecisa en este capítulo, sino en general. Acerca del mérito de esta traducción Andrés Bello (Pedro G. Ramírez 1884: 40-41) expresaba el siguiente juicio:

No aseguramos que el doctor Dryasdust [el editor] quedase completamente satisfecho con los equivalentes castellanos de algunas voces y frases relativas a ciertos usos de las edades caballerescas. Pero ¡qué diferencia entre el feudalismo español, modificado por la influencia arábiga y el estado social que la conquista normanda produjo en Inglaterra! Los glosarios de

ambos son por consiguiente diferentísimos, y no se puede verter el uno en el otro, si no aproximadamente o empleando circunlocuciones embarazosas. El traductor del *Ivanhoe* ha tenido razón en preferir el primer medio.

Bello tacha la traducción de aproximativa, justificando las dificultades de Mora por la gran diferencia del léxico sectorial en las dos lenguas derivada de la influencia de la cultura árabe en el léxico de nuestra época feudal, y la normanda en la cultura inglesa.

En cuanto a la obra *Los bandos de Castilla o el Caballero del Cisne* de López Soler el pasaje traducido ha sido manipulado de una forma muy libre (cap. XXVI, p. 196-198):

–¡Qué vergüenza!, exclamó Monfort dirigiéndose a los soldados que le rodeaban; os preciáis de saber disparar una flecha, y sufrís que dos hombres solos se mantengan impunes al pie de las mismas murallas del castillo. *Arrancad las piedras del arco roto* si no sois buenos para otra cosa, y *dejadlas caer sobre la cabeza de ese par de aventureros*. Ea, vengán picos y azadones, y *empecemos por la base de esa almena*, añadió señalándoles *una piedra enorme* en la que estribaba el puente de que hemos hablado, la cual precisamente caía sobre la puerta del edificio [...].

[...] En vista de tal peligro, el honrado molinero se precipitó en el puente para avisar a los dos jefes; pero su diligencia hubiera sido tardía: arrancada la piedra de sus quicios por los reiterados esfuerzos de Monfort, *empezaba a vacilar, y hallábase ya en el punto de perder el equilibrio*, cuando la voz de don Pelayo detuvo su brazo próximo a precipitarla.

–Todo se ha perdido, Monfort; el alcázar se convierte en una hoguera.

El término *matacaspas* en *El Señor de Bembibre*, que se corresponde con el inglés *machicolation*, no aparece en el pasaje correspondiente al asalto a la fortaleza del texto de Scott ni en el de Soler, pero lo hemos hallado con la denominación *machicolles* poco antes del episodio del asalto en *Ivanhoe* (Parker's Edition, vol. II, 1831:12). Se halla dentro de otro episodio también muy significativo de la novela inglesa y donde el autor hace una precisión metalingüística respecto a *embrasures* ('troneras') señalando que *machicolles* era el término que se empleaba «en aquel entonces», refiriéndose al siglo XII en que está ambientada la

novela, época que coincide con el regreso de los normandos de Tierra Santa de donde se dice que importaron a Inglaterra este elemento arquitectónico defensivo de las fortalezas<sup>50</sup>.

Es un episodio muy significativo de la obra (II. 1, p. 16), en el que tiene lugar el intento de seducción por parte del caballero templario Brian de Bois de la judía Rebeca, que lo rechaza. Encolerizado, el templario se dispone a tomarla por la fuerza, pero Rebeca sube al parapeto almenado de un pequeño balcón, a sesenta pies de altura, y amenaza con arrojar al vacío. De Bois, asustado, le promete que no la tocará y ella desciende del borde de la almena, quedándose “junto a una de las *embrasures* o *machicolles*”. El texto dice así:

«I will then trust thee», said Rebecca, «thus far»; and she descended from the verge of the battlement, but remained standing close by one of the embrasures, or «machicolles», as they were then called<sup>51</sup>.

La traducción de Mora (Dryadust 1825: 16) es también aproximada e imprecisa:

«Cedo», dijo Rebeca, «pero no más que hasta aquí», y bajando del parapeto se apoyó en una de las almenas que lo guarecían.

Traduce *embrasures* or *machicolles* por «almenas», cuando, al contrario, ambos términos se refieren a ‘espacios o huecos’ entre las almenas o en el suelo junto a estas<sup>52</sup>.

Tampoco López Soler lo recoge en el pasaje correspondiente de *Los bandos de Castilla* (cap. XVI):

–Pues vez aquí hasta donde llega mi confianza en vos, dijo Matilde bajando del antepecho y deteniéndose *en la puerta colocada entre el aposento y la azotea*.

En cambio sí aparece en la traducción al francés de la misma época de Defaucompret (Furne et. al, vol. 8, 1835: 238) donde se distingue

---

<sup>50</sup> Vid. Britton (1838), s. v. *machilocation*; v.q. Du Cange, *et al.* (1883-1887). *T.* 5, col. 161c, s.v. *machicolamentum*.

<sup>51</sup> *Ivanhoe* Parker's Edition, 1831, vol. II, p. 12.

<sup>52</sup> Collins Discovery Encyclopedia (*CDE*) (1st edition 2005), Glasgow, Harper Collins Publishers, s.v. *embrasures* «Opening in a wall or parapet, especially one through which a gun is fired».

bien entre *créneaux* ('almenas') y *embrasures* o *machicoulis* ('troneras o matacanes'):

–Voici jusqu'où peut aller ma confiance en vous, dit Rebecca, en quittant *les créneaux* et en se serrant contre une des *embrasures* ou des *machicoulis*, comme on les appelait alors.

El término inglés *machicolles* equivale al español *matacanes* (Villena 1988)<sup>53</sup>. Scott, algo antes del pasaje del intento de seducción de Rebeca donde aparece el término, describía la forma de ese espacio (Parker's Edition vol. II, 1831: 11):

The single windows opened upon and embattled space surmounting the turret, which gave Rebecca, at first singht, some hopes of escaping; but she soon found it had no communication with any other part of the battlements, being an isolated **bartizan or balcony**, secured, as usual, by a parapet, with embrasures, at which a few archers might be stationed for defending the turret, and flanking with their shot the wall of the castle on that side.

La versión de Mora de este pasaje es igualmente aproximativa, ya que deja sin traducir *bartizan* o *balcony*, y se limita a hacer una traducción genérica: «puesto aislado [...] asegurado por un parapeto con almenas»:

La ventana daba a un espacio circular o azotea, la cual a primera vista le dio algunas esperanzas de poder escaparse por allí; más en breve, descubrió que esta parte del edificio no tenía comunicación con el resto de la fortaleza, sino que era *un puesto aislado, asegurado*, según era costumbre en aquellos tiempos, por *un parapeto con almenas*, en que podían colocarse algunos ballesteros, no solo para defender la torre, sino para flanquear el muro del castillo<sup>54</sup>.

Y la versión de López Soler (cap. XVI) es muy confusa:

Frente de la misma puerta por donde se entraba en él, había debajo de alta ventana gótica, otra de menor tamaño que daba paso a un terrado u azotea, a la que servía de baranda y

---

<sup>53</sup> Villena, Leonardo (1988): «Sobre las defensas verticales en España: tipología y terminología comparadas», en Andrés Bazzana coord. (1985): *Castrum 3. Guerre, fortification et habitat dans le monde méditerranéen au Moyen Age*, Madrid, Casa de Velázquez et *École Française de Rome* (1988), s. v. *matacán*.

<sup>54</sup> *Ivanhoe*, Vol. II, Rudolph Ackermann, 1825, pág. 7.



antepecho la propia barbacana de la torre, y donde se colocaban ventajosamente seis u ocho flecheros en el caso de un ataque.

Como se puede apreciar, Scott describe físicamente y precisa con sinónimos el significado del término *machicolles* o *machicoules* que emplea, y opinamos que son posiblemente esos dos episodios de *Ivanhoe*, el del asalto con el particular de la piedra y el del intento de seducción de Rebeca donde aparece *machicolles*, los que llamaron la atención e inspiraron directamente a Gil y Carrasco en su narración del asalto al portón. No pudo tomarlo de la obra de López Soler ni siquiera de la traducción de Mora, sino que probablemente consultó la versión francesa de la obra donde aparece *machicoulis*.

Respecto al hecho de haber usado el término *matacaspas* en vez de su sinónimo *matacán*, más frecuente, se han hecho varias hipótesis y la más razonable, teniendo en cuenta el interés filológico y documental que muestra Gil en toda su obra, desde los poemas a los artículos costumbristas y descripciones de monumentos, es que haya tomado la variante *matacaspas* junto con otros términos específicos del lenguaje militar de un tratado militar o glosario específico, lo que le resultaría sencillo, dada su condición de segundo bibliotecario de la Biblioteca Nacional de Madrid de 1840 a 1844, periodo en el que escribió la novela<sup>55</sup>.

## Conclusión

El objetivo de este estudio ha sido delimitar la influencia de las novelas históricas de Walter Scott, y en particular *Ivanhoe*, en *El Señor de Bembibre* de Enrique Gil y Carrasco. Para ello hemos revisado brevemente el contexto social y literario, la huella de los autores extranjeros y en especial de Walter Scott centrándonos en particulares de composición de la trama, personajes característicos y elementos novelescos propios del género. Por último, hemos centrado nuestra atención en los caps 26 a 28 de la novela de Gil que narran el asalto al castillo de Cornatel en correspondencia con los caps. 6 a 8 de *Ivanhoe*

---

<sup>55</sup> Sobre el término *matacaspas*, vid. Ares Ares, Álida (sin fecha): “Los imaginarios matacanes del castillo de Cornatel en *El Señor de Bembibre*” [En fase de publicación].

(II parte) que narran el asalto al castillo de Torquistone, prestando especial atención a los aspectos narrativos y del léxico. Esto nos ha permitido apreciar mejor las semejanzas y diferencias entre las dos novelas, así como los paralelismos y concordancias particularmente entre los dos episodios del asalto militar a los castillos. Del resultado de nuestro estudio podemos afirmar que Gil conocía muy bien la obra de Scott y probablemente en su versión francesa, y se inspiró en ella para la elaboración de este episodio y sin duda no lo hizo a través de la obra de López Soler *Los bandos de Castilla*, ya que observando en el léxico algunos detalles muy significativos que hallamos en las obras de Scott y de Gil, hemos podido cerciorarnos de que no aparecen en la de Soler.

En conclusión, no obstante se registran algunas concomitancias entre *Ivanhoe* y otras obras de Scott y *El Señor de Bembibre*, y haya tomado de él inspiración para el capítulo del asalto, no se le puede negar a Gil su originalidad. Por ello queremos cerrar este estudio con un juicio que compartimos plenamente y que pertenece a uno de los mayores estudiosos de la obra de Gil, el profesor Jean Louis Picoche (p. 781), que nos ha servido como punto de partida para este trabajo:

Enrique Gil es un autor al que su edad, su formación y las influencias recibidas lo hacen profundamente diferente de los que lo habían precedido inmediatamente antes. La mayoría de ellos solo sabían imitar, a los novelistas en particular. Enrique Gil sabe penetrar en la obra, asimilar los pasajes, y crear, en fin, a partir de todos estos materiales una obra original. Esta obra es la de un novelista a la vez excepcional e inscrito en su época, la de un hombre que observa la corriente literaria de su tiempo, sabe juzgarla y tomar de ella lo bueno, sea como crítico literario que como teórico de la literatura.

## Bibliografía

- Alborg, Juan Luis (1980), *Historia de la Literatura española, IV, El Romanticismo*, Madrid, Gredos.
- Almela, Margarita (2006): “La novela histórica española en el siglo XIX”, en *Reflexiones sobre la novela histórica*, ed. José Jurado Morales, Cádiz, Fundación Fernando Quiñones-Universidad de Cádiz, pp. 97-141.
- Ares Ares, María Ávida (2014) *Viajes por el Noroeste de España de Enrique Gil y Carrasco*, en *Viajes y costumbres*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II Centenario, vol. VI, A Coruña, Paradiso\_Gutenbeg, pp. 13-71.

- Azorín (1964). *El paisaje de España visto por los españoles*. Madrid: Espasa-Calpe. (1ª ed. 1941).
- Barrero Pérez, Oscar (1990): “La decadencia de la novela en el siglo XVII: El ejemplo de Francisco Santos”, en *Anuario de estudios filológicos*, vol. 13, pp. 27-38.
- Borao, Jerónimo (1971), “El Romanticismo”, en *Revista Española de Ambos Mundos*, 1854, II, pp 801-842; reed. En Ricardo Navas Ruiz, *El Romanticismo español Documentos*, Salamanca, Anaya, pp. 150-207.
- Britton, John (1838): *A Dictionary of the Architecture and Archaeology of the Middle Aye*, Logman, London.
- Campomanes, Pedro (1747): *Dissertaciones históricas del orden, y cavallería de los Templarios, o resumen historial de sus principios, fundación, instituto, progressos, y extinción en el Concilio de Viena...*, Madrid, Oficina de Antonio Perez de Soto.
- Cervantes Virtual, Bibliografía sobre la novela histórica del siglo XIX, URL: <http://www.cervantesvirtual.com/bib/portal/novelahistorica>
- Cortada y Salas, Juan (1936): *El rapto de Dña. Almodis, hija del Conde de Barcelona*, Barcelona, Juan Francisco Piferrer, 1836.
- (1840): *El templario y la villana*, Barcelona, Brusi.
- Dällenbach, Lucien (1997), *Le récit spéculaire*, Paris, Éditions du Seuil [Trad. Esp. 1991, *El relato especular*, Madrid, Visor]
- Derek Flitter (1995), *Teoría y crítica del romanticismo español*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Díaz Navarro, E. (2007). «La mirada romántica: el viaje interior de Enrique Gil y Carrasco», *Enlaces*. II, 7.
- Du Fresne du Cange, G. A., Henschel, Louis, Carpentier, Pierre (1883-1887): *Glossarium mediae et Infimae latinitatis. T. 5, (GMIL)* Niort: L.Fevre.
- Feijoo, B. J. (1742). *Cartas eruditas y curiosas*. Madrid: Imprenta Real de la Gazeta, a costa de la Real Compañía de Impresores y Libreros. Vol. I.
- Ferreras, Juan Ignacio (2010). *La novela en España. Historia, estudios y ensayos. Tomo III. Siglo XIX. Primera parte (1800-1868)*. Madrid: Laberinto.
- , (1976), *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica (1830-1870)*. Madrid, Taurus.
- , (1973), *Los orígenes de la novela decimonónica (1800-1833)*, Madrid, Taurus.
- Flitter, D., 1992. *Spanish Romantic literary theory and criticism*. (Cambridge, Cambridge University Press).
- García Berrio, Antonio y Javier Huerta Calvo. “Los géneros épico-narrativos”, en *Los géneros literarios: Sistema e Historia*. Madrid, Cátedra, 1995.
- García Díaz, Enrique (2006), “La influencia de las novelas de Walter Scott en la novela histórica española *El Señor de Bembibre*”, en *Espéculo. Revista de estudios literarios*, n. 33. Universidad Complutense de Madrid

- García Díaz, Enrique (2006), “La influencia de las novelas de Walter Scott en la novela histórica española *El Señor de Bembibre*”, en *Espéculo. Revista de estudios literarios*, n. 33. Universidad Complutense de Madrid.
- , (2005): “Consideraciones sobre la influencia de Walter Scott en la novela histórica española del siglo XIX”, *CAUCE, Revista Internacional de Filología y su Didáctica*, 28, 109-119.
- García González, José Enrique y Toda, F., 2006. ‘The Reception of Sir Walter Scott in Spain.’ *Continuum*, London, 45-63.
- Garrido, Manuel (2015): “Enrique Gil y Carrasco en el bicentenario de su nacimiento (1815-1846): dos notas”, en *Bierzo*, n. Ponferrada, Ed. Archivo Histórico Parroquial de la Basílica de La Virgen de la Encina.
- Gil y Carrasco, E. (1986), *El Señor de Bembibre* (Rubio Cremades Ed), Madrid, Cátedra.
- , (2014-VI). *Viajes y costumbres*. BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. VI. *Obras Completas*, Edición y notas de Valentín Carrera. Estudio introductorio de Álica Ares. A Coruña. Ed. Paradiso\_Gutenberg.
- , (2015-VII). *El Señor de Bembibre*. BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, *Obras Completas*, vol. VII. Edición, introducción y notas de Valentín Carrera. Prólogo de Ramón Carnicer (1071). Estudio de Juan Carlos Mestre y Miguel Ángel Muñoz Sanjuán (2015). Láminas de Mestre. A Coruña. Ed. Paradiso\_Gutenberg.
- Gómez de Baquero, E. (1924), *El renacimiento de la novela española en el siglo XIX*, Madrid, Ed. Mundo latino.
- Gullón, Ricardo (1989), *Cisne sin lago*. León, Diputación de León.
- Hervás Fernández, Gloria (2010), *La sociedad española en su literatura. Selección y análisis de textos de los siglos XVIII, XIX y XX. Vol. 1 siglos XVIII y XIX*, Madrid, Editorial Complutense.
- Huertas Morales, Antonio (2012): *La Edad Media contemporánea. Estudio de la novela española de tema medieval (1990-2012)*. Tesis Doctoral Dirigida por Dra. Marta Haro Cortes, Valencia, Universidad de Valencia
- Iarocci, Michael P. (1999), *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna. En torno a la poesía y prosa de Enrique Gil y Carrasco (1815 -1846)*, Newark, Delawerw, Juan de la Cuesta.
- Jurado Morales, José (2006): “Vigencia de la Novela Histórica”, en *Reflexiones sobre la Novela Histórica*, ed. José Jurado Morales, Cádiz, Fundación Fernando Quiñones y Universidad de Cádiz, pp. 7-13.
- Lama Hernández, Miguel Angel (2009): “Escritura, lectura y soledad en *El Señor de Bembibre* de Enrique Gil y Carrasco”, en S. Crespo Matellán *et al.* (eds.), *Teoría y análisis de los discursos literarios. Estudios en homenaje al profesor Ricardo Senabre Semper*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 219-226.
- Lugo, Hortensia (1968), *La Novela Histórica en Enrique Gil y Carrasco*, Loyola University Chicago [Tesina de Máster].

- Lukács, György (1989): "Walter Scott", en *Sociología de la Literatura*, Barcelona, Península, pp.401-30.
- Lloréns, Vicente (1989), *El romanticismo español*, Madrid, Castalia.
- Mata Indurain, Carlos (1995): "Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española (1830-1870)", en K. Spang, I. Arellano y C. Mata (eds.), *La novela histórica: teoría y comentarios*, Navarra, Universidad de Navarra, pp. 145-198.
- Merino, José María (2006): "Historia y literatura", en *Reflexiones sobre la Novela Histórica*, ed. José Jurado Morales, Cádiz, Fundación Fernando Quiñones-Universidad de Cádiz, pp. 31-35.
- Mesonero Romanos, Ramón (1839), *Semanario pintoresco español*, n. 1.
- Mestre, Juan Carlos y Muñoz San Juan, Miguel Ángel (2004), ed. de Enrique Gil y Carrasco, *El Señor de Bembibre*, Madrid, Espasa-Calpe. También en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. VII, *El Señor de Bembibre*, 2015.
- Michelet, Jules (1987), *Le proces des Templiers*, Paris, Editions du Comité des Travaux historiques et scientifiques
- Montesinos, José F. (1983), *Introducción a una historia de la novela en España*, Madrid, Castalia [5ª edición]
- (1953): "Cervantes anti-novelistas" en *Nueva Revista de Filología Hispánica VII*, n. 3-4, pp. 499-514.
- Navas Ruiz, Ricardo (1970), *El romanticismo español*, Salamanca, Ed. Anaya
- Peers, Edgar Allison (1926): "Studies in the Influence of Sir Walter Scott in Spain", en *Revue Hispanique* 68, pp. 1-160.
- (1931): "Influencia de Walter Scott en España", *Revista de Filología Española*, XXVII, 1931, pp.149-62.
- (1946): "Enrique Gil y Walter Scott", *Insula* 6, pp.1-2
- Peñate Rivero, Julio (2011): "La biblioteca de viaje por Europa en dos autores españoles del s. XX: Ramón de Mesonero Romanos y Enrique Gil y Carrasco", en E. Rubio Cremades, M. Sotelo Vázquez, V. Trueba Mira, B. Ripoll Sintés (coord.) (2011), *La literatura española del siglo XIX y las literaturas europeas*, Sociedad de Literatura Española del siglo XIX Coloquio (5º 2008. Barcelona).
- Picoche, Jean Louis (1972): *Un romantique espagnol, Enrique Gil y Carrasco, 1815-1846* Thèses, Université de Lille III. 2 vol. [Texto digitalizado en URL: BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II Centenario, Ponferrada, 2014].
- (1978), *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Madrid.
- (1986), ed. de Enrique Gil y Carrasco, *El Señor de Bembibre*, Madrid, Castalia.
- Pitollet, Camille (1927), *Parnaso español del siglo XIX*, Paris, Librairie Vuibert
- Quintana Prieto, Augusto (1945): "Gil y Carrasco y la Biblia", *Promesa*, 29 de septiembre de 1946.

- Ríos-Font, Wadda C. (1993) 'Encontrados afectos. *El Señor de Bembibre* as a Self-Conscious Novel', *Hispanic Review*, 61:4, 469-482.
- Rodríguez Espinosa, Marcos (2004), Edición Traductológica Digital de [Walter Scott] *Ivanhoe*. [Traducción de José Joaquín de Mora]. [Rudolph Ackermann, Londres, 1825]. Universidad de Málaga (UMA) Proyecto de Investigación I+D, HUM-2004-00721FILO (Ministerio de Educación y Ciencia).
- Romera Castillo, José, Francisco Gutiérrez Carbajo y Mario García-Page Eds. (1996) *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, Visor.
- Romero Mendoza, P., 1960. *Siete ensayos sobre el romanticismo español. Tomo II*, Cáceres, Talleres Tipográficos de la Excma. Diputación.
- Rubio Cremades, Enrique (2011): "El estudio del paisaje y su incorporación a la novela histórica: El Señor de Bembibre, de Enrique Gil y Carrasco", en D. Thion Soriano-Mollá (ed.), *La naturaleza en la Literatura Española*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, pp. 89-100.
- (1986), Ed. *El Señor de Bembibre*, Madrid, Cátedra.
- Samuels, D. George, (1939), *Enrique Gil y Carrasco: A Study in Spanish Romanticism*, New York, Instituto de las Españas.
- Scott, Walter (1825): *Ivanhoe. Tomo II* [Trad. de José Joaquín de Mora], Rudolph Ackermann Ed, Londres. [Edición Traductológica Digital de Marcos Rodríguez Espinosa, Universidad de Málaga. Proyecto de Investigación del MEC, 2004].
- (1835): *Ivanhoe ou le retour du croisé* en *Ouevres de W. Scott. T. VIII* [trad. A. J. B Defaucompret], Paris, Furne, Gosselin, Perrotin.
- (1831): *Ivanhoe. Vol. II*, Parker's Edition, Boston.
- Sebold, Russell P. (2002), *La novela romántica en España. Entre libro de caballerías y novela moderna*, Salamanca, Ediciones Universidad.
- (1996): "Tuberculosos y misticismo en el señor de Bembibre, de Gil y Carrasco", en *Hispanic Review*, LXIV, pp. 237-257.
- Torrente Ballester, Gonzalo (1956), *Panorama de la literatura española contemporánea*. Madrid, Ed. Guadarrama.
- Walsh, Catherine Henry (1990): "The Sublime in the Historical Novel: Scott and Gil y Carrasco", *Comparative Literature*, vol. 42 n.1, pp. 29-48.
- Zellers, Guillermo (1931): "Influencia de Walter Scott en España", en *Revista de Filología Española*, 18, pp. 149-62.
- (1938), *La novela histórica en España*, Cuba, Ucar, García y Cía.



## Gil y Carrasco en dos *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós

JOSÉ LUIS SUÁREZ ROCA  
ESCRITOR Y PROFESOR<sup>56</sup>



De lectura siempre agradable, los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós resultan todavía hoy más amenos e instructivos que cualquiera de esas grandes novelas históricas modernas que nos sirven en el plato prefabricado de la literatura. En los relatos que integran la serie tercera, *Zumalacárregui*, *Mendizábal*, *De Oñate a La Granja*, *Luchana*, *La Campaña del Maestrazgo*, *La estafeta romántica*, *Vergara*, *Montes de Oca*, *Los ayacuchos* y *Bodas Reales*, recrea don Benito la historia cultural y política española entre 1834 y 1846. Con razón se ha dicho que la evocación del movimiento romántico desempeña una función verdaderamente nuclear en la serie y se erige en uno de elementos de cohesión más perceptibles entre sus diez relatos.

---

<sup>56</sup> Publicado en *Cimada*, nº 24, revista del IES Álvaro de Mendaña. Ponferrada, 2010.

Pues bien: en *La estafeta romántica* andaba yo picoteando una tarde sonsa del mes de enero, cuando, de pronto, se me apareció nuestro mundialísimo berciano Enrique Gil y Carrasco. ¡Vaya, vaya! ¡Así que Enrique Gil convertido en personaje de una novela histórica...! ¡No sabía yo que...! Y debería haberlo sabido hace mucho tiempo. En fin, pasamos a veces por las novelas y relatos como gatos sobre berzas... Ya os cuento luego cómo y por qué se aparece don Enrique. Por cierto: ya es hora de que se borre de la imaginación de los bercianos y españoles en general ese rostro que anda por ahí, ese retrato que, apócrifo o no, nos pinta un Gil soñador casi calvo, más moreno que un cordobés de cortijo, antiestético, ¡muy poco romántico, hombre...! Porque según la pluma de Ferrer del Río, prestigioso hacedor de retratos en su época, don Enrique Gil se tocaba con una muy “*rubia cabellera*”, y sus ojos eran ¡*azules*! ¡A ver si de una vez nos lo pintan como es debido!

El caso es que seguí zambulléndome en otros dos deliciosos *episodios* de la misma serie, *Los ayacuchos* y *Bodas Reales* (aparcados en la estantería ¿desde cuándo?), con la ilusión ahora de que nuestro desgraciado poeta se apareciese una vez más. ¡Y así fue! ¡En *Bodas reales*! ¡Ahí sale otra vez! ¡Pero de qué manera? Veamos antes qué suerte en la vida le había tocado realmente a la persona de don Enrique Gil.

El señor Picoche lo resumió muy bien: en septiembre de 1836, Gil, desobedeciendo al padre, decide abandonar la Universidad de Valladolid para probar suerte en Madrid, a ver si puede conquistar la gloria literaria. A su llegada a la capital, se hospeda en uno de los albergues de la calle de Segovia, de los más sucios e incómodos de la Corte. Se une enseguida a un pequeño grupo de escritores y artistas formado en torno al ínclito José de Espronceda. Es posible que le introdujera Miguel de los Santos Álvarez, condiscípulo suyo en Valladolid, que llegó a la Corte poco tiempo antes que Enrique Gil. Deseoso de ensanchar el círculo de sus relaciones, frecuenta las reuniones del *Parnasillo*, en el sombrío café del Príncipe. Allí pudo relacionarse con todas las personas que influirían sobre su carrera o su obra: el propio Espronceda, Ventura de la Vega, Patricio de la Escosura, Estébanez Calderón, Zorrilla, Campoamor, Rodríguez Rubí, García de Villalta... ¡Atención a esta figura: José García de Villalta, un buen amigo de Gil, al parecer! Tiene, pues, nuestro ambicioso poeta la satisfacción



de mezclarse con los literatos de su tiempo, lo que no le evita grandes amarguras, pues apenas gana un duro: es todavía un perfecto desconocido, no publica nada. Y encima algunos de sus amigos – Espronceda, Villalta, Álvarez– son unos exaltados, unos libertinos y anticlericales que le inyectan la duda religiosa, y a punto estuvieron de corromperlo...

En fin, a fines de 1836 y durante el año de 1837, ocurren en Madrid varios acontecimientos importantes. Unos son literarios, que vivirá con mucha emoción Gil y Carrasco (por ejemplo, el 19 de enero de 1837 se estrena *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, drama que ejercerá gran influencia sobre la obra del berciano). Y otros serán románticamente trágicos: el 13 de febrero de 1837 el famoso *Figaro*, el señor Larra, en un raptó de demencia –“¡por una mujer!, ¡en una época como la presente!”, dicen que exclamó muy afectado el general Luis Fernández de Córdoba–, se pega un tiro y se embarca para el otro mundo. Enrique Gil asiste al entierro con todos los miembros del Parnasillo, excepto Espronceda, que está enfermo. Apenas habían transcurrido unos cinco meses desde su llegada a Madrid...

Esto es más o menos lo poco que sabemos sobre Gil y Carrasco durante ese periodo, hasta la primavera de 1837. No mucho más debía de saber de su sobresaltada vida el ilustre Pérez Galdós cuando se dispuso a redactar, sesenta y dos años después, en 1899, *La estafeta romántica* en forma epistolar. Era una distancia temporal más que suficiente para conferir la necesaria lucidez a su mirada, dotar de ironía y de humor su interpretación del romanticismo y los románticos, y de paso permitirse el lujo de cometer de vez en cuando algún anacronismo histórico. Lo cierto es que no se salió don Benito de los límites de la verosimilitud al situar a Gil en el centro del círculo de amigos de Espronceda y considerarle, junto al escritor sevillano José García de Villalta, como un buen ayudante de cámara (mortuoria), como uno de los más competentes de entre aquellos genios románticos para organizar con cierta prisa, lucimiento y fervor el entierro de Larra. Leamos el texto –el fragmento de una carta, la número once, supuestamente enviada por el poeta Miguel de los Santos Álvarez al protagonista de la novela, Fernando Calpena– en el que se describe la escena y funciones de Enrique Gil:

Supe yo la muerte de Larra al día siguiente del suceso, o sea, el 14 de febrero. Fui a verle con otros amigos a la bóveda de Santiago, donde habían puesto el cadáver [...] En fin, querido Fernando, suspiramos fuerte y salimos, después de bien mirado y remirado el rostro frío del gran *Fígaro*, de color y pasta de cera, no de la más blanca... [...] No podía vivir, no. Demasiado había vivido; moría de viejo, a los veintiocho años, caduco ya de la voluntad, decrepito, agotado. Eso pensaba yo, y salí, como te digo, suspirando, y me fui a ver a Pepe Espronceda, que estaba en cama con reuma articular, que le tenía en un grito. ¡Pobre Pepe! Entré en su alcoba, y le hallé casi desvanecido en la butaca, acompañado de Villalta y **Enrique Gil**, que acababan de darle la noticia. El estado de ánimo del gran poeta no era el más a propósito para emociones muy vivas, pues a más de la dolencia que le postraba, había sufrido el cruel desengaño que acibaró lo restante de su vida. Ignoro si sabes que Teresa le abandonó hace dos meses. Sí, hombre, y... En fin, que esto no hace al caso. Gran fortuna ha sido para las letras patrias que Pepe no haya incurrido en la desesperación y demencia del pobre Larra. [...] Senteme a su lado, y hablamos del pobre muerto. En un arranque de suprema tristeza vi llorar a Espronceda; luego se rehízo, trayendo a su memoria y a la de los tres allí presentes los donaires amargos del *Pobrecito hablador*, el romanticismo caballeresco del *Doncel*, y el conceptismo lúgubre de *El día de Difuntos*. También hablaron de ella, y tal y qué sé yo, diciendo cosas que no reproduzco por creerlas impropias de la gravedad de la Historia. Villalta y **Enrique Gil** se fueron, porque tenían que dar infinitos pasos para organizar el entierro de *Fígaro* con el mayor lucimiento posible, y me quedé solo con el poeta, el cual, de improviso, dio un fuerte golpe en el brazo del sillón, diciendo: «¿Qué demonio! Ha hecho bien». Yo rebatí esta insana idea como pude, y para distraerle recité versos, de los cuales ningún caso hacía. A media tarde entró de nuevo Villalta con Ferrer del Río y Pepe Díaz. Espronceda sintió frío y se metió en la cama. Yo, caviloso y cejijunto, hacía mis cálculos para ver de dónde sacaría la ropa de luto que necesitaba para el entierro...

Así nos presenta Galdós a Gil en la ficción, por medio del que fuera en la realidad amigo suyo Miguel de los Santos Álvarez –que entonces componía versos en la línea de Espronceda–, en esa carta tan bien

redactada aunque sea apócrifa, pues más adelante se descubre que no ha sido Miguel quien la ha escrito... Bueno, a lo que nos importa aquí: llama la atención que Galdós haya imaginado que fuera Gil y Carrasco el primero en correr hasta la habitación donde se reponía Espronceda de su enfermedad para notificarle el suicidio del grandísimo Larra. ¿Por qué Gil, señor Galdós? Y no solo eso, sino que lo encargase también de organizar el sepelio del suicida.

Enrique Gil, Gil y Carrasco, la persona y el personaje: ambos estaban destinados, en la vida y en la ficción, a jugársela muy pronto con las carambolas del suicidio y los dados de la muerte. ¿Acaso ignoraba Galdós las tentaciones suicidas que había sufrido Enrique Gil? ¿No había leído su poema en prosa *Anochecer en San Antonio de la Florida*? ¿Y acaso ignoraba Galdós que, pocos meses después del entierro de Larra, Gil recibía la noticia de la muerte de su padre (en septiembre), la de su íntimo amigo Guillermo Baylina (en octubre), y la de su amada del alma Juana Baylina (en noviembre)? O tal vez por eso mismo quiso Galdós dejarlo retratado así, en esa escena diseñada con los colores del suicidio y de la muerte.

A raíz de la muerte de Juana Baylina compone Gil *Una gota de rocío*, que es leída en diciembre por Espronceda en el Liceo, recibe grandes aplausos... y será el comienzo de una brillante y brevísima carrera literaria...

“Era moda entonces –confiesa el narrador del episodio titulado *Mendizábal*-- morir en la flor de la edad, tomando posturas de fúnebre elegancia. Habíamos convenido en que seríamos más bellos cuanto más demacrados y entre las distintas vanidades de aquel tiempo no era la más floja la de un fallecimiento poético, seguido de inhumación al pie de un ciprés de verdinegro y puntiagudo ramaje”. solo que Gil atraparé una real tuberculosis que lo estrangulará nueve años después.

En 1843 se halla en la plenitud de su carrera. Es uno de los más famosos críticos literarios del país. Asiste a los estrenos teatrales para luego reseñar con maestría algunas piezas dramáticas en el periódico donde se gana la vida. Es posible que llegara a constituirse en uno de los más apreciados mentores de los elegantes caballeros y bellísimas damas maduras de la alta sociedad que amaban y se amaban en los lóbrogos

teatros madrileños. No es improbable. Y así debió de pensarlo Galdós cuando en el capítulo quince de *Bodas reales* – cuya acción se sitúa en Madrid en los días previos a la boda de Isabel II con Francisco de Paula– metió en una escena muy teatralera y romántica a don Enrique Gil codeándose con animadísimas señoras viudas a las que ofrece entradas de palco para que aplaudan a rabiar la obrita que van a contemplar en el Teatro de Variedades. He aquí el texto:

Entre los muchachos que solían ir a la tertulia de la viuda de Navarro, descollaban: Rubí, que de autor de piecicillas andaluzas había subido a la jerarquía de dramaturgo famoso; Campoamor, ya célebre como lírico de mucho aquel; Navarrete, escritor de costumbres, y **Enrique Gil**, poeta y crítico. Íntimos de este eran los Asquerinos, dos hermanos muy simpáticos que hacían dramas. Anunciábase uno de Eusebio en el teatro de Variedades, con el título un tanto estrambótico y trabalenguas de *Obrar cual noble con celos*, y Jenara alcanzó de **Enrique Gil** el obsequio de dos palcos para el estreno, comprometiéndose a ejercer de alabarda toda la noche con sus amigos hasta sacar a flote el drama, cualquiera que fuese su mérito. Uno de los palcos ocuparíalo la viuda; el otro sería remitido *de parte del autor* a unas damas andaluzas que infaliblemente invitarían a sus *habituados* Terry y Alejandro Llorente, a la sazón inseparables. Una vez colocado *a tiro hecho* el galán esquivo, Jenara le saludaría, llamándole a su palco para *decirle dos palabras*, y en el acto, con hábil maniobra, se efectuaría la tangencia de aquellos dos planetas de amor, que andaban despavoridos por los cielos buscando un punto en que juntar sus órbitas. Pero el drama, anunciado con tanto bombo, *Obrar cual noble con celos*, no llegó a representarse, y el plan quedó diferido en los propios términos para el estreno del drama de Valladares y Saavedra, *Para un traidor un leal* y *Juicios de Dios*, en el mismo Teatro de Variedades...

Y podríais deteneros finalmente en la lectura de este reclamo teatral que copiamos de uno de los números del *Semanario Pintoresco Español*. Aquellos sí que eran tiempos propicios para el teatro:

El teatro de **VARIEDADES** vá dando progresivamente señales marcadas de vida y animacion, y todas las noches está lleno de una brillante sociedad, en especial de jóvenes bellas y elegantes. Se ha representado aqui el primer drama original, de los tan anunciados en todos los periódicos, y que lleva por título *El hijo del pueblo*; es una produccion lindísima, salpicada de magníficos pensamientos, y ostentando una robusta y rica versificación; sus autores los jóvenes la Rosa y Cerro han sido dos noches llamados á la escena, donde el público les ha tributado su justa admiracion. La segunda noche de la representacion de este drama se estrenó una linda y chistosísima pieza de nuestro amigo Villergas, titulada: *El Asistente*, que gustó mucho, como no podia menos de suceder, siendo de tan fecundo y original poeta. Se disponen en la actualidad dos dramas nuevos y originales, titulados: *Obrar cual noble con celos*, del señor Asquerino (Eusebio) y *Para un traidor un leal*. Aconsejamos á nuestras bellas que concurran á este teatro, porque darán en él un rato de solaz.





## El amigo villafranquino de Enrique Gil: Joaquín del Pino

Evidencia, novedad y transcendencia de una perspectiva local sobre su vida y su obra.

HÉCTOR J. SILVEIRO ARES  
Y HÉCTOR M. SILVEIRO FERNÁNDEZ<sup>57</sup>



La biografía de Gil a pesar del encomiable esfuerzo de J. L. Picoche, su biógrafo más citado, sigue teniendo lagunas que nos imposibilitan conocer mejor y valorar en su totalidad al autor, cuando no evitar interpretaciones erradas. Su vida adolece de una mirada nueva que incorpore toda una serie de evidencias inéditas, ocultas hasta hoy. Nuestro esfuerzo por ampliar el conocimiento de la figura de Gil se centra en desvelar la verdadera extensión de sus amistades, conocidas

---

<sup>57</sup> Es justo reconocer que Héctor J. Silveiro Ares fue descubridor de las evidencias esenciales de este texto y responsable de la filosofía que lo engendró. Héctor M. Silveiro Fernández se ocupó de documentar y redactar este ensayo.

unas, desconocidas en algún caso y, en otros, poco o nada estudiadas, entre las que se encuentran varios bercianos.

Desvelamos en su bicentenario especialmente la mirada de un amigo de la infancia, su amigo villafranquino, Joaquín del Pino, el mejor testigo del poeta de las pérdidas y huidas que cantó a la violeta. Nos acercaremos en paralelo al *modus vivendi* de Gil y de Joaquín, al que alguien llamó su “hermano político”<sup>58</sup>. Revelaremos una nueva visión de ambos personajes, ampliando el conocimiento y documentando sus vidas, hasta donde nos fue posible. Finalmente caminaremos en la búsqueda de conclusiones con el afán de superar interpretaciones erróneas, fobias inciertas que se le achacan que, no solo provocarán una relectura de su relación con Villafranca y El Bierzo, sino también una visión global más detallada y fiel, capaz de modificar y redimensionar, a partir de este año romántico, los estudios ya realizados sobre su vida y su obra, descubriendo un Gil más berciano y con menos vacíos biográficos.

Hay obviedades que por evidentes que sean tardan en asentarse a la vista de todos como hechos verdaderos. Algo así pasó hasta ahora con la esencia de este pequeño, pero denso, trabajo de investigación que parte de una evidencia inédita *perdida entre los sucesos y los hombres*: Joaquín del Pino mantenía una relación de estrecha amistad con el cantor romántico del Bierzo, Enrique Gil; eso era sabido, pero lo que no lo era fue descubierto gracias a nuestro interés por la lengua gallega, propia de nuestra comarca, y por otro poeta berciano del XIX, también cantor de su paisaje y del paisanaje “na fala galego-berciana”, Antonio Fernández Morales<sup>59</sup>, quien nos llevó a desvelar un dato singular como es el que Gil, Morales y Pino fueran socios de la Sociedad de Teatro de Villafranca en 1843. Y este dato puso ante nuestros ojos otra evidencia, esta falsa, sobre la que se venía insistiendo: la de que Enrique Gil, dicho de una manera sencilla y vulgar, no quería saber nada de Villafranca. Esa aseveración, tejida por la crítica posterior a su muerte, es ahora arbitraria y discutible. Estos nuevos datos ponen en entredicho ciertas

---

<sup>58</sup> Gumersindo Laverde en el prólogo da las *Poesías líricas* cita a Pino al ser este quien por su proximidad con el poeta conservaba una completísima colección de su obra («Dos Palabras», p. VII, Madrid, 1873; en BGC-I, *Poesía*, ed. facsímil, 2014.

<sup>59</sup> Antonio Fernández Morales (1817-1896) es el autor de los *Ensayos poéticos en dialecto berciano*, León, 1861, poemario con cerca de 8000 versos en gallego oriental.



afirmaciones que defienden investigadores tan prestigiosos y escrupulosos como Jean-Louis Picoche, uno de los más reconocidos expertos que se ocuparon de nuestro autor<sup>60</sup>.

### Partiendo del ensueño

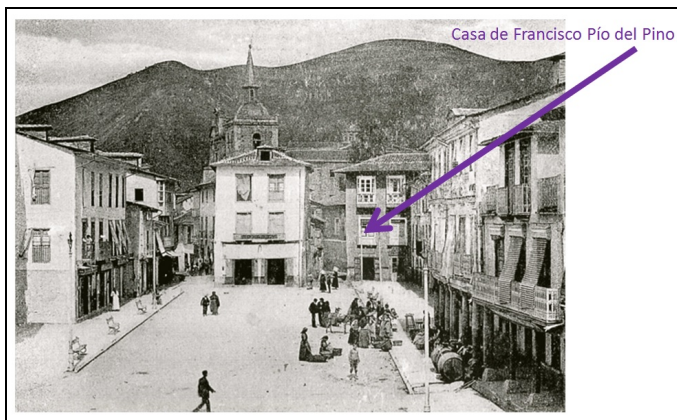
Esta evocación que dos siglos después se hace de Enrique Gil desde su Bierzo natal, parte de la huella de aquel “ensueño” con que el hermano del malogrado poeta, Eugenio Gil, nos lo retrataba. Eugenio cita varias veces a Joaquín en momentos transcendentales de su peculiar biografía de Enrique, pero no acertó a dejar para la posteridad una referencia inequívoca de algo que él sabía, y que sorprendentemente pasó desapercibido a los restantes y más distanciados biógrafos del siglo XX (como Jorge Campos, Ricardo Gullón, el mismo Jean-Louis Picoche...). Tampoco se desveló en lo escrito por autores locales que luego se acercaron al poeta en el siglo XX como Manuel Santín o Ramón Carnicer, ni tan si quiera aparece en la magnífica reseña realizada, ya en el presente siglo, por Juan Carlos Mestre (cuyo coautor es M. A. Muñoz) aunque bebe de una perspectiva biográfica innovadora<sup>61</sup>. Este último trabajo, a pesar de aportar novedades relevantes y sustanciosas que iremos comentando, inició esa nueva orientación e invita a revisar desde lo local la biografía de Gil, pero no acertó con este dato que va ser el punto de partida de nuestra investigación. Nos referimos al hecho de que Enrique y Joaquín se conocían desde su infancia en la villa en la que hoy reposan los restos de ambos, en esa capital histórica y cultural del Bierzo que vio nacer a nuestro autor. Una amistad que va a estrechar más sus vínculos con su tierra natal y que, parafraseando a Vicente Fernández Vázquez: “Creemos de gran transcendencia no solo por lo que significan en la vida de Gil y Carrasco, sino por la influencia que tendrán en la obra, y lo que quizá sea más importante, en el carácter del propio Enrique”.

---

<sup>60</sup> Y que se impuso a las intuitivas de otros investigadores anteriores como las de los astorganos J. M<sup>a</sup>. Goy y Ricardo Gullón.

<sup>61</sup> *La nueva mirada sobre Gil* que realiza nuestro admirado investigador Vicente Fernández Vázquez hace uso de contundentes argumentos y distintos documentos que se complementan con los inéditos que traemos en el presente trabajo, ofreciendo datos muy reveladores que robustecen esa novedosa visión que coincidimos en reclamar.

## La familia Del Pino en Villafranca



62

Podríamos comenzar nuestra historia en el mismo año en el que se declara como capital de provincia a Villafranca del Bierzo, tras el comienzo del convulso siglo XIX con las guerras napoleónicas como telón de fondo y el auge de las reivindicaciones liberales, porque será también esta villa el lugar en la que se instala definitivamente, en ese mismo año de 1822, una familia, la de Francisco Pío del Pino y de la Vera y Juana Romero Francia con sus hijos<sup>63</sup>. Pero, de todas formas, los documentos consultados nos invitan a retrotraer a 1811 el comienzo de nuestro trabajo, al 25 de diciembre de ese año. Es la fecha en la que Francisco Pío se casa en dicha capital berciana, de donde era natural Juana, su esposa, siendo testigos, Francisco Francia (tío de Juana y regidor decano de la villa) y Felipe Sierra Pambley, de la Junta Suprema del Reino de León<sup>64</sup>, desplazada a esta población a causa de la guerra con Napoleón.

---

<sup>62</sup> Da idea de lo popular que fue la familia Pino en Villafranca el hecho de que la casa que ocuparon (hoy derruida), cuya parte baja daba paso a un camino cara a Pobladura da Somoza, aún hoy se conoce entre los vecinos como Callejón de Pino.

<sup>63</sup> Francisco Pío es hijo del Virrey del Río de la Plata Joaquín del Pino de hecho naciera en Montevideo 1786. El primer apellido de Francisco Pío es Núñez, habitualmente lo omiten como comprobamos reiteradamente en los numerosos documentos consultados para esta investigación sobre esta familia del Pino, una amplia información que por su extensión optamos por no de incorporarla al completo en el presente texto y serán objeto de futuros trabajos.

<sup>64</sup> Acta matrimonial en el Archivo Parroquial de Villafranca del Bierzo en el libro 20, fol.175 v y 176 facilitada por el párroco D. Tomás Alija.

Coincidiendo con la llegada y la estancia de Juan Gil, el padre de Enrique, en esta villa, Francisco Pío pasa unos años en la misma, pero no tardará en ser reclamado para ocupar de nuevo su cargo en la oficina de consolidación en la capital leonesa, razón por la que el matrimonio pasaría a residir en León por un tiempo. Allí, en León, nacería su segundo hijo, Joaquín. Joaquín del Pino y Romero fue bautizado el 2 de junio del año 1814. En su partida de nacimiento dice que su padre es el tesorero principal de la provincia, y que asistieron como padrinos, desplazándose para la ocasión, Francisco Francia, su tío abuelo, y María Martina, su abuela, dando fe así de la proximidad a Villafranca con la que nacía Joaquín, a pesar de hacerlo en la parroquia de San Juan de Regla de la Catedral de León.

Es curioso, y no parece fruto de la casualidad, ni de poca transcendencia para nuestro trabajo, el hecho de que Francisco Pío emerja en distintos documentos en León capital en dos momentos álgidos del liberalismo. A la vez, su estancia en Villafranca coincide también con estos acontecimientos. El primero de ellos es el de los ilustrados y liberales constitucionalistas de la colegiata de esta villa berciana, de la que salieron importantes diputados en las Cortes de Cádiz. Francisco, que participa indirectamente en aquel proceso<sup>65</sup>, ya era un destacado defensor del liberalismo en León, capital en la que ejerce como intendente de la Sociedad Patriótica y como Teniente de infantería en la Milicia Nacional. Su implicación política e ideológica será el motivo por el que fue represaliado posteriormente por la camarilla del rey felón Fernando VII. Recordemos que de aquella la Sociedad Patriótica de Villafranca reivindica a las Cortes la capitalidad de una provincia. Si en León, como nos consta, Francisco Pío no pasó desapercibido por su notoria militancia liberal, tampoco ocurriría algo más tarde en El Bierzo, después de ser Villafranca declarada provincia.

---

<sup>65</sup> Waldo Merino en *El Bierzo y las montañas resisten. Reforma y Renovación de la Junta de León 1810* se cita a Francisco Pío como Tesorero de la Junta trasladada a Carracedo, p. 53 de la revista *Tierras de León*, número 73, año XXVIII, diciembre 1988.

## La familia de Gil en Villafranca

En Cádiz, un 13 de agosto de 1811, Juan Gil<sup>66</sup> nacido en Peñalcázar (Soria), se casa en segundas nupcias con Manuela Carrasco y Romero, natural de Toro (Zamora), que era la criada de cámara de la marquesa de Villafranca. Ese mismo año de 1811, parten para Villafranca para que Juan Gil ejerza como administrador de su marquesado. La familia reside en una casa arrendada en el barrio del Pontón de la Barburíña en 1812. Estos hechos nos hacen pensar en un más que posible primer contacto de las familias de Gil y del Pino antes del nacimiento de sus hijos, Enrique y Joaquín.

Comprobamos que efectivamente en 1813 aparece Juan Gil residiendo en la parroquia de Santiago en medio de un listado de vecinos que deben contribuir con una cuota anual por contribución extraordinaria de guerra, entre los que también encontramos a Francisco Pío, pero este viviendo en otra parroquia, la de San Nicolás<sup>67</sup>. Era un excelente gestor, emprendedor, dialogante, como demuestra en varias de las gestiones que realiza para el marquesado. En 1815 Juan Gil logra confirmarse en el cargo de mayordomo y tesorero del Cabildo de la Colegiata de esta villa, con el cual ya llevaba trabajando desde el 8 de noviembre del 1814.

## El nacimiento de Enrique y su infancia feliz

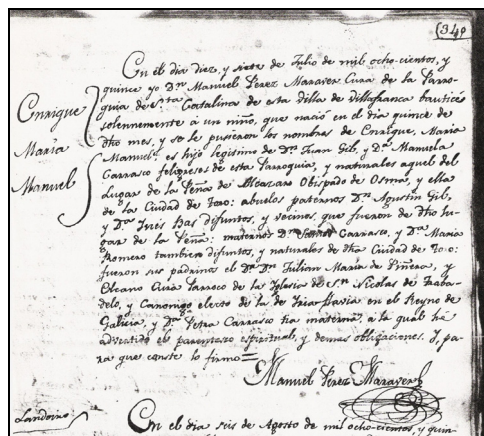
Enrique María Manuel Gil y Carrasco nació un 15 de julio de 1815 en la casa número 15 en la rúa mayor de la villa, conocida popularmente como Calle del Agua. El futuro escritor es el segundo hijo de la familia. En la búsqueda de documentación local sobre estos años constatamos, entre otras cosas, que en prácticamente todas las actas municipales de Villafranca, de las sesiones del año 1818, aparecen juntas las rúbricas de Francisco Francia, tío y padrino de Joaquín del Pino y Juan Gil, el padre de Enrique, lo que corrobora que ambas familias mantuvieron un cierto trato. En esta corporación está también J. M. Sánchez Ulloa,

---

<sup>66</sup> Vicente Fernández, *La alargada sombra de D. Juan Gil*, revista *BIERZO*, Basílica de la Encina, Ponferrada, septiembre 2015.

<sup>67</sup> Datos que encontramos gracias a Abel López Molanes en el Archivo Municipal de Villafranca (aún pendiente de una catalogación completa y definitiva) en una carpeta con una serie de papeles sobre los años de la Guerra de la Independencia.

señor de Arganza, cuya amistad con la familia Gil es conocida. Este último, el corregidor, tenía a Juan Gil como administrador de sus bienes. Juan Gil y Francisco Pío vuelven a aparecer en una misma relación de pagos, semejante a la del 1813, pero esta vez en 1822.



68

En el transcurso de diez largos años, sería muy raro que no se produjera algún tipo de relación. Bien fuera un trato intermitente y distante, como es lógico que se diese inicialmente (ya que Francisco Pío tuvo este lugar como una segunda residencia desde el año 1814<sup>69</sup>) o bien, en la década de los 20 en los que se instala aquí con carácter más permanente. Perteneían ambos a una clase social acomodada y distinguida, uno, Francisco, hijo de un Virrey, el otro Juan, apoderado del Marqués. Además, los dos matrimonios contaban con hijas (ambas de 8 o 9 años) e hijos pequeños de aproximadamente la misma edad que facilitarían la ocasión de encuentro en algún evento festivo, acto religioso o político de entre las mil ocasiones que, los padres y también sus hijos, Enrique y Joaquín, pudieron tener para intimar.

### Un suceso inesperado a la sombra de la capitalidad provincial

El estudio de Picoche apuntaba muy acertadamente lo que Fernández Vázquez confirma con claridad y contundencia. Las relaciones y

<sup>68</sup> Partida de Bautismo de Enrique Gil (foto cedida por D. Alejo Sandes).

<sup>69</sup> Conocimos otro escrito de 1816 dirigido a Juan Gil por varias personas rentistas, foreros y propietarios de Villafranca en cuya relación, entre los firmantes se transcribe erróneamente Francisco Río del Pino, en vez de Pío, representado por Francisco Francia en documento que reproduce V. Fernández en *La alargada sombra...* p. 34.

posicionamientos ideológicos de Juan Gil varían y se amoldan procurando sacar provecho de cada una de las circunstancias que en aquellos tiempos revueltos se daban; y aunque es un convencido absolutista, no dudó en acercarse al liberalismo cuando este le ofrecía una posible y deseable ocasión de mejora. Esto pudo ser perfectamente lo que provocó, además del roce natural de convecinos en una villa en la que todos se conocen, un acercamiento progresivo e interesado a la familia de Francisco Pío del Pino.

En 1821, al enviudar, la marquesa de Villafranca descubre un desfalco en sus cuentas. Su administrador, Juan Gil, había dejado de ingresar una considerable suma de dinero y esto le ocasiona su destitución. La marquesa nombra a Joaquín Bálgora nuevo administrador titular y le encarga, inteligentemente, requerir a Juan Gil el dinero que este le debe.

Enrique era un niño de seis años, a causa de la edad no se percató de las dificultades por las que pasaba su familia en la villa del Burbia y tampoco lo hicieron gran parte de sus convecinos. Los puestos de administrador del Cabildo de la colegiata y del señor de Arganza, en los que permanece, le permiten poner sus miras en otro objetivo. Ahora que Villafranca es capital, Juan Gil puede optar al cargo de la Tesorería de la nueva Diputación Provincial villafranquina. También fue esa la razón que le lleva a ingresar en la floreciente Sociedad Patriótica de esta villa<sup>70</sup>, valiéndose de su proximidad a hombres de intachable perfil liberal como Fco. Francia o Fco. Pío del Pino. Pero, en el otoño del año 23, con la vuelta del absolutismo al poder, se declaran nulas las actuaciones del gobierno constitucional, dejando en suspenso la provincia de Villafranca del Bierzo.

De ahí que el padre de Enrique dirija su mirada hacia Ponferrada, interesado en la obtención de la plaza de administrador en la oficina de Rentas Reales de Ponferrada que estaba vacante. Ese empleo y la propia disposición de la marquesa son las claves del acuerdo al que llega finalmente en el asunto del desfalco en las cuentas del marquesado. Al lograr el puesto citado en Ponferrada, Juan Gil acepta pagar a plazos en los tres años siguientes la cantidad de 20.114 reales. Fijémonos que el

---

<sup>70</sup> Fernández Vázquez, Vicente, op. cit. p. 21.

documento está redactado por el escribano José González Puga en noviembre del 1823<sup>71</sup> e insistamos en que, contrariamente a lo que se venía diciendo, ese desfalco, descubierto en 1821, no produce como reacción inmediata el abandono de la villa ni mucho menos una separación irreconciliable con los villafranquinos.

*Administracion al Marquesado de Villafranca*  
*N.º 13.*  
 Pagaron los señores Don Agustín Man<sup>l</sup> Álvarez y Colado y  
 Don Juan Castiella, como Alcaldes del año último, en esta  
 a mi cargo, ocho mil ú. m. por los tres tercios a Alcald.  
 correspondientes al año de ochocientos diez y seis, y para re-  
 resguardo lo firmo en Villafranca a 4 de Enero de 1817

*Son 8.000 ú. m.* }      *Juan Gil*  
*Gil*

72

### La infancia perdida de Enrique Gil en Villafranca

El carácter de las personas se forja en la más tierna infancia y aunque se define y decanta en la adolescencia, son los primeros años de la vida, las primeras experiencias reveladoras del ser, las que nos configuran. “La gentil y vistosa infancia delicado y puro sueño” —así la describía nuestro autor— la entendía Gil como semejante a un sueño, sabedor que la literatura es la mejor metáfora de nuestros sueños. El entorno familiar, las vivencias primeras que luego afloran en un poeta como Enrique, su entorno natural, convierte en sumamente importante cualquier información sobre aquellos primeros años. Aquella Villafranca de “memorias de bellos días y purísimos recuerdos” de su infancia primera en la que, además de la familia, están los primeros amigos, engendra al futuro poeta.

¿Quiénes eran los amigos del Enrique niño en aquella infancia feliz?

<sup>71</sup> Picoche en su tesis *Un romantique espagnol: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, p. 1205 -1208, reproduce este documento aunque con un pequeño error al decir que el apellido del escribano es Pugas, en lugar de Puga.

<sup>72</sup> Recibo de Juan Gil como administrador del marquesado de Villafranca (4-1-1817).





imaginamos a los tres niños juntos, después de las clases, pasar a los céntricos jardines de la casa de la abuela de Joaquín a merendar y enredar.

Quizás el descubrimiento de la muerte pone fin a ese delicado y puro sueño de la inocente infancia y siembra en él ese espíritu melancólico que le acompañará de por vida. Una muerte infantil marcó profundamente al Enrique niño. Contagiado desde entonces con la tristeza que arrastró a su madre sumida en la depresión por la pérdida que no le pasaría desapercibida a sus siete u ocho años. Se llamaba Pelayo Pablo, iba a ser el quinto hermano. Nació en el mes de junio del 1822<sup>74</sup>, pero su muerte empaña los recuerdos de la villa donde confluyen las evocadoras aguas del Burbia y del Valcarce:

Gota de humilde de rocío,  
delicada,  
sobre las aguas del río...  
¿Eres el alma de algún niño  
que murió  
y que el materno cariño  
demandó?...

### **Gil en Ponferrada: el crepúsculo de la niñez entre las nieblas**

Tras concluir el Trienio liberal, la nominación como administrador de la Rentas Reales en Ponferrada fue hecha por la Regencia absolutista de Madrid, un momento delicado de persecución y condena del liberalismo, lo que nos da una idea de la transcendencia de ciertos posicionamientos públicos de Juan Gil (tanto los hechos en Villafranca<sup>75</sup> que ya tocaba olvidar y ocultar, como los que ahora debía realizar en Ponferrada). De nuevo documentos fechados posteriormente (1825) nos desvelan con claridad que Juan Gil hace un alarde de su verdadera ideología manifestándose un convencido realista al instalarse en Ponferrada, “enemigo declarado de la libertad y del gobierno constitucional”, e incluso miente, dice tener 46 años para poder optar,

---

<sup>74</sup> Cuya acta de defunción no aparece ni en Villafranca ni en Ponferrada según Picoche, op. cit., p.19.

<sup>75</sup> Francisco Pío fue expedientado y perdió su empleo en 1823 según consta en su expediente del Ministerio de Hacienda 1503, exp. 384.

en los Tercios de Voluntarios Realistas de Infantería de Ponferrada, a la plaza de subteniente. También parece mentir al hacer constar que Juan Gil “jamás haya correspondido a cuerpo ni sociedad alguna liberal”<sup>76</sup>.

El 19 de septiembre de 1823 Juan Gil asume su nuevo cargo en Ponferrada. El resto de la familia, se traslada probablemente en el 1824. Sobre los estudios de Enrique todos los biógrafos citan su paso por los agustinos de Ponferrada y, ya adolescente, por el monasterio benedictino de Vega de Espinareda y luego el Seminario de Astorga. Insisten en hablar de las amistades ponferradinas de Gil, que cultiva en los períodos veraniegos, pero lo cierto es que existen muy pocos datos al respecto.

Augusto Quintana sitúa un encuentro idealizado en el verano 1831 con los hermanos Baylina (hijos de un comerciante vecino y de ideología liberal). No nos debe extrañar la convivencia entre personas de distinta ideología (de hecho el empresario liberal Nemesio Fernández y su mujer Petra González serían los prestamistas de los que Juan Gil echó mano para poder abordar un desembolso de 60.000 reales y acceder al cargo al que optaba, una de las pocas relaciones constatables de la familia).

Quizás las amistades de Enrique se fueron abriendo camino desde el Seminario de Astorga, donde estaban personajes de tendencia liberal, como Lorenzo Fuentes, que pudieron entablar amistad con aquel Enrique quinceañero en la capital maragata,<sup>77</sup> facilitando una evolución ideológica en él a pesar de los postulados retrógrados de su padre. Miguel J. García<sup>78</sup> concluye que los Gil no participaron en las instituciones de los ponferradinos, incluidas las religiosas y “permanecerán asimismo aislados socialmente”.

Además de los habitualmente citados, Guillermo Baylina (nueve años mayor que Enrique) y su hermana Juana (nacida en 1817), a los

---

<sup>76</sup> Falsedad que se confirma en el documento que cita Vicente Fernández en la p. 83 de la revista *Bierzo* (Ponferrada, 2001), relacionado con los problemas que a posteriori surgen en Ponferrada de 16 de diciembre de 1831, A.H.P.L. Secc. Protocolos. C-2697, fols. 82-83.

<sup>77</sup> Como se dice literalmente en la p. 13 del libro *Lorenzo Fuentes*, de Miguel A. González. Ponferrada (2008).

<sup>78</sup> Los artículos: *El entorno familiar de Enrique Gil. El otro Enrique*, Estudios Bercianos núm. 39 (2015) y *La Ponferrada de Enrique Gil y Carrasco* (*Bierzo*, Ponferrada, 2015).

que alude el propio autor, se puede deducir un cierto trato también con José Fernández Carús, pues en el *Bosquejo* el propio Gil nos lo describe como “sujeto de instrucción y talento nada comunes...”, aunque era de la edad del hermano mayor de los Baylina, Pedro, con los que mantuvo cierta proximidad. Desconocemos si perdió el contacto con sus amistades de la infancia villafranquina, que de ser así, no tardará en recuperar. El clima social en aquel momento estaba ciertamente enrarecido por las disputas ideológicas entre realistas y liberales a las que empieza a ser sensible nuestro autor. Las escasas amistades que le rodean pertenecen a la burguesía liberal local. Por otro lado, además del contacto con nuevos amigos y nuevas ideas en el Seminario, Enrique ha pasado por dos experiencias cruciales como son la separación del ámbito familiar y del Bierzo<sup>79</sup>.

En julio de 1831 Gil acabará sus estudios en Astorga, pero no será hasta el mes de enero del 1832 cuando llegue a Valladolid. La razón principal de aquel retraso está, no tanto en el cierre de las universidades, como en el hecho de darse una circunstancia lesiva contra su familia. En Ponferrada, el 20 de octubre de 1831 salta un nuevo escándalo contra su padre del que Enrique ya va a ser plenamente consciente. El abogado Pascual Fernández Baeza en nombre de Enrique Rodríguez Cónsul presenta un escrito ante el Superintendente General de Hacienda para que se indague sobre la mala medida de la sal que, en la administración subalterna de Villafranca, dependiente de Ponferrada, daba Juan Gil a los aldeanos “principalmente a aquellos que se les veía miserables”. Verificados los abusos ante la Dirección General de Rentas, se tramita la denuncia. El 16 de diciembre 1831, Enrique Rodríguez Cónsul presenta la fianza en la causa procediéndose de oficio contra Juan Gil<sup>80</sup>.

---

<sup>79</sup> Picoche dice acertadamente: “La estancia en Astorga tuvo que producirle un choque moral. Lejos de la familia y del Bierzo, iba tomando contacto con la dureza de la meseta. De este choque nació seguramente el contraste permanente entre ambas regiones en la obra del escritor” [*Un romántico español*, p. 25].

<sup>80</sup> Pese a lo que afirma Picoche en su tesis en la que rebate las opiniones de los biógrafos precedentes como Lomba y Pedraja que aluden a persecuciones ideológicas y dificultades materiales, los datos de Vicente Fernández Vázquez certifican que Juan Gil estaría suspendido de empleo desde el último trimestre de ese año 1831.

A pesar de esta situación, Juan Gil el mes de enero de 1832 compra una casa en la plaza de las Eras con un préstamo hipotecario y envía a estudiar a Valladolid a Enrique. En febrero del 1832, Juan Gil y su contador reaccionaron a la denuncia echando mano de argumentos ideológicos aprovechando para contraatacar los vientos conservadores que corrían y así determinaron acusar a los abogados Varea, Fernández Baeza y Pérez, a Manuel García, administrador de la Casa de los Niños Expósitos y al administrador de Correos, Enrique Rodríguez Cónsul, de ser “enemigos del altar y del trono y de ideas pérfidas, asegurando ser bien conocidos por sus ideas contrarias al régimen constituyente y que se reunían en casa de Varea formando Junta o Club de conspiradores y de revolucionarios”.

Desde 1832 al 20 de agosto de 1836 la progresiva ruina y aislamiento de los Gil en Ponferrada se consuma. Eugenio, el hermano de Gil, retrata esta pésima situación familiar diciendo: “Desgracias imprevistas pusieron repetidos estorbos a la prosecución de sus estudios, al paso que disminuyeron considerablemente las facultades de la familia”<sup>81</sup>. La *alargada sombra* de Juan Gil condicionó a Enrique a la hora establecer nuevas amistades en Ponferrada. Acudiremos a su estancia en Valladolid para lograr definir mejor sus amistades y su evolución personal.

### **Joaquín y Enrique en Valladolid, entre villafranquinos y bercianos**

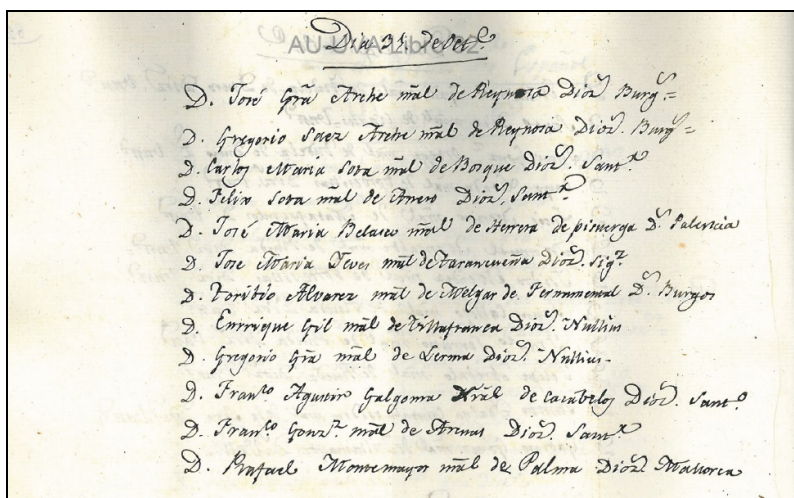
Tras nuestras consultas en el Archivo Universitario de la Universidad de Valladolid en los Libros de Matrículas en Leyes, comprobamos que entre los matriculados del 1828 al 1836, es decir, en cursos próximos a Joaquín del Pino y a Enrique Gil, hay un pequeño, pero importante grupo de bercianos, algo en lo que ninguno de los biógrafos había reparado<sup>82</sup>. Destacamos a los villafranquinos Manuel González Puga, Pedro Ildefonso Ovalle, Antonio M. Quintano, Fernando Álvarez de

---

<sup>81</sup> Precisamente pasó desapercibido hasta ahora, incluso a Vicente Fernández y a Miguel J. García, que Eugenio empezaría a trabajar como escribiente en Ponferrada (ver exp. 182 del Ministerio de Hacienda 3091, en el AHN) aportando al sustento familiar una cantidad insuficiente para abarcar la gran cantidad de deudas que acumulaba Juan Gil.

<sup>82</sup> Ya dijimos que ni los investigadores bercianos ni Picoche cayeron en la cuenta nunca de que Joaquín del Pino tuviese tanta relación con El Bierzo, pues él nació en León.

Toledo, Antonio Pérez. Localizamos también otras tres personas que pudieran ser conocidos de Enrique. Una de Ponferrada, un tal Esteban Fernández Carús que debía ser de todos modos algo mayor que Gil, estaba en 2º en 1827-28 y era familiar del político liberal ponferradino, José Fernández Carús, ya citado. La otra es de Cacabelos, un tal Fco. Agustín Bálgora al que tampoco descartamos que tenga vínculos con nuestro autor.



83

Entre los alumnos en Leyes del año 1833 está Juan Quiñones de Campo Naraya (*sic*)<sup>84</sup> que años más tarde ostentará el título de IV Marqués de Montevirgen, y al que debemos, por lo que más abajo comentaremos, incluir entre los contactos y amigos bercianos de Gil. Otro personaje que pasa por Valladolid será Pelegrín Saavedra Osorio, que está muy vinculado tanto a Ponferrada como a Villafranca<sup>85</sup>.

<sup>83</sup> Detalle de las matrículas del curso de 3º de Leyes en la Universidad de Valladolid donde figura Enrique Gil. Archivo de la Universidad de Valladolid.

<sup>84</sup> Estos nombres aparecen en distintas fechas y cursos en los libros de Matriculados cuya relación es: M 82 Fol. 31 v, M 82 Fol. 37r, M 82 Fol. 38r, PruebasT.169, PruebasT.170, M 82 Fol. 81 v, M 82 Fol. 82 v, M 82 Fol. 83 r, M 82 Fol. 85 v, gestión realizada personalmente a través de una de sus encargadas del Archivo Universitario de Valladolid, Carmen Giralda Ortega.

<sup>85</sup> Conocemos estos datos gracias al informe de la Chancillería facilitado generosamente por Rafael Goyanes González, del que también echó mano Miguel J.

Además, para ilustrar esta etapa un “misterioso destino”, como diría Gil, puso ante nuestros ojos un pequeño lote de cartas autógrafas de Francisco Pío dirigidas a su hijo, que este guardó toda su vida. Por una de las primeras (escrita el 27 de octubre de 1829) sabemos que Joaquín se trasladó a Valladolid con 14 años y que su padre, pendiente de su formación, tiene muy presente la importancia de las amistades “por eso debe ser el primero de tus cuidados la elección de estos (amigos) buscándolos no por cualidad de complacientes, sino por su honradez, buena educación y costumbres”. En todas las cartas le envía a Joaquín “memorias” a los compañeros entre los que están amigos de la infancia y adolescencia de Villafranca como Puga, pero a los que ineludiblemente sumamos al propio Enrique, además de esas nuevas amistades hechas en la capital castellana como J. M<sup>a</sup> Ulloa, de Medina del Campo, y Miguel de los Santos Álvarez, de Valladolid<sup>86</sup>.

En la correspondencia de los Pino, aunque no se conserva ninguna carta de Enrique, su nombre emerge, cómo no. Joaquín tuvo que esperar al curso de 1831-32 para matricularse oficialmente en Leyes. Coincide así en el 1º curso con Enrique que se incorpora al mismo en enero de 1832; y durante su estancia en esta ciudad, no se van a separar el uno del otro, por lo que cobra especial interés cada uno de los detalles que las cartas de Francisco Pío revelan<sup>87</sup>. Lamentablemente el 7 octubre de 1833, Francisco Pío del Pino, moriría en Villafranca, días después de la muerte del rey Fernando VII, que, curiosamente, había nacido también en el mismo mes y año que el padre de Joaquín. A lo largo de ese curso de 1833-1834 marcado por la triste pérdida de un ser tan querido, Joaquín, que tiene 20 años, estando lejos de los suyos y del Bierzo, atribulado de recuerdos y de ausencias, encontrará con toda seguridad un refugio cálido y gratificante en la persona de Enrique.

---

García en las p. 57-60 para su trabajo *La Ponferrada de Enrique Gil y Carrasco*, Revista *Bierzo*, 2015.

<sup>86</sup> El contacto con Zorrilla es más posible que naciera posteriormente en Madrid como comúnmente se admite.

<sup>87</sup> Por problemas de espacio detallaremos en otras publicaciones aspectos del día a día de un estudiante y de las indicaciones que se relatan, posiblemente muy semejantes a las que, de existir, se intercambiarían Juan Gil y su hijo Enrique.

## Otro amigo villafranquino testigo del despertar del poeta: Manuel G. Puga

Ya hemos hablado anteriormente de Manuel González (de) Puga, hijo de un escribano de Villafranca. Sus padres, José González de Puga y Joaquina Balboa, ambos naturales de esta villa, residían en la calle del Agua, en la que nació su hijo Manuel el 6 de noviembre de 1812, posible compañero de juegos y otras ocupaciones propias de los primeros años de vida de Enrique e Joaquín, como ya comprobamos. En Valladolid era de los amigos más próximos a Joaquín y si Enrique no se equivocó al hacer memoria de su visita pasajera a Madrid, que dice en el *Bosquejo* ser en 1833, bien pudo ser aquella fugaz visita para acompañar a Puga dispuesto a cursar Jurisprudencia en la nueva Universidad Carlos III de la Corte<sup>88</sup>.

Lo más destacable de las tres cartas que se conservan de Manuel González Puga a Joaquín del Pino reside en que se cita expresamente, de una manera afectiva y realmente próxima, a Enrique. La primera está fechada un 28 de diciembre, posiblemente de 1834, en Madrid. Es una carta que responde a otra enviada por Joaquín desde Valladolid y que contenía dos sonetos (que desgraciadamente no se conservaron). Estaban escritos por alguno de los amigos, no estaban firmados con la intención de que Manuel Puga, que los recibe, realice una crítica imparcial. Se trataba de una práctica habitual entre ellos, propia de lectores e escritores principiantes. Por otro lado, la contestación destila una gran sagacidad y conocimiento de la poesía de la época, lo cual vuelve a darnos a entender la familiaridad con la que realizaban este tipo de “juegos literarios” y el afán creativo que rodeaba a este grupo. Se priman ciertos gustos literarios a la moda y la novedad del tema, la fidelidad al modelo, la temática y la forma se tienen muy presentes. Es una muestra verdaderamente interesante de cómo obraban tanto Joaquín como Ulloa o Gil a la hora de escribir un poema. Estamos ante

---

<sup>88</sup>En el transcurso de la investigación en el Archivo Municipal de Villafranca con la inestimable ayuda de nuestro amigo Abel López Molanes, nos encontramos a Manuel G. Puga en varios de los censos realizados a causa de los sorteos a quintas que confirman su paso a Madrid en dicha fecha; datos que luego confirmamos en el expediente personal del que luego llegaría a ejercer de juez.

un documento que nos ilustra cómo despertó el poeta y cuáles fueron sus prácticas de crítica. Manuel se atreve a asegurar que de los poemas enviados, el primero es de Joaquín y el segundo de Pepe (este Pepe no es otro que José M<sup>a</sup>. Ulloa). En la parte final de la carta se dice “Mis recuerdos a Enrique y demás compañeros y recíbelos de tu invariable amigo M. Puga”.

Manuel estaba en el hervidero madrileño donde publicaba la primera generación de románticos y hacia donde dirigían ya sus miradas ineludiblemente, tanto Enrique, como Joaquín.

### **El paso a Madrid: la corte de los sucesos y los hombres**

Eugenio al recordar esta etapa habla de una “tempestad” que no es otra cosa que la discusión que hubo en casa cuando su hermano Enrique anuncia que se va a matricular el próximo curso en Madrid: “Has llegado a Madrid, pero ¡cuán solo, cuán triste y desconocido!” La soledad era la amarga compañera de su viaje a Madrid que emprende sin el consentimiento del padre, sin la alegría y el cariño de las despedidas de su familia de otras tantas veces. Por este enfado, Enrique decide no volver al Bierzo por un largo tiempo.

La insoportable soledad que el poeta emergente siente, a pesar de las viejas y de nuevas amistades, de las representaciones y del bullicio de los tertulianos, tiene mucho que ver con su falta de reconocimiento público, algo que él ansía. Debemos tener muy presente además sus condiciones materiales de vida. Vive en una posada de la calle Segovia, que paga con los pocos dineros que llegan del Bierzo, si es que llegan, porque su padre persiste en su enfado, en sus problemas con la justicia y sobre todo en sus deudas. Enrique no gana nada y él mismo se ve “herido por la pobreza que le había rodeado con su manto de abandono y de privaciones”. De nuevo sus amigos, los más recientes y los antiguos, le serán de gran utilidad en estos momentos críticos. Por más que en distintas biografías (algunas promovidas posteriormente por personas allegadas a él) se venga diciendo que en 1839 remata sus estudios y logra el título de abogado, la última vez que aparece en los archivos de la Universidad Central de Madrid es la matrícula de 1836-37 para sexto de Leyes. Su creciente deseo de forjarse un futuro como poeta está provocando el abandono de la carrera.



¿Por qué se enfada Enrique con su padre? Recientes investigaciones aportan datos muy reveladores de cuál era la turbia situación en la que vivía la familia de Gil. Debido a la denuncia contra Juan Gil por el asunto de la medida de la sal que se produce en Ponferrada en 1831, sobrevienen una serie de acontecimientos como la pérdida del empleo de administrador de Rentas Reales en el 1832, a la que sigue la acuciante descapitalización producto de las deudas, que en 1836 lleva a Juan Gil a tener que vender ciertos bienes vinculados que poseía en su Peñalcázar natal<sup>89</sup>. En este contexto pudo darse tal vez la insistente demanda de Enrique de irse a Madrid para proseguir su carrera, lo que provocará una discusión con su padre, causa del enfado, una insalvable separación y distancia definitiva entre ambos, y finalmente, tras la marcha de Enrique a la capital, la aparición de la enfermedad de los nervios que afecta a la cabeza de Juan Gil en el último año de vida, preámbulo seguro de su muerte. Fallece en Ponferrada un 18 de setiembre de 1837.

Esta muerte, sin dar ocasión de que se produzca una reconciliación entre padre e hijo, le provocará a Enrique una profunda conmoción. Le obsesiona la imposibilidad de despedirse de él<sup>90</sup>. Desde ese momento ya solo será posible en la ficción literaria un entendimiento con su padre. La tesis de Picoche para estos momentos cruciales está claramente errada al defender que el cargo de Administrador de Rentas lo ostentó Juan Gil hasta su muerte y luego será asumido por su hijo Eugenio por lo que la situación económica de la familia no va a empeorar<sup>91</sup>. Según nuestras consultas, Eugenio parece principiar su carrera en la Hacienda como escribiente en Ponferrada. Su expediente dice en 1832, lo que tal vez sea un error de transcripción (en lugar de 1835), pero no será hasta el 1839 cuando, lejos del Bierzo, reciba un buen sueldo y colabore realmente con el sostenimiento familiar.

---

<sup>89</sup> Fernández Vázquez, Vicente, op. cit. p. 7-33

<sup>90</sup> En *Anochecer en San Antonio de la Florida* dice: “Su corazón estaba más tenebroso que de costumbre: su anciano padre descansaba al lado del amigo de su niñez en las tinieblas de la muerte: su madre no le abrazaba más de dos años hacía...” [BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen VIII, *Último viaje*, p. 28]. V. también el poema *El cisne*.

<sup>91</sup> Picoche op. cit. p. 36. En cuanto a Eugenio Gil ver nota 20.

No había pasado un mes de la muerte de su padre, cuando Enrique se entera de una segunda muerte, la de otro amigo de Ponferrada, Guillermo Baylina, a quien dedica un sentido poema, uno de los primeros que conocemos salidos de su pluma. A esta muerte se suma una tercera, la de la hermana de Guillermo, Juana Baylina, que fallece en noviembre y del que se ha dicho que es su amor de juventud<sup>92</sup>.

### Una nube de suicidio

En *Anochecer en San Antonio de la Florida* escrito y publicado a posteriori, en 1838, Enrique nos descubre el itinerario de sus reflexiones a lo largo del año 1837 a su llegada a la Corte. La crítica coincide en su carácter autobiográfico, como también los editores de las *Obras en prosa*, Joaquín del Pino y Fernando de la Vera, que vivieron junto al poeta aquellos años. La delicada y conflictiva situación familiar, las muertes cercanas y el ambiente del Madrid romántico lo sitúan en una nube de suicidio, como expresa él mismo: “Sintió que su alma se cansaba de la vida, y una nube de suicidio empañó por un instante su frente. Aquella idea maléfica fascinaba cada vez más sus sentidos, y sentía doblegarse bajo su peso todas las fuerzas de su ser...”<sup>93</sup>.

Gil desde su distancia de poeta habla de una vida “perdida entre los sucesos y los hombres”, pero tras una etapa de crisis, aflora finalmente el escritor que se estaba gestando en su interior, y como la larva de la mariposa, pasó por una metamorfosis difícil en la que se amalgaman los remordimientos por haberse enfrentado a su padre, especialmente patente cuando se produce su muerte y la de dos seres queridos. En su entorno solo había una persona que entendía mejor que nadie esa situación, desde la amistad y la intimidad que la ocasión requería. Ese era, ahora lo sabemos, Joaquín.

Joaquín y Enrique compartían sus vivencias infantiles, la separación de la casa y de su tierra, la muerte de familiares y la necesidad de hacer

---

<sup>92</sup> Este amor aparenta ser más un amor poético y literario que otra cosa. Picoche, su descubridor, le da otro valor magnificándolo y documenta estas circunstancias en su libro (Opp. cit. páx. 33 y 34), como también se hace eco de ello A. Quintana Prieto en un libro que aporta bien poco al conocimiento de las amistades ponferradinas: *Juana Baylina amor y musa de Enrique Gil y Carrasco*, (León, 1989). Picoche descarta también en estas páginas que el de Guillermo sea un amor “contrario a la naturaleza”.

<sup>93</sup> *Anochecer en San Antonio de la Florida* [BGC- VIII, *Último viaje*, p. 29].

uso de la literatura, expresión liberadora de sus emociones. Y ese es el camino que Gil finalmente escogerá, olvidando los estudios de Leyes, priorizando un afán vocacional que está aflorando impetuoso en su interior. Quizás, en parte se deba a una nueva amistad, también impetuosa, que le empujó al mundo de las letras en medio de las acaloradas charlas del Parnasillo<sup>94</sup>. Lo cierto es que, Enrique, tras una profunda reflexión, decide ser autor.

Logrará salir de esta nube por la intervención solícita de sus compañeros y gracias al éxito perseguido que los poemas le otorgan, poemas que esta desgraciada situación personal inspiran dando principio a su carrera literaria. Las palabras de Eugenio Gil al respecto son muy elocuentes: “¡Con que gratitud fijas tu mirada en Espronceda, que te sacó de las tinieblas del desierto! Con qué cariño en Pino y Ulloa, esos dos tiernos amigos que tantas veces mitigaron tus pesares!”.

### Pepe Espronceda, poeta y amigo

Probablemente Miguel de los Santos, su amigo vallisoletano que había llegado antes que Gil a Madrid, fue quien, en una tertulia del Parnasillo en el Café del Príncipe, le presenta a Espronceda, personalidad arrolladora que embelesa de inmediato al incipiente poeta berciano, aunque no descartamos la intervención de Román Ovejero<sup>95</sup>, cuya amistad con el autor de Almendralejo no era pequeña.

La amistad sincera de Espronceda con Gil se sitúa en un ámbito distinto, pero no distante al del círculo ya existente conformado por Pino, Miguel de los Santos y Pepe Ulloa<sup>96</sup>.

---

<sup>94</sup> A la tertulia del Parnasillo asistían, además de Espronceda y Larra, los más veteranos Ventura de la Vega, Escosura, García de Villalta, Ochoa, Bretón de los Herreros, Mesonero Romanos y entre los más jóvenes, además de Miguel de los Santos Álvarez, Zorrilla, Hartzenbusch, García Gutiérrez, González Bravo.

<sup>95</sup> Román Ovejero es uno de estos amigos que, con anterioridad, vemos aparecer fugazmente en las cartas de Francisco Pío a Joaquín. Cascales Muñoz en *D. José de Espronceda, su época, su vida y sus obras* (Madrid 1914), entre otras en la p. 344 constata su proximidad con el poeta y el político.

<sup>96</sup> De J. M<sup>a</sup> Ulloa dice Fernando de la Vera que era “uno de sus amigos más queridos... hombre de claro y agudísimo ingenio, de vasta y bien aprovechada lectura, de muy amena conversación”, p. XIX, *Prólogo, Obras en Prosa*.

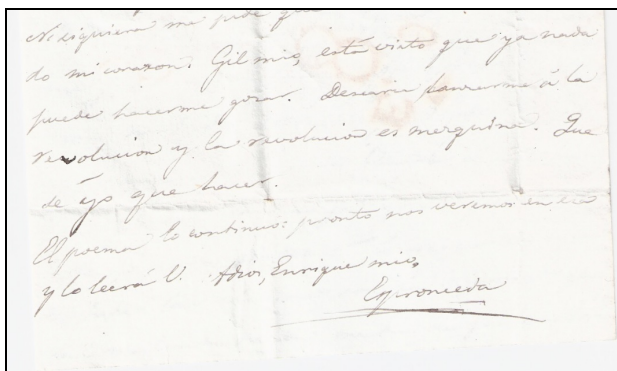
Precisamente a Ulloa va a dedicar Enrique el poema *La gota de rocío* que luego va a ser leído por Espronceda, quién actúa como padrino. Este acto va a dar a conocer por fin al poeta. El poema, escrito a finales del año 1837, fue recitado en público en una velada que tuvo lugar el 7 o el 14 de diciembre en el Liceo, una sociedad literaria y artística, fundada por Fernández de la Vega, donde se reúnen pintores, escultores arquitectos, músicos y literatos. Gil será socio del Liceo Artístico y Literario desde sus inicios en marzo del 37. Es un espacio que le puede asegurar la presencia pública que ambiciona, además de nuevos contactos. Los cien reales de admisión y los veinte mensuales de cotización no impedirían a Gil alcanzar su meta. Sus mejores amigos, y también socios, se encargarían de salvar este tipo de obstáculos. Si a Espronceda le tocó encumbrar a Enrique, leyendo *Una gota de rocío*, Ulloa y Pino contribuirían con medios materiales que le permitieran vivir en momentos difíciles, de ahí la expresión metafórica «mitigaron tus pesares» empleada por Eugenio. Hagamos notar que Joaquín del Pino desde setiembre de 1836 comienza a recibir un sueldo de 4000 reales como escribiente en la Dirección general de Rentas Provinciales.

La lectura del poema consiguió que Enrique fuese conocido no solo en los ambientes literarios, sino también especialmente reclamado por la prensa escrita. Comienzan así sus colaboraciones en los periódicos. Inicialmente publica poemas, pero no tardará en realizar sus primeras críticas teatrales a lo largo de 1838 en una de las redacciones más prestigiosas de la capital. Se encargará de la crítica dramática hasta agosto de 1839 salpicando las páginas de la publicación, de cuando en vez, con la edición de sus poemas. Gil no tarda en devolver favores. Su primera crítica en *El Correo Nacional*, es la representación de *Amor venga sus agravios*, de su amigo Pepe Espronceda. De hecho, Espronceda no estaba en Madrid cuando se estrenó la obra; había iniciado un periplo político por Andalucía. El arrebatado autor, durante los meses de octubre y noviembre de 1838, participa activamente en el movimiento progresista encabezado por Espartero.

### **Confidencias de una carta de Espronceda a Gil**

De este período de consagración para Gil y de revolución para Espronceda, solo nos detendremos en destacar la profunda

compenetración existente que trasluce un documento inédito hasta ahora que el coleccionista Joaquín del Pino conservaba con nostalgia. Es una carta que este le envía desde Sevilla un 5 de enero de 1839.



La primera parte toca el tema de la crítica de los versos que, seguramente, Gil había enviado a quien consideraba su maestro:

Querido Enrique: Recibí su carta de V. que me complació como siempre. He leído los versos y me han parecido como todos los de V. muy sentidos y llenos de hermosa poesía. Pero quisiera yo menos desaliño y más esmero en la parte artística. Hay algunos versos flojos y espresiones que pudieran mejorarse, pero repito que están nutridos de sentidísima poesía.

Luego Espronceda le confiesa su tumultuosa vida sentimental, confidencias que son fruto de una sincera, estrecha e íntima amistad:

Yo aquí pasaría una vida alegre si me hubiese quedado corazón pa gozar pero solo lo tengo para padecer. Conservo la idea de todas las ilusiones con la seguridad que mi malvada razón me da de que son irrealizables. He tenido algunas aventuras amorosas y algunas mujeres están pagando lo que otras han hecho conmigo. Las he despedido y burlado enseguida. Pero he hallado una cosa que me ha probado que mi corazón no puede amar ya. Hay aquí una mujer que tiene diez y ocho años, bella como un ángel, inocente, candorosa, en fin un bello ideal de poesía. Esta mujer está enamorada de mí. Y no he pretendido su corazón ni me he disfrazado delante de ella. Al contrario, me he presentado tal

---

<sup>97</sup> Palabras finales y firma de Espronceda en la carta que dirige a Enrique Gil en 5 de enero de 1839 desde Sevilla.

como soy. Hubiera podido poseerla, más diré, la he tenido entre mis brazos y al ver su inocencia angelical, ¿lo creerá V.?, reprimí mis deseos, me arranqué de ella y le dije: “Yo no merezco tu corazón. Tu debes amar a un hombre que comprenda menos que yo tu alma y la sienta más”. Le manifesté el abismo en que había estado a pique de hundirse, la supliqué que me perdonara y me retiré de ella. Lloró, y llora y padece, me mira con enajenamiento y sé que me ama cada día más, la he asegurado que la amo más que a todas pero como yo puedo amar. Esta pobre mujer digna de mis 18 años me inspira interés, lástima, ternura. No me molesta, no me da celos siquiera, me ve galantear a otras y calla. ¡Pobre mujer! Si yo fuera hombre rico me casaría con ella. Pero... la infeliz, tan pura, tan candorosa y sin pretensiones de ninguna especie ni siquiera me pide que la ame. Ha conquistado mi corazón. Gil mío, está visto que ya nada puede hacerme gozar. Desearía lanzarme a la revolución y la revolución es mezquina. Qué sé yo qué hacer. El poema lo continuo: pronto nos veremos en esa y lo leera V. Adiós, Enrique mío,

Espronceda

Pocos testimonios como esta carta acumulan facetas tan diversas de una relación de gran interés y vienen a reunir, con contundencia y osadía, elementos de crítica literaria con reflexiones políticas y confesiones más personales derivadas de la pasión erótica, retratando así fielmente las preocupaciones y la personalidad de Espronceda. Este se dirige a Enrique como alumno literario aventajado, como confidente y amigo consejero en la turbulencias de su vida amorosa y como seguidor de sus ideales políticos, además de crítico de sus creaciones (“el poema lo continuo”).

Ríos de tinta corren sobre la teórica afinidad literaria y, a la vez, la distancia práctica existente entre las producciones y posicionamientos de los dos autores. Esta carta, pendiente de un estudio más minucioso, pasará a formar parte de los diversos argumentos a la hora de explicar la interesantísima relación entre el arrebatado Espronceda y el melancólico poeta berciano en el contexto del Romanticismo en España<sup>98</sup>.

---

<sup>98</sup> Jorge Campos nos lo explica de la siguiente manera: “Compañero de Espronceda en el Liceo, de cuya “Junta de adictos” era miembro Enrique Gil en 1838, vecino suyo en el tendido taurino, admirador de su obra y amigo entrañable, no parece haberle

## Gil y Pino, escritores de opinión en la prensa madrileña

En *El Entreacto*<sup>99</sup> podemos comprobar que aquel grupo de estudiantes de Valladolid mantenía las mismas aficiones literarias en Madrid (ver teatro y escribir poesía) especialmente, Joaquín y Enrique, sumándose a lo que Jorge Campos llama “marcha general de las ideas”, que propiciaba iniciativas literarias con afán innovador, participativo, progresista y claramente liberal.

Pero la enfermedad de Gil se presenta bruscamente en septiembre de 1839. Decide volver al Bierzo después de casi tres años de ausencia insoportable. A pesar de la enfermedad, son meses muy intensos. En una carta a Mesonero Romanos dice que anda recorriendo El Bierzo “por esos vericuetos de Dios en busca de materiales”. Es la nueva mirada, melancólica y profunda a la Tierra, esa que desde su más tierna infancia palpataba esperando brotar convertida en palabras. Surge entonces la idea de componer una novela, escribe *El Lago de Carucedo*, y su lirismo se verá fluir cómodo en los textos en prosa. Los proyectos con los que vuelve meses después a Madrid nos descubren un escritor más completo y maduro. A pesar de estar en El Bierzo, se mantiene muy atento al latir de la Corte y a no perder, a causa de la convalecencia, la posición que tanto le había costado alcanzar. Espronceda, el primer poeta de las letras castellanas del momento, había depositado la confianza en la pluma de Enrique no solo para la selección de poemas a editar; también quiso el de Almendralejo que la publicación de su poesía, una iniciativa del berciano, contase con una crítica del propio Gil. Enrique realiza esta labor a distancia, pues fue, en gran parte, redactada en El Bierzo. Y a su vuelta a Madrid, Gil incluso decide posponer una semana el inicio de la publicación de la pequeña novela *El*

---

seguido en sus bromas de la “partida del trueno”, ni en sus algaradas de conspirador. Si le arrastró en alguno de sus temas, fue por su exaltación lírica, y si bien Gil no reniega de los ideales de su amigo, los lleva a un plano de idealidad puro, mientras el otro los compagina con barricadas en la Plaza Mayor”, p. XVI de la introducción en *Obras completas de D. Enrique Gil y Carrasco*, BAE, Madrid, 1954.

<sup>99</sup> Gil publica varios poemas, singularmente en el año 1839 en *El Entreacto*, cuya digitalización permite consultar también a través de la red las numerosas críticas teatrales y algunos poemas que realiza Joaquín del Pino en la página <http://www.memoriademadrid.es>.

*Lago de Carucedo*, del 19 de julio al 9 de agosto de 1840, para publicar en *El Seminario* su reseña elogiosa de las poesías de Espronceda.

Hemos esperado hasta aquí para citar otras publicaciones de Enrique en el *Semanario Pintoresco* de Mesonero Romanos. Hablamos de los artículos *Los maragatos*, *Los montañeses de León*, *Los Asturianos* y *Los Pasiegos* del año 1839 que nos sitúan ante una relación de Gil poco conocida y que nadie estudió.

### **La amistad de Gil y de Pino con los Quiñones de León**

El villafranquino Manuel G. Puga es quien en la carta del 3 de noviembre da la primera pista. Puga está en Villafranca convaleciente de viruelas y escribe a Joaquín. Lo más relevante de esta carta es la referencia que hace a tres personajes. La primera a Gil:

“Di a Enrique que no le contesto hasta enviarle mi juicio acerca de la composición, y que para esto espero a que pase más tiempo, y recobre su temple natural. Dale un abrazo”.

La segunda a J. Quiñones:

“Este hombre se prepara a pasar el invierno en la cocina, y lo pasaría menos mal, si pudiera desentenderse de la incómoda visita de la noche. Espero que J. Quiñones me acompañe de cuando en cuando, y me distraiga de mi profundo aislamiento”.

La tercera persona es un tal Román: “Román saldrá luego para la Corte; ¡dichosos los que ven el Café nuevo!”, que pensamos sea Román Ovejero, el amigo de Espronceda del que ya hablamos.

Sobre la fecha de este intercambio epistolar que Puga envía a Madrid pueden deducirse una o dos datas aproximadas. Por lo que se dice de Gil, este parece salir de uno de sus períodos de convalecencia, lo que nos lleva al otoño del 39 (este año Enrique pasa el invierno entero en El Bierzo) y la obra aludida *El Lago de Carucedo*. Otra fecha menos probable sería la de julio del 41, y en este caso la obra aludida, *El Señor de Bembibre*<sup>100</sup>.

---

<sup>100</sup> Según el expediente 3516 del Ministerio de Justicia de Magistrados y Jueces, 4474 en el AHN, Manuel González Puga ejercerá como letrado en la misma Villafranca del 22 de octubre de 1835 hasta el 26 de enero de 1837. Después salió a servir en la Judicatura del Partido de Rivadavia como juez de 1ª instancia en comisión. Pero el 19 de marzo de 1839 (como sabemos por una carta que figura en el expediente enviada



Esta carta, tanto corrobora la amistad, las costumbres y la compenetración de este grupo de villafranquinos que habían pasado por Valladolid, como verifica el contacto de Pino, Puga y Gil con los Quiñones de León a través de Juan Quiñones, nacido en Camponaraya en 1806, el futuro IV marqués de Montevirgen, que llegará a ser más tarde diputado provincial por el Partido de Villafranca.

¿Quiénes eran los Quiñones de León? Por aquellos años esta familia, afincada en El Bierzo, era una de las más ricas de la provincia de León y de las más influyentes en la Corte. Son dos los personajes que tuvieron un mayor contacto con Gil: Juan, ya citado, y su padre, José M<sup>a</sup> Quiñones de León y Abaurre, que estaba casado con Francisca Santalla y Quindós, también de Camponaraya. El III Marqués de Montevirgen, desde 1821, realiza una fulgurante carrera política en Madrid en la Secretaría de Hacienda, durante el Trienio Liberal, y como diputado por el partido liberal moderado desde 1834. Ocupa el puesto de Director general de Rentas Provinciales en 1835 y en la época en que Gil se da a conocer sabemos que frecuentaba, como lo hacía la reina regente, el Liceo madrileño donde fueron leídos diversos poemas de Gil. Fue después vicepresidente del Congreso y ocupó la cartera de Hacienda desde septiembre a noviembre de 1838, en el gobierno moderado de José Bernardino Fernández de Velasco y Benavides, Duque de Frías<sup>101</sup>. En esos años el marqués de Montevirgen y Gil residen a poca distancia en la misma calle madrileña, la calle del Olivo.

Para entender en toda su dimensión la amistad de Enrique y Joaquín con esta familia, es muy significativo saber que la futura esposa de Pino será precisamente, una hermana de Juan, Julia Quiñones de León, porque esto nos permite pensar inmediatamente en la continuidad de estos contactos. ¿Viajarían juntos durante el verano Joaquín y Enrique a Palacios del Sil a visitar a Julia?

---

desde Villafranca por el propio Manuel) solicita una licencia a causa de una grave enfermedad de la que todavía no se ha restablecido y de la que tampoco lo estaba como certifica otra misiva fechada el 19 de junio 1839 y permanece en esta villa hasta el fin del expediente en 1840.

<sup>101</sup> Datos del Libro de J. A. Martín Fuertes *Los Quiñones, Marqueses de Montevirgen: Linaje y archivo* (León 2000) pero que no cita en sitio alguno, ni conoce la relación de la familia con Gil y con Pino.

## De viajes y visitas con los amigos por El Bierzo, emerge un Gil más político

El primer contacto de Gil y el círculo de amigos bercianos con los Quiñones de León, que ya certificamos desde Valladolid, nos invita a revisar y a redimensionar una buena parte de la información que las biografías al uso vienen ofreciendo a la hora de hablar de visitas y viajes por El Bierzo. Por supuesto, se multiplican los medios y las facilidades para que los encuentros de los amigos bercianos residentes en Villafranca y Ponferrada se vieran en las propiedades de los Montevirgen en Camponaraya dispuestos a iniciar alguna de esas excursiones por El Bierzo a las que eran aficionados y que son la base del *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*.

El último año de Gil y de Pino en Valladolid será el curso de 1835-36. Este año se recrudece la situación en el Norte a causa de las guerras carlistas. Es cuando Mendizábal, el 24 de octubre, organiza una leva de soldados de la que resultan exentos Manuel G. Puga y Joaquín<sup>102</sup>, en cambio Enrique debe incorporarse. La estancia en Asturias y el Pas puede corresponder a este período breve de dos meses en el ejército que describe con detalle Picoche<sup>103</sup>, pero no queda justificado el viaje a la montaña de León. Para este investigador, Gil la visita en agosto del 1835, antes de la leva de soldados.

Quizás el perfil más político de Gil y de Joaquín se mantuvo oculto detrás de esta conexión con los Quiñones de León. Advertimos que la hipótesis que baraja Picoche puede ser discutible, pues desconoce estas conexiones con los de Montevirgen y aunque compartamos con él la acertada visión del movimiento romántico que viene muy a cuento, “el hecho es que todos están en el mismo barco, los que, en la arboladura, escrutan el horizonte y los negociantes que, más abajo, llevan sus mercancías”. Lo que fue un trato cordial entre amigos puede tener otras lecturas más políticas cuando vemos que los lugares que Gil escoge para

---

<sup>102</sup> Como nos consta en el Archivo Municipal de Villafranca en el documento ya citado en el que aparece: exento Por D. Joaquín Pino espone su hermano político D. Ramón Abaunza estar graduado de Bachiller en Leyes según documento que ha presentado, así como de estar continuando la carrera, atento a lo cual se da claro exento (Libro de Milicias del año 1835).

<sup>103</sup> Picoche bien en *op. cit.*, p. 28, o en su tesis p. 58-59.

comenzar esta faceta de articulista, se corresponden con propiedades de los hombres más influyentes. De nuevo una visión desde lo local vuelve a ofrecer una perspectiva menos alejada de la realidad de los hechos y de las intenciones que movían al escritor.

Gil se alojó en las propiedades y casas de esta familia en más de uno de esos viajes por la provincia de León. Encontramos una cita muy sustanciosa en un texto de César Gómez Barthe que nos dice que el Marqués de Montevirgen edificó un palacio en el pueblo de Riolago en Babia, en el que Gil “se hospedó durante su estancia aquí, como en esta misma excursión estuvo en Palacios de Sil en otro del mismo marqués” cuya familia “debía tener al ilustre berciano en alta estima que él merecía”<sup>104</sup>.

### Las pérdidas de Puga y Espronceda. Gil y Pino en el entierro de Espronceda

A Enrique el año 40 parece sonreírle; tras su reincorporación a Madrid, Espronceda le consigue aquel otoño un puesto en la Biblioteca Nacional, junto a su nuevo director, que le ofrece una mayor estabilidad, la posibilidad de realizar consultas para abordar nuevos proyectos literarios y fundar nuevas revistas. Pero de nuevo su salud se deteriora y deberá procurar un permiso para volver un mes al Bierzo en el verano del 41. Desconocemos si se acercó a Villafranca, donde seguía convaleciente su amigo Manolo G. Puga. De hecho este acabará sus días soltero a los 33 años, el 10 de octubre de 1841, enfermo de tisis, la misma enfermedad que tiene Enrique<sup>105</sup>. De este momento luctuoso no hemos podido entrever ningún eco especial en su obra, a no ser la constante melancolía ante el presagio fatídico de la muerte, tal vez menos retórico de lo que aparenta en poemas como en *La caída de las hojas* escrito en el otoño del 40, además de la constante y nada anecdótica presencia de la enfermedad letal en los personajes de sus textos narrativos. Poco después, en Madrid ya, Enrique y Joaquín, son

---

<sup>104</sup> En un artículo de C. Gómez Barthe, *Enrique Gil y Carrasco en Babia, Vida leonesa* 1924, núm. 53, Homenaje a Enrique Gil y Carrasco.

<sup>105</sup> Así figura en el acta de defunción del Archivo Parroquial de Villafranca en consulta realizada por Abel López Molanes al actual párroco quien nos confirmó estos datos. ¿Es fruto de la casualidad el hecho de que compartan la enfermedad de la tuberculosis y un destino fatal? ¿Hubo contagio por su proximidad?

sorprendidos de nuevo por la Parca. Afrontan juntos los últimos días de Espronceda al pie del lecho de muerte. Sucede el 23 de mayo de 1842.


Entre los personajes que *no se separaron de su lado...* están D. Román Ovejero, D. Rafael Pérez Vento... D. Enrique Gil y D. Joaquín del Pino<sup>106</sup>. Gil y Pino estampan sus firmas en el testamento del poeta. Juntos pasarán también este mal trago, y Enrique se despide de la poesía, a la vez que del amigo poeta, en su entierro con un sentido poema.

Si no nos resulta extraña la presencia de Gil por su empatía con Espronceda, sí queremos subrayar la de Pino para confirmar la proximidad, la semejanza y familiaridad de este amigo en los encuentros y relaciones que mantenían en paralelo, Enrique y él, una comunidad de experiencias vitales realmente sorprendentes que seguiremos observando.

### Pino y Gil: dos bercianistas en la Sociedad de Teatro

Uno de los datos que nos llevó a desvelar la evidencia y comenzar esta investigación fue la aparición de un ejemplar impreso de los *Estatutos de la Sociedad de Teatro de Villafranca del Bierzo* (sic) que incluye una lista de socios en su última página en la que, además de los 43 residentes en la villa, se hace mención de un grupo de diez “socios corresponsales” que son los que siguen: D. Pelegrín Saavedra, D. Enrique Gil, D. Antonio Fernández Morales, D. Joaquín del Pino, D. Juan de Mata Albarado, D. Manuel Cardeña, D. Pío Castañeda, D. Lorenzo Fuentes y D. Luis Toledo<sup>107</sup>.

Al no conocer este importante

 DE LOS <b>ACTUALES SOCIOS.</b>	
D. Jacinto Meneses, PRESIDENTE.	D. Ramon Válgoma.
D. Agustín Pio Tellez, CON-TADOR.	D. José Lago.
D. Antonio Santos Burillo, SE-CRETARIO.	D. José Tellez.
D. Manuel Diaz Maroto, DE-POSTARIO.	D. Antonio Sanchez.
D. Ramon Valcarce y Nuñez.	D. Ramon Martinez.
D. Vicente Terron y Molés.	D. Manuel Sanchez.
D. Fernando Galarza.	D. Juan Maria Soto.
D. Tomas Fernandez Garrido.	D. Ramon Ayoa.
D. Joaquin Saavedra.	D. Francisco Ayoa.
D. Manuel Quevedo.	D. Isidro Flores.
D. Victoriano Enriquez.	D. Juan Radillo.
D. José Pablo Fernandez.	D. Francisco Basanta.
D. Antonio Perez.	D. Juan de Castro y Quiroga.
D. Aniceto de Landeuela.	D. Alejo Garcia.
D. Alejandro Balbuena.	D. José Fernandez de Mota.
D. Nicolas Herce.	D. Santiago Capdevila.
D. Ramon Abauza.	D. Antonio Rodriguez.
D. José Juan de Cancelada.	<i>Socios corresponsales.</i>
D. Isidoro Ovalle.	D. Pelegrin Saavedra.
D. Pedro Ovalle.	D. Enrique Gil.
D. Ramon Iglesias.	D. Antonio Fernandez Morales.
D. Pedro Losada.	D. Joaquin del Pino.
D. Apolinar Suarez de Deza.	D. Juan de Mata Albarado.
D. Miguel Mendez.	D. Manuel Cardeña.
D. Carlos Perez y Novo.	D. Pío Castañeda.
	D. Lorenzo Fuentes.
	D. Luis Toledo.

Los Socios cuyas firmas no aparecen al pie de los Estatutos, han sido admitidos despues de discutidos y aprobados aquellos. Villafranca 26 de Enero de 1843.—Antonio Santos Burillo, Sócio Secretario.

<sup>106</sup> Cascales Muñoz, op. cit., p. 343.

<sup>107</sup> Arriba: Lista de socios de la Sociedad de Teatro de Villafranca en 1843.

dato<sup>108</sup>, Picoche será el primero en hablar erróneamente del desapego, de la mala querencia de Gil hacia Villafranca, opinión de la que se hicieron eco incluso autores villafranquinos como Ramón Carnicer atendiendo a que en *El Señor de Bembibre* “no se cita más que de soslayo a Villafranca”. Cosa que si bien es cierta e indiscutible, al tratarse de una novela tendría que suponerse que se debe al propio interés por mantener una ficción literaria, algo que no tiene por qué corresponder con la realidad o el pensamiento del autor.

En esta trama “el malo” resulta ser el Conde de Lemos. Gil conocía al Conde de Lemos histórico, al verdadero, distinto y distante del de su trama, cuyo principal aposento en El Bierzo precisamente lo tenía en Villafranca. No olvidemos que D. Pedro Osorio y doña Beatriz de Castro, (los nombres, no los apellidos, son los que Gil utiliza claramente como protagonistas en su novela) dispusieron ser enterrados en la iglesia de San Francisco de Villafranca donde, paradoja y casualidad, hoy también reposan los huesos del poeta. Pues bien, entre otras razones, podemos argumentar perfectamente que Enrique no quiso que en su novela se relacionase al malvado conde ni con El Bierzo, ni mucho menos con su villa natal. Es por eso que en la novela le hace residir en Monforte, evitando así toda cita a Villafranca para no crear más confusión entre ficción novelesca y realidad histórica. En *El Señor de Bembibre*, ficción y realidad divergen ampliamente yendo una y otra por caminos nítidamente distintos.

Tanto el estudio de Picoche, como el posterior de Ramón Carnicer están disculpados porque desconocían un dato substancial que se desveló precisamente en el reciente Congreso Internacional «Enrique Gil y Carrasco y el Romanticismo», cual es que cuando Gil estaba concluyendo *El Señor de Bembibre* acababa de adquirir un compromiso muy especial y altamente significativo con la villa en que naciera. Que Gil sea de la Sociedad de Teatro de Villafranca en 1843, momento en el

---

<sup>108</sup> Se pueden consultar más detalles en el artículo *O teatro de romántico da capital histórica do Bierzo e os seus socios fundadores: Enrique Gil e Fernández Morales*, publicado en *Estudios Bercianos*, 39 (Ponferrada. 2015)

que los villafranquinos y bercianos reivindicaban una Provincia<sup>109</sup>, acompañando en la lista de socios a personajes como su amigo de la infancia Joaquín del Pino, del que ahora sabemos la complicidad y el cúmulo de vivencias que comparten, hace añicos cualquier posibilidad de desapego hacia su villa natal.

Volviendo al tema de la aparición de Villafranca en la obra de Gil, además de que tanto J. M<sup>a</sup> Goy o Ricardo Gullón en *Cisne sin lago*, como el villafranquino Juan Carlos Mestre o más recientemente Suárez Roca, defienden que Villafranca forma parte de esa infancia perdida en el paraíso berciano que inspira al poeta, en el *Bosquejo* es nombrada tanto o más que otros lugares del Bierzo. No vamos a establecer juicios de valor por cantidad de líneas escritas por nuestro autor, pero sí por sus posicionamientos y compromisos constatables. El carácter de impulsores intelectuales del “provincialismo berciano” está latente en los miembros de la Sociedad de Teatro de Villafranca en la que Enrique Gil aparece como socio destacado.

Efectivamente, como nos indicaba Pamela Phillips en una de las sesiones del citado Congreso, en su ponencia sobre *La estética del silencio en el Bosquejo a una provincia del interior*, Gil nos lleva a pensar en el silencio que El Bierzo sufría y cómo Gil irrumpe en la prensa de la Corte con la idea de denunciar ese abandono, con la intención de dignificar su tierra que adquiere así una connotación evidentemente política. La dignificación de la tierra como cuestión de identidad es una clave muy romántica con la que Gil se convierte en precursor del provincialismo político que se extiende por España y Europa, teniendo en El Bierzo una importancia considerable. Luego no resulta tan anecdótico y para nada es retórico el pronunciamiento político de Enrique, ni la aparición en la lista del teatro de Villafranca, ni lo será tampoco su relación con los Quiñones de León.

Al escribir sobre El Bierzo, Gil también estaba contribuyendo a esa reivindicación, podríamos decir que indirectamente, sí, pero de forma muy efectiva. La comarca y sus valores e identidad emergen entre los

---

<sup>109</sup> No es casual que a Pelegrín Saavedra y a Román Ovejero, el gobierno municipal de la villa berciana en las actas municipales de 1843 les agradezca públicamente su apoyo en las gestiones a favor de la capitalidad provincial.

titulares de la prensa más leída de la Corte. Esta es, sin duda, una de las más importantes contribuciones de Gil a la causa berciana de la que son conscientes sus coetáneos y que hoy debemos hacer evidente a los que leemos sus escritos desde la óptica del XXI. Su bercianismo le lleva en su *Bosquejo* a no evitar la crítica, a no olvidarse de reivindicar las potencialidades económicas de la comarca e intereses de la burguesía berciana más activa. Es el caso de la *Sociedad minera Verciana* de Vicente Terrón y Molée y Ramón M<sup>a</sup> Quintano<sup>110</sup>, en la que un grupo de villafranquinos, algunos conocidos de Gil que están en la lista del Teatro de Villafranca, figuran a la cabeza.

### De la huída del cisne: una violeta en el invierno de Berlín

La proximidad de Enrique al poder y su dimensión política se manifiesta con rotundidad en 1844 cuando su amigo Luis González Bravo, asume tareas de gobierno y Gil, emulando a Espronceda, acepta una misión cargada de dificultades, de intrigas palaciegas y, tal vez, conexiones, aún veladas, con ciertas sociedades secretas. No le eran extrañas algunas de estas cuestiones, porque sus contactos con los poderosos forman parte del carácter romántico. Decide lanzarse a esta nueva etapa y, como su amigo, acepta el reto político manteniendo su interés por lo literario: recordemos que está inmerso en la publicación de *El Señor de Bembibre*. Gil era consciente de su mal estado de salud y de la proximidad de la huesa. Ciertamente hay quien ve este último viaje del autor como una huida o despedida de la vida, pero no olvidemos que Gil realiza gestiones diplomáticas en Berlín con la realeza prusiana demostrando gran destreza y efectividad, activos que no se empañaron hasta los momentos más cercanos al fatal desenlace.

Los contactos con Humboldt, facilitados por Martínez de la Rosa, nos sitúan de nuevo en la pista de dos caminos en los que resulta complicado ahondar: la relación de Gil con los francmasones y otro capítulo más controvertido como es el de la supuesta homosexualidad de Enrique. La biografía de Gil guarda algunos secretos celosamente

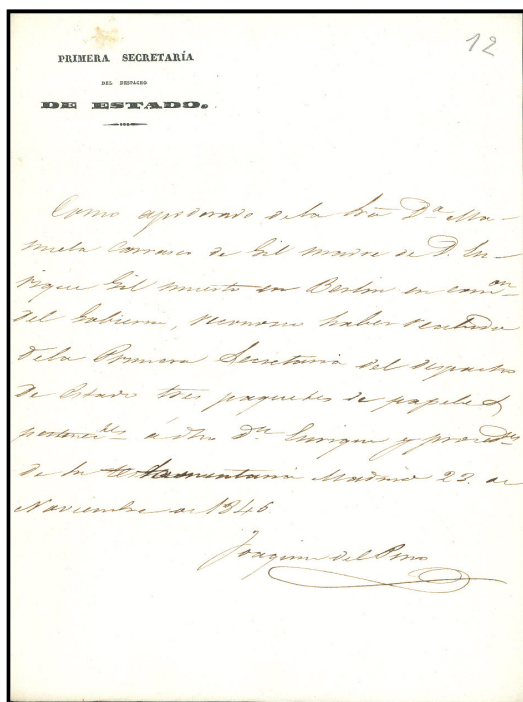
---

<sup>110</sup> Nos hacemos eco de un estudio muy interesante de J. A. Balboa titulado *Gil y Carrasco y la minería del Bierzo* de la revista *Bierzo*, 2015 p. 87-109. El cacabelense, antes citado, Francisco Agustín Válgoma, también participa de estas prospecciones de minas de oro.

como queriendo proteger la intimidad de este mito romántico, pero cada dato que sale a la luz, redunda más y más en beneficio de los valores y capacidades del hombre, que como un cisne realiza este último canto frustrado lejos, muy lejos de la tierra que le viera nacer y a la que tanto amaba.

### Joaquín del Pino, el mejor testigo de sus pérdidas y huidas

Joaquín del Pino en Madrid, sin Enrique, derivará sus esfuerzos cara a consolidar una posición social más acomodada. En la Dirección General de Rentas Provinciales, poco a poco, va ascendiendo y cobrando más, hasta que en 1844 obtiene un sueldo de 12.000 reales en el puesto que permanecerá algo más de dos años. Entre el 1844 y 1846, tras la marcha a Berlín del amigo ausente, después de tanto tiempo juntos, Joaquín



mantiene estrechos contactos con él. Acaba por convertirse en el interlocutor de los médicos que le atienden y conocedor de la fragilidad de su vida que, como una violeta, se marchita en el invierno de Berlín. En los momentos críticos, es el único consciente de la situación extrema de Gil, de sus intimidades (lo fue así durante toda la vida del poeta). Gil no quiere castigar a su madre y menos a su hermano, descarga sus preocupaciones en Pino. Y cuando muere, él va a ser

también quien negocie la devolución de sus pertenencias con las autoridades y el receptor de las mismas ante el gobierno español. Joaquín funciona en la práctica como un auténtico hermano para Gil por su constancia, proximidad, afinidad ideológica y el verdadero amor fraterno que se profesan.



## La amistad que perdura tras la muerte: Joaquín, editor de su obra

Los documentos que Joaquín conservaba de Gil fueron en el siglo XIX la base para la edición sus obras completas. Gumersindo Laverde, el editor de las *Poesías Líricas*, reconoce en la figura de Joaquín la de un “coleccionista” de la obra de Gil imprescindible para editar sus poemas. Y es Laverde mismo, que conocía a los dos, el que no duda en llamar a Joaquín «hermano político» de Gil<sup>111</sup>. Joaquín, como es sabido, siempre tuvo muy presente a la familia de Enrique en todo el proceso de recuperación de sus pertenencias<sup>112</sup>, en el de las deudas que se generan a su muerte o el largo recorrido de la solicitud de reconocimiento de una paga para su madre, Manuela Carrasco.

Es Pino quien se dirige a la familia para editar de nuevo el *Ensueño* en las *Obras en Prosa* que prepara él mismo con Fernando de la Vera: “Creyeron los editores que debían dirigirse al hijo de Eugenio pidiéndole permiso para reimprimirla. Con tal motivo le escribió D. Joaquín del Pino una carta, á la cual ha contestado:

Mi querido amigo: No necesita V. permiso alguno para publicar al frente de las obras de mi tío la biografía que escribió mi padre....Afortunadamente suplió la obligación de parentesco la amistad piadosa, haciendo un señalado obsequio á la familia de Enrique Gil, y un valioso servicio á las letras castellanas.

Y es él el alma mater de la edición como reconoce el propio Fernando de la Vera en el Prólogo a *Obras en Prosa*:

Conservaba D. Joaquín del Pino, además de esas obras ordenadas y coleccionadas con esmero, algunos autógrafos curiosos...Así, pues, a D. Joaquín del Pino pertenece la iniciativa, y por consiguiente la mejor y mayor parte de gloria en esta merecida y

---

<sup>111</sup> Fernando de la Vera asegura ser error de poca monta el que Gumersindo Laverde le llame hermano político, y declarando: “No tenía aquel semejante relación con el preclaro poeta, aunque sí vínculos muy apretados de paisanaje, y sobre todo de larga y fraternal amistad: precisamente el recuerdo de tan estrechos y cariñosos lazos, avivado por sus aficiones literarias y artísticas, le estimuló a reunir y ordenar con afanosa solicitud los escritos de su nunca bien llorado amigo”, p. I-II, *Prólogo, Obras en Prosa*.

<sup>112</sup> Sobre estas líneas, documento del expediente de Enrique Gil del Ministerio de Exteriores, en el que se da cuenta de que Joaquín del Pino recibe en Madrid tres paquetes de papeles de su amigo muerto en Berlín a 23 de noviembre de 1846 [Reproducido en BGC-VIII, *Último viaje*, 2015].

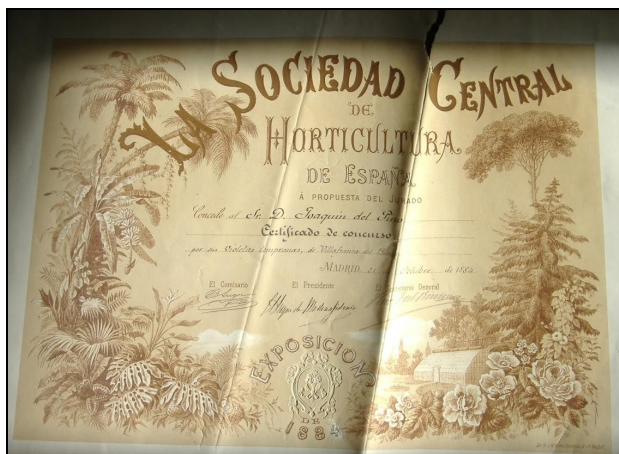
por algunos muy deseada restauración literaria: por mi parte he procurado ayudarle en la medida de mis fuerzas, inferiores a mi deseo, a levantar y reverdecer la memoria del que fue discreto y queridísimo compañero de juventud para ambos...

Joaquín, como hubiera sucedido con Gil de haber vivido más tiempo, a lo largo de su vida mantiene un fuerte vínculo con El Bierzo, donde tenía casa y familia, a pesar de residir habitualmente en Madrid. Su interés por Villafranca quedará patente en la construcción del ramal de ferrocarril de Toral a esta villa. A la muerte de Gil, tras casarse con la hija del marqués de Montevirgen, su influencia política aumenta y va a ser elegido diputado en la década de los 70 por León. Murió en Madrid en 1891 y está enterrado en Villafranca.

No nos propusimos llegar en detalle más allá del momento en el que Gil muere y es editada su obra por Joaquín, pero ese período, desde 1846 hasta 1871, es lo suficientemente extenso como para ocultar a nuestros ojos datos muy sustanciosos que contribuyan a un mayor conocimiento de Enrique. Además de las obras, Joaquín debió tener en sus manos otros documentos hoy extraviados que podrían iluminar lagunas o nieblas persistentes que siguen sin disiparse. La óptica local sirvió para despejar algunas de esas nieblas que duraron hasta su bicentenario. Somos conscientes de que la investigación aún no está rematada por completo y no descartamos que puedan aparecer más novedades. Cuestiones pendientes que deberán escrutarse en próximas investigaciones en las que Pino será, no nos cabe duda, uno de los puntales para poder avanzar.

### **Epílogo: de humildes violetas**

Un último apunte sobre la personalidad de Joaquín y el recuerdo que guardaba permanentemente de Enrique. Pocos años antes de morir, solicita que le manden de su finca en El Bierzo las violetas que crecían a la sombra de un gran pinsapo y donde muy probablemente ambos amigos tomaran más de un refrigerio veraniego. La fidelidad melancólica a su amigo llega a extremos insospechados como el de presentar a un concurso en la Corte, aquellas violetas tempranas traídas de Villafranca del Bierzo.



113

## Bibliografía

- BALBOA DE PAZ, JOSÉ ANTONIO, “Gil y Carrasco y la minería del Bierzo”; Bierzo (2015) 87-109. Editada por la Basílica de la Encina, Ponferrada 2015.
- CAMPOS, JORGE, *Introducción. Vida y obra de Enrique Gil y Carrasco*. Obras Completas de D. Enrique Gil y Carrasco. Edición, prólogo y notas de Jorge Campos. Col Biblioteca de Autores Españoles 74. Ed. Atlas. Madrid 1954.
- CARNICER, RAMÓN, *Prólogo* en Gil y Carrasco, Enrique, *El Señor de Bembibre y El Lago de Carucedo*. Edición y Prólogo de Ramón Carnicer. Colección Ámbito Castilla y León, 44 Ed. Ámbito, Valladolid 1992.
- CARRERA, VALENTÍN, *Introducción a la poesía de Enrique Gil en Gil y Carrasco*, Enrique. *Poesía*. edición e introducción de Valentín Carrera (BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, II CENTENARIO 1815-2015, 1) Paradiso Gutenberg, A Coruña 2014.
- CASCALES MUÑOZ, JOSÉ, *Don José de Espronceda, su época, su vida y sus obras*, Biblioteca Hispania, Madrid 1914 edición digital  
<http://booksnow1.scholarsportal.info/ebooks/oca5/36/djosdesespronce00cascooft/djosdesespronce00cascooft.pdf>
- FERNÁNDEZ MORALES, ANTONIO, *Ensayos poéticos en dialecto berciano*, edición facsimilar con prólogo de Mariano Cubí i Soler, y estudios de J. A. Balboa de Paz, Anxo Angueira, Rosario Álvarez, edición del Instituto de Estudios Bercianos 2003.
- FERNÁNDEZ VÁZQUEZ, VICENTE, “La alargada sombra de D. Juan Gil”; Bierzo (2015) 7-50. Editada por la Basílica de la Encina, Ponferrada 2015.
- , “Una nueva mirada sobre la vida y obra de Enrique Gil y Carrasco”; Bierzo (2001) 74-84. Editada por la Basílica de la Encina, Ponferrada 2001.
- GARCÍA GONZÁLEZ, MIGUEL J. *El entorno familiar de Enrique Gil y Carrasco. El otro*

<sup>113</sup> Diploma del concurso de la Sociedad de Horticultura al que se presentó Joaquín del Pino con violetas tempranas de Villafranca del Bierzo (21 de octubre de 1884).

- Enrique*. En Estudios Bercianos, 39. 2015 Bicentenario Gil y Carrasco, 243-262. Editada por el Instituto de Estudios Bercianos. Ponferrada 2015.
- , *La Ponferrada de Enrique Gil y Carrasco* (1823-1846) Bierzo (2015) 7-50. Editada por la Basílica de la Encina, Ponferrada 2015.
- GIL Y CARRASCO, ENRIQUE en *Obras en prosa de D. Enrique Gil y Carrasco* coleccionadas por D. Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera e Isla; precedidas de un prólogo y de la biografía del autor. Imp. de la Viuda e Hijo de E. Aguado, Madrid 1883 en versión digital en [http://www.bibliotecagilycarrasco.com/recursos/archivos/articulos\\_lecturas/ObrasProsaGil-t1-1883-BibNac.pdf](http://www.bibliotecagilycarrasco.com/recursos/archivos/articulos_lecturas/ObrasProsaGil-t1-1883-BibNac.pdf)
- , *Obras de Enrique Gil ahora por primera vez reunidas en colección. I. Poesías líricas*, prólogo de Gumersindo Laverde; biografía, Eugenio Gil y Carrasco, casa de Medina y Navarro. Madrid 1873.
- GIL Y CARRASCO, ENRIQUE, *Obras completas* (volúmenes I-VIII), edición de Valentín Carrera, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815-2015, Paradiso\_Gutenberg, A Coruña, 2015.
- GÓMEZ BARTHE, CÉSAR, *Enrique Gil y Carrasco en Babia*, en la revista Vida leonesa 1924, núm. 53 homenaje a Enrique Gil y Carrasco, 18 de mayo de 1924.
- GONZÁLEZ GARCÍA, MIGUEL ÁNGEL, *Lorenzo Fuentes* (Col. Las vidas del centenario) edita Fundación Pedro Álvarez de Toledo, Ayto. de Ponferrada (2008)
- GONZÁLEZ GARCÍA, ÓSCAR, *De las sociedades de amigos del país a las sociedades patrióticas: León 1781-1823*, Estudios Humanísticos. Historia, Núm. 5, Universidad de León, 2006, pp. 239-261, 10 de febrero de 2010, en versión digital <http://www.slideshare.net/Carbonario/de-las-sociedades-econmicas-de-amigos-del-pas-a-las-sociedades-patriticas-len-17811823>
- GOY, JOSÉ MARÍA, *Enrique Gil y Carrasco su vida y sus escritos* (Imp. de Magin G. Revillo). *El Pensamiento Astorgano*, Astorga 1924 edición digital <http://bibliotecadigital.jcyl.es/i18n/consulta/registro.cmd?id=5293>
- GULLÓN, RICARDO, *Cisne sin lago*. Col. Breviarios de la calle del Pez,22. Diputación Provincial de León 1989.
- LAVERDE RUÍZ, GUMERSINDO, *Obras de Enrique Gil I Poesías Líricas*, edición Facsímil 1873 de la Biblioteca Gil y Carrasco II Centenario 1815-2015. Paradiso Gutenberg, A Coruña 2014.
- MARTÍN FUERTES, JOSÉ ANTONIO, *Los Quiñones Marqueses de Montevirgen: Linaje y archivo*, editado por la Diputación Provincial de León- Instituto leonés de Cultura (León 2000)
- MERINO, WALDO, *El Bierzo y las montañas resisten. Reforma y Renovación de la Junta de León 1810, 31- 56* en la revista *Tierras de León* Número 73, Año XXVIII, Diciembre 1988, en versión digital <http://www.saber.es/web/biblioteca/libros/tierras-de-leon/html/73/3bierzo.pdf>
- MESTRE, JUAN CARLOS Y MUÑOZ SANJUÁN, MIGUEL ÁNGEL, “*Historia secreta de la melancolía*” en *El Señor de Bembibre* (Editor, Valentín Carrera, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815-2015) Paradiso\_Gutenberg, A Coruña 2015.

- PEERS, EDGAR ALLISON, *Historia del movimiento romántico español*. Traducción de José María Gimeno. (Col. Biblioteca Románica Hispánica, I, Tratados y monografías 4) segunda edición. Editorial Gredos, Madrid 1973, 2 vols.
- PHILLIPS, PAMELA, «La estética del silencio en el *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*», en *Acta del Congreso Internacional Enrique Gil y Carrasco y el Romanticismo*. Edición de Valentín Carrera. Editorial Andavira, 2015.
- PICOCHÉ J. L. *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco*. Col. Biblioteca románica hispánica, estudios y ensayos, 275. Ed. Gredos. Madrid 1978.
- . *Un romantique espagnol: Enrique Gil y Carrasco*. Tesis doctoral en versión PDF de la Biblioteca Virtual BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO. II CENTENARIO 1815-2015 versión PDF del documento original en francés de la Universidad de París 1972.
- , *Introducción*, en Gil y Carrasco, Enrique, *El Señor de Bembibre* (Col. Clásicos Castalia, 153) Ed. Castalia. Madrid 1986.
- PINO, JOAQUÍN DEL, *El Entreacto*, núm. 10, 2 mayo de 1839; núm. 21, domingo 9 de junio 1839, p. 83-84; núm. 26, jueves 17 de junio 1839, p. 101-102; núm. 27, 30 de junio 1839; núm. 28, 4 julio 1839; núm. 31, domingo 14 de julio 1839; núm. 33, Domingo 28 de julio de 1839; en versión digital:  
<http://www.memoriademadrid.es/buscador.php?accion=VerFicha&cid=34311>.
- QUINTANA PRIETO, AUGUSTO, Juana Baylina, amor y musa de Enrique Gil y Carrasco, Instituto de Estudios Bercianos. Astorga, León, 1987.
- RUBIO, ENRIQUE, *Introducción*, en Gil y Carrasco, Enrique, *El Señor de Bembibre*. Edición de Enrique Rubio, Col. Letras Hispánicas 242, Ed. Cátedra Madrid 2008.
- SANTÍN GONZÁLEZ, MANUEL, El Bierzo y Gil y Carrasco. Discurso literario pronunciado en el Teatro Principal de Ponferrada 1846-1946. Talleres tipográficos de Fojo. Ortigueira (A Coruña) 1949.
- SILVEIRO FERNÁNDEZ, H. M. *O teatro romántico da capital histórica do Bierzo e os seus socios fundadores Enrique Gil e Fernández Morales*, en Estudios Bercianos, 39 2015 Bicentenario Gil y Carrasco, 213-240. Editada por el Instituto de Estudios Bercianos. Ponferrada 2015.
- SUÁREZ ROCA, JOSÉ LUIS, *Enrique Gil y Carrasco: el bardo de la niebla*, (Col. Las vidas del centenario) edita Fundación Pedro Álvarez de Toledo, Ayto. de Ponferrada. (2008), versión digital  
<http://www.bibliotecagilycarrasco.com/recursos/archivos/Biografia-Enrique-Gil-Suarez-Rocabardo.pdf>
- UCIEDA SOMOZA, ENRIQUE, *El señorío y palacio de Canedo según su archivo* en Estudios Bercianos, 37 2012, 33-116. Editada por el Instituto de Estudios Bercianos. Ponferrada 2012.





## El periodista «Enrique Gil»: heterodoxo y visionario

VALENTÍN CARRERA

Don Fabricio: Estos son otros requiebros,  
“Francmasones... jacobinos...  
herejes... traidores... negros...”

[Bretón de los Herreros, *La redacción de un periódico*, 1836]



### 1. El nombre de Enrique Gil y la posteridad

En las páginas que siguen rara vez me refiero a «Enrique Gil y Carrasco» o a secas «Gil y Carrasco», que son las dos formas por las que se le conoce habitualmente. Sé que borrar dos siglos de tradición académica es imposible y que esas dos formas están instaladas en el imaginario colectivo, académico y popular, dentro y fuera del Bierzo, en todo el mundo. De hecho, no hubo otra opción razonable que llamar a nuestro proyecto BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO. Son demasiadas placas, estatuas, calles, institutos y libros. Pero tengo todas las dudas de que este sea el nombre, o la firma, escogida personalmente por el autor. Basta



con repasar todos sus manuscritos y los artículos publicados por él en vida en los que siempre (solo hemos encontrado una excepción) firma «Enrique Gil».

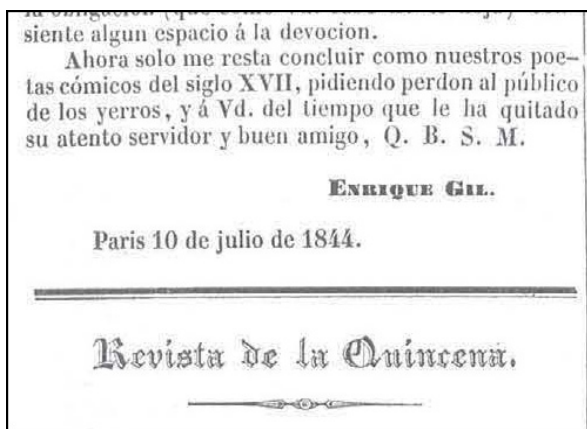
Desde su primer poema en 1837, *Una gota de rocío*, al último en 1842, *A Espronceda*, todos los poemas aparecen publicados con la firma «Enrique Gil», y así se refieren a él sus compañeros de redacción en todas las ocasiones<sup>114</sup>.

~~y aumenta el quebrantado corazón.~~  
 Quizá, al pasar, un ángel solitario  
 te cubrirá con su orla virginal;  
 si caes, envolverá frío sudario  
 tu fortuna vaporosa y celestial.  
 ENRIQUE GIL.  
 —————  
 «Uno secutas por otra.  
 Era el mes de diciembre de 18.; un jó-  
 ven alto, de hermoso, aunque pálido, sem-  
 blante, salía por la puerta de Atocha á las

<p>Antes de cerrarse la losa fatal que guarda los          fríos restos de Espronceda, la inmensa concurren-          cia oyó resonar el acento de otro poeta, que se          complacía en llamarle su protector cariñoso, su          inolvidable amigo. El Sr. Enrique Gil, con lé-          grimas que ahogaban su voz, y con una conmo-          cion que le produjo una afeccion nerviosa leyó          los siguientes versos oídos con una conmocion si-          lenciosa y aplaudidos vivamente por el concurso.</p> <p style="text-align: center;">A ESPRONCEDA.</p> <p>¿Y tu tambien lucero milagroso,          Roto y sin luz bajaste,          Del firmamento atroz y esplendoroso,          Donde en alas del genio te ensalzaste?          Gloria, entusiasmo, juventud, belleza,          De tu gallardo pecho la hidalguía          ¿Cómo no defendieron tu cabeza          De la gadaña impía?          ¿Cómo, cómo en el alba de la gloria,          En la feliz mañana de la vida,          Cuando radiantes páginas la historia</p>	<p>rr 64 rie de de el ro, bre taje con con ses feli- ces la n mud pod y en feli- teni- do. de l re.)</p>
--	--

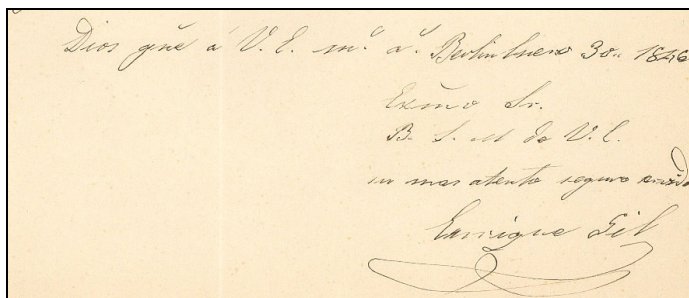
<sup>114</sup> Todas, excepto una, documentada por la profesora María José Alonso Seoane (Universidad Complutense de Madrid), a la que agradezco el dato: la firma «Enrique Gil y Carrasco» aparece como única vez al pie del poema *La isla desierta* en *El Correo Nacional* del 21 de febrero de 1838. Esta excepción que confirma la regla tiene una explicación clara: es un momento muy temprano, de vacilación, Gil está empezando su carrera como periodista. *La isla desierta* es su cuarto poema y el berciano emigrado a la capital aún no ha decidido su nombre como poeta. Dos artículos anteriores en *El Correo*, las críticas teatrales de 17 y 19 de febrero, salen sin firmar; pero muy pronto el autor toma una decisión [*La mariposa* y *Un recuerdo de los templario*, *El Correo*, 14 de marzo y 2 de abril, ya salen con la firma «Enrique Gil», y todos los siguientes] y Enrique Gil se mantendrá inamovible hasta su muerte.

Lo mismo ocurre con *El Lago de Carucedo* [abajo, en la imagen], con los artículos del *Bosquejo* en *El Sol*, o con las críticas teatrales, con frecuencia firmadas con las iniciales «E. G.». Especialmente significativa es la firma de los dos últimos artículos, enviados desde París en 1844, puesto que refleja el criterio último del autor:



Para no extender los ejemplos, la voluntad de Enrique está clara sin ningún género de dudas cuando todos, absolutamente todos sus manuscritos los firma como «Enrique Gil»<sup>115</sup>, incluyendo la última carta que envía desde Berlín pocos antes de morir, esa famosa firma que ya conoce todo el mundo pues, coloreada de morado, ha sido el logotipo del Año Romántico 2015. Un acierto respetuoso con la voluntad del autor.

<sup>115</sup> BGC–VIII: *Último viaje*, reproducción facsímil de los manuscritos de Gil.

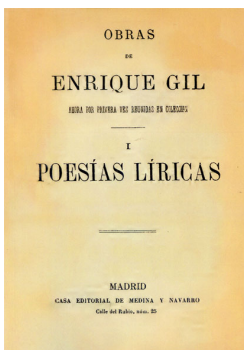


«Enrique Gil» es su firma al pie de la carta a Mesonero Romanos en 1840. Miguel de los Santos le llama Enrique Gil en la carta a propósito del entierro de Larra, que reproduce Galdós, quien también habla de Enrique Gil<sup>116</sup>; «Enrique mío» y «Gil mío» le llama Espronceda en la carta descubierta por Silveiro<sup>117</sup>; y todos sus amigos y compañeros de entonces: sencillamente era Enrique Gil, o solamente Gil, para todos. Es casi imposible encontrar alguien de su entorno que le conozca por el apellido materno. Pero voy más allá: sigue siéndolo tras su muerte: *En la tumba de Enrique Gil*, se titula el poema de Fernando de la Vera; la primera edición de sus poesías recopiladas por Laverde Ruiz en 1873 se llama *Obras de Enrique Gil*; y la elegía que escribe su hermano Eugenio, publicada en León en 1855, es *Un ensueño. Biografía de Enrique Gil*. En esta edición, cuyo facsímil acompaña al volumen I, *Poesía de BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO*, el poeta es mencionado siempre como Enrique Gil o don Enrique Gil. Y, para acabar, en el expediente que tras su muerte se sigue para otorgar una pensión a su madre, doña Manuela Carrasco se refiere a su hijo únicamente y siempre como «Enrique Gil».

---

<sup>116</sup> Véase en este volumen, en el artículo de Suárez Roca sobre Galdós, pp. 77-84.

<sup>117</sup> Reproducida en este volumen, pp. 105-106.



Con el caracter de Secretario de Legacion de Madrid se le dio en su hijo D. Enrique Gil marqués a Alemania en Abril de 1844 encargada de una comision por el gobierno de S. M. En diferentes periodicos nacionales y extranjeros esta consagrada la honrosa accion que obtuvo en Berlin a pesar de la incomunicacion oficial de ambas naciones que hacia su posicion mucha mas dificil: los testimonios de aprecio y consideracion que merecio de...

¿Su madre y su propio hermano! ¿Son necesarias más evidencias? Las hay.

El poeta y periodista y escritor era Enrique Gil a secas, también en la vida civil y personal desde el principio: ya era «Enrique Gil» en el Seminario de Astorga y en la Universidad de Valladolid, y en la lista de socios fundadores del teatro de Villafanca en 1843 (véanse los documentos transcritos por Picoche en su tesis y por Héctor Silveiro, del que nuevamente reproducimos la hoja de matrícula en 1832 y la lista de socios en 1843):

AUTORES SOCIOS

D. José María Toribio marqués de Argenteo D. José María Burg.  
 D. Gregorio María Toribio marqués de Argenteo D. José María Burg.  
 D. Carlos María Toribio marqués de Argenteo D. José María Burg.  
 D. Félix María Toribio marqués de Argenteo D. José María Burg.  
 D. José María Toribio marqués de Argenteo D. José María Burg.  
 D. José María Toribio marqués de Argenteo D. José María Burg.  
 D. Porfirio Álvarez marqués de Argenteo D. José María Burg.  
 D. Enrique Gil marqués de Argenteo D. José María Burg.  
 D. Gregorio María Toribio marqués de Argenteo D. José María Burg.  
 D. Francisco Aguirre Galzamea marqués de Argenteo D. José María Burg.

ACTUALES SOCIOS.

D. Jacinto Meneses, Paraisense.	D. Ramon Vilgona.
D. José Lago.	D. José Teller.
D. Agustin Pio Teller, Costador.	D. Antonio Sanchez.
D. Antonio Santos Barillo, Secretario.	D. Ramon Martinez.
D. Manuel Suarez.	D. Manuel Suarez.
D. Manuel Diaz Maroto, Doctorado.	D. Juan Maria Soto.
D. Ramon Valcarlos y Nufiez.	D. Francisco Ayos.
D. Vicente Terron y Molo.	D. Julia Flores.
D. Fernando Galera.	D. Juan Badillo.
D. Tomas Fernandez Garrido.	D. Antonio Banaña.
D. Joaquin Saavedra.	D. Juan de Castro y Quiroga.
D. Manuel Quevedo.	D. Alfo Gaxiola.
D. Victoriano Enriquez.	D. José Fernandez de Mota.
D. José Pablo Fernandez.	D. Santiago Castañeda.
D. Antonio Perez.	D. Antonio Rodriguez.
D. Aniceto de Landeja.	
D. Alejandro Bullana.	Socios correspondientes.
D. Nicolas Barco.	D. Nicolas Barco.
D. Ramon Abauna.	D. Poligro Saavedra.
D. José Juan de Candelada.	D. Enrique Gil.
D. Hilario Ovalle.	D. Antonio Fernandez Mordan.
D. Pedro Ovalle.	D. Joaquin del Pino.
D. Ramon Iglesias.	D. Juan de Mata Allarado.
D. Pedro Louisa.	D. Manuel Cardella.
D. Apolinario Suarez de Diaz.	D. Pio Castañeda.
D. Miguel Mendiz.	D. Lorenzo Fuentes.
D. Carlos Perez y Noto.	D. Luis Toledo.

Los Socios cuyas firmas no aparecen al pie de los Estatutos, han sido admitidos despues de discutidos y aprobados aquellos. Villafanca 20 de Enero de 1843.—Antonio Santos Barillo, Socio Secretario.

Cuando la Reina Isabel le nombra secretario de legación en Berlín (y en toda la correspondencia oficial posterior) es siempre «Enrique Gil» y a veces «Henrique Gil».

“A Don Enrique Gil. Palacio, 23 de febrero de 1844. Queriendo la Reina...”. Están los originales reproducidos íntegramente por BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.

En resumen: Enrique es «Enrique Gil» desde niño en el seminario de Astorga hasta su muerte, y después de su muerte, en los documentos

oficiales de matrícula o en el nombramiento por la Reina, en toda su correspondencia, y cuando es citado por amigos y terceros. «Enrique Gil» para su madre y hermano, para los amigos que le recuerdan una vez muerto y en la primera edición de sus poemas. «Enrique Gil» en todos sus artículos publicados en prensa, casi un centenar, excepto uno muy temprano en el que se trasluce que aún no ha tomado la decisión. Y «Enrique Gil» en todos sus manuscritos conocidos, sin excepción.

¿Por qué entonces la posteridad le conoce como Gil y Carrasco? ¿Cómo y cuándo nace esta suerte de impostura? Rara vez se habla de José Zorrilla Moral o de José de Espronceda Delgado para referirse a Zorrilla y Espronceda. No digamos ya de Gustavo Adolfo Domínguez Bastida: Bécquer.

En nuestro caso, las portadas de la 1ª edición de *El Señor de Bembibre* aparece claramente como «novela original por don Enrique Gil y Carrasco». Es cierto que Gil entregó su manuscrito al editor (amigo y colega del Parnasillo) Francisco de Paula Mellado, y emprendió el viaje por Europa, del que ya nunca regresó, sin haber podido corregir las pruebas de imprenta. ¿Quiso el autor firmar su magna novela de un modo digamos más solemne, con los dos apellidos o fue una licencia *literaria* del editor Mellado?

Sin el manuscrito de la novela, no sabemos cómo la firmó Enrique; pero sí nos consta por activa y por pasiva su propia voluntad, y la de su círculo familiar, de amigos y profesional de ser «Enrique Gil». Por ello, en este ensayo, y en todo cuanto escriba en lo sucesivo sobre este autor, me he propuesto respetar el deseo del poeta. Quizás este velo tiene algún valor simbólico: si la posteridad traicionó al autor consagrando un nombre que él apenas usó, otras ocultaciones mayores se ciernen sobre su memoria.

## 2. Envuelto en piadosos velos y celajes

Lo más apasionante de la lectura y estudio de Enrique Gil que hemos emprendido a propósito del segundo centenario de su nacimiento es descubrir una personalidad inmensa y una obra clásica, ocultas tras un decorado de velos recatados, pudorosos y conservadores. Durante dos

siglos el verdadero Gil ha permanecido «secuestrado» entre tópicos y bendiciones. Su temprana muerte y olvido, y cierto desinterés general, dejaron su obra en barbecho y su biografía oficial en manos piadosas, más inclinadas a colocar placas y honores, y trasladar restos fúnebres dudosos, que a profundizar en un autor complejo, difícil de encasillar, de imposible encaje en la ortodoxia de la historiografía tradicional española.

Como en tantos otros asuntos, la luz ha venido de hispanistas extranjeros que han investigado con rigor en universidades lejanas lo que aquí se bendecía con el hisopo de la lisonja. Las obras de Gil no fueron digitalizadas en catálogos españoles, pero las hemos encontrado generosamente ofrecidas en bibliotecas de Oxford o Toronto.

## Ω

Durante todo el siglo XIX, la masonería ocupó un lugar central en la vida política y económica de España y de Europa, y aunque no explica todos los pronunciamientos y conspiraciones, no se puede entender aquel siglo vigoroso y revolucionario sin las sociedades secretas. Prohibidas, perseguidas a muerte, sus miembros sufrieron cárcel, exilio y ajusticiamientos; durante los cuarenta años del franquismo fueron borradas y, cuando ahora se habla de «reescribir la historia», más bien ocurre que antes fue reescrita con el rosario en la mano y ahora simplemente hay que escribirla. Igual con Gil que con la masonería.

Pero, como quiera que el estudio de la masonería está lleno de confusión, para evitar reproches de sensacionalismo y no caer en los mismos errores que refutamos, siguiendo las orientaciones metodológicas del especialista Ferrer Benimeli<sup>118</sup>, es más apropiado hablar de sociedades secretas que de masonería, siendo irrelevante ahora si Alcalá Galiano, Espronceda y Gil compartían *triángulo*, rito escocés o algún tipo de sociedad benefactora. En todo caso, compartían realidades históricas que no se pueden soslayar: amigos, exilios, tertulias, lecturas, aficiones y periódicos, a los que Ferrer sugiere prestar una especial atención.

---

<sup>118</sup> Ferrer Benimeli, J. A., “La masonería en la historia de España”, en *Estudios sobre historia de España*, UIMP, 1981.

Enrique Gil fue amigo íntimo de los líderes de la francmasonería española, como Espronceda y Martínez de la Rosa, y compartía redacción con Villalta y Alcalá Galiano. El siempre moderado Picoche (p. 34) escribe:

Sus amigos son casi todos exaltados, libertinos y anticlericales (Espronceda, Villalta, Álvarez). Su influjo producirá en él la duda religiosa, y Enrique Gil vendrá a ser un escéptico atormentado.

Picoche cita con conocimiento de causa: Villalta, azote de los jesuitas, recién llegado del exilio, acababa de publicar la novela anticlerical *El golpe en vago* (1835). Las *amistades peligrosas* ya habían comenzado en Valladolid, donde Gil conoce a Miguel de los Santos Álvarez y, cuando ambos llegan a Madrid, se unen a la tropa de Espronceda, que armaba barricadas:

Según Ferrer del Río, Espronceda tuvo parte activa en las barricadas de la Plaza Mayor de Madrid en 1835 y 1836, y cuando fue sofocada por el ejército «se vio obligado a esconderse el poeta revolucionario». Estaba en los baños de Santa Engracia en septiembre de 1840 y defiende el grito de libertad, incorporándose a la octava compañía de cazadores de la que era teniente<sup>119</sup>.

En ese ambiente, la trayectoria de nuestro autor es fulgurante: ocho años después de llegar a Madrid como un perfecto desconocido, Gil fue nombrado embajador en misión secreta por un presidente del Gobierno que había sido carbonario, su amigo del *Parnasillo* Luis González Bravo, y fue recibido en Berlín por la cabeza de los masones prusianos, Alexander von Humboldt. La mítica escena del emperador Guillermo Federico de Prusia –jefe de la Logia– pidiendo un mapa del Bierzo para situar la acción de *El Señor de Bembibre*, donde Gil proyecta su presente en el imaginario histórico de los templarios, no puede ser interpretada sino en clave de complicidad fraterna y otros muchos pasajes de su obra [desde luego, *El Señor de Bembibre* de la pe a la pa] siembran pistas, ecos, y alusiones para iniciados, como cuando escribe sobre el Valle del Silencio<sup>120</sup> o cuando visita y describe la construcción [tenida por]

---

<sup>119</sup> En Espronceda, *O. C., Introducción*, Martínez Torrón, 2006, p. 27.

<sup>120</sup> Véase en *Viaje a una provincia del interior* (BGC–III: 65) su explícita referencia a los «*francmaçons* o albañiles libres», a su paso por Montes y Peñalba.

masónica de El Escorial; en definitiva, lo extraño no es lo obvio (que Gil de un modo directo o indirecto haya formado parte del entramado liberal, masónico o iniciático), lo extraño es que hasta ahora nadie que sepamos ha hecho explícita la estrecha relación entre Gil y las sociedades secretas del momento<sup>121</sup>. No podemos apartarnos más del objeto de este artículo, Gil y el periodismo, por lo que en otro momento descorreremos este velo, sin el que tampoco puede entenderse el periodismo de Gil.



Al solitario y ambiguo Enrique no se le conoce relación carnal con mujer ni más amor que el de la poesía; el propio Alexander von Humboldt ya citado, homosexual declarado y destacado masón, le protege en Berlín de un modo entre amoroso y paternal. El carácter, la sensibilidad, la estética y las relaciones de Gil apuntan en una dirección que debe ser leída con naturalidad, en su época y en la nuestra. No estamos aquí para disimular su conducta desde una concreta perspectiva moral, como algo vergonzante, como se ha venido haciendo, sino para tratar de entender al escritor y al hombre, y su hipotética homosexualidad es un dato biográfico fundamental. Pero la autoridad del profesor Picoche disiente<sup>122</sup>.

Es preciso dejar constancia de esta opinión de Picoche, así como de nuestra respetuosa discrepancia: la jovencísima Juana (n. 1817, apenas una púber), fue una especie de amor platónico, al que Gil dedica poemas, y cuya muerte en 1837 le entristece, pero su verdadero «compañero» o amante [«amigo íntimo», dice Suárez Roca] fue su hermano Guillermo Baylina González (1805?-1837), diez años mayor

---

<sup>121</sup> Apuntada o insinuada, desde luego, por Mestre y Muñoz en su introducción a *El Señor de Bembibre*, por Héctor Silveiro en este mismo volumen, por Suárez Roca, etc.

<sup>122</sup> Sobre ambos asuntos, masonería y homosexualidad, hemos pedido expresamente su opinión al profesor Picoche, que disiente: “Las relaciones de E. Gil con la masonería no las conozco. No hay ningún documento conocido que permita contestar sí o no. (...) La homosexualidad de Gil es una leyenda. Se conoce su amada que murió antes que él y se llamaba Juana Baylina. En cuanto a sus relaciones con Humboldt, Gil estaba demasiado enfermo entonces para pensar en otras cosas que su salud”. *Entrevista al profesor Picoche*, 1 de abril de 2014, inédita.



que Enrique, y su verdadero guía espiritual en Ponferrada. “El malogrado amigo que perdí, que repartía su placer conmigo”<sup>123</sup>, el único que acude a despedirle cuando en 1836 Gil abandona Ponferrada camino de Madrid, pues nadie de su familia le acompaña: “Un solo y leal amigo –escribe Gullón– de seguro el confidente de amores y esperanzas, el confortador y partícipe de sus angustias”. Al pie de la diligencia se abrazan y se besan. En el relato autobiográfico *Anochecer en San Antonio de la Florida*, Gil reproduce así aquel instante: “—¡Adiós, y quizá para siempre!... ¿Quién sabe si este abrazo te envenena?”. El amoroso abrazo de la muerte: “Gil se preguntará si le sería letal su abrazo, si su presencia, que «antes daba la dicha y la alegría», fuera entonces portadora de infaustos miasmas e incluso de muerte”<sup>124</sup>. Dos años después de aquel «contagio», Guillermo muere de tuberculosis, la misma enfermedad que arrastrará a Gil a una muerte prematura.

“Es posible –escribe Gullón en los años 40, en *El poeta de las memorias*, reproducido en este volumen– que Gil, como tantos otros, gozara del amor en abstracto, sin necesidad de fijarlo en mujer alguna, porque en su obra no se encuentran las huellas que forzosamente habría dejado una pasión en alma tan apegada a sus afectos (...) El poeta era, por entonces, un niño de dieciséis años, y si del episodio quedó recuerdo, no fue este suficiente para llenar su corazón”.

Insistir en el amor de Juana Baylina –salvo como musa platónica, «ángel», «doncella de ojos negros»– es una torpeza piadosa. Piadosa, pero torpeza. El propio autor de la teoría, el sacerdote Augusto Quintana Prieto, reconoce que lo suyo son “elucubraciones”. Lo que no son elucubraciones, sin embargo, es el negativo de la foto: no existe un solo dato en la biografía de Gil que nos hable de su relación (física, sentimental, sexual, de pareja, como se quiera) con mujeres. Ni una. “Nunca volveremos a encontrar en la vida de Enrique otra mujer que le atraiga duraderamente –escribe su biógrafo Gullón, quien intuye todos los detalles– Y la falta de otro amor, explica la penuria y el convencionalismo de los versos eróticos de Gil, su limitación y vaguedad. Esta cuerda de su lira suena mal y se diría pulsada con

---

<sup>123</sup> Poema *La campana de la oración*, en BGC–I *Poesía*, p. 96.

<sup>124</sup> Gullón, *Cisne sin lago*, p. 61.

frialdad”<sup>125</sup>. O quizás ese convencionalismo y esa frialdad sean producto de la represión, en la Ponferrada de 1836 y en el Madrid de 1840, de su legítima tendencia sexual.

El silencio, o mejor, la piadosa ocultación que hace su hermano Eugenio, sin duda conocedor de la intimidad del poeta, en su biografía *Un ensueño* confirma la sospecha. Piadosa, pero ocultación. Y no en vano, Juan Carlos Mestre y Miguel Ángel Muñoz demuestran en su delicado estudio *Historia secreta de la melancolía* cómo el temperamento y el alma femenina de Gil se autorretratan en *El Señor de Bembibre* en doña Beatriz: “¡Beatriz soy yo!”<sup>126</sup>. Enrique no es el masculino don Álvaro ni el viril conde de Lemos: es Beatriz en estado puro, incluida su enfermedad, cuyos síntomas son los mismos que mortifican a Gil, y que tan bien describe. Remedando a Gullón, esta cuerda de su lira suena bien y se diría pulsada con conocimiento de causa. El ensayo del profesor Rusell Sebold, incluido en este volumen, deja meridianamente claro el carácter autobiográfico de la novela.

Por todo ello, contradigo, desde mi más absoluto respeto personal y académico, la opinión del profesor Picoche y los velos piadosos de su hermano Eugenio y de cuantos siguieron esa senda. La acendrada sensibilidad femenina de Enrique, su delicado carácter, en definitiva, su homosexualidad, declarada entre los más íntimos y encubierta ante los demás, es un hecho. Un dato de su apasionante biografía, que debe ser leído con normalidad y sin escándalo. Era homosexual, como tantos de sus amigos y amigas, y los nuestros, como era rubio y de ojos azules, inteligente y aficionado a la música.



Un tercer velo, también hilvanado con hilo piadoso, oculta el panteísmo de la Naturaleza presente en toda la obra de Gil, a quien Picoche considera “un romántico católico y tradicionalista”<sup>127</sup> y nosotros, negando por tercera vez como el apóstol Pedro, consideramos más bien un escéptico, poseído por la duda, a la manera de Byron y Espronceda.

---

<sup>125</sup> Gullón, *Cisne sin lago*, p. 62.

<sup>126</sup> Véase en BGC–VII, *El Señor de Bembibre*, p. 449.

<sup>127</sup> Picoche, p. 229.

De cómo en la recta final de su vida, camino de Berlín, él mismo explica haber perdido la fe; del panteísmo de Gil, estudiado por el profesor de Berkeley Michael Iarocci; y de su profunda espiritualidad (coherente con la práctica masónica), tratamos en la introducción al volumen I, *Poesía*, de esta BIBLIOTECA, al que remitimos; pero requerirá un nuevo análisis y profundizar en la formación, las lecturas y las raíces ideológicas de Gil, en todo caso heterodoxas<sup>128</sup>.

En resumen, no es posible entender a Enrique Gil —al hombre y al escritor— sin analizar a fondo su relación con las sociedades secretas; sin mirar a través del delicado cristal de su ambigüedad sexual y su temperamento femenino; y sin contemplar su panteísmo religioso a la manera de Byron; y estas tres caras del poliedro nos han sido hurtadas durante casi doscientos años, ya desde el minuto cero, por sus piadosos amigos y por sus propios familiares: la biografía de su hermano Eugenio Gil, *Un ensueño*, es elocuente no por lo que dice, sino por lo que calla. Debemos aprender a leer en los silencios y avanzar en la deconstrucción del Gil y Carrasco adulterado para llegar hasta donde sea posible a la construcción del verdadero Enrique Gil.

### 3. Las patas de la mesa

Esos tres envoltorios, amparados durante décadas en el olvido y el desinterés por toda la obra de Gil, nos han hurtado un grandísimo autor, una inteligencia excepcional y una escritura firme que sigue siendo actual, permanece y permanecerá. Gil es, en verdad, un clásico, una de las cuatro patas de la mesa. Forma pupitre estable en la poesía del XIX anticipándose a Bécquer y Rosalía; es escaño fundacional de la novela histórica, tantas veces comparado a Walter Scott; es la persona de confianza a quien Espronceda encarga ocuparse del entierro de Larra<sup>129</sup>, y el primero también en responsabilidad y dolor a la muerte de

---

<sup>128</sup> Revisando de modo específico el valioso capítulo de Picoche, «Las fuentes literarias de la obra de Enrique Gil», pp. 225-261 y el ensayo de J. L. Suárez Roca, «Ideas estético-filosóficas en la obra periodística de Enrique Gil», en BGC-V, *Miscelánea*.

<sup>129</sup> El episodio lo narra Galdós en *La estafeta romántica*, como cuenta José Luis Suárez Roca en este volumen.

Espronceda; pertenece al círculo de poder del presidente del Gobierno y viaja en misión secreta a Prusia, que equivale a ser hoy embajador de EE UU en Moscú, el primer nivel incuestionable; en Berlín arrolla con su presencia: lo recibe el Rey, cena con banqueros judíos, escribe informes al Gobierno, es preceptor de las infantas, amigo y protegido de Humboldt, condecorado con la Gran Medalla de Oro. Y todo lo hace con discreción, modestia y elegancia, con un criterio firme y solvente, siendo en cada palo que toca una de las cuatro patas de la mesa y a veces la más sólida.

Hay otro velo del que debemos ocuparnos; se ha repetido de Gil hasta la saciedad su condición de poeta, novelista y diplomático, tres caras de una pirámide que se asienta sobre una base sólida: el periodismo. Enrique Gil ha pasado a la historia del Romanticismo español como poeta aunque su producción, siendo importante, es más bien exigua; y como novelista por su única novela, *El Señor de Bembibre*; ambas ocupaciones fueron transitorias en la vida de Gil y le ocuparon poco tiempo. Gil dejó treinta y dos poemas<sup>130</sup>, escritos en dos años (1838-39), y dedicó otros dos a escribir la epopeya templaria (1841-43); pero desde que se inicia en el Parnasillo en 1836 hasta su muerte en Berlín en 1846, Enrique es esencialmente periodista. No es casual que de los ocho volúmenes de las *Obras Completas* publicadas por BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, nada menos que cinco contengan sus trabajos como periodista<sup>131</sup>, e incluso otros dos, *El Lago de Carucedo* y la mayor parte de sus poemas, también fueron publicados en la prensa de la época.

Dicho de otro modo, a excepción de *El Señor de Bembibre* y del *Diario de viaje* que dejó inédito en Berlín, toda la obra de Gil se publicó en prensa: el periodismo fue su modo de vivir y su sustento único hasta que en 1840 es nombrado ayudante del director de la Biblioteca Nacional, y aún desempeñando este cargo, que le permitía vivir desahogadamente, sigue ejerciendo el periodismo hasta poco antes de morir.

---

<sup>130</sup> Véase nuestra introducción al volumen I, *Poesía*, en BGC. Escribió algún poema tardío, como el dedicado a la muerte de Espronceda en 1842 obligado por las circunstancias, pero su producción poética decae a finales de 1839.

<sup>131</sup> Volumen III, *Viaje a una provincia del interior*; IV, *Crítica teatral*; V, *Miscelánea*; VI, *Viajes y costumbres*; y VIII, *Último viaje. Diario París-Berlín*.

#### 4. Trayectoria profesional: Gil periodista

Centrando más las coordenadas cronológicas de Gil periodista, abarcan de 1838 a 1844 de modo discontinuo, pues la mitad de su producción se publica en los dos primeros años de aterrizaje, de entusiasmo, de darse a conocer y de gloria inmediata: a los pocos meses de debutar en la cabecera más importante del momento, Gil es considerado “el mejor crítico teatral de Madrid”<sup>132</sup>. Será una etapa irrepetible, centrada en *El Correo Nacional* (teatro) y el *Semanario Pintoresco* (monumentos y costumbres), con largos artículos una o dos veces por semana.

A través del Parnasillo, y siempre de la mano de Espronceda y su círculo de influencia, Gil entra a formar parte de un selecto colectivo de periodistas, políticos y escritores, todo a la vez, que participan de inquietudes y lecturas comunes. Para entender el contexto, debemos imaginar sus paseos, tertulias y conversaciones, los encuentros en los baños de Santa Engracia, sus largas horas en el café del Príncipe, en el Liceo o en la Biblioteca Nacional, y también en el recién creado Museo del Prado (1818), que Enrique visita asiduamente. Gil posee una prodigiosa memoria fotográfica: las citas de sus lecturas o de las obras de arte contempladas no proceden de una rápida consulta a Google, sino de un bien nutrido andamiaje.

Sin embargo, la salud nunca sonrío a Gil y se cruza en su camino en el mejor momento de su carrera como periodista. A finales de 1839 enferma y pasa el invierno y la primavera de 1840 en Ponferrada; viaja por El Bierzo y escribe *El Lago de Carucedo*, que es casi su única publicación en prensa ese año, ya sea que fuere abatido por la enfermedad o absorbido por la leyenda. Apenas sale del silencio para escribir desde Ponferrada y publicar en el *Semanario Pintoresco* su ensayo sobre la poesía de Espronceda, considerado por la crítica posterior como una pieza fundamental en la obra de Gil [“La aparición de este libro es harto notable, y hará época en la historia literaria de nuestro país”, dice en 1840].

La proximidad a Espronceda es total: cuando el poeta de Almendralejo, siempre maquinando, pone en marcha *El Pensamiento*, en 1841, Gil recibe el encargo de escribir el *Prospecto*, es decir, la

---

<sup>132</sup> Picoche, p. 43.

declaración de principios, definir la línea editorial, tarea de la máxima responsabilidad. Gil tendrá un papel destacado en *El Pensamiento*, que apenas dura nueve meses, pues Espronceda es nombrado Secretario de Legación en La Haya y el proyecto decae. Entonces Gil aparca el periodismo y se encierra en su gabinete de la Biblioteca Nacional: “Es un silencio fecundo, ya que está componiendo *El Señor de Bembibre*” (Picoche, pp. 46).

Tras la inesperada muerte de Espronceda en mayo de 1842, Gil se retira de nuevo al Bierzo muy afectado y busca la paz interior en sus excursiones por el Valle del Silencio<sup>133</sup> pero no encuentra sosiego; y en lo alto de la Aquiana, el techo del Bierzo, 1846 mts., exclama:

¡Dichoso aquel que lleva limpias y sin amargos borrones las páginas del libro de la memoria a semejantes sitios! ¡Venturoso mil veces porque la voz de las muertas alegrías no le murmurará al oído aquellos dolorosísimos versos de un amigo [Espronceda] cuya imagen querida jamás se apartará de nuestro corazón!

Picoche considera que este periplo por El Bierzo es un viaje iniciático, a la manera de Byron y Chateaubriand, cuyos pasos Gil nunca dejó de seguir:

Nunca quiso librarse de la influencia de Chateaubriand, a quien admira, y, a imitación suya, escribió el *Bosquejo* (...). En efecto, el autor francés, una vez ideado su *Les Martyrs*, emprendió un viaje a Oriente para recoger imágenes, publicando, a su vuelta, el *Itinéraire de Paris à Jerusalem*. Y el autor español, a su vez, escribió su *Bosquejo* para dar a conocer su patria chica a los madrileños. Redactada la conclusión de *El Señor de Bembibre* a principios de 1843, empieza a publicar en folletín la obra complementaria a partir de febrero. Lo hace en *El Sol*, diario político de Ríos Rosas, mal impreso y de mala apariencia. Los ocho artículos que constituyen [el *Bosquejo*] se publican de manera muy irregular, cuando quedaba espacio, entre el 3 de febrero y el 27 de abril; el último, dos días antes de cerrarse el periódico. (Picoche, pp. 46-47).

---

<sup>133</sup> La excursión a San Pedro de Montes y Peñalba, donde pernocta, y la ascensión a la Aquiana tienen lugar el 2 y 3 de agosto de 1842, según consigna el propio autor en el *Bosquejo*, cap. III.

El ocaso de *El Sol* coincide con el declive de Enrique Gil como periodista; en 1843 da a la imprenta los tres artículos de *Los españoles pintados por sí mismos*, que en argot periodístico pueden considerarse refritos de trabajos anteriores –*El maragato* reescribe en 1844 *Los maragatos* de 1839; *El pastor trashumante* (1843) vive de las rentas de *Los pasiegos* y *Las montañas de León* (1839)–, y enfila la recta final de su desempeño como periodista, retomando su primera y brillante labor de crítico teatral. Una docena de revistas quincenales en *El Laberinto* serán su canto del cisne, ya en 1844, antes de iniciar el último viaje.

## 5. Con la vanguardia europea

Volvamos a 1838–40, cuando Gil es “el mejor crítico de Madrid”. Enrique y sus amigos retornados del exilio se mueven en la vanguardia, son los artífices del periodismo y la cultura del momento, crean opinión, marcan tendencia: se pasan unos a otros las novedades recién llegadas de París o Berlín, traídas por compañeros en el exilio. En estos años, Enrique lee a Washington Irving, pero el dato no sorprende: su compañero de fatigas José García de Villalta –el Villalta preso con Espronceda en 1834, el exaltado masón y ateo que Picoche mencionaba como «mala compañía»–, acaba de hacer la traducción al castellano de *Historias de la vida y viajes de Cristóbal Colón* de Irving.

En 1838, Gil publica en *El Correo* una crítica de *Macbeth* de la que también Villalta era autor de la versión castellana en verso; y es Villalta, con ayuda de Gil, quien prepara con mimo la primera edición de las poesías de Espronceda en 1839 que Gil reseña, como se ha dicho, en el *Semanario Pintoresco*. Otro amigo es el traductor en 1839 de los *Cuentos fantásticos* de Hoffmann, que Gil comenta en *El Correo*: “El señor don Cayetano Cortés ha hecho un servicio eminente a las letras en dar a conocer en nuestro idioma unas obras, que con grave mengua de nuestra cultura todavía no han visto la luz en castellano. La traducción está hecha con un esmero y conciencia extremados...”.

Compartían, pues, amistad, trabajo, encargos editoriales y afanes políticos. El círculo esproncediano comparte también la admiración por Ossian, Byron o Hoffman. No son coincidencias, sino el fruto de un

quehacer periodístico y literario en común, de un selecto grupo de intelectuales que participan de la vanguardia europea del momento, una minoría exótica en medio de la sociedad madrileña y española casposa, absolutista, que desdeñaba la cultura y el progreso con el *vuelva usted mañana* que denuncia Larra.

Hagamos un paréntesis sobre esa minoría exótica y revolucionaria. Leyendo una y otra vez el inagotable caudal de datos de la tesis de Picoche, nos llamó la atención la lista de enseres que deja a su muerte el padre de Enrique: “El inventario de los bienes de Juan Gil muestra una extremada pobreza: una cama, varias sillas, un colchón, dos sábanas y dos almohadas, unas mesas, ni un solo libro”<sup>134</sup>. Y eso en un hogar “medianamente acomodado en bienes de fortuna”, en palabras de Eugenio Gil.

Que Enrique estudiara latines y teología en colegios y seminarios suponía un privilegio cuando el noventa por cien de la población era analfabeta<sup>135</sup> y los libros algo tan raro y poco apreciado que los soldados napoleónicos los quemaban a su paso por la biblioteca de Carracedo para calentarse, en el duro invierno de 1809. Gil, nacido en 1815, escuchó estas historias siendo niño.

Gil recorre a pulso, por mérito propio, el camino que conduce desde una casa familiar sin un solo libro a lector exigente de la vanguardia europea. No es un dato menor para valorar el carácter de nuestro autor y su entereza intelectual. Se ha descrito a Gil como un políglota que dominaba no solo el latín y el griego, sino el francés, el inglés y el alemán, algo inusual en la época, cuando en España no hablaba inglés ni el embajador británico:

Hasta bien entrado el siglo XVIII, el inglés era una lengua prácticamente desconocida en los países del continente europeo. (...) Luis Vives y Erasmo se entendían en latín. Felipe II hablaba francés con su esposa María Tudor. (...) En el siglo XVIII el inglés sigue siendo una lengua casi desconocida en España, y lo seguirá siendo, si bien en menor grado, durante otro siglo y pico”[es decir, en la época de Gil; conocen el inglés, por

---

<sup>134</sup> Picoche, p. 36.

<sup>135</sup> Véase “Alfabetización, semialfabetización y analfabetismo en España (1860-1991)”, Narciso de Gabriel, en *Revista Complutense de Educación*, Madrid, 1997.



necesidad, algunos comerciantes, e ilustrados como Olavide, Cadalso y Jovellanos], pero durante todo el siglo XIX y hasta bien entrado el XX los españoles de cada generación que saben suficiente inglés para poder leer obras literarias casi se pueden contar con los dedos de la mano, y suelen ser los exiliados políticos que como Alcalá Galiano, Espronceda o el duque de Rivas, han tenido que vivir algún tiempo entre ingleses<sup>136</sup>.

No fue el caso de Gil, que nunca estuvo en el exilio ni conoció Inglaterra. Su biógrafo Samuels afirma que Gil leía el francés desde 1838 y el inglés a partir de 1841; y es lugar común que al aceptar el destino diplomático en Berlín aprende alemán “estudiando seis horas diarias en los pocos meses que su salud se lo permitió”, según cuenta su hermano Eugenio<sup>137</sup>. Picoche duda de la afirmación de Samuels, que considera “sin pruebas”, pero ambos omiten la confesión que hace el propio Gil en la crítica a la representación de *Macbeth*, en la mencionada versión de Villalta: “De intento nos hemos reservado el último lugar para hablar de la traducción. Ardua es la tarea para quien por desgracia suya conoce tan poco a fondo la lengua de Shakespeare que no puede en conciencia aventurar un juicio propio”<sup>138</sup>.

El rigor periodístico de Gil es modélico: no presume de saber inglés ni se aventura en el juicio, sino “consulta a personas de respeto que saben casi de memoria el original y a ingleses bastante conocedores de nuestro idioma”; pero no necesita esta precaución cuando se trata del francés, que lee con desenvoltura: “Réstanos hablar de la traducción – dice en la reseña de *El Paria*, del dramaturgo galo Casimir Delavigne, también traducido por Villalta– que, después de cotejada con el original, nos ha parecido excelente”. Repárese en que también aquí es riguroso y no opina sin antes haber cotejado la traducción de su muy

---

<sup>136</sup> Véase el espléndido ensayo de Alberich, *La difusión de la literatura inglesa en España*.

<sup>137</sup> Samuels, *A study in Spanish Romanticism*, p. 25, cit. por Picoche, p. 236. Sobre los idiomas de Gil véase también Gullón, p. 113, y Eugenio Gil, *Un ensueño*, en *Poesías Líricas*, facsímil reproducido por BGC-I, p. XVI, 2014.

<sup>138</sup> Crítica de E. Gil a *Macbeth*, estrenada en el Teatro del Príncipe el 13 de diciembre de 1838, publicada en *El Correo Nacional*, 19 y 20 de diciembre de 1838 según nota de Campos en O. C., p. 419. Para el artículo de Gil, véase BGC-V, *Miscelánea*, p. 273.

cercano amigo Villalta con la versión francesa. Ese era el meticuloso periodista Enrique Gil y así lo acredita en cada una de sus críticas, revistas o artículos de viajes.

Picoche afirma que Gil “conoció la mayor parte de las obras de Byron por traducciones”, a través del francés, se entiende, y, en un país donde Shakespeare era desconocido y no fue representado hasta 1860, no pudo ser de otro modo:

Las traducciones al español de obras inglesas se hacían casi invariablemente a través del francés: esto ocurre con las tres grandes influencias inglesas que inciden en el romanticismo español: Ossian, la poesía de Lord Byron y la novela de Walter Scott. Las tres vienen atravesando Francia (...) la selección de los escritores ingleses y sus obras está hecha en Francia, no en España. Francia fue, no España, la que levantó a Ossian, a Byron y a Walter Scott sobre el pavés romántico. (...) Los románticos españoles ignoran a poetas ingleses como Blake, Coleridge y Shelley y se quedan únicamente con Byron, pero sería erróneo buscar en España las razones de esta discriminación, pues la selección viene ya hecha de Francia y es allí donde hay que explicársela. Era imposible que la mayoría de los españoles, sin saber inglés, tuviesen acceso a ellos<sup>139</sup>.

Como afirma Alberich y certifica el propio Gil, sus lecturas de la vanguardia europea en aquellos años fueron en lengua francesa; y en francés o traducidos al castellano desde el francés, leyó, asimiló, citó e hizo la crítica literaria de Chateaubriand, Dumas, Delavigne, Lamartine, Hoffman, Byron, Scott y todos los demás autores que le influyen decisivamente y con los que construye su imaginario romántico. Quizás con excepción del escocés Macpherson, el falsificador o inventor de Ossian, que Gil cita en dos poemas, cuya traducción en España fue muy temprana, en 1788, “cosa rara”, apostilla Alberich.

En el ensayo sobre *Bosquejos de España del capitán Cook*, Gil manifiesta haber leído *La Biblia en España* (1843) de G. Borrow, best

---

<sup>139</sup> Alberich, p. 60.

seller en toda Europa que no fue traducido al castellano hasta que lo hizo directamente del inglés Manuel Azaña en 1921, por lo que hemos de concluir que Gil leyó a Borrow en francés. Por cierto, don Jorgito el Inglés pasó por El Bierzo camino de Galicia entre mayo y noviembre de 1837, posiblemente en julio, pues a comienzos de agosto dice hallarse en Compostela, pero aquel verano Gil está dando sus primeros pasos por Madrid y ni siquiera regresa a casa al entierro de su padre, por lo que hemos de descartar lo que hubiera sido una feliz coincidencia histórica de Gil con Borrow. Lástima de una futura exclusiva periodística para el joven reportero.

## 6. Un poco de contabilidad

En el prólogo a las *Obras Completas*, Jorge Campos menciona diecinueve publicaciones que ha “repasado cuidadosamente” en busca de las huellas de Gil, y había manejado otras tantas al editar las obras de Espronceda en la misma colección<sup>140</sup>.

La relación incluye los veintiocho poemas que publicó en prensa, sobre todo en *El Correo Nacional* y en el *Semanario Pintoresco*, pero también en revistas efímeras como *No me olvides* y *El Iris*, donde apareció un solo poema. Aunque era una sección fija en los periódicos de la época, consideramos que la poesía no forma parte de los géneros periodísticos, y la obra de Gil lo corrobora, por lo que no se incluye en el presente trabajo.

---

<sup>140</sup> *El Castellano*, periódico de política, administración y comercio, 1836-43. *El Correo Nacional*, periódico político, 1838-42. *La Crónica*, semanario popular económico, 1844-45. *El Español*, diario político de las Cortes, 1835-48. *El Eco del Comercio*, 1832-49. *El Espectador*, 1841-48. *La Ilustración*, periódico universal, 1849-57. *El Iris*, semanario enciclopédico, 1841. *El Laberinto*, periódico universal, 1843-45. *La Legalidad*, periódico político, científico, literario y comercial, 1839-40. *El Liceo*, revista de literatura y artes, Coruña, 1846. *Liceo Artístico y Literario Español*, 1838. *No me olvides*, revista de literatura y bellas artes, 1838. *El Panorama*, periódico literario semanal, 1838-41. *El Pensamiento*, periódico de literatura y artes, 1841. *El Piloto*, periódico político, 1839-40. *Revista de teatros*, diario político de literatura, 1842-45. *Semanario Pintoresco Español*, 1836-57. *El Sol*, diario político, religioso, literario e industrial, 1842-43. *O. C.*, p. XXVIII.

Prescindiendo de los poemas, el periodista Enrique Gil colaboró en media docena de periódicos, entre ellos los más importantes de la capital, de 1838 a 1844, en los que publicó un centenar de artículos: hay noventa documentados, a lo que nos atenemos; pero así como redactó el *Prospecto* de *El Pensamiento* de forma anónima, tenemos la certeza de que escribió otros sin firmar, cosa habitual que hemos hecho todos los periodistas en cualquier redacción; y aunque Gil no era un mero redactor, sino una primerísima firma, es seguro que hacía otros trabajos, por lo que no es descartable que aparezcan más artículos suyos, con o sin firma. Es su actividad principal, a la que se dedica intensamente, dignamente remunerada: no sabemos lo que ganaba Gil, pero en aquella época Larra, que pudo haber sido de los mejor pagados, cobraba 20.000 reales al año por dos artículos semanales, según consta en su contrato con *El Español*<sup>141</sup>.

Consultando las ediciones anteriores, hemos recontado 90 artículos<sup>142</sup>: las *Obras en prosa* de 1883 “donde, sin duda, debió seguirse un criterio selectivo”, dice Campos<sup>143</sup>, recogen 42, casi todos los publicados en *Semanario Pintoresco* y *El Sol*, olvidándose de las críticas teatrales. En su edición de las *Obras Completas* (1954), Campos completa la bibliografía y añade 41 artículos nuevos, de los que afirma, “ninguno desmerece en el conjunto y se compenentran todos para formarnos la figura espiritual de Enrique Gil”. Finalmente, el profesor Picoche descubre seis artículos más que incluye en los apéndices de su tesis, inédita hasta que en 2015 hemos digitalizado la tesis íntegra (descargable en la web de BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.com), e incluido los textos inéditos en el lugar correspondiente<sup>144</sup>.



---

<sup>141</sup> *El Español*, considerado entonces el mejor periódico de Europa, fue fundado por Andrés Borrego al volver del exilio en 1835. El contrato se menciona en una carta de Larra de 8 de enero de 1835, véase *Larra, Figaro de vuelta, 1809-2009*.

<sup>142</sup> En realidad se trata de 72 títulos o trabajos, pero algunos son de una extensión que rebasa los límites al uso y se publicaron en entregas sucesivas [*Lago de Carucedo*, Int., I, II y III; *Luis Vives*, I y II, etc.]. Para visualizar mejor el trabajo de Gil, su presencia a veces semanal, su continuidad y altibajos, contamos cada fecha de publicación como un artículo separado.

<sup>143</sup> *O. C.*, p. XXVII.

<sup>144</sup> Una vez más, dejamos constancia de nuestra gratitud al profesor Picoche.

En cuanto al género periodístico, de los noventa textos censados, veintinueve son de crítica teatral, completada con otros veinticinco de crítica literaria (incluyendo un prospecto, ensayos y once revistas de actualidad dramática y literaria). Otros veinticuatro artículos son de viajes, género en el que Gil acredita vocación y maestría, codeándose con los libros de viajes de Byron, Borrow, Chateaubriand o Lamartine, que confiesa haber leído y de quienes no desmerece: el viaje a Tierra Santa de Chateaubriand en 1806 y el de Alphonse de Lamartine desde Marsella a Jerusalén en 1832 eran lectura inexcusable en su círculo<sup>145</sup>. En cuanto a las Peregrinaciones de Childe Harold, puede considerarse el libro de cabecera que Gil lleva consigo en el viaje a Berlín y se despide del Rhin leyéndole una estrofa<sup>146</sup>.

Por último, seis artículos son otras tantas entregas de las narraciones *Anochecer en San Antonio de la Florida* y *El Lago de Carucedo*, que tuvieron su primer contacto con los suscriptores impresos entre gacetillas de sucesos y crónicas políticas<sup>147</sup>.

Cuando Jorge Campos edita las *Obras Completas* de Gil, acaba de preparar también las de Espronceda<sup>148</sup> y está muy familiarizado con la hemeroteca española del XIX y quizás por ello es el crítico que mejor valora la obra periodística de Gil a la que dedica observaciones atinadas: “Entregado a ella por ser tanto uno de los modos más eficaces de darse a conocer como de resolver su nada acomodada situación económica, Enrique Gil le prestó tanta atención que sus artículos merecer de Víctor Balaguer un altísimo juicio: «*El Señor de Bembibre* y *El Lago de Carucedo* son obras pasajeras y mortales al lado de los artículos...». Piñeyro creía que «se pueden leer todavía con placer y provecho» (...) y Alonso Cortés

---

<sup>145</sup> Gil pudo leer el *Itinéraire* en castellano, traducido por Olive en 1828; no así el *Voyage en Orient* de Lamartine, que no se vertió hasta 1875. Véanse ambas traducciones primorosamente editadas en la colección *viento simún* de Ediciones del Viento, A Coruña, 2005 y 2010.

<sup>146</sup> “[En Maguncia] me he despedido del Rhin, que ya no volveré a ver probablemente en bastante tiempo, pero que deja en mi imaginación recuerdos indelebles. Antes de despedirme de su orilla le leí la estrofa de despedida de Childe Harold”. *Diario de viaje*, jornada 16. BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. VIII, pp. 174-175.

<sup>147</sup> Véase la relación detallada de los 90 artículos clasificados por fechas, temas y publicación al final de este trabajo.

<sup>148</sup> Vol. LXXII de la BAE.

opina que «los artículos de Enrique Gil son de lo más sólido y consistente que se escribió en su época»<sup>149</sup>.

## 7. El periodismo en tiempos de Gil

¿Cómo era el periodismo cotidiano en tiempos de Gil? Aunque repetidamente nos venimos refiriendo a Gil como «periodista», esta denominación apenas se usaba en la época<sup>150</sup>, siendo más usual «escritor público» o «escritor periódico».

A la altura del medio siglo el periodismo literario se había convertido en una industria que exigía ingentes esfuerzos de trabajo y una producción torrencial, pero que ya empezaba a dar los frutos económicos necesarios para convertirlo en una actividad en la que participarían, de una manera u otra, todos los grandes nombres de la literatura de la segunda mitad del siglo XIX<sup>151</sup>.

Don Manuel Bretón de los Herreros escribió en 1836 la comedia en cinco actos y en verso *La redacción de un periódico*, en la que una inocente trama amorosa se desenvuelve sobre el paisaje de fondo del periodismo madrileño de entonces. Bretón de los Herreros, contertulio de Gil y Espronceda en *El Parnasillo*, fue un periodista prolífico, autor de centenares de artículos de costumbres y crítica teatral, repartidos en los principales periódicos de la época y buen conocedor del ambiente. Es seguro que, salvada la caricatura, el día a día del periodismo hacia 1836 se parecería bastante a la redacción del periódico retratada por Bretón.

Sin duda hay que acudir a Larra, “el primer periodista moderno de España”<sup>152</sup> para completar el retrato. Durante las Cortes de Cádiz se produce lo que algún historiador llamó “la diarrea de las imprentas”, cortada en seco por Fernando VII, quien prohíbe todos los periódicos por decreto de 4 de mayo de 1814. Luego, durante el Trienio Liberal, la prensa se dispara hasta más de 700 periódicos, pero en 1824, Fernando

---

<sup>149</sup> O. C., p. XXV-XXVII.

<sup>150</sup> La voz ‘periodista’ entró en el Diccionario de la RAE en 1822.

<sup>151</sup> Borja, *Anales*, 25, 2013, p. 302.

<sup>152</sup> L. Romero, en *Figaro de vuelta*, p. 27.

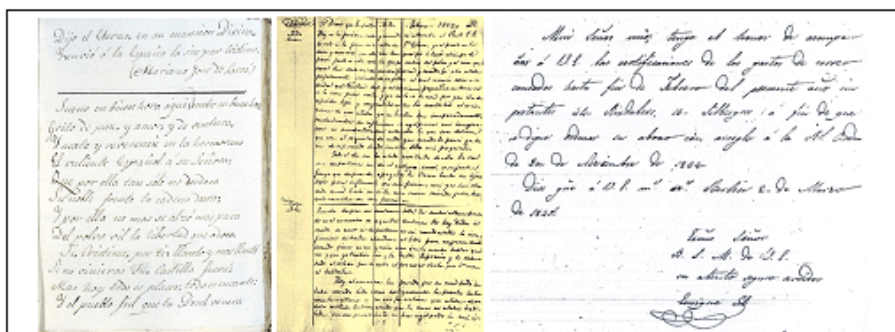
VII elimina de nuevo la libertad de prensa y establece la censura previa, que se mantendrá –la Década Ominosa– hasta la regencia de María Cristina, en 1834. Entre otros muchos, Larra y Espronceda padecen estos desvaríos políticos y sus artículos son con frecuencia víctimas de la censura. Es conocida la portada de *El Siglo* que Espronceda publica en blanco el 7 de marzo de 1834, desafiando a los censores:



En el orden material, a la muerte de Fernando VII en 1833, con el regreso de los exiliados y la importación de maquinaria desde Londres, el periodismo se consolida como industria: es el momento en el que Andrés Borrego funda *El Español* (1835), donde debuta Gil en 1837 con *Una gota de rocío*, y surgen los primeros impresores modernos, como Francisco de Paula Mellado, otro asiduo del *Parnassillo*, que andando el tiempo será el primer editor de *El Señor de Bembibre*.



El oficio de periodista se asemejaba a la redacción descrita por Bretón de los Herreros en su comedia: los originales eran redactados a mano<sup>153</sup> por poetas, escritores, columnistas e incluso las cartas de lectores, y remitidos o entregados personalmente en la redacción, donde una legión de cajistas, correctores y regentes trasladaban el manuscrito a tipos de imprenta. Aunque no conocemos ningún manuscrito literario de Gil, no cabe duda de que redactaba sus originales a mano, como todos los demás, y eso explica también errores, erratas y criterios de puntuación anómalos. Se conservan manuscritos de Larra, Zorrilla, Bécquer y otros muchos que nos dan una idea aproximada de cómo llegaban los originales al taller y, gracias a la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, tenemos todas las cartas autógrafas de Gil, conservadas en el Archivo Histórico Nacional y reproducidas en facsímil en el volumen *Último Viaje: Diario Madrid-París-Berlín*, que nos muestran su muy personal caligrafía:



Manuscritos de Larra, Bécquer y Gil.

Este período intensamente literario del periodismo español ha sido estudiado por la profesora María del Pilar Palomo, quien analiza la rápida evolución del romanticismo español entre 1834 y 1837. En los años previos a la irrupción de Gil en el periodismo, en la escena cultural se cruzan debates entre clásicos-románticos, germánicos-afrancesados, o entre los distintos tipos de romanticismo (exaltado, costumbrista, etc.),

<sup>153</sup> Gil y sus contemporáneos no conocieron la máquina de escribir; las primeras *Rémington* son de 1873 y la primera *Olivetti* de 1911, de modo que hacia 1830 la tecnología de la tinta y el papel apenas había progresado desde el Siglo de Oro.



asumiendo distintas posiciones el “grupo de los mayores” (Mesonero, Larra, Espronceda) y los nacidos, como Gil, hacia 1815, “a quienes coge de lleno en sus primeros años, ya importantes, de actividad pública el conflictivo período de transición que siguió a la muerte del Rey [Fernando VII]. En el primero de los grupos, se da, claramente, una reafirmación de los principios del romanticismo schlegeliano<sup>154</sup>, bien como resistencia y ataque al nuevo romanticismo, bien con estudios que lo desarrollan, como ocurre con el grupo de la *Revista de Madrid*, (...) que consideraba que el romanticismo ya ha triunfado totalmente siendo el clasicismo cosa del pasado”<sup>155</sup>.

A juicio de Palomo, esta decantación a favor del romanticismo se da claramente en el grupo de los mayores, como Espronceda, pero también entre los jóvenes:

...en los autores más interesantes, como Enrique Gil y Nicomedes Pastor Díaz, escritores que no han sido ajenos a la angustia romántica; metidos de lleno en la situación contemporánea extremadamente difícil, especialmente por la guerra civil, manifiestan su interés por resolver las dudas que les afectan vitalmente, así como por la misión que es necesario que la literatura tenga en la sociedad presente. (Palomo, p. 90).

En sus acerados artículos de crítica literaria, Enrique Gil no rehúsa el debate: se sumerge en la controversia con opiniones brillantes que sientan cátedra y cuya vigencia perdura casi dos siglos después [quizás convenga recordar de vez en cuando que en 1838, por ejemplo, Gil apenas tiene 23 años...]:

---

<sup>154</sup> Friedrich von Schlegel [1772-1829], uno de los fundadores del Romanticismo, reflexiona acerca de las diferencias entre el espíritu clásico y el espíritu romántico: “El artista, y especialmente el poeta, no tienen que someterse a los principios que se supone rigen el mundo, porque pueden transformar el mundo. En rigor, el poeta crea mundos y con ello expresa la libertad máxima”. Schegel acuña el concepto de ironía: “La ironía romántica es un juego constante que mezcla la burla con la seriedad, que trata cada una desde el punto de vista de la otra. La ironía es un juego que no se entrega a nada; el poeta se coloca en aquel punto donde todas las formas se disuelven, no para desaparecer, sino para transformarse (...) y así al infinito. La ironía poética es, en realidad, una actitud divina” [en Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, IV, pp. 2954-2955].

<sup>155</sup> Palomo, p. 90 y ss.

Entre los autores que llamaron la atención sobre los aspectos más problemáticos de la literatura y el romanticismo en el final de los años treinta del siglo, destaca Enrique Gil. Plenamente romántico, de gran sensibilidad e inteligencia, y preocupado por la misión del escritor en época tan conflictiva, es uno de los autores más interesantes del romanticismo español. (...) Enrique Gil en varias ocasiones esboza la teoría de que la literatura que corresponde al estado actual de madurez de la edad moderna debe centrar su reflexión en el análisis del interior del hombre; principio evidentemente conectado con el romanticismo schlegeliano, pero que, más que en su relación con la historia, le interesa aquello que tiene especial carga de actualidad –sobre todo esto había hablado Donoso ya en 1828–. El sentimiento o las pasiones [según piensa Gil] son lo único común a todos los hombres y lo único capaz de «cambiar la dirección interesada y egoísta del siglo». (...) Resulta enormemente interesante que quien iba a escribir la mejor novela histórica del romanticismo español y una de las mejores del europeo, *El Señor de Bembibre*, demuestra gran empeño en que los escritores no se queden anclados en el pasado<sup>156</sup>.

La cita reproducida sitúa bien las coordenadas estéticas de Gil, su apuesta vehemente por el Romanticismo, ya sea de Hartzenbusch, de Espronceda, de Zorrilla, de Villalta, de Bretón o del Duque de Rivas; de todos ellos escribe piezas sólidas que perduran. En su propia obra incorpora los temas centrales de Schlegel: la religión, la Naturaleza, la libertad, la rebeldía, el amor y la muerte. Y cuando la profesora Palomo afirma el empeño de Gil en no quedarse anclado en el pasado, apunta en la misma dirección que hemos sugerido a propósito de *El Señor de Bembibre*: que bajo la apariencia de una trama histórica en el siglo XIV, Gil escribe un relato contemporáneo, “característica común a la novela romántica española en los años 30 a 45”, en opinión del especialista Borja Rodríguez. Una trama *templaria* tan actual en 1844 como diez años antes lo había sido *La conjuración de Venecia* de Martínez de la Rosa, drama que el amigo y correligionario de Gil sitúa en 1310, pero el público percibe de inmediato en el estreno que De la Rosa está

---

<sup>156</sup> Palomo, p. 92.

hablando de su propia experiencia política “y sus esfuerzos por liberar a España del pesado yugo del absolutismo de Fernando VII”<sup>157</sup>. Así, bajo el ropaje del Temple, *El Señor de Bembibre* básicamente no es una novela histórica: nunca hubo en Ponferrada un conde de Lemos enemistado con un inexistente don Álvaro [“los personajes históricos son pocos y quedan en segundo plano”, dice Picoche, p. 337]. Sobre este asunto remitimos al ensayo de Mestre y Muñoz en el vol. VII de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, pero es pertinente cincelar aquí cómo Gil es ante todo periodista y habla de la actualidad que le toca vivir cuando hace viajes pintorescos y crítica literaria, ¡y también cuando escribe novela!

Los románticos españoles deben ver la realidad –piensa Gil–, no inspirarse en libros que puedan presentar una imagen falsa de la vida; así lo afirma en la *Revista teatral*: «Estudiar en los libros no es estudiar en la naturaleza, y las inspiraciones que no se beban de este gran manantial corren inminente peligro de salir a luz enfermizas y defectuosas»<sup>158</sup>.

## 8. De Fernando VII a Isabel II

Recapitulemos: los años en que Gil ejerce el periodismo coinciden con una de las décadas más convulsas del siglo XIX, vale decir uno de los períodos más convulsos de la historia de España, la década 1833-1843. Cuando muere Fernando VII, Enrique tiene 18 años, el país sufre una epidemia de cólera, Larra se pelea con la censura, que le prohíbe el drama *Macías*; Espronceda anda envuelto o revuelto en la conjura de Riego y, en fin, regresan los liberales, masones y anticlericales exiliados en París y Londres, entre ellos, Andrés Borrego, el primer periodista parlamentario español, que en noviembre de 1835 crea *El Correo Nacional* “y en ese momento el periodismo español da un salto cualitativo de madurez que lo situará a nivel europeo”<sup>159</sup>.

Igual que en la España contemporánea no podemos tratar las relaciones entre prensa y poder sin analizar quién es el dueño o quién

---

<sup>157</sup> Cantero, p. 9.

<sup>158</sup> Palomo, p. 93. La cita de Gil es de *Semanario Pintoresco Español*, 27-10-1839.

<sup>159</sup> Biblioteca Nacional, Hemeroteca Digital, <http://bit.ly/1lnCmVI>

está detrás de *El País*, *La Vanguardia* o *ABC*, pues la propiedad y las familias financieras –los Polanco, Godó, Luca de Tena– determinan la línea editorial de cada medio de comunicación, a comienzos del siglo XIX la adscripción de cada periódico era aún más burda o transparente. Para saber en qué medios colaboraba Gil, dónde y por qué tenía su acomodo, conviene detenerse en la figura de Andrés Borrego.

ANDRÉS BORREGO (Málaga, 1802-1891) fue desde muy joven agitador de las ideas liberales contra el absolutismo de Fernando VII y colaborador en las intrigas revolucionarias del general Riego, “el hombre más popular de España en aquella época”<sup>160</sup>. Borrego apoyó a Riego y participó en el pronunciamiento militar de Cabezas de San Juan (1820) que dio origen al Trienio Liberal y forzó a Fernando VII a gobernar con la Constitución de Cádiz de 1812. Los tres años de paréntesis liberal acabaron con la intervención europea de la Santa Alianza, los Cien Mil Hijos de San Luis, que repuso el absolutismo desde 1823 hasta la muerte de Fernando VII en 1833.

Esta segunda restauración del absolutismo comenzó con el ahorcamiento de Riego en la plaza de la Cebada de Madrid, el 7 de noviembre de 1823 y desencadenó la persecución de los liberales: igual que Espronceda, Álvarez y otros muchos, Andrés Borrego marchó al exilio, ¡donde permaneció doce años!, primero en Londres y desde 1828 en París. En 1834, Andrés Borrego regresó a Madrid y en noviembre de 1835 fundó *El Español*, en el que escribe Larra y donde Enrique Gil publica sus primeras poesías. No era, pues, un periódico cualquiera ni el periodismo que se hacía entonces era políticamente inocuo. En 1838 dejó de publicarse *El Español* y Borrego lanzó *El Correo Nacional*, donde Gil comparte redacción con Alcalá Galiano, Campoamor, Donoso Cortés, Pacheco, Ríos Rosas, Segovia, Bravo Murillo, López Pelegrín y García Tassara, entre otros<sup>161</sup>.

En este punto conviene volver sobre la cuestión de Gil y la masonería que ya avanzamos. En su *Historia de España*, Marcelino Menéndez Pelayo desnuda a los principales masones de la época y les atribuye todos los males de la patria: “Todas las tentativas contra Fernando VII

---

<sup>160</sup> Andrés Oliva Marra-López, *Andrés Borrego, político malagueño del siglo XIX*, p. 115.

<sup>161</sup> Oliva, p. 122.

fueron dirigidas, promovidas o pagadas por las logias del rito escocés<sup>162</sup>. Alcalá Galiano, al que acabamos de encontrar trabajando con Gil en la redacción de *El Correo Nacional*, era una de las cabezas de la masonería<sup>163</sup>; condenado a muerte en 1823, había compartido exilio en Londres y París con Borrego, Espronceda y otros importantes liberales, todos ellos vinculados a sociedades secretas, fueran o no del rito escocés, como dice Menéndez y Pelayo. Este era el caldo de cultivo del momento.

Las empresas periodísticas eran en esencia políticas, y las aventuras políticas alimentaban libelos, pasquines y publicaciones de todo tipo; las imprentas tuvieron entonces su cuerno de la abundancia.

Hete pues, en 1835, bajo el gobierno de Mendizábal, a los liberales vueltos del exilio constituyendo

La primera empresa editorial de la prensa española que, bajo la fórmula de Sociedad Anónima, se denominará Compañía Tipográfica, cuyo capital será aportado por nobles y terratenientes, con especial intervención de Gaspar Remisa, que dispondrá de talleres propios, a cargo de C. Wood, con la más moderna maquinaria procedente de Londres. Borrego, que como exiliado había trabajado en la prensa de París y Londres, incorporará un aire nuevo al periodismo español, por su innovación material, técnica e intelectual, con un periódico inspirado en el *Times* londinense, asimismo preocupado por las cuestiones sociales, pues no en vano *El Español* se titulará «diario de las doctrinas y de los intereses sociales», y adoptando un tono democrático<sup>164</sup>.

---

<sup>162</sup> Menéndez Pelayo, M., *Historia de España*, Madrid, 1941, p. 161 [antología seleccionada en plena posguerra por Jorge Vigón, ministro de Franco, que resalta la masonería como lo peor de lo peor y, por desgracia, tras décadas de persecución, esta es la opinión generalizada, dogma de fe en la España franquista hasta 1975. El juicio de Menéndez Pelayo al respecto es más matizado, en opinión del especialista Borja Rodríguez, pero la cuestión excede a este ensayo].

<sup>163</sup> Fue *recibido* masón en Cádiz el 9 de octubre de 1813: “Di un paso de importancia para mi vida futura. Este fue el de iniciarme en cierta famosa y antigua sociedad secreta” [Antonio Alcalá Galiano, *Memorias I*, Capítulo XXXII].

<sup>164</sup> Biblioteca Nacional, Hemeroteca Digital, <http://bit.ly/1lnCmV1>.

En aquel contexto coexisten dos escuelas de periodismo contrapuestas: “La de *El Correo Nacional*, con su programa liberal–conservador –que había de inspirar años más tarde la doctrina sustentada por Cánovas del Castillo– y la mantenida por *La Discusión*, en 1851, con el programa de don Nicolás Rivero, fundador del primer periódico democrático que se publicó en España. *La Discusión* se orientó en la doctrina de *El Huracán* en que parece colaboró Espronceda”<sup>165</sup>. Siendo Enrique Gil a la vez moderado y progresista, tenía amistades en todo el espectro político liberal, desde Andrés Borrego al más radical Espronceda, pero todos ellos siempre en pie de guerra contra el clericalismo y el absolutismo.

Los bandos y rivalidades eran apasionados. Menudeaban los insultos y se desenvainaba con facilidad. El moderado Andrés Borrego escribió en 1837 un artículo que ofendió gravemente a Luis González Bravo (el mismo que nombró a Gil embajador en Berlín; en aquel momento era un progresista, amigo de Espronceda; luego acabaría siendo más que moderado). Bravo desafió a Borrego a duelo a pistola “hasta que uno de los dos quedara fuera de combate”. Andrés Borrego escogió como padrino al conde de Cheste y el ofendido Bravo eligió a Espronceda. Así se las gastaban los caballeros románticos en 1837, mientras nuestro poeta escribía en su gabinete, al brasero de una oscura fonda madrileña en la calle Segovia, *Una gota de rocío*.

El duelo se suspendió por renuncia de González Bravo, que Espronceda consideró vergonzosa, retando él mismo de inmediato al conde de Cheste, esta vez para batirse a espada, y allí hubo ruido de sables, y Espronceda acabó con el pulgar de la mano derecha herido y una clavícula rota. En fin, hechas las paces, su amistad «se consolidó tras el combate» y continuaron compartiendo la tertulia del café del Príncipe y asistiendo, como Larra, Zorrilla y el propio Gil, a las veladas del *Parnasillo*<sup>166</sup>. Pero las desavenencias políticas no tardaron en aflorar de nuevo. Desde *El Español*, Borrego apoyó a Mendizábal, pero acabó siendo contrario a su política y crítico con la desamortización. Tras un paréntesis como embajador en Londres, Borrego crea *El Correo Nacional*

---

<sup>165</sup> Oliva, p. 122.

<sup>166</sup> Jaime López-Chicheri, blog *Sentido común y música*, <http://bit.ly/TZ1axd>.

(1838-1841), defensor de la Constitución de 1837, a cuya redacción llegó con veintidós años Enrique Gil, en enero de 1838, en uno de los peores momentos de su vida, sumido en la depresión tras la muerte de su padre, de su amigo Guillermo y de Juana Baylina, y al borde del suicidio, como cuenta en el relato autobiográfico *Anochecer en San Antonio de la Florida*, una de las primeras piezas que publica precisamente en *El Correo Nacional*.

## 9. Las cabeceras:

Examinemos ahora los periódicos cada uno de los siete periódicos en los que aparecen los artículos de Gil: *El Correo Nacional*, 34; *Semanario Pintoresco Español*, 18; *El Laberinto*, 16; *El Pensamiento*, 8; *El Sol*, 8; *Los españoles pintados por sí mismos*, 3; y *El Corresponsal*, 1.

### 9.1. *El Correo Nacional*

“*El Correo Nacional* (1838-1842) tiene gran importancia en la literatura, con colaboraciones de Alcalá Galiano, Campoamor, Lista, Enrique Gil y García Tassara; en él se publicaron en 1838 los artículos de Donoso sobre *El clasicismo y el romanticismo*”<sup>167</sup>. La colaboración de Gil será larga y fecunda, la más extensa de su trayectoria periodística, con un total de 34 artículos entre 1838 y 1839<sup>168</sup>.

La labor de Gil se centra en la crítica teatral y literaria: *El Correo* es la cabecera que le convierte en el crítico más respetado de Madrid; asiste a los principales estrenos del momento, desde Espronceda, Zorrilla y Bretón de los Herreros a las versiones de *Macbeth* hechas por Villalta, igual nacionales que la última moda europea, Hoffman, Dumas Delavigne, o clásicos como Tirso de Molina.

---

<sup>167</sup> Palomo, p. 96.

<sup>168</sup> Véase vol. IV, *Crítica teatral*, de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.

## 9.2. *Semanario Pintoresco Español*

En el mismo período, Gil colabora simultáneamente en *El Correo* y en el *Semanario Pintoresco Español*, que no va a la zaga en importancia, impulsado por otro avanzado del periodismo, Ramón Mesonero Romanos. Para el estudio del *Semanario Pintoresco* hay que acudir al profesor Enrique Rubio Cremades, especialista en la época, y también estudioso de Gil y autor de una edición crítica de *El Señor de Bembibre*<sup>169</sup>: “El *Semanario Pintoresco Español* de Mesonero se publicó en Madrid entre 1836 y 1857, siendo la suscripción de tres reales. Contenía ocho páginas de 252 x 160 mm., dimensiones que disminuyeron y aumentaron ligeramente a lo largo de su existencia. Aparecía los domingos”<sup>170</sup>.

Este coleccionable, con grabados de gran calidad novedosos en aquel momento, llegó a ser la publicación de su género con mayor difusión en España. Dicho de otro modo, el joven periodista Enrique Gil escribía en *El País* de su tiempo. La colección completa se puede leer y descargar en la *Biblioteca digital de la Comunidad de Madrid* y los artículos de Gil en nuestra web.

Dos ejes vertebran el periodismo impulsado por Mesonero Romanos, a juicio de Rubio: el relato breve, “auténtico protagonista del *Semanario*”, y el artículo de costumbres. Gil participa de los dos y con su presencia en el *Semanario* contribuye a “la revitalización de los géneros narrativos gracias a la utilización del periódico como medio de difusión. Aquella prensa solía introducir en sus respectivos números una sección o apartado en el que tienen lugar los más diversos géneros, desde novelas o cuentos hasta leyendas y artículos de costumbres (...) que no siempre obedecen a un mismo criterio. Otro tanto ocurre con la leyenda, el poema en prosa [sería el caso de *Anochecer en San Antonio*] y la novela corta, géneros de difícil identificación hoy en día pero que en la primera mitad del siglo XIX eran considerados desde ópticas distintas”<sup>171</sup>.

En poco más de dos años, de febrero de 1839 a comienzos de 1841,

---

<sup>169</sup> Cátedra, 1986.

<sup>170</sup> Cremades, p. 253

<sup>171</sup> Cremades, p. 248-249.



Gil publica cuatro series de artículos ciertamente valiosos: la colección de viajes formada por *Los maragatos*, *Los montañeses de León*, *Los asturianos* y *Los pasiegos* y otros cinco artículos de viajes sobre monumentos leoneses<sup>172</sup>; tres artículos de crítica literaria, entre ellos, *Poesías de don José de Espronceda*; y los cuatro capítulos de *El Lago de Carucedo*, que el autor considera “tradición popular” y bien podrían entrar en el género de las novelas en miniatura, que los lectores seguían en dos o tres entregas, y que “el *Semanario* incluye en la casi totalidad de sus números”.

### 9.3. *El Pensamiento de Espronceda*

Tras la convalecencia en Ponferrada –invierno 1839-verano 1840– “cuando vuelve a Madrid, Enrique Gil ya no forma parte de la redacción de *El Correo Nacional*, sin que se conozca el motivo”<sup>173</sup>, pero le aguarda una empresa periodística nueva, de cierta envergadura, *El Pensamiento*, y bien está que digamos *El Pensamiento de Espronceda*, porque así era.

Esta publicación, a la que Gil entrega a lo largo de 1841 ocho extensos ensayos sobre asuntos como Luis Vives, las comunidades de Castilla o El Escorial, fue “la revista más iconoclasta e irreverente del romanticismo literario español”, en palabras de Borja Rodríguez<sup>174</sup>. Para conocer mejor el significado de *El Pensamiento* en la vida y en la obra de Gil, es imprescindible acudir al profesor de la Universidad de Ohio, Salvador García Castañeda<sup>175</sup>.

La importancia de *El Pensamiento*, «periódico de literatura y artes», “radica en el cuadro de colaboradores, miembros todos del definido grupo de los amigos de Espronceda”, dice Castañeda, quien reseña la lista completa y selecta en la que están los íntimos de Gil (indicamos entre paréntesis el número de artículos de cada uno):

---

<sup>172</sup> Incluidos todos en *Viajes y costumbres*, BGC-VI.

<sup>173</sup> Picoche, p. 44.

<sup>174</sup> Rodríguez Gutiérrez, B., *La narrativa en La Ilustración (1840-1857)*, *Anales*, 25, 1013, pp. 283-303.

<sup>175</sup> García Castañeda, S., «*El Pensamiento* de 1841, y los amigos de Espronceda», 1968.

- (13) Miguel de los Santos Álvarez, amigo desde Valladolid
- (11) Antonio Ros de Olano
- (8) Enrique Gil**
- (8) Gabriel García Tassara
- (3) Ildefonso Ovejas
- (2) Espronceda, naturalmente
- (2) Luis González Bravo, pronto presidente de Gobierno
- (2) Eugenio Moreno
- (1) Cortés Cayetano
- (1) Estébanez Calderón
- (1) José García de Villalta
- (1) Juan María Maury
- (1) Juan Vila y Blanco

Más que un periódico, *El Pensamiento* era una revista “de unas veinte y cinco páginas de 202 x 135 m/m. de caja, sin ilustraciones, aunque se incluía una lámina cada mes. (...) En la decisión de lanzar *El Pensamiento* influyó, muy posiblemente, el deseo de dar a conocer mejor los nombres de un grupo de amigos, estrechamente unidos por la afición literaria y la admiración por Espronceda” (Castañeda, p. 330).

Situémonos ahora en 1840: la sublevación progresista, de la que formaban parte Espartero y Espronceda, pone a la Regente María Cristina de patitas en la calle. Más académicamente: el 12 de octubre de 1840, Espartero y la Regente se entrevistan en Valencia y ese mismo día María Cristina firma su renuncia a la regencia y embarca rumbo a Marsella. Comienza el periodo conocido como la regencia de Espartero, hasta julio de 1843. Días convulsos, claves en la vida del país y en la de nuestro autor, que vive al lado de Espronceda momentos singulares y goza de su confianza; al mes de entrar Espartero al gobierno, el 28 de noviembre de 1840, Gil [25 años] es nombrado funcionario de la Biblioteca Nacional. En ese contexto, el intrigante Espronceda tiene aún tiempo de impulsar una revista literaria de altos vuelos y encarga al berciano su carta programática o *Prospecto*, del que dice Gil: “Quería sacar a la luz el tesoro tan rico como poco estimado de nuestra literatura y poner sus riquezas al alcance de todo el mundo” (Castañeda, p. 348).

Espronceda da a la revista aliento y aporta algún poema y fragmentos de *El Diablo Mundo*, pero el día a día de la revista lo llevan Miguel de

los Santos Álvarez<sup>176</sup>, Enrique Gil y Antonio Ros de Olano, “cuyo nombre va íntimamente ligado al de la historia española del siglo XIX romántico: la partida del Trueno en el café del Parnasillo; el Liceo; las andanzas periodísticas; las guerras carlistas, donde se distinguió como ayudante del general Córdoba; los duelos; y las eternas conjuras revolucionarias y pronunciamientos” (Castañeda, p. 332). Aquella no era una redacción de prensa, sino un nido de conspiradores, «junta de adictos» [a Espronceda], llegó a llamarse.

La aportación de Enrique Gil a las páginas de *El Pensamiento* – dice Castañeda– es solamente crítica y está recogida en la edición que preparó Jorge Campos de sus *Obras Completas*. Si echamos aquí en falta al poeta, el crítico nos revela, sin embargo, una de las mentes más despiertas y sensibles de su generación. Una prueba de sus múltiples intereses es la índole de algunos de estos artículos, encaminados a difundir en su propio país las letras españolas y extranjeras. (...) En toda la obra crítica de Enrique Gil se advierte esta queja –tan frecuente entonces– contra la poca receptividad e interés de los españoles por las letras; acusando así el estado de la «desamparada y manca Biblioteca Nacional», desprovista de libros de referencia y actualidad.

Quien había sido en un plis-plas el mejor crítico de teatro de Madrid, regresa a la capital tras una convalecencia, se sumerge en la crítica literaria de los libros más difíciles o de vanguardia, y escribe seis ensayos compactos, clásicos. Gil no rehúye ningún tema, con igual solvencia disecciona la filosofía de Luis Vives que los romances históricos, o urge la creación de un patronato que salve a El Escorial de la ruina; seis artículos que el lector encontrará en esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO<sup>177</sup> y que cien años después se leen con igual gozo y provecho. En verdad, Gil era “una de las mentes más despiertas y sensibles de su generación”.

---

<sup>176</sup> Álvarez era el «editor responsable»; Castañeda le atribuye con dudas, “aventuro...”, la sección «Revista de la Quincena», “firmada la primera vez por Álvarez y, en lo sucesivo, anónima, marcada a veces con tres asteriscos a modo de firma”. Los tres asteriscos son familiares: Gil los utiliza varias veces en sus poemas y su último trabajo como periodista fue precisamente una «Revista de la Quincena» en *El Laberinto*. ¿Fue Gil el responsable de esta sección? No hemos podido confirmarlo.

<sup>177</sup> *Romances históricos del Duque de Rivas* en vol. IV. *Crítica teatral. Una visita al Escorial*, en vol. VI, *Viajes y costumbres*. Todos los demás en vol. V, *Miscelánea*.

#### 9.4. *El Sol*, de Ríos Rosas

Tras la breve aventura de *El Pensamiento*, los acontecimientos imprevistos se suceden con un guión vertiginoso. En mayo de 1842 muere Espronceda y Gil, desvalido, deja el periodismo y se centra en la redacción de *El Señor de Bembibre*, con la tranquilidad económica que le da su puesto de bibliotecario. En verano regresa al Bierzo y escribe los ocho artículos del *Bosquejo* que publicará a partir de febrero de 1843, “de manera irregular y cuando quedaba espacio” en *El Sol*, “diario mal impreso y de peor apariencia”, en opinión de Picoche que compartimos.

lo miraría como garantía cumplida de sus aianes. De ello avisamos aquí á sus individuos como en lugar mas oportuno daremos cuenta á los redactores y colaboradores de la *España monumental y artistica* de otras cosas que sin duda cumplen á su noble propósito.

En un próximo artículo hablaremos de otras antigüedades romanas enteramente distintas que contiene el Bierzo, en mas abundancia quizá que ningun otro distrito de España.

PONFERRADA y agosto de 1842.

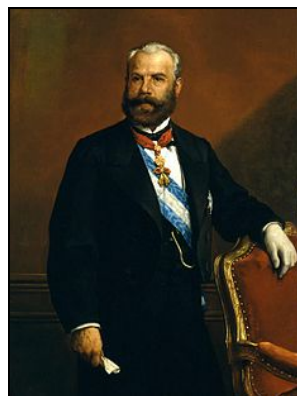
ENRIQUE GIL.

---

**GACETILLA DE PROVINCIAS.**

—Nos escriben de Granada :

«Los ladrones se aumentan, los robos se hacen con el mayor escándalo, en términos de no poderse salir á los caminos mas concurridos, y los castigos no los vemos. Sabemos de dos personas de esta ciudad á las que han escrito dos cartas para que, en los pun



Firma de E. Gil en *El Sol* y retrato de Ríos Rosas por Cabot

También en 1843 cambia el régimen: Espartero cae en desgracia, el 30 de julio parte hacia el exilio y en octubre sube al trono Isabel II al cumplir los trece años. Otro año convulso; de nuevo se cruza la política en el camino del periodismo. Al frente del diario *El Sol* está un político malagueño, Antonio de los Ríos Rosas, antiguo compañero de Gil en la redacción de *El Correo Nacional* y... ¿hace falta añadir lo de “ilustre masón”? Ambos coincidirán más tarde en la etapa final de Gil como periodista, en *El Laberinto*. Quiere decirse que había una gran endogamia en los periódicos de la época, pero el alineamiento político a veces es transversal. Si *El Pensamiento* había sido “la revista más iconoclasta e irreverente del romanticismo literario español”, *El Sol* se presenta como «diario político, religioso, literario é industrial». Ríos Rosas era un liberal conservador, muy crítico con el gobierno de Espartero, que entra pronto a formar parte del Consejo Real de Isabel II.

Entre febrero y abril, *El Sol* publica desordenadamente los ocho capítulos del *Bosquejo*: en efecto, era un diario ilegible y de pobre apariencia, tenía 52 cms. de alto, formato sábana a la manera de los periódicos ingleses, ninguna ilustración, ninguna gracia o asomo de diseño; los artículos de Gil salen en columnas verticales ocupando toda la caja de arriba a abajo, corridas, sin un ladrillo, sin un espacio en blanco. El folletín del *Bosquejo* concluye sin pena ni gloria el 27 de abril y dos días después, el 29 de abril de 1843, *El Sol* publica su último número, 139, y cierra. De nuevo a la intemperie.

### 9.5. *Los españoles pintados por sí mismos*

En el verano de 1843, Gil ha finalizado su novela histórica y se encomienda al mejor editor de Madrid, Francisco de Paula Mellado, que había sido el director de *El Iris* cuando Gil publicó el poema *La caída de las hojas*, en homenaje a Espronceda, y edita ahora la *Biblioteca Popular*.

Es una temporada de atonía en el periodismo de Gil: el vigor crítico de los primeros años y el éxito fulgurante palidecen, ya sea por la enfermedad que avanza o porque está centrado en la novela y en el *Bosquejo*.

Ese mismo año, uno de los primeros editores de la Villa, Ignacio Boix, empieza a publicar la serie *Los españoles pintados por sí mismos*, inspirada en el modelo francés *Les Français peints par eux mêmes*, cuyos grabados de excelente calidad tienen pronto gran reconocimiento entre los lectores. Boix cuenta con Gil, que entrega a *Los españoles* tres artículos de costumbres [*El pastor trashumante*, *El segador*, *El maragato*], sin duda por encargo. Será su última incursión en los temas costumbristas e incluso el tercero, como ya dijimos, es un forzado refrito de *Los maragatos* de 1839.

### 9.6. *El Laberinto*

Penúltima estación. En otoño de 1843, Gil regresa a los orígenes y retoma la crítica teatral, a la que había dado páginas gloriosas, en una publicación nueva, *El Laberinto* «periódico universal», editado por

Antonio Flores, discípulo de Mesonero Romanos, y A. Ferrer del Río (del 1 de noviembre de 1843 al 20 de mayo de 1845)<sup>178</sup>.

Los editores deciden dar más espacio al teatro que el *Semanario Pintoresco*, en proporción, y cuentan con Gil como crítico teatral desde el primer número. Nuestro autor obsequia a sus lectores con once *Revistas de la quincena* (“a sort of pot-pourri”, dice Logan), hasta abril de 1844: a los pocos días deja definitivamente Madrid y el 20 de mayo embarca rumbo a Marsella.

Pero *El Laberinto* no es una revista cualquiera, sino una publicación de referencia (con un formato bien distinto al descomunal de *El Sol*: 234 x 340 mm., a tres columnas<sup>179</sup>). Como antes en *El Pensamiento*, en esta última estación literaria, Gil comparte redacción con Alcalá Galiano, Bretón de los Herreros, Ramón de Campoamor, Carolina Coronado, García Tassara, Gómez de Avellaneda, Hartzenbusch, Madrazo, Mesonero Romanos, Duque de Rivas...

La postrera ocupación de Gil como periodista es quizá la más ligera; son reseñas breves, que le permiten seguir en el mundillo teatral, asistir en primera fila a los estrenos y participar de la vida social madrileña, pero su mente está ya en su misión diplomática, en las exposiciones universales que visitará en su periplo europeo, en París y en Berlín. Estudia alemán seis horas al día y prepara concienzudamente su viaje del que aún rinde a los lectores de *El Laberinto* sus dos últimos trabajos como periodista, camino de Berlín: *Viaje a Francia y Rouen* (agosto y septiembre de 1844).

Durante el resto de su viaje, anotará sus impresiones en un *Diario*, del que conocemos fragmentos: la salud iba minando su capacidad de trabajo, y en sus últimos meses de vida, el alma de periodista cedió la prioridad a las responsabilidades del diplomático, que se tomaba su misión muy en serio, aparcando ya para siempre su vocación temprana. El 22 de febrero de 1846 murieron en Berlín un poeta, un novelista, un viajero, un diplomático y un periodista. Un berciano universal, heterodoxo y visionario.

---

<sup>178</sup> Dawn Logan, *An index of El Laberinto*, 1934.

<sup>179</sup> No hemos visto físicamente la colección, que consta de dos volúmenes de 340 y 354 páginas. Tomamos los datos de Logan.

## Bibliografía

- ALBERICH SOTOMAYOR, JOSÉ M<sup>a</sup>., *La difusión de la literatura inglesa en España*, en Boletín de la Real Academia de Buenas Letras, 1994: 22, pp. 49-71.
- CANTERO GARCÍA, VÍCTOR, *Francisco Martínez de la Rosa y el romanticismo en el drama histórico: análisis, estudio y consideraciones sobre «La Conjuración de Venecia»*, en *Cuadernos de Filología Hispánica*, 2004, 22, pp. 5-26.
- FERRER BENIMELI, JOSÉ A., *La masonería en la historia de España. Consideraciones metodológicas*, en *Estudios sobre historia de España* [Homenaje a Manuel Tuñón de Lara], UIMP, 1981, pp. 473-485.
- GARCÍA CASTAÑEDA, SALVADOR, «*El Pensamiento*», de 1841, y los amigos de *Espronceda*, Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo, 1968, pp. 329-353.
- LOGAN, DAWN, *An index of El Laberinto, a Spanish literary periodical (1843-1845)*, Ohio State University, *Bulletin Hispanique*, tomo 36, núm. 2, 1934, pp. 159-179.
- PALOMO, M<sup>a</sup> DEL PILAR, *El debate sobre el romanticismo en prensa. Las revistas literarias*, en *Movimientos literarios y periodismo en España*, Ed. Síntesis, 1997.
- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, BORJA, *La narrativa en La Ilustración (1849-1857): la «serie B» del Semanario Pintoresco Español*, *Anales*, 25, 2013, pp. 283-303.
- RUBIO CREMADES, ENRIQUE, *El Semanario Pintoresco Español: el artículo de costumbres y géneros afines*, AIH, *Actas XII*, 1995, p. 248-253.



## Anexo. La obra periodística de Enrique Gil

Incluye seis textos desconocidos, casi inéditos, que no figuran en ninguna edición anterior, recogidos por Picoche en su tesis doctoral. Cinco corresponden a críticas de teatro publicadas cuatro en *El Correo* y una en *El Corresponsal*. El sexto es un fragmento reelaborado por César Morán a partir de notas manuscritas dejadas por Gil en Berlín, que Picoche atribuye a nuestro autor; hecha la advertencia, lo incluimos siguiendo el criterio del profesor francés. Finalmente, aunque Gil publicó sus poemas en prensa, no los consideramos obra periodística y no se incluyen en estas tablas.

### ÍNDICE CRONOLÓGICO

	Fecha	Publicación	Obra	genero
<b>1838</b>				
1	15-2	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 2	<i>Hija, esposa y madre</i> , NUEVO	c. teatral
2	19-2	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 4	<i>Ella es Él</i> , NUEVO	c. teatral
3	29-3	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 41	<i>Una y no más; Un artista;</i> <i>El pro y el contra</i> - NUEVO	c. teatral
4	4-10	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 237	<i>Amor venga sus agravios</i>	c. teatral
5	30-10	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 257	<i>Flaquezas ministeriales</i>	c. teatral
6	12-11	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 270	<i>Anochecer en San Antonio</i> (1)	narración
7	13-11	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 271	<i>Anochecer en San Antonio</i> (y 2)	narración
8	14-11	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 272	<i>Doña Mencía</i> (1)	c. teatral
9	16-11	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 274	<i>Doña Mencía</i> (y 2)	c. teatral
10	23-11	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 281	<i>Amor y deber</i>	c. teatral
11	9-12	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 287	<i>¿Qué dirán? y ¿Qué se me da a mí?</i>	c. teatral
12	19-12	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 307	<i>Macbeth</i> (1)	c. teatral
13	20-12	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 308	<i>Macbeth</i> (y 2)	c. teatral
14	30-12	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 318	<i>La segunda dama duende</i>	c. teatral
<b>1839</b>				
15	11-1	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 330	<i>La estrella de oro</i>	c. teatral
16	7-2	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 357	<i>El astrólogo de Valladolid</i>	c. teatral
17	10-2	<i>Semanario Pintoresco</i> , serie 2, núm. 6	<i>La Catedral de León</i>	viajes
18	20-2	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 370 - NUEVO	<i>Homenaje a los hermanos</i> <i>Romea y a Matilde Díez</i>	c. teatral



19	24-2	<i>Semanario Pintoresco</i> , 2ª serie, núm 8	<i>Los maragatos</i>	viajes
20	c. 1939	(recopilado por César Morán)	<i>Hacia las montañas (INÉDITO)</i>	viajes
21	2-3	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 380	<i>El paria</i>	c. teatral
22	3-3	<i>Semanario Pintoresco</i> , 2ª-tomo I, n. 9	<i>Poesías de don José Zorrilla</i>	crítica lit.
23	12-3	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 390	<i>Un día de campo o El tutor y el amante</i>	c. teatral
24	17-3	<i>Semanario Pintoresco</i> , serie 2, núm. 11	<i>La Iglesia de San Isidoro</i>	viajes
25	20-3	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 398	<i>Un alma de artista y ...</i>	c. teatral
26	12-4	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 420	<i>Revista de cursos literarios y científicos</i>	c. teatral
27	14-4	<i>Semanario Pintoresco</i> , 2ª serie, núm. 15	<i>Los montañeses de León)</i>	viajes
28	16-4	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 424	<i>Cuentos de E. T. A. Hoffman</i>	crítica literaria
29	28-4	<i>Semanario Pintoresco</i> , serie 2, núm. 17	<i>El Palacio de los Guzmanes de León</i>	viajes
30	12-5	<i>Semanario Pintoresco</i> , 2ª serie, núm. 19	<i>Los asturianos</i>	viajes
31	23-5	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 461	<i>No ganamos para sustos</i>	c. teatral
32	31-5	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 469	<i>El conde don Julián</i>	c. teatral
33	9-6	<i>Semanario Pintoresco</i> , serie 2, núm. 23	<i>San Marcos de León</i>	viajes
34	14-6	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 483	<i>Pablo el Marin</i>	c. teatral
35	26-6	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 495	<i>Diana de Chivri</i>	c. teatral
36	30-6	<i>Semanario Pintoresco</i> , 2ª serie, núm. 26	<i>Los pasiegos</i>	viajes
37	15-7	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 514	<i>Dos padres para una hija</i>	c. teatral
38	19-7	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 518	<i>Teatro escogido de Tirso de Molina,</i>	c. teatral
39	23-7	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 523	<i>Indulgencia para todos</i>	c. teatral
40	29-7	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 529	<i>Juan Dandolo</i>	c. teatral
41	7-8	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 536	<i>García del Castañar</i>	c. teatral
42	8-8	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 537	<i>El abuelo</i>	c. teatral
43	12-8	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 541	<i>Monumento en Granada</i>	viajes
44	23-8	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 552	<i>El castillo de San Alberto</i>	c. teatral
45	22-9	<i>Semanario Pintoresco</i> , serie 2, núm. 38	<i>El castillo de Simancas</i>	viajes
46	27-10	<i>Semanario Pintoresco</i> , núm. 43	<i>Revista teatral I</i>	c. teatral
47	5-11	<i>Semanario Pintoresco</i> , núm. 44	<i>Revista teatral II</i>	c. teatral

1840				
48	12-7	<i>Semanario Pintoresco</i> 2ª serie, t. II, núm. 28	<i>Poesías de don José de Espronceda</i>	crítica lit.
49	19-7	<i>Semanario Pintoresco</i> , núm. 29	<i>El Lago de Carucedo</i> (Introducción)	narración
50	26-7	<i>Semanario Pintoresco</i> , núm. 30	<i>El Lago de Carucedo</i> (I)	narración
51	2-8	<i>Semanario Pintoresco</i> , núm. 31	<i>El Lago de Carucedo</i> (II)	narración
52	9-8	<i>Semanario Pintoresco</i> , núm. 32	<i>El Lago de Carucedo</i> (y III)	narración
53	4-10	<i>El Corresponsal</i> , núm. 300 (NUEVO)	<i>Lucía de Lammermoor</i>	c. teatral
1841				
54	15-05	<i>El Pensamiento</i> , núm. 1 [19-5, según Hemeroteca nacional]	<i>Prospecto</i> (editorial o declaración programática, redactada por E. G.)	crítica lit.
55	1841	<i>Semanario Pintoresco</i> , tomo I, entrega 12ª	<i>De la literatura (...) en EE UU</i>	crítica lit.
56	15-05	<i>El Pensamiento</i> , núm. 1, pp. 5-11	<i>Luis Vives</i> (1)	crítica lit.
57	¿1-06?	<i>El Pensamiento</i> , núm. 2, pp. 25-29	<i>Luis Vives</i> (y 2)	crítica lit.
58	¿15-06?	<i>El Pensamiento</i> , núm. 3, pp. 49-57	<i>Romances históricos del Duque de Rivas</i>	crítica lit.
59	¿1-07?	<i>El Pensamiento</i> , núm. 4, pp. 76-83	<i>Colección de los viajes y descubrimientos</i> (1)	crítica lit.
60	¿1-8?	<i>El Pensamiento</i> , núm. 6, pp. 121-126	<i>Colección de los viajes y descubrimientos</i> (y 2)	crítica lit.
61	¿1-9?	<i>El Pensamiento</i> , núm. 8, pp. 169-173ª	<i>Las comunidades de Castilla</i>	crítica lit.
62	23-9	<i>El Pensamiento</i> , núm. 10, pp. 217-223	<i>Una visita a El Escorial</i>	viajes
63	¿1-10?	<i>El Pensamiento</i> , núm. 11, pp. 251-255	<i>Trabajos históricos de la Sociedad de anticuarios del Norte</i>	crítica lit.
1843				
64	3-2	<i>El Sol</i> , núm. 65	<i>Bosquejo</i> (I)	viajes
65	13-2	<i>El Sol</i> , núm. 75	<i>Bosquejo</i> (II)	viajes
66	21-2	<i>El Sol</i> , núm. 82	<i>Bosquejo</i> (III)	viajes
67	1-3	<i>El Sol</i> , núm. 89	<i>Bosquejo</i> (IV)	viajes
68	11-3	<i>El Sol</i> , núm. 97	<i>Bosquejo</i> (V)	viajes
69	13-3	<i>El Sol</i> , núm. 99	<i>Bosquejo</i> (VI)	viajes
70	21-4	<i>El Sol</i> , núm. 132	<i>Bosquejo</i> (VII)	viajes
71	27-4	<i>El Sol</i> , núm. 137	<i>Bosquejo</i> (VIII)	viajes
72	¿12?	<i>Los españoles pintados por sí...</i> , tomo I	<i>El pastor trashumante</i>	viajes
73	1-11	<i>El Laberinto</i> , núm. 1	<i>Revista de la quincena I</i>	crítica lit.

74	16-11	<i>El Laberinto</i> , núm. 2	<i>Revista de la quincena II</i>	crítica lit.
75	1-12	<i>El Laberinto</i> , núm. 3	<i>Revista de la quincena III</i>	crítica lit.
76	16-12	<i>El Laberinto</i> , núm. 4	<i>Revista de la quincena IV</i>	crítica lit.
<b>1844</b>				
77	1-1	<i>El Laberinto</i> , núm. 5	<i>Revista de la quincena V</i>	crítica lit.
78	16-1	<i>El Laberinto</i> , núm. 6	<i>Revista de la quincena VI</i>	crítica lit.
79	Feb.	<i>Los españoles pintados por sí...</i> , tomo II	<i>El segador</i>	viajes
80	Feb	<i>Los españoles pintados por sí...</i> , tomo II	<i>El maragato</i>	viajes
81	1-2	<i>El Laberinto</i> , núm. 7	<i>Revista de la quincena VII</i>	crítica lit.
82	16-2	<i>El Laberinto</i> , núm. 8	<i>Revista de la quincena VIII</i>	crítica lit.
83	1-3	<i>El Laberinto</i> , núm. 9	<i>Revista de la quincena IX</i>	crítica lit.
84	16-3	<i>El Laberinto</i> , núm. 10	<i>Revista de la quincena X</i>	crítica lit.
85	1-4	<i>El Laberinto</i> , núm. 11	<i>Revista de la quincena XI</i>	crítica lit.
86	16-3	<i>El Laberinto</i> , tomo I, núm. 10	<i>Bosquejos de España (1)</i>	crítica lit.
87	1-4	<i>El Laberinto</i> , tomo I, núm. 11	<i>Bosquejos de España (2)</i>	crítica lit.
88	16-4	<i>El Laberinto</i> , tomo I, núm. 12	<i>Bosquejos de España (y 3)</i>	crítica lit.
89	16-8	<i>El Laberinto</i> , núm. 20	<i>Viaje a Francia</i>	viajes
90	16-9	<i>El Laberinto</i> , núm. 22	<i>Rouen</i>	viajes

DISTRIBUCIÓN POR CABECERAS:

Título	Total
<i>El Correo Nacional</i>	34
<i>Semanario Pintoresco Español</i>	18
<i>El Laberinto</i>	16
<i>El Pensamiento</i>	9
<i>El Sol</i>	8
<i>Los españoles pintados por sí mismos</i>	3
<i>El Corresponsal</i>	1
<i>Inédito extraviado (reproducido por C. Morán)</i>	1
	<b>90</b>

DISTRIBUCIÓN POR GÉNEROS:

Título	Total
Crítica teatral	34
Crítica literaria. Y ensayos	25
Viajes	25
Narración	6
	<b>90</b>

DESGLOSE POR PERIÓDICOS

*El Correo Nacional* (34)

núm. 2	15-2	<i>Hija, esposa y madre</i> , de Matilde Díez – NUEVO
núm. 4	19-2	<i>Ella es Él</i> , de Bretón de los Herreros NUEVO
núm. 41	29-3	<i>Una y no más; Un artista; El pro y el contra</i> – NUEVO
núm. 237	4-10	<i>Amor venga sus agravios</i>
núm. 257	30-10-1838	<i>Flaquezas ministeriales</i>
núm. 270	12-11-1838	<i>Anochecer en San Antonio de la Florida</i> (1)
núm. 271	13-11-1838	<i>Anochecer en San Antonio de la Florida</i> (y 2)
núm. 272	14-11-1838	<i>Doña Mencía</i> (1)
núm. 274	16-11-1838	<i>Doña Mencía</i> (y 2)
núm. 281	23-11-1838	<i>Amor y deber</i>
núm. 287	9-12-1838	<i>¿Qué dirán? y ¿Qué se me da a mí?</i>
núm. 307	19-12-1838	<i>Macbeth</i> (1)
núm. 308	20-12-1838	<i>Macbeth</i> (y 2)
núm. 318	30-12-1838	<i>La segunda dama duende</i>
núm. 330	11-1-1839	<i>La estrella de oro</i>
núm. 357	7-2-1839	<i>El astrólogo de Valladolid</i>
núm. 370	20-2	<i>Homenaje a los hmos. Romea y Matilde Díez</i> – NUEVO
núm. 380	2-3-1839	<i>El paria</i>
núm. 390	12-3-1839	<i>Un día de campo o El tutor y el amante</i>
núm. 398	20-3-1839	<i>Un alma de artista y El novio y el concierto</i>
núm. 420	12-4-1839	<i>Revista de cursos literarios y científicos</i>
núm. 424	16-4-1839	<i>Cuentos de E. T. A. Hoffman</i>
núm. 461	23-5-1839	<i>No ganamos para sustos</i>
núm. 469	31-5-1839	<i>El conde don Julián</i>
núm. 483	14-6-1839	<i>Pablo el Marin</i>
núm. 495	26-6-1839	<i>Diana de Chivri</i>
núm. 514	15-7-1839	<i>Dos padres para una hija</i>
núm. 518	19-7-1839	<i>Teatro escogido de Tirso de Molina,</i>
núm. 523	23-7-1839	<i>Indulgencia para todos</i>
núm. 529	29-7-1839	<i>Juan Dandolo</i>
núm. 536	7-8-1839	<i>García del Castañar</i>
núm. 537	8-8-1839	<i>El abuelo</i>
núm. 541	12-8-1839	<i>Monumento en Granada</i>
núm. 552	23-8-1839	<i>El castillo de San Alberto</i>

*Semanario Pintoresco Español (17)*

serie 2, núm. 6	10 2-1839	<i>La Catedral de León</i>
2ª serie, núm. 8	24-2-1839	<i>Los maragatos</i>
2ª-tomo I, n. 9	3-3-1839	<i>Poesías de don José Zorrilla</i>
serie 2, núm. 11	17-3-1839	<i>La Iglesia de San Isidoro</i>
2ª serie, núm. 15	14-4-1839	<i>Los montañeses de León)</i>
serie 2, núm. 17	28-4-1839	<i>El Palacio de los Guzmanes de León</i>
2ª serie, núm. 19	12-5-1839	<i>Los asturianos</i>
serie 2, nº 23	9-6-1839	<i>San Marcos de León</i>
2ª serie, núm 26	30-6-1839	<i>Los pasiegos</i>
2ª serie, tomo II, núm. 28	12-7-1840	<i>Poesías de don José de Espronceda</i>
núm. 29	19-7-1840	<i>El Lago de Carucedo (Introducción)</i>
núm. 30	26-7-1840	<i>El Lago de Carucedo (I)</i>
núm. 31	2-8-1840	<i>El Lago de Carucedo (II)</i>
núm. 32	9-8-1840	<i>El Lago de Carucedo (y III)</i>
serie 2, núm. 38	22-9-1839	<i>El castillo de Simancas</i>
núm. 43	27-10-1839	<i>Revista teatral I</i>
núm. 44	5-11-1839	<i>Revista teatral II</i>

*El Corresponsal (1)*

núm. 300	4 10-1840	<i>Lucía de Lammermoor - NUEVO</i>
----------	-----------	------------------------------------

*El Pensamiento (10)*

Nota: Constan las fechas de inicio y fin de la publicación [15-mayo-15 de octubre] y sabemos que era quincenal, por lo que hemos reconstruido la cronología, que encaja. García Castañeda da los núms. de página, pero no la fecha de cada entrega, doce en total, de las que Gil tiene presencia en ocho.

núm. 1, p. 1	15-05-1841	<i>Prospecto (declaración programática, redactada por E. G.)</i>
núm. 1, pp. 5-11	15-05-1841	<i>Luis Vives (1)</i>
tomo I, entrega 12ª	1841	<i>De la literatura y de los literatos en EE UU</i>
núm. 2, pp. 25-29	¿1-06?	<i>Luis Vives (y 2)</i>
núm. 3, pp. 49-57	¿15-06?	<i>Romances históricos del Duque de Rivas</i>
núm. 4, pp. 76-83	¿1-07?	<i>Colección de los viajes y descubrimientos (1)</i>
núm. 6, pp. 121-126	¿1-8?	<i>Colección de los viajes y descubrimientos (y 2)</i>
núm. 8, pp. 169-173ª	¿1-9?	<i>Las comunidades de Castilla</i>
núm. 10, pp. 217-223	23-9	<i>Una visita a El Escorial</i>
núm. 11, pp. 251-255	¿1-10?	<i>Trabajos históricos de la Sociedad de anticuarios del Norte</i>

*El Sol (8)*

núm. 65	3-2-1843	<i>Bosquejo (I)</i>
núm. 75	13-2-1843	<i>Bosquejo (II)</i>
núm. 82	21-2-1843	<i>Bosquejo (III)</i>
núm. 89	1-3-1843	<i>Bosquejo (IV)</i>
núm. 97	11-3-1843	<i>Bosquejo (V)</i>
núm. 99	13-3-1843	<i>Bosquejo (VI)</i>
núm. 132	21-4-1843	<i>Bosquejo (VII)</i>
núm. 137	27-4-1843	<i>Bosquejo (VIII)</i>

*Los españoles pintados por sí mismos (3)*

tomo I	¿12? -1843	<i>El pastor trashumante</i>
tomo II	Feb. -1844	<i>El segador</i>
tomo II	Feb-1844	<i>El maragato</i>

*El Laberinto (16)*

núm. 1	1-11-1843	<i>Revista de la quincena I</i>
núm. 2	16-11-1843	<i>Revista de la quincena II</i>
núm. 3	1-12-1843	<i>Revista de la quincena III</i>
núm. 4	16-12-1843	<i>Revista de la quincena IV</i>
núm. 5	1-1-1844	<i>Revista de la quincena V</i>
núm. 6	16-1-1844	<i>Revista de la quincena VI</i>
núm. 7	1-2-1844	<i>Revista de la quincena VII</i>
núm. 8	16-2-1844	<i>Revista de la quincena VIII</i>
núm. 9	1-3-1844	<i>Revista de la quincena IX</i>
núm. 10	16-3-1844	<i>Revista de la quincena X</i>
tomo I, núm. 10	16-3-1844	<i>Bosquejos de España (1)</i>
núm. 11	1-4-1844	<i>Revista de la quincena XI</i>
tomo I, núm. 11	1-4-1844	<i>Bosquejos de España (2)</i>
tomo I, núm. 12	16-4-1844	<i>Bosquejos de España (y 3)</i>
núm. 20	16-8-1844	<i>Viaje a Francia</i>
núm. 22	16-9-1844	<i>Rouen</i>

DISPOSICIÓN EN LA BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO

Volumen	Título	Desglose artículos	Total
II	<i>El Lago de Carucedo</i>	4 (Intr., I, II y III)	4
III	<i>Bosquejo</i>	8 (I-VIII)	8
IV	<i>Crítica teatral</i>	Críticas + <i>Revista teatral</i> + Castañeda, p. 348	46
V	<i>Miscelánea</i>	11 ensayos literarios (3 publicados en dos partes)	14
VI	<i>Viajes y costumbres</i>	Artículos de costumbres: 4 Españoles pintados por sí mimos: 3 España pintoresca: 6 + 1 INÉDITO	14
VIII	<i>Último viaje: Diario Madrid-París-Berlín</i>	<i>Anochecer (I y II)</i> Viaje a Francia y Rouen	4
			<b>90</b>



## ÍNDICE

Nota del editor .....	9
RICARDO GULLÓN, El poeta de las memorias .....	13
RUSELL P. SEBOLD, Tuberculosis y misticismo en <i>El Señor de Bembibre</i> .....	31
MONSERRAT RIBAO PEREIRA, La reescritura literaria del Temple en <i>El Señor de Bembibre</i> , novela histórica romántica de E. Gil y Carrasco.....	54
ÁLIDA ARES ARES, La influencia de las novelas de Walter Scott en <i>El Señor de Bembibre</i> .....	77
JOSÉ LUIS SUÁREZ ROCA, Gil y Carrasco en dos <i>Episodios Nacionales</i> de Pérez Galdós .....	127
HÉCTOR J. SILVEIRO ARES Y HÉCTOR M. SILVEIRO, El amigo villafranquino de Enrique Gil: Joaquín del Pino .....	135
VALENTÍN CARRERA, El periodista «Enrique Gil»: heterodoxo y visionario .....	176
ANEXO: La obra periodística de Enrique Gil.....	213



